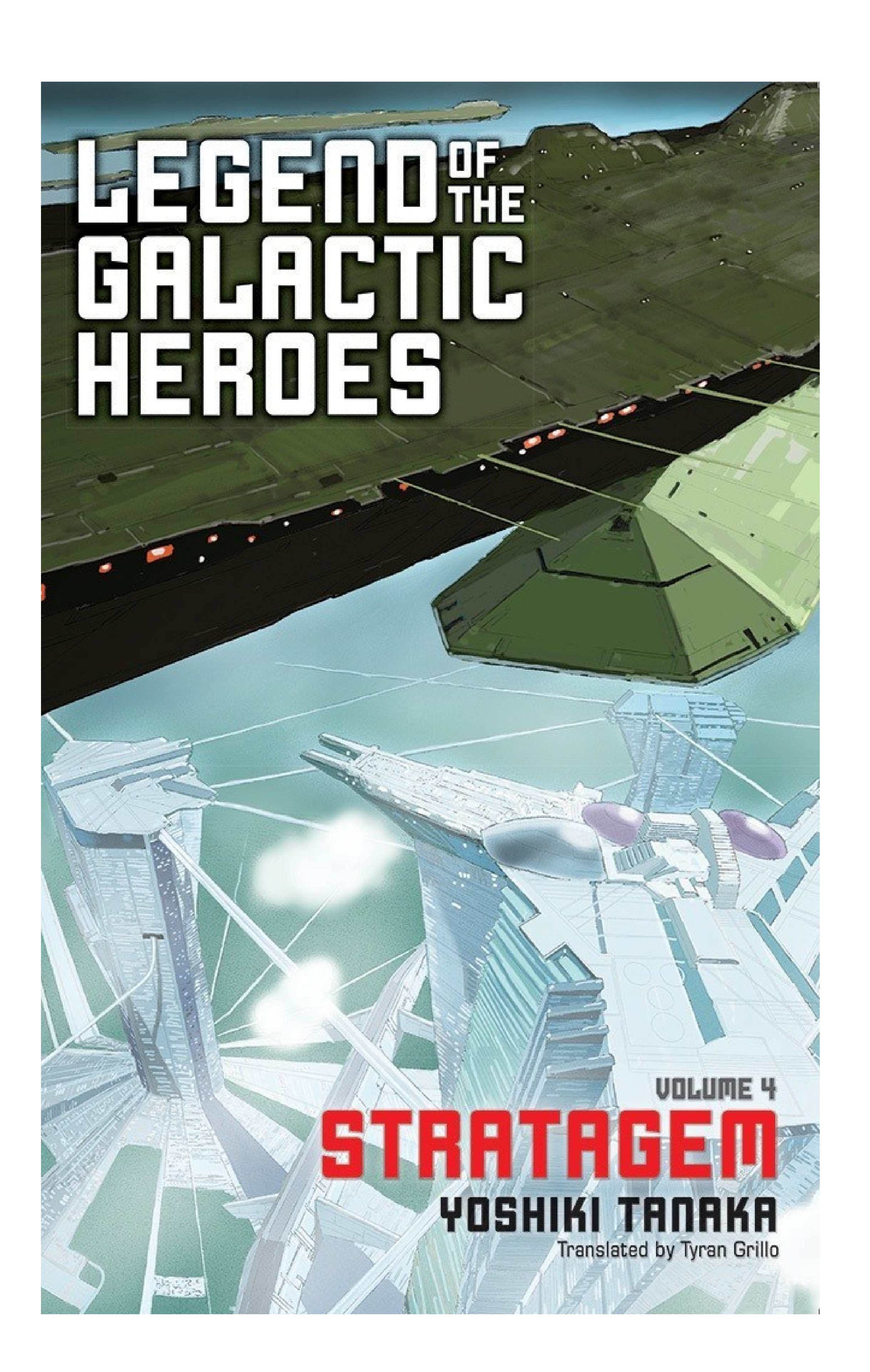


LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 4
STRATAGEM
YOSHIKI TANAKA
Translated by Tyran Grillo


LEGEND OF THE GALACTIC HEROES
VOLUME 4
STRATAGEM
YOSHIKI TANAKA
Translated by Tyran Grillo

Traducida al español por Ralevon.com (ex-jucagoto)
Edición digital al español por M. Nigthkrelin Subs
Edición digital empaquetada por riojano0

CAPÍTULO 01: TRUENO

Las mutaciones de la historia y las consecuencias de la victoria se determinan en un instante. La mayoría de nosotros vivimos ociosamente como ecos de tales instantes, mientras se retiran al pasado. Los que los conocen son pocos, y los que, voluntariamente, los ponen en movimiento, son aún menos. Lamentablemente, este último siempre gana el día, reforzado por ejércitos de malicia.

—D. Sinclair

Conocer el futuro, experimentar directamente el presente e indirectamente experimentar el pasado: cada uno ofrece su emoción respectiva de felicidad, miedo y enojo. Los que viven en el pasado están destinados a ser esclavos del arrepentimiento.

—E. J. Mackenzie

I

EL AÑO FUE 489 DEL ANTIGUO IMPERIO. La primavera llegó tarde pero con una venganza contra la tenaz compra del invierno, decorando las calles de la capital imperial de Odín con una abundancia de flores. La estación cambió y esas flores se marchitaron, dando paso a un verdor espeso y fresco cuando los vientos marcaron el comienzo del primer rubor vigorizante del verano.

Era a mediados de junio, una época del año en que las temperaturas en las

zonas latentes medias del hemisferio norte de Odín eran más agradables. Hoy, sin embargo, fue inusualmente caluroso y húmedo. Las nubes flotaban muy por encima de los niños que se movían por los campos en su camino a casa desde la escuela.

El edificio que albergaba la oficina del primer ministro imperial estaba hecho de piedra gris clara y tenía un aire de intimidación que excedía su propósito. Naturalmente, no se había construido para su figura actual, Reinhard von Lohengramm. Muchos miembros de la familia imperial, y nobles antes de él habían tomado su escaño, ejerciendo la autoridad como diputados imperiales sobre miles de mundos de estrellas fijas. Reinhard fue el más joven y poderoso que jamás haya ocupado un cargo en sus confines. Mientras que sus predecesores habían sido nombrados por el emperador, él había sido el primero en hacer que el emperador *lo* designara.

Una solemne y melancólica joven caminaba por los pasillos sagrados de este edificio. Aunque la cadencia de su paso, su atuendo apagado y su pelo corto de color rubio pálido presentaban la apariencia de un hombre, su ligero maquillaje y la bufanda naranja que sobresalía de su cuello revelaban esta impresión.

Como la secretaria en jefe del primer ministro, Hildegard von Mariendorf, o Hilda, se había ganado el reverente saludo que recibió de los guardias de Reinhard, que le permitieron ingresar a su oficina.

Hilda les agradeció calurosamente y buscó al joven y guapo Reinhard que estaba dentro. El comandante en jefe del ejército imperial había estado mirando por la ventana, pero movió su lujoso cabello dorado en la dirección de Hilda cuando ella entró en la espaciosa habitación. Cortó una figura llamativa, ataviado con su magnífico uniforme negro adornado en plata.

“¿Te estoy molestando, Su Excelencia?”

“De ningún modo. Escucharía tu negocio, fräulein.”

“Vengo con un mensaje solicitando una reunión personal con el Almirante Kessler. Él dice que es urgente”.

“Entiendo. Kessler tiene tanta prisa, ¿verdad?

Ulrich Kessler, quien ocupó cargos concurrentes como comisionado de la policía militar y comandante de las defensas de la capital, no estuvo exento de culpa, pero tampoco dejó que la impaciencia o la confusión lo supere, como lo sabían tanto el primer ministro como el secretario general. Por lo tanto, la urgencia de Kessler no debía tomarse a la ligera.

“Lo veré. Tráigalo”, dijo el dictador de facto del imperio, quitando los rizos dorados de su frente con dedos delgados. Nunca había evitado el deber de su puesto— un hecho que ni siquiera sus enemigos podían negar.

Cuando Hilda giró sobre un talón, una débil luz extendió sus rayos a través de la ventana. Nubes gruesas descendieron en el horizonte, dando paso a una dispersión de blanco enfermizo.

“Trueno.”

“El Buró del Clima está prediciendo tormentas eléctricas. Una perturbación atmosférica, dicen.”

La leve grieta de una descarga eléctrica en la distancia se acercó a sus tímpanos. El sonido se intensificó hasta que un martillo de luz se estrelló contra el marco, enviando legiones de refuerzos en forma de gotas de lluvia a través de los cristales de las ventanas.

Ulrich Kessler era más bajo y ancho de hombros que su joven señor. Un hombre apuesto y viril de unos treinta y tantos años, su rostro, sin embargo, contaba una historia aparentemente más larga del servicio militar. Sus cejas estaban manchadas de blanco, y sus sienes se habían oscurecido prematuramente, rodeadas de olas de color marrón sólido.

“Gracias por aceptar verme en tan poco tiempo, Duque von Lohengramm. Tengo buenas noticias de que dos partidarios extremistas del antiguo

régimen aristocrático se han infiltrado en la capital. Vine aquí tan pronto como me notificaron”.

El joven señor, estacionado junto a la ventana, miró por encima del hombro a su subordinado.

“¿Y cómo es que recibió esta información?”

“En realidad, Excelencia, fue un informe anónimo”.

“¿Un informe anónimo?”, Dijo el primer ministro, disgustado. Esas dos palabras eran como insectos nocivos que corrompían el jardín de flores de su alma. Siempre había sido cauteloso con la información anónima, a pesar de saber su valor.

Un destello plateado serpenteaba a través del cielo en medio de un trueno estruendoso, rompiendo el silencio como porcelana rota. Sus reverberaciones siniestras permanecieron en sus canales auditivos. Antes de que estos desaparecieran, Reinhard se endureció e instó al jefe de la policía militar a continuar con los detalles de su informe.

Kessler manipuló una pequeña caja, mostrando una imagen holográfica ante los ojos del joven primer ministro. Aunque no era guapo por sí mismo, la cara pertenecía a un hombre de carácter y linaje obvios, uno cuyos rasgos no revelaban nada de la oscuridad detrás de su sonrisa.

“El conde Alfred von Lansberg. Edad 26. Como uno de los nobles que participaron en el Acuerdo de Lippstadt, desertó a Phezzan después de la derrota”.

Reinhard asintió en silencio. Recordó el nombre y la cara. Como participante activo en numerosas ceremonias, von Lansberg nunca había mostrado un poco de animosidad hacia Reinhard. Más inofensivo que no, habiendo nacido en la época de paz de la Dinastía Goldenbaum, von Lansberg era un hombre culto de disposición académica que vertió su energía en poesía y novelas mediocres. *El tipo que nunca trabajó un día en su vida*, pensó Reinhard. Un hombre mal equipado para estos tiempos

turbulentos. Sin duda, su aceptación de la facción que se oponía a Reinhard fue menos un acto de odio que el simple resultado de ser víctima de su propio linaje alto y los valores tradicionales de los que se consideraba como guardián.

El holograma de la cara de von Lansberg dio paso a un hombre un poco más joven que tenía todas las cualidades de un hombre de negocios capaz. Era, explicó el jefe de la policía militar, la del capitán Schumacher.

Leopold Schumacher se había graduado de la Academia de la IAF a los veinte años, ascendiendo de rango a capitán una década más tarde. Habiendo tenido un nacimiento innoble, había jugado un segundo papel en la línea del frente durante gran parte de su carrera y, a diferencia de Wolfgang Mittermeier, había ganado pocas oportunidades para distinguirse a través del servicio militar. Teniendo en cuenta esto, había llegado sorprendentemente lejos. Fortificado por los agudos poderes del razonamiento y el desempeño ejemplar durante las misiones, fue más que capaz de movilizar una gran fuerza para la acción. Estaba destinado a ir lejos.

Reinhard notó con pesar que la codicia había dejado su parte justa en su red. Pero cualquier cosa que le faltara en recursos humanos, lo compensó con recursos materiales. Desde que perdió a su compañero pelirrojo Siegfried Kircheis el año pasado, se había mostrado reacio a enterrar su pena.

Lo que planteó la pregunta: ¿por qué el conde Alfred von Lansberg y Schumacher abandonó su refugio de Phezzan para infiltrarse en Odín controlado por el enemigo?

“Supongo que falsificaron la identificación para poder ingresar”, dijo Reinhard, “¿y con nombres falsos?”

La respuesta de Kessler fue un no categórico. No habían alzado ni una ceja ante la inspección de pasaportes. Si no hubiera sido por el aviso anónima, sus verdaderas identidades nunca podrían haber sido descubiertas. Dado que las identificaciones fueron emitidas por el gobierno autónomo de Phezzan, Phezzan había sido claramente cómplice en este asunto, lo que

llevó a Kessler a buscar el juicio político de Su Excelencia.

Después de ver a Kessler salir con una promesa de más instrucciones, Reinhard volvió su mirada al cielo, ahora gritando con truenos y relámpagos.

“Supongo que sabes que un historiador imperial una vez comparó los enojados fuelles de Rudolf el Grande con el trueno, Fräulein von Mariendorf”.

“Sí.”

“Todo el símil”.

Hilda evitó una respuesta inmediata, en cambio estudió la elegante figura del joven primer ministro, cuya solemne atención se extendió mucho más allá de la ventana. Hilda oyó malicia en la voz de Reinhard.

“En cuanto a este fenómeno que llamamos trueno…”

Los rasgos regios de Reinhard brillaron en un relámpago, pareciéndose a una estatua hecha de sal.

“… Su energía se desperdicia en el momento en que se usa. Emite una tremenda cantidad de calor, luz y sonido, pero se enfurece locamente por el simple hecho de hacerlo. Eso es Rudolf a una T. ”

Hilda abrió sus labios bien formados pero los cerró sin decir una palabra, adivinando que su respuesta estaba más alejada de la mente de Reinhard.

“Pero no yo. ‘Nunca seré como él’”.

Hilda sintió que esas palabras se dirigían en parte al mismo Reinhard, en parte a alguien que no estaba en la habitación.

Reinhard se volvió hacia la habitación y al joven aristócrata que estaba allí.

“Fräulein von Mariendorf, ¿qué te parece? Me gustaría escuchar su opinión”.

“¿Con respecto a la motivación del conde von Lansberg para regresar a Odin?”

“Sí. Con igual facilidad podía vivir tranquilamente sus días en Phezzan, golpeando a esa perrera que tiene la audacia de llamar poesía, pero regresa para enfrentar cierto peligro. ¿Por qué crees que es?”

“Von Lansberg siempre fue un romántico”.

No exactamente rico en humor, Reinhard parecía estar encantado con su réplica de todos modos, y su boca se agitó en una amplia sonrisa.

“Respeto su opinión, pero me cuesta creer que el poeta bueno para nada regresó a su antiguo hogar en busca de romance. Estaría dispuesto a estar de acuerdo contigo si él fuera un hombre mayor, pero no ha pasado un año desde la guerra civil”.

“Como usted dice. La razón del regreso del conde von Lansberg tendría que ser mucho más significativa para que valga la pena el riesgo”.

“¿Qué podría ser, entonces?”

Reinhard disfrutó de sus diálogos con los sabios nobles. No solo por permitirle la compañía de una mujer, sino porque apreciaba los debates informales entre iguales intelectuales y valoraba la estimulación y la vitalidad que ella había aportado a su pensamiento.

“Como ha demostrado la historia, el terrorismo contra los poderes es suficiente para que cualquier romántico entre en acción. ¿Podría ser que, con la esperanza de satisfacer su lealtad inquebrantable y su sentido del deber, el Conde von Lansberg haya hecho un movimiento decisivo e infiltrativo?”

Hilda había respondido bien. El año pasado, se había apoderado de algo del

valor insustituible para la sociedad de Siegfried Kircheis.

“Por terrorismo, ¿quieres decir que planea asesinarme?”

“No, creo que es otra cosa”.

“¿Por qué?”

A la pregunta embarazada de Reinhard, Hilda dio un empujón. El asesinato era más probablemente un medio para redimir el pasado de uno en lugar de construir un futuro. Si Reinhard fuera asesinado, alguien más tomaría su lugar y todo el poder que lo acompañaba. Una de las razones por las cuales los nobles regimentados bajo el Acuerdo de Lippstadt habían sido derrotados era que el Duque von Braunschweig y el Marques von Littenheim habían estado en última instancia en desacuerdo sobre quién debería gobernar en el lugar de Reinhard después de que fue derrocado. Como el Almirante Kessler había supuesto, había razones para sospechar la participación de Phezzan en la infiltración del Conde von Lansberg. El colapso de un poder unificado resultante de la muerte de Reinhard provocaría un caos social y económico, y eso era lo último que Phezzan quería, al menos por ahora.

“Ahí es donde está mi mente. Si Phezzan tiene la intención de cometer cualquier acto de terrorismo, no será un asesinato, sino el secuestro de alguien importante”.

“En ese caso, ¿quién es el objetivo?”

“Puedo pensar en tres personas”.

“Yo mismo siendo uno de ellos, por supuesto. ¿Y los otros dos?” Hilda miró directamente a sus ojos azul hielo.

“Una sería la hermana de Su Excelencia, la condesa von Grünewald”.

A pesar de que estas palabras escaparon de los labios de Hilda, el color se extendió a través de la complexión de Reinhard, preludio de una oleada de

emociones violentas.

“Si a mi hermana le duele algo, le haré hace maldito poeta sentir tanto dolor que deseara nunca haber nacido. Luego lo mataré de la manera más cruel que se pueda imaginar”.

Hilda no vio ninguna razón para creer que Reinhard no cumpliría todas las palabras de ese juramento. Si, efectivamente, el Conde Alfred von Lansberg había cedido a la tentación de la insubordinación, entonces habría desatado al siguiente vengador descarriado.

“Duque von Lohengramm, he superado mi información. Por favor perdóname. Casi no hay razón para sospechar que su hermana sería secuestrada en este caso”.

“¿Cómo puedes estar tan segura?”

“Porque el secuestro de mujeres como rehenes va en contra de todo lo que representa el Conde von Lansberg. Como acabo de decir, él es un romántico de corazón. En lugar de soportar el ridículo de secuestrar a una doncella indefensa, creo que tomará otra ruta, una que no se realizó tan fácilmente”.

“Tienes razón. Tal vez el Conde von Lansberg es solo un poeta tonto, después de todo. Aún así, si Phezzan está involucrado en esta trama, como usted sugiere, podría ser un medio conveniente para un fin. Los Phezzanese son realistas en el peor sentido posible. Probablemente forzarán la mano del Conde von Lansberg por cualquier método que produzca el máximo efecto con la menor cantidad de esfuerzo”.

Los sentimientos de Reinhard por Annerose, la condesa von Grünewald, dominaron constantemente su razón. Esta fortaleza psicológica que había construido alrededor de ella, en lo que se refiere a sus puntos débiles, no se parecía en nada a la incondicional sociopatía de Rudolf el Grande, a quien a veces se le llamaba el “Gigante de acero”.

“Duque von Lohengramm, lo ha reducido a tres posibles objetivos de secuestro. Ya he tachado el nombre de Su Excelencia de esa lista mental. E

incluso si fueras el objetivo previsto del Conde von Lansberg, parece ajeno al hecho de que Phezzan está tirando de las cuerdas. También descartaría a la condesa Von Grünewald, porque dudo que el Conde Von Lansberg esté siquiera consciente de ella. Esto nos deja con el tercer candidato. El único, me parece, que cumple con todos los criterios".

"¿Y quién podría ser?"

"Lleva la corona del emperador, incluso mientras hablamos".

Reinhard no traicionó ninguna sorpresa. Había llegado a la misma conclusión que Hilda, aunque su tono subrayaba lo inesperado.

"¿Quieres decir que el intento romántico es secuestrar al emperador?"

"Dudo que el Conde von Lansberg lo viera como un secuestro, sino más bien el deber de un leal sirviente que libera a su señor juvenil de las manos del enemigo. Lo haría en un abrir y cerrar de ojos."

"Un poeta que puedo manejar. Pero ¿qué pasa con las otras partes involucradas? ¿Qué podría ganar Fezzan al secuestrar al emperador?"

"Eso no está claro. A menos, por supuesto, la participación de Phezzan nunca fue descubierta".

"Ahora estamos llegando a alguna parte". Reinhard asintió, concluyendo que la posibilidad de las inferencias de Hilda era más que probable. No es que él pudiera culpar a Phezzan, considerando su manera de pensar utilitaria y el carácter del Conde von Lansberg.

"Así que el zorro negro de Phezzan levanta su fea cabeza una vez más. Nunca baila solo, sino que toca su flauta en los huecos sombríos de las cortinas. Sirve a ese poeta bueno para nada correcto por ser su perro faldero ", murmuró Reinhard, su voz teñida de odio.

Aunque Reinhard no sintió simpatía por el "poeta bueno para nada", tampoco pudo convencerse de celebrar la victoria del Landesherr de

Phezzan, Adrian Rubinsky.

“Fräulein von Mariendorf, sospecho que fue uno de los espías de Phezzan quienes informaron anónimamente la infiltración de von Lansberg y su tripulación. ¿Qué piensas?”

“Sí, creo que Su Excelencia habla correctamente”.

Por un momento, Hilda esperó que Reinhard sonriera. En cambio, el joven primer ministro volvió sus ojos azul hielo por última vez a la ventana, con el rostro severo como una roca, trazando los caminos de sus pensamientos.

II

El clima no estacional se prolongó hasta el día siguiente, envolviendo el cementerio imperial central en capas de gotas de agua que no eran ni niebla ni lluvia. Incluso las hileras de abetos, que en días claros transformaban la luz del sol en árboles de cristal, permanecían solemnes en la bruma.

Dejando atrás su automóvil para esperar, Hilda caminó por un camino de piedra, sosteniendo un ramo de lirios fragantes de rayos dorados. Tres minutos después, llegó a la tumba que la había llevado allí.

La tumba estaba lejos de ser magnífica. Incluso la inscripción tallada en la inmaculada lápida blanca era rudimentaria:

AQUÍ ESTÁ MI AMIGO
SIEGFRIED KIRCHEIS
NACIDO 14 ENERO 467 IC
MUERTO 9 SEPTIEMBRE 488 IC

Hilda estaba de pie ante la lápida, sus blancas mejillas mojadas de lágrimas. *MI AMIGO* . ¿Durante cuánto tiempo las personas comprenderían de

manera correcta y completa el peso de esas palabras? Reinhard había pagado al camarada pelirrojo que le había salvado la vida muchas veces: como oficial imperial, ministro de asuntos militares y, por último, comandante en jefe de las fuerzas imperiales, se había dedicado a la importante tarea de ser el tercer comandante imperial, como tantos almirantes antes de él habían soñado con convertirse en ellos mismos. Reinhard todavía estaba de luto por su pelirrojo amigo, y para él la inscripción de la lápida tenía un significado más oculto que el que estaba escrito allí.

Hilda dejó su ramo de lirios en la lápida fría, húmeda y plana, preguntándose si la temperatura aumentaría o debilitaría su fragancia. Incluso cuando era niña, nunca había sido tan buena para las flores y las muñecas, y su amable y ordinario padre había estado demasiado ocupado con las preocupaciones de la herencia y el medio ambiente como para cuidarlos.

Hilda nunca había conocido a Siegfried Kircheis. Pero si no hubiera sido por la victoria de Kircheis en el levantamiento de Kastropf dos años antes, el padre de Hilda, Franz von Mariendorf, podría no haber vivido. Ella sintió que le debía algo, al menos. Inmediatamente antes de la guerra de Lippstadt, Hilda había persuadido a su padre para que negociara con Reinhard, trayendo la paz al gobierno de Mariendorf y liberando a la casa de Mariendorf de las garras de la muerte. Hilda nunca había sobreestimado su propio servicio meritorio, tampoco.

Siegfried Kircheis había sido inigualable en sus habilidades, conocimientos y lealtad. Ayudó a Reinhard como asesor y obtuvo los máximos galardones en campañas como la Rebelión de Kastropf, la Batalla de Amritsar y la Guerra de Lippstadt. Si hubiera vivido, quién sabía cómo y por qué hechos monumentales, podría haber alterado el curso de la historia a través de sus operaciones de antialianza.

Aún así, como hombre, no había sido perfecto, y sin duda habría cometido algunos errores en el camino, resultando, no menos importante, de posibles conflictos de emociones y choques de ideales con el mismo Reinhard. Tenían, de hecho, cabezas a menudo a tope. Cuando Kircheis había salvado

a Reinhard por su propia persona, había sido desarmado. Hasta entonces, solo a Kircheis se le había permitido llevar las armas de mano prohibidas a otros. Cuando Reinhard revocó ese privilegio, tratando a su amigo pelirrojo como si tuviera cualquier otro subordinado, la tragedia de todo esto desgarró al rubio dictador con garras de remordimiento. La masacre de Westerland también había abierto una brecha entre ellos, dejando un sentimiento de pesar inconmensurable y sin resolver.

Hilda negó con la cabeza. Pequeñas gotas de agua se pegaban a su corto cabello rubio. Una pesadez desagradable pesaba sobre sus hombros. Miró el epitafio una vez más. A pesar de ser un regalo del corazón, tal vez los lirios no fueran tan apropiados para Siegfried Kircheis. Tal vez fueron un presagio. Tal vez ella necesitaba aprender más sobre las flores.

Hilda se dio la vuelta y se fue. Ella había venido aquí con gran dolor y no podía encontrar ninguna palabra con la que honrar a los muertos.

Ubicada en la parte occidental del centro de la capital imperial, la zona montañosa de Freuden se extendió durante seis horas en un vehículo terrestre. Las crestas de las montañas se encontraron en un solo punto desde tres direcciones, chocando en nudosas olas de roca. Profundos barrancos y cadenas de lagos se habían formado donde los rangos y las vías fluviales se cruzaban. En tales elevaciones, la flora mixta dio paso a las coníferas y a los grupos de vegetación alpina que parecían besar el cielo, brillados por el brillo del arco iris de la nieve perpetua alcanzada por la luz solar.

Pastos y macizos de flores naturales salpicaban la tierra entre los bosques y los promontorios, afirmándose sin pretensiones como cunas ideales para las villas de montaña que los adornaban. Estas villas, casi sin excepción, pertenecían a la realeza, aunque la mayoría de sus propietarios habían perecido en la Guerra de Lippstadt. Eventualmente, serían entregados a ciudadanos laicos, pero por ahora solo se quedaron allí, abandonados y sin atención.

La villa de Annerose, la condesa von Grünewald, estaba situada en una

península en forma de Y que sobresale en medio de un lago.

Una puerta de roble siempre verde estaba en la base de la península, con la puerta abierta. Fue aquí donde Hilda desembarcó de su automóvil. El suboficial que servía de conductor hizo hincapié en la hora de la tarde y en la distancia que aún tenía que caminar. Él la animó a usar el auto, pero ella se negó.

“Eso está bien— me dará la oportunidad de estirar las piernas”.

A Hilda le pareció un crimen no disfrutar del ambiente, tan fresco y refrescante como para ser dulce.

El camino sin pavimentar se inclinaba ligeramente en matorrales de avellanos, a través de los cuales se filtraba el balbuceo de un arroyo que corría a su lado.

Acompañada por su conductor y con un paso galante— una característica que seguramente destacaría su futuro biógrafo— Hilda caminó por un tiempo antes de detenerse en una curva en el camino. Los árboles terminaron, revelando un prado fragante, y parados en él una villa de madera de dos pisos. Hilda caminó lentamente hacia la joven hermosa y esbelta que estaba delante de ella, teniendo cuidado de no asustarla.

“La condesa von Grünewald, supongo.”

“¿Y usted es?”

“Hildegard von Mariendorf, Secretaria privada, de su Excelencia el Duque von Lohengramm, a su servicio. Estaría muy agradecida por su tiempo”.

Esos ojos de color azul profundo miraron en silencio a Hilda, que se encontró con su mirada a pesar de que una vaga tensión echaba raíces en su interior. Aquí hay alguien, pensó Hilda, *que no tiene un hueso combativo en su cuerpo y contra quien el engaño y la estrategia serían inútiles.*

“¡Konrad!”

Un joven salió de la villa de inmediato. El cabello dorado del sirviente de Annerose, en todas sus sutiles variaciones, brillaba a la luz del sol menguante. No parecía tener más de catorce años.

“¿Has llamado, lady Annerose?”

“Tenemos un invitado, a quien estoy obligado a entretener. Escolta al conductor al comedor, ¿quieres, y prepárale un poco de cenar?”

“De inmediato, Lady Annerose.”

Cuando el conductor se despidió con el niño, su expresión era una mezcla de gratitud y anticipación, Annerose llevó a su visitante inesperado a un salón acogedor y antiguo con una chimenea.

“¿Condesa, no es el hijo del vizconde von Moder?”

“Sí, es todo lo que queda de la familia von Moder”.

Hilda conocía ese nombre como una de las familias reales contra las cuales Reinhard había luchado. Por un giro del destino, Annerose se había convertido en su tutora.

Mirando por la ventana, vio la puesta de sol, mucho más cerca del solsticio de verano. Un rayo de luz cayó del cielo, tejiendo una banda de oro alrededor de un distante bosque de hayas hasta que desapareció. El cielo pasó de lo profundo a lo oscuro, y en poco tiempo las siluetas de los árboles no pudieron distinguirse de su expansión. Las estrellas llenaron la noche con su luz dura, haciendo que pareciera que todo lo que uno tenía que hacer era quitar una capa de atmósfera para tocar el cosmos. *En el día, el cielo pertenece a la tierra; Por la noche, pertenece al universo* — Hilda recordó haber oído eso una vez. El hermano menor de Annerose había librado batalla en ese mismo mar de estrellas, había conquistado algunas de ellas y se estaba preparando para otra ronda.

Las llamas bailaban vigorosamente en la chimenea. La primavera y el

verano llegaron a estas montañas dos meses después que en el centro de la capital, mientras que el otoño y el invierno llegaron dos meses antes. El aire crepuscular creció por segundo de frío a frío, contra el cual el fuego resplandeciente parecía un grueso abrigo cosido del espíritu humano y la carne. Hilda se sentó en el sofá y, no queriendo ser descortés, ahogó un suspiro de satisfacción. La relajación era un lujo que no podía permitirse. Después de que Hilda reveló el motivo de su visita, la bella condesa miró con gracia hacia otro lado.

“Así que Reinhard insiste en cuidarme, ¿verdad?”

“Sí, el duque von Lohengramm tiene motivos para temer que te conviertas en un objetivo terrorista. Esperaba que pudieras volver y vivir con él, pero dijo que probablemente nunca lo aceptarías. Como mínimo, espera que le permitas colocar guardias blindados alrededor del perímetro de Freuden”.

Hilda esperó a que Annerose hablara. Hilda no esperaba una respuesta inmediata y sabía que no debía forzarla.

Reinhard le había dicho lo que podía esperar de una manera menos parecida a un dictador que a un niño pequeño realmente preocupado por la seguridad de su hermana mayor. Él podría haberla llamado él mismo, pero sabía que ella no lo habría visto, y así se lo había confiado a Hilda.

Es por ella que vivimos en el mundo que vivimos, pensó Hilda, incapaz de contener un cierto asombro. La encantadora Annerose, cuya gentil modestia daba una impresión de la luz solar temprana de la primavera, era la piedra angular de su generación. Hace doce años, mientras estaba alojada en el palacio trasero del difunto emperador Friedrich IV, fue cuando estalló la represa. Los futuros historiadores dirían lo mismo, que la caída de la Dinastía Goldenbaum fue puesta en movimiento por esta criatura elegante y única. Si no fuera por su hermana, el precipitado ascenso al poder de Reinhard von Lohengramm hubiera sido imposible. Nadie alteró la historia, y el mundo, a su antojo. Como el polen llevado a un paisaje árido en previsión de nuevas flores, su florecimiento fue hasta el viento.

Por fin, Hilda tuvo su tímida respuesta.

“No tengo la necesidad ni el mérito de ser vigilada, fräulein”.

Hilda y Reinhard habían anticipado esta respuesta. Como la encargada de la solicitud del primer ministro, Hilda estaba dispuesta a cambiar de opinión.

“Con el debido respeto, condesa, ambos necesitan y son dignos de ello. Al menos el duque von Lohengramm cree que sí. Nos aseguraremos de que su vida tranquila no cambie. ¿No estarás, como mínimo, de acuerdo con alguna protección adicional en la villa?”

Una sombra prudente de una sonrisa se reveló en los labios de Annerose.

“No hablemos más del presente. Nuestro padre, después de pasar su modesta fortuna, terminó por perder su propiedad y entrando en el centro de una pequeña casa. Eso fue hace doce años. Se sentía como si hubiéramos perdido todo, pero también ganamos cosas nuevas para reemplazarlo. El primer amigo de Reinhard era un chico alto con el pelo rojo ardiente y una sonrisa agradable. Le dije a ese muchacho: “Sieg, sé amable con mi hermanito, ¿de acuerdo?””

Los troncos se movieron en la chimenea con un chasquido fuerte. Las llamas naranjas bailaban, proyectando sombras del hablante y el oyente a su vez. Al escuchar hablar a la hermosa condesa, Hilda vio que la humilde esquina del centro de la capital se reconstruía ante sus propios ojos. Allí estaba una chica en su adolescencia, sonriendo con esa misma sonrisa transparente, y un chico pelirrojo cuyo rostro quemado tan brillante como su cabello. Y había otro niño, observándolos como un ángel que había perdido sus alas, agarrando la mano de su amigo pelirrojo y diciendo, con una convicción más allá de su corta edad, “Está decidido, entonces. Nosotros siempre estaremos juntos.”

“El niño pelirrojo cumplió esa promesa. No, él hizo más de lo que jamás podría haber esperado— algo que nadie más podría haber hecho por mí. Le he robado a Siegfried Kircheis su vida, toda su existencia y todo lo que está más allá de ella. Se ha ido de este mundo, incluso mientras sigo viviendo en él”.

Hilda no dijo nada.

“Soy una mujer llena de pecado”.

En toda su experiencia con diplomáticos elocuentes, tácticos tramposos e incluso con severos fiscales, esta fue la primera vez que Hilda se encontró sin palabras. Sabiendo que era poco útil discutir, se mantuvo firme, tranquila y sin vergüenza.

“Condesa von Grünewald, por favor, perdóneme por hablar de esta manera, pero aun así hablaría. Si algo te sucediera debido al terrorismo de los antiguos realistas, ¿se alegraría el almirante Kircheis en Valhalla?”

Bajo cualquier otra circunstancia, Hilda se habría prohibido un razonamiento sin tacto. Ella nunca había sido capaz de dejar que las emociones la superaran. En este caso, sin embargo, parecía la única manera.

Además, te imploro que pienses no solo en los muertos, sino también en los vivos. El Duque von Lohengramm no se puede salvar, condesa, si lo abandonas. El almirante Kircheis era demasiado joven para morir. ¿No crees que el duque von Lohengramm también lo es?

Algo más que la luz del fuego tembló en el rostro de porcelana blanca de la amante.

“¿Estás diciendo que he abandonado a mi hermanito?”

“Creo que el duque von Lohengramm quiere cumplir su deber hacia ti. Si solo aceptaras sus deseos, entonces podría llegar a pensar que su existencia todavía significa algo para su hermana. Y eso es increíblemente importante no solo para el Duque von Lohengramm, sino para todos”.

Annerose se volvió despreocupadamente hacia la chimenea, pero su atención parecía alejada de las retorcidas llamas.

“Cuando dices a todos, ¿te estás incluyendo, fräulein?”

“Sí, no lo negaré. Más importante aún, hay una esfera aún mayor de personas ahí fuera. Dudo que las decenas de miles de millones de ciudadanos del Imperio Galáctico deseen ver a su soberano caer en la ruina “.

Annerose se quedó sin habla.

“Él me ha asegurado repetidamente que su vida no será interrumpida de ninguna manera. Y así, le pido que le conceda al Duque von Lohengramm — no, Lord Reinhard — este único deseo. Después de todo, todo lo que él ha querido en su vida ha sido por su bien”.

Por unos momentos, el tiempo fluía silenciosamente a su alrededor.

“Estoy muy agradecida por su preocupación, fräulein, y por ser tan considerado con mi hermano menor”.

Annerose miró a Hilda y sonrió.

“Fräulein von Mariendorf, lo dejo todo a su discreción. No tengo ninguna intención de dejar mi villa en la montaña, así que, por favor, haz lo que creas que es mejor”.

“Estoy eternamente agradecida, condesa von Grünewald”, dijo Hilda con corazón.

Tal vez Annerose no quería ningún problema, pero de todos modos aceptó.

“Y por favor, de ahora en adelante, llámame Annerose”.

“Lo haré, y por favor llámame Hilda”.

Hilda y su conductor se alojaron esa noche en la villa de Annerose. Cuando Hilda entró en la lujosa habitación de arriba, Konrad le trajo una jarra de agua.

“¿Puedo hacerte una pregunta?”

“Por todos los medios, adelante”.

“¿Por qué no te vas de Lady Annerose, cuando lo único que quiere es vivir en paz? Soy la única que ella necesita para protegerla. Cualquiera más se interpondría en el camino”.

Hilda miró a los ojos del muchacho— rebosantes de rabia, duda y cierto aire de valor— con amabilidad. Su corazón, aún no contaminado por el interés propio, todavía no había experimentado los estragos del tiempo.

“Entonces, que esto sea mi promesa también para usted: Lady Annerose no será molestada en lo más mínimo. Los guardias nunca pondrán un pie dentro de esta villa, ni comprometerán tus deberes. Comprende que no eres el único que desea proteger a Lady Annerose”.

Konrad se inclinó en silencio y se fue, dejando a Hilda rascándose la cabeza de cabello corto y rubio y escudriñando el interior de la habitación. Al igual que el salón de abajo, era limitado, pero tenía un encanto modesto. Los cojines y el mantel eran hechos a mano, claramente el trabajo de la dueña de esta casa. Hilda abrió la ventana y contempló el cielo nocturno, que para ella era tan estrecho que todas las estrellas parecían tocarse entre sí.

Mira cómo la luz de las estrellas más fuertes supera a las más débiles, pensó Hilda. *Tales son los caminos de este mundo y las historias de quienes viven en él.* Ella no pudo evitar sonreír con amargura ante su estúpido deseo de paz. Al menos aquí, en esta sala, se dieron calidez y confort. Al escuchar la llamada de Hypnos, Hilda bostezó y cerró la ventana.

III

En contraste con la estancia de Hilda en las montañas Freuden, el trabajo de Reinhard fue decididamente prosaico. Los asuntos relacionados con los negocios eran prácticos por naturaleza, y cuando se trataba de una batalla

diplomática con Landesherr Adrian Rubinsky, conocido ampliamente como el formidable “zorro negro de Phezzan” y sus agentes, el sentimiento no era una opción. Dado que Reinhard no tenía en cuenta las normas político – morales de los líderes de Phezzan, anticipó que sus negociaciones no serían más que un ejercicio de interés propio de su parte. Una vez un militar, siempre un militar; Una vez un comerciante, siempre un comerciante; Una vez un villano, siempre un villano; y él había aprendido a tratar a cada uno en consecuencia. El Phezzanese, en toda su astucia, no debía ser subestimado, sino temido por derribar cualquier cosa que se interpusiera en su camino.

El comisionado Boltec recibió una invitación de Reinhard la tarde del 20 de junio. Boltec había estado refunfuñando sobre las especias en su Phezzanese Wiener schnitzel y se alegró cuando el mensaje de Reinhard interrumpió su almuerzo a través de la policía militar. El escote de dos piezas usadas por su secretaria femenina tampoco afectó su estado de ánimo.

Cuando se acercó a la oficina del primer ministro, los músculos de su rostro se redistribuyeron en la máscara de un hombre escrupuloso. Como aspirante a actor, a Boltec le dolía pensar que sus talentos en este arte exquisito no serían reconocidos.

“Primero que nada, me gustaría que confirmaras algo por mí”, dijo Reinhard, que le ofreció a Boltec una silla y se sentó en su propio asiento, su tono intimidante y refinado.

“Por supuesto, Su Excelencia. ¿Qué es?”

“¿Estás aquí bajo la autoridad total de Landesherr Rubinsky, o eres solo su lacayo?”

Boltec miró al elegante primer ministro con humildad, solo para encontrarse con un agudo escrutinio.

“¿Bien?”

“Lo último, como cuestión de rutina, Su Excelencia”.

“Una cuestión de curso, ¿verdad? Nunca he sabido que los Phezzanese valore la forma sobre la sustancia”.

“¿Puedo tomar eso como un cumplido?”

“Tómalo como quieras”.

“Está bien.”

Boltec se movió en su asiento. Reinhard extendió las comisuras de su boca en una leve sonrisa, casualmente lanzando su primer disparo.

“¿Qué es exactamente lo que quiere Phezzan?”

Boltec se esforzó por mantener su discreta actuación, observando con los ojos bien abiertos.

“Con el debido respeto, Su Excelencia, no tengo idea de lo que está hablando”.

“¿Oh, tu no?”

“Yo no. Sea lo que sea, no estoy en ninguna posición para—”

“Eso es molesto escuchar. Para que una obra de primera categoría se convierta en un drama de primera clase, se requiere un actor de primera clase. Pero tu rendimiento es tan transparente que te quita toda la diversión, ¿no te parece?”

“Eso es un poco duro”. Boltec sonrió avergonzado, pero Reinhard sabía que no estaba dispuesto a quitarse la máscara o los guantes, en el corto plazo.

“Entonces déjame preguntarte de esta manera: ¿qué puede ganar Phezzan por secuestrar al emperador?”

Boltec se quedó sin habla.

“¿O crees que el conde von Lansberg no se adapta a la tarea, me pregunto?”

“Estoy impresionado. ¿Fue tan obvio?

Aunque no estaba claro si hablaba desde su corazón o desde un guión, Boltec miró a Reinhard con admiración de todos modos, sabiendo cuándo fue derrotado.

“Entonces, naturalmente, Su Excelencia es consciente de que fue un agente de Phezzanese quien le informó”.

Al no ver ninguna razón para responder a esto, Reinhard enfocó sus ojos azul hielo en el comisionado con indiferencia. La sangre de Boltec se enfrió.

“En ese caso, Su Excelencia, puede estar seguro de que le he contado todo lo que sé”. Boltec se inclinó hacia delante. “En nombre del gobierno Phezzanese, ofrezco humildemente nuestra cooperación en los diseños de Su Excelencia en la regla total”.

“Entonces, ¿esa es la intención de Rubinsky?”

“Sí”.

“Y, sin embargo, su apertura a esta cooperación profesada es ayudar a las reliquias de la alta nobleza en el secuestro del emperador. ¿Le importaría explicar?”

Boltec dudó, pero decidió jugar la carta que había estado guardando en el momento adecuado. Bajó los escudos y habló con franqueza.

“Esto es lo que estoy pensando. El conde Alfred von Lansberg está rescatando a su emperador, Erwin Josef II, de las manos de un siervo traidor. Al menos eso es lo que se dice a sí mismo, mientras que, para todos los demás ojos, el emperador está desertando a la Alianza de Planetas

Libres a través de Phezzan para establecer un gobierno en el exilio. Por supuesto, todo será una farsa, pero sé que usted, Duque von Lohengramm, nunca toleraría semejante estado de cosas”.

“Sigue.”

“Su Excelencia, ¿realmente necesito explicar cómo esto le daría una razón irrefutable para suprimir la Alianza de Planetas Libres?”, Sonrió Boltec. Parecía estar complaciendo a su oyente, pero ese no era el caso.

El emperador de siete años, Erwin Josef II, estaba fuera del control de Reinhard; todo eso era cierto. Que este chico, un administrador temporal del trono que Reinhard usurparía algún día, hubiera sido coronado emperador, no había duda, pero su edad presentaba un gran problema. Si su usurpación llegara con derramamiento de sangre, las acusaciones de infanticidio inevitablemente se propagarían de la copa de esta era a la siguiente.

La carta del emperador era discutible siempre que Reinhard fuera la que la sostenía. Repartido en la mano de la alianza, sin embargo, podría jugarse como un bromista malicioso, destruyendo la alianza desde dentro.

Si, como había sugerido Boltec, el emperador se sometió a la tutela de la alianza, Reinhard tendría una causa concluyente y justa para invadir la Alianza. No le importaba que lo acusaran del secuestro del emperador o, por lo demás, de incitar al plan reaccionario de la alta nobleza para detener la revolución social en el imperio. De cualquier manera, las circunstancias estaban a su favor. La opinión pública estaba garantizada para dividirse sobre el emperador. Incluso esto sería una ventaja superlativa de Reinhard. No solo militarmente, sino también políticamente. La oferta de Phezzan, asumiendo que era genuina, fue un favor muy bien recibido.

“¿Qué, entonces, recomiendas? ¿Se espera que solo incline mi cabeza en deferencia a la buena voluntad de Phezzan?”

“Estoy detectando algo de cinismo”, dijo Boltec.

“Entonces dime, en términos inequívocos, lo que me harías hacer.

Empujarse unos a otros es diversión y juegos hasta que estamos perforados con agujeros”.

Incluso Boltec, tan astuto como era, no pudo detener el impulso de Reinhard.

“Llegaré directo al punto. Duque von Lohengramm, debe tomar la autoridad secular y toda la hegemonía política y militar que la acompaña, en sus manos. Phezzan tiene toda la intención de monopolizar los intereses económicos universales, incluidos los canales de distribución interestelar y el transporte, siempre que esos intereses estén bajo el control de Su Excelencia. ¿Esto te conviene?”

“No es un mal plan, pero te has olvidado de una cosa. ¿Qué pasará con el estatus político de Phezzan?”

“Esperamos que su Excelencia pueda considerar el autogobierno bajo la soberanía. Los sets y los accesorios permanecen igual— solo cambia el director”.

“Lo pensaré un poco. Otra vez, si la alianza no acepta la deserción del emperador, entonces no importa cuán superlativo sea el drama, la trama nunca avanzará”, dijo Reinhard. “¿Cuál es tu sentido en ese frente?”

Boltec respondió con una confianza en sí mismo que bordea la insubordinación.

“En ese punto, tenga la seguridad de que Phezzan se hará cargo de las cosas. Haremos lo que sea necesario”.

Si solo hubiera un solo diplomático de cabeza fría en la Alianza, podrían usar al emperador como su carta de triunfo de la diplomacia antiimperial. En desafío a toda crítica humana o sentimental, el emperador sería entregado directamente a las manos de Reinhard. Reinhard no solo no tenía razón para negarse, sino que un comodín inútil se vería obligado a hacerlo si no tenía cuidado. Phezzan podría protegerlo. El absurdo de no propagar el fuego que había iniciado no se perdió en Reinhard. Ya era hora de que

subieran su apuesta.

“Comisionado, si Phezzan desea hacer un pacto conmigo, hay algo más que debe concederme”.

“¿Y qué podría ser eso?”

“Debería ser obvio. Debes conceder a la Marina Imperial un pasaje libre a través del Corredor Phezzan”.

El comisionado de Phezzan no pudo ocultar su sorpresa, ya que nunca había esperado que el futuro se decidiera con tanta resolución en ese instante. Apartó la vista, vacilando momentáneamente por todos los cálculos y decisiones que se ejecutaban a través de sus sinapsis. Un ataque imprevisto había revelado un punto débil en la barrera protectora del comisionado.

“¿Qué otra cosa esperabas? ¿Te quitó la lengua el gato?” La fría y magnífica risa de Reinhard cayó sobre Boltec.

El comisario apenas se arrepintió. “No tengo la libertad de responder de inmediato, Su Excelencia”.

“¿No dijiste que me ayudarías en mi búsqueda de la hegemonía? Debes estar más que dispuesto a cumplir con mis demandas. Viendo que tengo muchas justificaciones para invadir, sería inútil cerrar esa avenida”.

“Pero…”

“Usted está sudando, Comisionado. ¿Es posible que su verdadera intención sea marcar un camino a lo largo del Corredor Iserlohn con cadáveres imperiales, dejando que Phezzan coseche los beneficios mientras el resto de nosotros estamos ocupados luchando? No lo pondría por delante de ti”.

“Ahora estás pensando demasiado en el asunto, Su Excelencia”.

La débil protesta del comisionado no se registró en ningún lugar en el radar de Lohengramm. La risa de Reinhard golpeó el tímpano de Boltec como

una cuerda de arpa tirada, más afilada que una aguja.

“Muy bien entonces. Phezzan tiene sus propios intereses y opiniones. Pero también lo hacen el imperio y la alianza. Si dos de estos tres poderes combinaran fuerzas, solo sería en el mejor interés de Phezzan ser uno de ellos, ¿no es así?”

Con esas palabras, Reinhard había ganado a Boltec. El joven dictador rubio sostenía el imperio y la alianza en la palma de su mano y había insinuado la posibilidad de aniquilar a Phezzan. Boltec sabía, con cada fibra de su ser, que Reinhard no rendiría su liderazgo a nadie.

CAPÍTULO 02: LABERINTO

I

Luego de ingresar a la oficina del primer ministro con buen ánimo, Boltec volvió a los suyos de mal humor. Sus piernas se sentían como si estuvieran hundidas en el barro.

Entre sus subordinados, aquellos predispuestos al optimismo anticiparon el cambio de estación, preparándose para otro invierno. Aunque uno podría pensar que incluso los pesimistas más inflexibles eran conscientes de esto, no podían darse el lujo de alardear de su previsión, y al igual que las tortugas retrajeron sus cuellos, para calibrar su entorno desde dentro de sus conchas.

Como líder de los hombres, Boltec nunca había sido uno por el despotismo, pero como cualquier diplomático, llevaba máscaras diferentes dentro y fuera de la oficina.

“Ese mocoso de oro nos ha tendido una mano escandalosa”, dijo su secretaria. “¿Cuál es?”

“Él amenaza unirse a la alianza y superar a Phezzan militarmente. No podemos pensar por un momento que Phezzan es el único que puede ganar”.

El comisionado no necesitaba mirar el rostro del hombre para saber que estaba conteniendo su ira.

“Pero, ¿cómo podría hacer tal cosa? El duque von Lohengramm nunca uniría fuerzas con la alianza. Esa es una hipótesis sin fundamento si alguna vez he escuchado una”.

El comisionado se rió de la lógica de su subordinado. Si tal pensamiento pasara por una verdad probable en estos días, no solo los actuales líderes de la alianza serían ignorantes cuando se levantarán las cortinas del imperio y la producción colaborativa de Phezzan, *El Vuelo del Emperador,* sino que la posibilidad ni siquiera cruzaría sus mentes. Reinhard se había dado cuenta de esto de alguna manera por la alianza. Suponiendo que jugara bien sus cartas, sus fuerzas militares combinadas serían suficientes para aniquilar a Phezzan, y luego algunas. ¿Acaso ese mocoso dorado no provocó un golpe de estado entre los miembros de la alianza el año pasado?

La alianza estaba muy endeudada con Phezzan, ya que continuaba fortaleciendo los estados semicoloniales de Phezzan. Pero si se destruyera a Phezzan, también sería la deuda junto con ella. No había ninguna garantía de que los líderes sin principios de la alianza no dejarían que la codicia los superara.

También podrían dar un golpe fatal. Boltec rechinó los dientes por los nuevos desarrollos provocados por su conversación con Reinhard. Cuando se dio cuenta de dónde y cómo habían ido mal sus cálculos, su rey había sido llevado a un rincón del tablero de ajedrez, indefenso y solo. Para evitar la derrota unilateral, concedería al oponente que lo tenía bajo control. Se burló de la arrogancia de esta alianza conjunta.

No se suponía que hubiera sido así. En absoluto. Quizás Phezzan había tomado la iniciativa, más que feliz de unirse a la alianza. Al utilizar a un agente para informar en secreto sobre la infiltración del conde von Lansberg, cortejaron la ansiedad y la sospecha de Reinhard como una puerta doble para la negociación. Parecía una buena idea, pero no podía tomar en serio a su oponente. Fue un error infantil para alguien que siempre había reconocido la experiencia de los diplomáticos y estrategas políticos de Phezzan.

“¿Cuál es su plan, señor Comisario?”, Preguntó la secretaria, reuniendo el

sentido del deber y la valentía lo mejor que pudo.

Boltec se volvió hacia su subordinada, vistiendo su máscara más autorizada. “¿Qué quieres decir?”

“Con respecto al conde von Lansberg y al capitán Schumacher. ¿Preferirías que destruyéramos nuestros planes, nos deshiciéramos de esos dos y fingiéramos ignorancia?”

Boltec no tuvo respuesta.

“Lejos de lo ideal, lo sé, pero siempre está el futuro”.

El secretario agachó la cabeza, esperando una respuesta enojada, pero Boltec siguió pensando profundamente.

Tenía su propio estado para pensar. Había pasado del asistente de Landesherr al comisionado imperial — una posición perfectamente respetable según los estándares políticos de Phezzan. Entre los Phezzanese, las obligaciones de deber eran débiles. Los suboficiales fueron tratados como nadie sin valor y se consideraba que tenían poca aptitud para los negocios. Una posición tan alta como la de Boltec merecía un respeto adecuado, pero si fracasaba en un importante esfuerzo diplomático imperial y traicionaba la confianza de Landesherr, lo despreciarían como indigno de su posición y lo desterrarían como funcionario común.

¿Y si cedió a la intimidación de Reinhard von Lohengramm y abrió el corredor de Phezzan a la Armada Imperial? Independientemente de su preparación militar, la monopolización de las rutas comerciales extinguiría la independencia y la prosperidad de Phezzan de un solo golpe.

Phezzan no era un estado totalitario. Las rutas comerciales eran un sistema cooperativo eficiente que habían creado voluntariamente para proteger su propia libertad y beneficiarse del conflicto. Al menos, así es como serían recordados.

Luego estaban los orgullosos comerciantes independientes, que nunca

entregarían su precioso Corredor Phezzan a la Armada Imperial. Una rebelión violenta era inevitable, una que dañaría la independencia y neutralidad de Phezzan como una nación comercial. Dominio era nominalmente permanente, pero se convocaría un consejo de ancianos con sesenta miembros en respuesta a las demandas de más del 20 por ciento del electorado. Si se aprueba una mayoría de dos tercios, podrían expulsar Landesherr de su sede política.

Desde la época del fundador Leopold Raap, este sistema nunca se había utilizado. En el caso de que Adrián Rubinsky concediera el paso de la Armada Imperial a través del Corredor Phezzan, la resistencia estallaría. Suponiendo que esto se convirtiera en una realidad, Rubinsky se convertiría en el primer Landesherr de la historia en ser destituido del trono. Para Boltec, esto era inconcebible. Independientemente de su representación en los registros oficiales, el ascenso de Rubinsky a Landesherr fue el diseño del gran obispo de la Iglesia de Terra. Todos los anuncios de candidaturas, discursos, votaciones y conteos de boletas constituyeron una actuación épica para la audiencia pública en general.

Boltec esbozó una media sonrisa. Los mercaderes que se aferraban a su libertad e independencia — que se creían tan astutos, pragmáticos e inteligentes — eran blancos fáciles. Por un momento, sintió celos de aquellos idealistas de mente simple que, por los esfuerzos que habían realizado para amasar sus grandes fortunas, se consideraban de la más alta jerarquía en el orden universal.

Si Rubinsky fuera derrocado, el estatus y la seguridad de Boltec como su confidente serían insostenibles. Hasta ahora, como el principal asesor de Landesherr, no había escuchado los pasos de un potencial rival. Pero Rupert Kesselring, quien después de la transferencia de Boltec había asumido su cargo como ayudante, con la perspicacia de alguien que tenía el doble de edad, rápidamente consolidó su poder de influencia dentro del gobierno autónomo. Si Rubinsky y Boltec debían ser expulsados, ese novato verde ocuparía el lugar de máxima autoridad con toda su despreocupación, aunque sin el respaldo del Gran Obispo — una cifra que el 99.9 por ciento de los ciudadanos de Phezzan no sabían que era su verdadero gobernante — esto nunca lo haría ocurrir.

Aunque Rupert Kesselring había apuntado al asiento de la más alta autoridad, siempre y cuando ese viejo ayudante de escenario le quitara la cara, su ambición terminaría en un sueño inacabado demasiado grande para que él lo contuviera.

En este punto de su pensamiento, el ritmo cardíaco de Boltec se disparó. Cuando se trataba de garantizar la autoridad absoluta sobre Phezzan, el apoyo de ese antiguo ayudante de etapa era crucial. Entonces, ¿no era mejor hacer lo contrario? Incluso con el respaldo del Gran Obispo, él — es decir, Nicolás Boltec — cumpliría los requisitos para convertirse en el Gran Obispo. ¿Fue ese un deseo tan arrogante? Ni siquiera Adrian Rubinsky nació para ser Gran Obispo, su asiento en el consejo de ancianos nada más que una posición simbólica. Tal vez ya era hora de que Nicolas Boltec uniera fuerzas con Reinhard von Lohengramm para gobernar el universo.

Hoy ha habido una sucesión de fracasos. Habían sido puestos bajo control por ese mocoso dorado, aunque parecía bastante fácil voltear el tablero de juego. Eso no significaba que iban a permitir el paso a través del Corredor Phezzan, pero podría servirles en futuras negociaciones. Y aún tenían su carta de triunfo. Porque ese inteligente mocoso dorado no sabía de la existencia de un misterioso anciano que había extendido sus alas negras en todos los rincones del cosmos. Era un arma suficientemente fuerte, una cuya posición se vería reforzada por cualquier circunstancia, violenta o no.

Boltec sabía que tenían que proceder según lo planeado originalmente. Abortar la misión no era una opción. Las dudas sobre su capacidad para llevar a cabo esa misión habían provocado el descontento de Rubinsky. Tendrían que convertir sus pérdidas en ganancias, y si alguien podía hacerlo, era Nicolas Boltec.

El comisario se recompuso. Puso a la secretaria, que había estado mirando a Boltec con cautela, a gusto con una sonrisa confiada. Ellos procederían según lo planeado con el secuestro del emperador. Le habían sacado champán en anticipación a su victoria.

II

La lluvia dibujó un velo sobre la capital imperial. Mirando las gotas que se arrastraban por su ventana, Leopold Schumacher pensó para sí mismo lo insoportable que había sido el clima de este año. Normalmente, las calles de Odín se llenan de sol y vegetación, y sus habitantes se regocijan con la abundancia de la naturaleza para aplacar sus insatisfacciones.

“Capitán, ¿no vas a comer?”

La mesa estaba cubierta de vino y comida, y el conde Alfred von Lansberg hablaba desde detrás del capitán, observando cada plato con lujuria. Sin esperar respuesta, se sirvió un gran vaso de cerveza oscura y se lo tragó de un trago.

Su sabor de gran cuerpo era tal como lo recordaba, sin rival en nada en Phezzan. A Alfred ciertamente no le faltaba un patriotismo ingenuo. Schumacher miró por encima del hombro en silencio. A pesar de saber que la cerveza fue elaborada en una fábrica financiada por Phezzan, no vio la necesidad de estropear el ánimo del joven conde. Incluso el hotel en el que se alojaban estaba financiado por Phezzan y Phezzan se las arregló, y casi se pregunta, más bien cínicamente, si el aire que respiraban podría no llevar la marca registrada de Phezzan.

¿Qué demonios estaba haciendo aquí de todos modos? Una nube de autodesprecio se despejó de su cabeza.

Schumacher no pudo evitar notar cómo el comportamiento de los funcionarios en el puerto espacial había cambiado para mejor. Mientras que antes jugaban con su poder y autoridad, se inclinaban ante aquellos de mayor estatus mientras oprimían a los ciudadanos comunes y exigían descaradamente sobornos a todos los que llegaban, ahora atendían sus deberes con cortesía y diligencia. La regulación de la ley y el orden probó que la reforma del duque von Lohengramm se había arraigado en al menos una sección del sistema social. Había salido del exilio para sentar las bases

de la reforma y la regulación.

El joven conde Alfred von Lansberg, por su parte, estaba intoxicado con el dulce heroísmo de rescatar al emperador. El conde Jochen von Remscheid, popularmente llamado “Líder de los lealistas”, lo había alentado con promesas de un alto cargo en el gobierno en el exilio y una parte del territorio que el gobierno reclamaría algún día.

“La recompensa es trivial. Lo que cuenta son las acciones “, afirmó Alfred.

Fue un buen argumento. A Schumacher también se le había prometido el rango de comodoro, pero esa era la menor de sus preocupaciones. Alfred todavía creía en la justicia de sus propias acciones; Schumacher, no tanto. El Imperio Galáctico había caído en la ruina — una sombra desnuda de la poderosa Dinastía Goldenbaum. El ascenso de Reinhard von Lohengramm se había decidido con la desaparición de la noble coalición de Lippstadt. El establecimiento de un gobierno en el exilio iba en contra de la historia. Detrás del tenazmente caballeroso Conde Von Lansberg y el reaccionario soñador Conde Von Remscheid, fueron los realistas del partido Phezzan quienes escribieron su guión, mientras que el verdadero escenario había sido anotado de manera invisible entre las líneas.

Dejando a sus propios medios, Schumacher nunca habría participado en algo tan inútil como revertir la rotación del planeta. Había cedido a la coacción no solo para salvar su propia piel, sino también porque oponerse al plan habría puesto en peligro el nuevo estilo de vida de sus subordinados desertores. Sin embargo, el corazón de Schumacher estaba incómodo. Una vez que se resolvió este asunto, se comprometió a poner una mella considerable en las ganancias de Phezzan. Más que venganza, esta vez no quería ser forzado por mecanismos similares para ir en contra de los deseos de Phezzan que lo llevaron a actuar.

Algo más le preocupaba a Schumacher. A pesar de no haber sido nunca tan optimista, esa única gota de pesimismo que se había agregado a un vaso grande y brillante era suficiente para arruinar el delicado equilibrio de la tensión de la superficie, y todo el vino podría derramarse en cualquier momento. Estaba completamente relacionado con su orgullo como activista

militar. Supuestamente, Schumacher simplemente podría arrebatar al joven emperador directamente de debajo de la nariz del duque von Lohengramm y establecer un gobierno en el exilio dentro de la Alianza de Planetas Libres. En el futuro, derrocaría a Von Lohengramm y haría su regreso triunfal a la capital imperial de Odín. Schumacher se sorprendió al escuchar este plan del ayudante de Landesherr, Rupert Kesselring. Parecía poco más que un sueño imprudente en el momento. Pero a medida que la idea creció en él, y a pesar de sus reservas, Schumacher llegó a ver las palabras y los hechos del Comisionado Boltec, estacionados en la residencia imperial, como nada más que maniobras evasivas. No podía soportar que Boltec se encargara de la administración general de este lugar.

Schumacher imaginó el peor de los casos: Phezzan investigaba el secuestro del emperador o, por otro lado, le daba esa información a Lohengramm para convertirlos en sus chivos expiatorios a cambio de algo. O eso, o…

No había suficiente información para determinar si su corazonada era correcta. Schumacher detectó una amarga desagradable en la cerveza oscura que fluía por su garganta. No le gustaba ser manipulado por otros — incluso al servicio de un objetivo elevado, por no decir nada menos obvio.

III

Una vez que todo estuvo en su lugar, Schumacher y Alfred repasaron sus planes para invadir Neue Sans Souci.

Los planos de Neue Sans Souci no estaban disponibles públicamente, e incluso con la asistencia organizativa de Phezzan, eran difíciles de conseguir. Un sistema político autoritario efectivo era aquel que mantenía a sus ciudadanos en la oscuridad, lo que significaba que las medidas preventivas contra el terrorismo eran una necesidad.

El magnífico palacio estaba dividido en cuadrantes. El Jardín del Este era el

núcleo de la administración, un lugar donde se celebraban audiencias reales y reuniones. El Jardín del Sur era la residencia oficial de la familia imperial. El Jardín del Oeste, también llamado el "Palacio posterior", fue el hogar de las muchas bellas damas de la corte. Y el Jardín del Norte era un coto de caza de vastos campos y bosques, donde se liberaban ciervos y zorros para ser cazados por deporte. Había muchos otros edificios y jardines de afiliación incierta, con un total de sesenta y seis kilómetros cuadrados. Las fuentes de agua sumaban dos mil, la longitud total de los corredores de mármol era de cuatrocientos kilómetros, y los miradores totalizaban 752. Un número absurdo de extravagancias además de hablar de la escala del palacio. La hermana de Reinhard, Annerose, había establecido una vez una mansión en la sección norte del Jardín Oeste.

"La seguridad en Neue Sans Souci es sorprendentemente mínima".

Como aristócrata, Alfred von Lansberg había pasado por la puerta del palacio en muchas ocasiones. En el imperio siempre había sido costumbre emplear seres humanos de carne y hueso en lugar de máquinas. Aunque esta práctica no se remonta hasta Rudolf el Grande en su mejor momento, en el pasado los guardias imperiales se colocaron en intervalos de veinte pasos en los jardines y pasillos. En el último de los seis llamados Años Carmesí del reinado, la conspiración, el asesinato y el terrorismo, en Friedrich III, se desató el estallido, mientras que el establecimiento de la Brigada de Dragones del Jardín del norte y la Brigada de Infantería del Jardín del Oeste incitó la rebelión entre los guardias.

Aunque el sucesor de Friedrich III, Maximilian Josef II, puso fin a lo que eran esencialmente ejércitos privados imperiales en los Jardines del Norte y del Oeste, esta vez había peligro de que se unieran para derrocar al nuevo emperador en competencia por la herencia del trono. La emperatriz y ex sirvienta Sieglinde comenzó a portar un arma para proteger a su esposo. Sin embargo, no se podía anticipar cada eventualidad y el emperador fue envenenado. Sobrevivió pero se quedó medio ciego por el intento. Si bien Josef II tenía todas las cualidades de un gobernante benevolente, sin la cooperación del Juez Presidente Münzer moralmente honesto, el devoto consejero de la emperatriz Sieglinde, que había regulado la política nacional como primer ministro, probablemente habría sido eliminado por otros

medios. Aunque afligido por sus ojos dañados, Maximilian Josef se defendió contra la disolución interna del imperio y puso piedras angulares frescas, ganándole el título de “Gran Reconstructor”. Mirando el panorama general un siglo y medio después, el mismo que había reconstruido El imperio también había puesto en marcha una guerra interminable con la alianza.

Después de este incidente, los sentimientos se inclinaron en gran medida hacia la automatización, pero incluso con una alta rotación, la presencia de soldados en el palacio nunca disminuyó.

Reinhard von Lohengramm había hecho enormes recortes en los gastos del palacio, cerrando completamente los jardines Oeste y Norte, junto con la mitad de los edificios en el Este y el Sur. Todos los deberes políticos, salvo la función constitucional ocasional, se planearon y aprobaron a través de la oficina del primer ministro. El número de fiestas de vanidad y funciones del jardín también se había desplomado, y el palacio, que una vez estuvo sin dormir, perdió su esplendor y se parecía más a una ciudad fantasma con cada día que pasaba.

“Nos guiaremos a través de Neue Sans Souci una vez que estemos dentro. Puede cerrarse, pero no es como haber sido reconstruido, solo abandonado”, dijo Alfred.

Garantizó que casi todas las puertas, corredores y portones serían utilizables. Además, dijo en voz baja, el gran palacio estaba lleno de habitaciones y pasillos ocultos, tantos, de hecho, que Lohengramm no podría estar al tanto de todos ellos, de los cuales podrían hacer un uso efectivo.

Esta información no era nueva para Schumacher, quien había pensado que no era más que un rumor. Generaciones de emperadores, temiendo el asesinato y la revuelta, habían construido pequeñas habitaciones fortificadas con muros reforzados para refugiarse o escapar, cavaron túneles subterráneos y convirtieron a Neue Sans Souci en un laberinto con puntos de acceso ocultos en los arbustos del jardín.

Muchos de estos pasajes habían sido usados, cada vez engendrando una comedia y una tragedia cada uno. Cuando el segundo hijo del emperador Guillermo II, el archiduque Alberto, tenía quince años, había ido a explorar el laberinto subterráneo acompañado por el ayudante de campo del emperador. Incluso ahora, un siglo después, su cuerpo aún no se había encontrado. Se dijo que la amante favorita de Wilhelm II, Dorothea, había planeado todo el asunto. Habiendo dado a luz a Albert por el emperador que la amaba, se convirtió en el objetivo del violento odio de la emperatriz Konstanze. Y así, cuando la emperatriz cayó enferma y fue confinada a su lecho de enfermedad, Dorothea, temiendo que su hijo fuera perjudicada por la emperatriz, lo confió al cuidado de un joven oficial, que traficó al niño a través de los pasillos subterráneos hacia los Planetas Libres. Alianza, donde vivió su vida en un exilio pacífico. Según otra teoría, la emperatriz Konstanze estaba detrás de todo esto y que de alguna manera había atraído a Albert a la clandestinidad, donde lo dejaron morir.

En general, se sabe que es cierto que, inmediatamente después de que el archiduque Albert desapareció en las profundidades junto con su ayudante de campo, Wilhelm II murió de causas naturales, y que el día después del propio hijo de la emperatriz tomó el trono como Cornelius II, Dorothea murió. por aparente envenenamiento. Una fiebre inexplicable causó que la emperatriz Konstanze se volviera loca solo un mes después. Fue más que suficiente para despertar la curiosidad y la sospecha de la gente. De estos dos apócrifos, surgieron un par de secuelas, ya que algunos aristócratas afirmaron haber visto a un Albert maduro a bordo de un barco de pasajeros de Phezzanese, mientras que ciertos militares dijeron que escucharon la voz del maldito muchacho mientras investigaban el laberinto subterráneo unos diez años después.

Esta fue, por supuesto, la tragedia. El alivio cómico llegó dos décadas después. Cornelio II se enfermó gravemente sin haber engendrado un heredero, y los aristócratas corrían frenéticamente, preguntándose si alguien lo sucedería. Con ese fin, apareció un hombre que se decía que era la imagen de un archiduque Albert maduro. Todo en él llevó a gran parte de la aristocracia a creerle. Cornelio II, quien durante todos estos años había sospechado que su madre había cometido actos delictivos, convocó a su “hermanito” a su lecho de muerte para una reunión conmovedora. La

aristocracia esperaba que se convirtiera en el nuevo emperador Alberto I, y los nobles compitieron por ser los primeros en lamer sus botas.

Cuando a Albert, como se le conocía a este hombre, se le ofreció la villa de verano de un gran aristócrata de forma gratuita, les agradeció por su favor y organizó generosamente su futura posición y territorio. Su popularidad fue tanto mayor, hasta que se desató una catástrofe. Su Alteza el Príncipe Alberto, el primero en la fila en suceder al emperador, se fugó con joyas imperiales por valor de cincuenta millones de reichsmark y, llevándose a una inocente doncella, huyó de la capital imperial de Odín. A su paso, dejó a una multitud de nobles estupefactos, junto con una docena de mujeres jóvenes con sueños destrozados de que algún día se convertiría en emperatriz como portadora de su hijo. La mitad de esas jóvenes tenían a sus vergonzosos hijos ilegítimos, y varios nobles llamados Albert llegaron a cambiar sus nombres para no estar asociados con el impostor. Entre la población general, la aristocracia se convirtió en el blanco del ridículo.

Algunos se habían preguntado si este hombre no era el verdadero Albert después de todo. Pero como el audaz impostor había desaparecido sin dejar rastro, la verdad nunca se sabría.

Ya sea poético y prosaico, en los cinco siglos que habían transcurrido desde el reinado de Rudolf el Grande, las vigas de Neue Sans Souci habían sido colgadas con toda clase de leyendas. Alfred von Lansberg se lo dijo a Schumacher.

Un “poeta de la acción” indefenso, pensó Schumacher, pero Alfred no tenía un hueso malicioso en su cuerpo, por lo que no había ninguna razón para albergar ninguna mala voluntad hacia él. Solía pensar que era incapaz de sentir desprecio hacia los demás. A diferencia de Alfred, Schumacher no estaba dispuesto a apostar su vida por algo en lo que no creía. O tal vez simplemente estaba leyendo demasiado sobre las cosas.

Al ver a Alfred, Schumacher se sintió inclinado a aspirar al éxito, aunque solo fuera para complacerlo. Además, mucho más intrigante era la posibilidad de derribar a ese mocoso dorado, de una vez por todas.

IV

Mientras tanto, el propio mocoso dorado, designado como el “cruel captor” del emperador, había convocado a su propio oficial del personal para discutir contramedidas.

Si el secretario general Paul von Oberstein, el jefe de personal de la Armada del Espacio Imperial, se sorprendió al escuchar que Reinhard hablaba de una conspiración entre Phezzan y los nobles que quedaban para secuestrar al emperador, no lo vio. Para empezar, nunca había sido alguien que mostrara sus emociones. Con la computadora óptica incorporada en sus ojos artificiales, miró al joven señor con seriedad y asintió.

“Eso es típico del zorro negro de Phezzan. Ellos son responsables del guión y la producción, retirando todas las cadenas detrás de escena”.

“Si aparece en el escenario, lo sacarán del foso de la orquesta. Esto pondría a otros en riesgo”.

“¿Entonces qué vas a hacer? ¿Piensas aceptar la oferta de Phezzan y permitirles que secuestren al emperador?”

Una sonrisa fría llegó a los elegantes labios del mariscal imperial.

“Sí, creo que será divertido dejar que lo intenten”.

“¿Vamos a relajar las defensas del palacio? Para que sea más fácil para ellos”.

“No es necesario”, respondió Reinhard sin rodeos. “Para empezar, no está tan bien fortificado. Existe un hombre que podría ocupar la fortaleza de Iserlohn sin derramamiento de sangre, así que ¿por qué cooperaría con

alguien que ni siquiera puede secuestrar a un emperador?”

Secuestro del emperador — para los intérpretes era una operación de rescate que, si tenía éxito, llevaría a un pacto implícito con Phezzan, avanzando hacia el final de un enfrentamiento militar con la alianza. Si fracasaran, Reinhard habría justificado el hecho de subyugar a Phezzan como el verdadero culpable del secuestro del emperador. Reinhard tenía libertad de elección, sin importar cómo se barajaban las cartas.

El excesivo confidente de Phezzan, Boltec, por su parte, tenía demasiados trucos bajo la manga. No había lugar para el error. En la medida en que fingieran ignorancia como espectadores inocentes y negociaran fuera de registro, era inevitable un compromiso con el fin de Phezzan. Ese idiota había fallado. Y la razón por la que había fallado era porque había juzgado mal a Reinhard von Lohengramm como un posible títere, a la par con ese poeta bueno para nada. Boltec seguramente compensaría su ignorancia e impropiedad.

“Eso me recuerda, von Oberstein. Me gustaría que vigiles a ese ferozmente leal poeta y su pandilla, que no vale nada. Dudo que tengas que hacer más que eso, pero Phezzan podría intentar matarlos. En ese caso, querrá guardarlos antes de que eso suceda”.

“Como desées. Salvarlos podría funcionar a nuestro favor”.

El imperio podría usarlos como prueba viviente de una conspiración de Phezzanese, prestando así el apalancamiento a sus negociaciones con Phezzan. Y si Schumacher demostró ser lo suficientemente capaz, podría proporcionar entretenimiento adecuado para Reinhard.

“¿Por cierto, confío en que sus subordinados hayan estado vigilando al ex viceprimer ministro Gerlach?”

Los dos ojos artificiales de von Oberstein brillaron extrañamente cuando respondió afirmativamente.

“¿Y has hecho los preparativos necesarios para su captura?”

“Lo hice. Si se juzga que es un conspirador en el secuestro del emperador — no, su *rescate* — seré el cortesano más satisfecho de todos los tiempos. Quizás la verdad de la conspiración saldrá a la luz cuando menos lo esperemos”.

Reinhard estudió la cara de su jefe de personal, pero no vio nada que indicara que estaba bromeando.

“Lo dudo.”

Primero, Gerlach no tenía ni el coraje ni los medios para rebelarse contra Reinhard. Segundo, incluso si los remanentes de la facción aristocrática atraían a Gerlach a sus planes, no solo tendrían que sacarlo de contrabando de la capital imperial, también tendrían que prometerle una alta posición en el gobierno del exilio, en cuyo caso la lucha de poder entre ellos era inevitable. Y si bien ese poeta bueno para nada puede haber sido un traidor, no era probable que se interpusiera en el camino de nadie.

Sin un entendimiento mutuo perfecto de las intenciones entre los planificadores y los ejecutores, el Conde von Lansberg podría simplemente hacerle una visita a Gerlach por falta de más aliados o compartir el placer de su gran empresa.

La lógica y demasiados factores variables los limitaban. Dado que Reinhard estaba obligado a responder a los planes de Phezzan hasta el amargo final, no era necesario que pensara demasiado en el tema.

“Solo podemos vigilar las cosas, pero estoy de acuerdo con eso. Vigilemos las actividades patrióticas de ese poeta inútil y de sus amigos”.

“Eso no hace falta decirlo, pero” — donde el jefe de personal con ojos artificiales se aclaró un poco la garganta – “si el emperador es secuestrado, la persona a cargo de la seguridad, por supuesto, quedará bajo sospecha. El almirante Mort lo pagará con su vida.”

“¿Quieres decir que lo matarán?”

Reinhard hizo un dibujo en su mente del guerrero maduro honesto e indispensable.

"El almirante Mort es un hombre pasado de moda. En el caso del secuestro del emperador, incluso si Su Excelencia lo perdonara, su orgullo le impediría aceptarlo".

La expresión de Von Oberstein era sombría, como si reprendiera la debilidad momentánea del joven señor. Reinhard, quien no sabía nada de la indulgencia que se esperaba que se le concediera a la alta nobleza, no siempre fue tan cuidadoso cuando se trataba de sus aliados. Por profunda que fuera su indignación, si un subordinado inocente fuera condenado a muerte como resultado de sus propias maquinaciones, no se sentiría bien con él.

Estamos en un camino sangriento, murmuró Reinhard internamente. Si Siegfried Kircheis hubiera estado vivo, nunca se habría parado a mirar a Mort como chivo expiatorio. Cuando Reinhard usó la Atrocidad de Westerland como una maniobra política, Kircheis le advirtió que no actuara por remordimiento más que ira. Pero Reinhard no se arrepintió cuando perdió al almirante Kempf a partir de entonces.

"Entendido. Es un sacrificio que tendremos que hacer. Cuando llegue el momento, lo fijaremos todo en Mort, y solo en Mort. Nadie más."

"El oficial superior directo de Mort es Kessler".

"Kessler es un hombre raro. Si el comisionado de la policía militar se convierte en un criminal, las tropas se desanimarán. Dale una bofetada con una advertencia y recorta su paga, y déjalo así".

El jefe de personal suspiró para sí mismo.

"Diría solo una cosa, Su Excelencia, aunque puede ofender sus oídos. No se puede despejar un camino a través de un bosque espeso sin arrancar algunos árboles o derribar algunas rocas".

Reinhard volvió sus ojos azul hielo hacia von Oberstein. Su discernimiento carecía de severidad. Estaban extrañamente atrayentes.

“Hablas como si estuvieras dando una conferencia sobre el maquiavelismo a un grupo de estudiantes de secundaria. ¿Crees que no lo sé ya?”

“Eso dices, pero a veces, Su Excelencia, a este humilde servidor, parece que olvidas las cosas elementales. Desde los albores de la historia de la humanidad, todos los héroes han construido sus tronos sobre los cadáveres de sus enemigos, pero también los de sus aliados. Las manos de ningún monarca están sin mancha, y sus subordinados son muy conscientes de este hecho. Les recuerdo que otorgar la muerte es una forma de devolver la lealtad”.

“¿Eso significa que con mucho gusto derramarías tu propia sangre por mi bien, si se tratara de eso?”

“Si fuera necesario”.

“Recuerda que dijiste eso… ya terminé contigo. Despedido.”

La irritación en la voz de Reinhard golpeó a von Oberstein en una delicada ola. Por un momento, pensó en decir algo, y sin cerrar la boca, hizo una reverencia y se despidió.

El primero en dar la bienvenida a Von Oberstein cuando regresó a casa fue un viejo dálmata, que movió la cola con orgullo y le dio paso a su maestro para entrar en el vestíbulo. El mayordomo que saludó a Von Oberstein extendió sus brazos para tomar la ropa de su maestro y le preguntó qué cosecha de vino le gustaría con la cena de esa noche.

“Ninguna. En cualquier momento, espero ser convocado por el Duque von Lohengramm. Sin alcohol para esta noche. Una comida ligera estará bien”.

Justo cuando estaba terminando de comer, sonó el visifóno y apareció en la pantalla el asesor principal de Reinhard, Arthur von Streit.

“Señor. El Jefe de Estado Mayor, el Duque von Lohengramm lo convoca urgentemente. El duque sigue en la oficina del primer ministro. Por favor, reúnase con él allí”, dijo el contralmirante von Streit de manera educada y formal, aunque pensó que era curioso que von Oberstein usara su uniforme incluso mientras comía en casa. El jefe de personal de ojos artificiales no vio la necesidad de explicarse.

Después de dar brevemente la bienvenida al jefe de personal por segunda vez, el elegante primer ministro prescindió de bromas y se puso a trabajar.

“Olvidé una cosa”.

“¿Y qué podría ser eso?”

“No me digas que aún no habías anticipado esto. Si no, no habrías respondido tan rápidamente a mi citación”.

“Muy agradecido. Simplemente asumí que habías pensado en un nuevo emperador para reemplazar a Erwin Joseph en el trono”.

“¿Y, qué *piensas* ? ¿Tienes tu corazón puesto en algún candidato?”

Esta conversación, que habría dado mucho de qué hablar a los forasteros, fue entre ellos tan distante como hablando sobre el clima.

“Hay un nieto nacido de la tercera princesa del ex emperador Ludwig III. El padre es el conde Pegnitz, quien se abstuvo de la guerra civil del año pasado. Es un hombre que no tiene más intereses que su colección de finas figuras de marfil. La madre es la sobrina del conde Bodendorf. Una chica, obviamente, pero quizás es hora de que tengamos una emperatriz”.

“¿Cuántos años tiene ella?”

“Cinco meses”.

Nuevamente, nada en la expresión o voz de von Oberstein sugería humor.

Que Reinhard se riera de todo se debía a su naturaleza celosa.

Un niño de siete años abandonaba el trono, solo para ser reemplazado por un bebé de cinco meses. Alguien que ni siquiera tuviera edad para hablar sería el soberano del universo, líder de todos los pueblos, defensor de la ley galáctica.

Probablemente no había un cuadro vivo en existencia digno de esta locura. Los adultos se inclinaban y rasguñaban a un infante que todavía usaba pañales, para quienes sus filas como altos funcionarios y almirantes no significarían nada, y cuyos balbuceos se verían obligados a aceptar como el evangelio imperial.

“Entonces, ¿qué piensas hacer? ¿Buscarás otros candidatos?”

El tono de voz de Von Oberstein era más una orden que una pregunta.

La sonrisa de Reinhard se desvaneció, y él asintió con gravedad.

“Bien. Vamos a darle a ese bebé el trono. No es el juguete más entretenido para un niño, sin duda, sino uno que cualquier persona estaría feliz de tener, incluso si estuviera sola en el espacio. Dos serían uno demasiado”.

“Muy bien. Por cierto, parece que algunos de los pagos por las figuras de marfil del Conde Pegnitz están en mora. Esto lo ha desembarcado en agua legal caliente con mercaderes. ¿Cómo propones que resolvamos eso?”

“¿Cuáles son los términos del demandante?”

“Setenta y cinco mil reichsmark”.

“Tenlo cuidado. No se vería muy bien que el padre de la nueva Emperatriz sea encarcelado por deudas impagas. Retire los fondos necesarios del presupuesto del Ministerio de la Casa Imperial”.

“Como desées.”

Von Oberstein se inclinó, se levantó y se despidió para retirarse por la noche.

Si Reinhard hubiera sido bendecido con la autoridad de tomar el trono imperial, cuánto más se mejoraría el panorama, pensó el joven rubio. Pero mientras ejercía esa autoridad como propia, por ahora su corazón esperaba con las alas plegadas. La familia Goldenbaum, que había monopolizado la autoridad durante un lapso de cinco siglos, reinando en la cima de una sociedad de clases y convirtiéndose en la fuente de todos los males sociales — sobre todo, la riqueza y la desigualdad de privilegios políticos— estaba a punto de caer de Su palacio de oro directamente en la cuneta. La emoción de la venganza comenzó a brotar de su estómago, arrugando una amarga desagradable en torno a un pensamiento que Reinhard hubiera preferido escupir. Después de dudar por unos segundos, hizo eso.

V

El plan de acción de Leopold Schumacher se basó en una cosa esencial: una táctica de distracción. Como Alfred von Lansberg y Schumacher estaban planeando su infiltración de Neue Sans Souci, en otro sector de la ciudad imperial, las actividades subversivas a gran escala fueron, como habían esperado, fomentadas en instituciones que iban desde los círculos militares hasta la policía.

Alfred se mostró escéptico sobre esto.

“No es una mala idea, pero el Duque von Lohengramm no es un imbécil. Él verá a través de eso”.

A diferencia de los otros nobles, se abstuvo de denunciar a Reinhard como el “mocoso dorado”. Era la misma cortesía que Schumacher extendía hacia Alfred.

“Sin embargo, vale la pena un tiro. Tengo la intención de conseguir que los agentes de Phezzanese lo hagan.”

“Eso no está bien. Ya están apoyando nuestra noble causa desde el margen. ¿No es suficiente, capitán? ”

Schumacher lo vio diferente. Sus acciones fueron cualquier cosa menos nobles, y la única razón por la que se vieron envueltos en la causa de Alfred fue porque él sabía que ellos — no Phezzan — eran los que estaban detrás de esto. Se guardó esto para sí mismo.

“Es cierto, no debemos esperar demasiado”.

“Lo que es más, capitán, nos destacamos por la explotación de un miembro de la familia Goldenbaum”.

“Entiendo. Tienes razón, por supuesto”, dijo Schumacher, sin decir una palabra.

Poner a Phezzan a cargo directo de las actividades subversivas los convirtió en algo más que cómplice — los hizo actores principales. No importa cuán acóneros sean sus contramedidas hacia Phezzan, nunca serían suficientes. Si algo saliera mal, ni siquiera Phezzan podría garantizar que Alfred y Schumacher no serían vendidos al Duque von Lohengramm. Entonces, ¿por qué no adjuntar un valor apropiado al secreto de Phezzan?

Schumacher volvió a enojarse. Como un militar que había luchado contra los más brillantes en el campo de batalla, se sintió obligado a seguir un esquema improductivo.

“No eres alguien con quien vivir su carrera cubierta de estiércol”, dijo Rupert Kesselring, el ayudante de Landesherr.

Aunque no había necesidad de distinguir a alguien como él del resto de la humanidad, tal vez no estaba *calificado* para vivir su vida cubierta de estiércol. Paradójicamente, el joven y descuidado ayudante había dicho la verdad.

“Más importante, capitán, es cómo entramos”, dijo Alfred con el énfasis debido. “Tengo la intención de utilizar esta ruta. Atraviesa el Jardín Norte y sale a la base de la estatua de Segismundo I en el Jardín Sur. Viendo que pasa a través de un área cerrada, hay pocas posibilidades de ser descubierto”.

El dedo de Alfred se movió vigorosamente por el mapa. Como el comisionado de Phezzan había declarado de manera tan condescendiente cuando se lo entregó, la posesión de este mapa significó el fin de todos sus problemas.

El corredor comenzó en una instalación de almacenamiento subterráneo debajo del edificio de la Sociedad Imperial de Historia Natural. Tenía 12,7 kilómetros de largo y había sido construido hace cinco generaciones por el antepasado de Alfred al mando del emperador Georg II. A ese mismo antepasado se le había otorgado la preciada amante del emperador a cambio de su meritorio servicio. Desde entonces, a su línea de sangre se le había encomendado un gracioso lema *: Si hubiera algún peligro cerca del trono, la seguridad está en caminos desconocidos.*

“Mi destino en llevar a cabo esta importante misión se decidió hace cinco generaciones. El único problema ahora es descubrir cómo entrar en la Sociedad de Historia Natural, aunque es mejor tener que irrumpir en el palacio”.

La fatídica misión del conde von Lansberg estaba fuera del ámbito de la preocupación de Schumacher. Estaba anticipando las muchas variables requeridas para ver sus propios planes a buen término. Mientras examinaba el mapa, las preguntas se acumulaban en su interior.

VI

En la tarde del 6 de julio, el conde Alfred von Lansberg y Leopold Schumacher sondearon las profundidades de Neue Sans Souci.

Esa noche, fuera de los suburbios del sur de la capital imperial, se movilizó una gran cantidad de policías militares para exponer una armería secreta dirigida por republicanos radicales. A pesar de identificar correctamente la ubicación y tomar las armas almacenadas allí, no detuvieron a nadie. El comisionado Boltec había ordenado esto bajo órdenes estrictas de Schumacher, renovando el sótano de una casa abandonada, llenándolo con armas y equipo, y transformándolo en un almacén en cuestión de tres días. Fue suficiente para cubrir sus huellas en la noche en cuestión, pero Schumacher les ordenó demoler el almacén para aumentar la confusión. Para ocultar este incidente a las autoridades civiles y organizaciones de noticias, habían preparado un automóvil frente al edificio de la Sociedad de Historia Natural Imperial donde comenzó el túnel, asegurando que Schumacher y los demás fueran escoltados inmediatamente a la seguridad de la oficina del comisionado una vez que devuelto.

Era casi absurdo pensar que fue necesario excavar un túnel en lo profundo del planeta para salvar al emperador de un Imperio Galáctico, gobernante de todo el universo, por temor al asesinato o la traición. Incluso Schumacher no pudo evitar la sensación de verse como idiotas mientras se abrían camino a través de ese mismo túnel.

Al menos no estarían caminando cada kilómetro, y los viajes por tierra llevarán más tiempo que por debajo. Schumacher conducía un automóvil ligero de cuatro personas equipado con células solares. Fue hecho con una resina orgánica especial que se derritió cuando se expuso a un cierto ácido. Schumacher planeó no dejar huellas.

Habiendo sido construido para el uso más práctico, el túnel estaba desprovisto de decoraciones rococó que obstruyen todos los otros edificios en los que la Dinastía Goldenbaum puso su nombre. La pared interior, un semicírculo con un radio de 2,5 metros, estaba recubierta de hormigón armado. Para facilitar la huida de un emperador, hace cinco generaciones el jefe de la familia del conde von Lansberg había instalado aparentemente todo tipo de dispositivos para disuadir a los posibles perseguidores. Estos,

también, fueron casi olvidados.

Una vez que llegaron a una pared gris, los dos salieron del vagón. Un círculo fluorescente brillaba débilmente en el techo. Alfred empujó el anillo en su dedo índice izquierdo en su centro. Después de diez segundos de un zumbido de frecuencia extremadamente baja, el techo se abrió sin sonido.

Cinco minutos más tarde, salieron al Jardín Sur y estaban dentro del edificio objetivo. Si esto hubiera sido durante el reinado del ex emperador Friedrich IV, habrían sido abordados varias veces para ser identificados por los guardias. Tanto más irónico, entonces, que los tiempos estuvieron de su lado.

La alcoba imperial estaba ubicada en un amplio balcón en el segundo piso. Allí, un niño solitario sentado en su cama con dosel. Aún no se había deshecho de la piel de su infancia y llevaba puesto su lujoso pijama de seda, agarró un oso de peluche que tenía la mitad de su tamaño. Su cabello rubio, sus ojos marrones, su mandíbula afilada y su piel suave y pálida captaron los ojos de los intrusos. Y luego fueron atrapados por los ojos del niño cuando inesperadamente levantó la vista y vio a dos adultos entrando a su habitación.

“Su Majestad.”

La voz del joven conde temblaba con reverencia.

Este muchacho, objeto de la piedad incondicional de Alfred, no era otro que el líder del Imperio Galáctico, el emperador Erwin Josef II.

El niño emperador miró a este joven noble, quien se había arrodillado para hacerle reverencia, con una expresión extrañamente abstrusa. No porque lo hubieran despertado en medio de la noche, porque ya estaba despierto cuando entraron, sino porque le faltaba sensibilidad juvenil. Cuando Alfred volvió a abrir la boca, el niño emperador lo interrumpió, señalando con el dedo acusador a Leopold Schumacher.

“¿Por qué este no se arrodilla?”, Preguntó con voz aguda.

“Capitán, aquí ante usted se sienta Su Majestad el Emperador, gobernante de todo el universo”.

Schumacher, frío pero cínico, no estaba de humor para la ceremonia. Al ver que Alfred insistía en ello, sin embargo, se arrodilló. No por respeto al emperador, sino por compasión por su compañero en el crimen. Schumacher hizo su mejor reverencia burlona. Era todo lo que podía hacer para combatir la incongruencia de todo eso. Se alegraría si esta fuera la última vez.

“Soy el súbdito de Su Majestad, el conde Alfred von Lansberg. He venido a rescatar a Su Majestad de las manos de un traidor. Como esta es una situación muy inusual— perdone cualquier descortesía de mi parte. Arriesgar nuestras vidas en el estimado servicio de Su Majestad será nuestra recompensa como sus humildes sirvientes”.

Ignorando descaradamente el apasionado discurso de su leal servidor, el emperador de siete años jugueteaba con su oso, no como si las palabras de Alfred no tuvieran sentido, sino como si no las entendiera, para empezar. A tal edad, le habría resultado natural no captar la solemne dicción de Alfred, pero Alfred— caballero, patriota y romántico hasta el núcleo— había esperado que el joven señor fuera un prodigio brillante. Un destello de desesperación acosó los ojos de Alfred, pero se convenció a sí mismo de que estaba más allá de su lugar como siervo de la duda, y que se le encomendó esta tarea era un honor suficiente. De ahora en adelante, se abstendría de los discursos elevados.

El niño emperador, con indiferencia, tiró y torció una oreja de su oso y, cuando finalmente lo arrancó, tiró el oso de una oreja al suelo. Lentamente se levantó de la cama y dio la espalda a los dos hombres estupefactos. Claramente, había algo mal con este niño.

“Su… Su Majestad”.

La voz de Alfred desmentía su confusión, al igual que el comportamiento del niño emperador había desmentido cualquier impresión de su gracia.

Alfred no había contado exactamente con los elogios y la gratitud, pero al menos había pensado que se encontraría con una respuesta acorde con el gobernante de un gran imperio, incluso si era una versión infantil del mismo. El discurso, la conducta y la apariencia de Erwin Josef tristemente carecían de una cierta calidad angelical esperada de alguien en su posición.

"¿Qué haremos, conde?", Preguntó Schumacher.

Alfred se encogió de hombros y luego entró en acción. Saltó hacia el emperador sagrado e inviolable, agarrándolo por detrás.

El emperador dejó escapar un grito desgarrador. Schumacher se llevó una mano a la boca del niño. Alfred se disculpó por tomar medidas drásticas, preocupado incluso ahora por no poder observar el decoro como su sirviente.

Escucharon la voz de una mujer desde el otro lado de la puerta.

"Su Majestad, ¿qué es lo que pasa?"

Por un momento, los dos hombres se congelaron. Cuando Schumacher contuvo al niño que luchaba, Alfred sacó su pistola de partículas y se ocultó rápidamente a la sombra de la puerta. La delgada figura de una mujer de veintitantos o treinta y tantos años apareció en su camisón. La niñera del emperador y el tutor privado, sin duda. Bajo cualquier otra circunstancia, Schumacher la habría interrogado sobre la disciplina y la educación de Erwin Josef.

La mujer se acercó a la extravagante cama con dosel, tropezando con el osito de peluche en el suelo. Lo recogió y, notando la oreja perdida, dejó escapar un suspiro de desasosiego, como si esto fuera un asunto de rutina.

"Su Majestad", estaba gritando de nuevo, cuando distinguió las figuras de los intrusos.

Su boca se abrió, pero su grito terminó antes de que comenzara cuando se dio cuenta de la pistola de Alfred. Afortunadamente para ambas partes, se

desmayó y cayó al suelo como una muñeca barata. Los dos intrusos oyeron una serie de pasos. Intercambiaron miradas y se escaparon.

Lejos de ser un rescate, esto fue un secuestro absoluto, Schumacher se reprendió vergonzosamente. Simpatizaba con el conde von Lansberg, pero todo esto se estaba convirtiendo en una farsa inimaginable en la que participaban el niño más ingrato del mundo y dos adultos con un sueño imposible. Si esto cambió el curso de la historia, ¿no era la historia en sí misma una farsa?

Seguramente las sirvientas informaron inmediatamente a la guardia de palacio de la situación, pero ya sea debido a la confusión o porque la animosidad hacia la secta Reinhard de un antiguo siervo de la corte imperial había retrasado las cosas, los soldados no respondieron hasta que pasaron más de cinco minutos.

El jefe de la guardia imperial, el almirante Mort, estaba durmiendo en una casa de huéspedes adjunta a la oficina de la guardia principal, pero salió corriendo en cuanto recibió un informe de actividad inusual, naturalmente ansioso por confirmar el bienestar del emperador por encima de todo. Pero el anciano chambelán estaba demasiado nervioso para dar siquiera un resumen básico de los acontecimientos.

“¿Dónde está Su Majestad el Emperador? Eso es todo lo que quiero saber.” El tono del almirante Mort no fue ni agudo ni furioso, pero a pesar de eso tenía un aire intimidante que los cortesanos débiles estaban mal equipados para resistir. El anciano chambelán apenas recuperó la compostura y, reuniendo toda la dignidad que pudo, dio cuenta indirecta de dos intrusos que habían irrumpido y secuestrado al niño emperador.

“¡¿Por qué no lo dijiste antes?!”

Mort reprendió al chambelán pero, no queriendo perder tiempo investigando su culpabilidad, llamó a su ayudante de campo y ordenó con calma una barrida del palacio. El rostro del ayudante de campo se volvió severo cuando él accedió a la orden, y salió corriendo de la habitación para movilizar a sus hombres.

“No creo que deba decirte que te guardes este asunto, Chambelán”.

El chambelán solo asintió en respuesta a Mort, quien, a juzgar por su expresión, estaba más preocupado por ser acusado de negligencia que por la seguridad del emperador.

Los soldados rasos no sabían nada del secuestro del emperador. Tampoco necesitaban saberlo. Sólo conscientes de que algo serio había sucedido, tomaron sus sensores infrarrojos y sus miras de luz estelar y recorrieron los extensos terrenos del palacio, con sus más de cien mil hogares privados, como manadas de animales nocturnos.

Por fin, el ayudante de campo se apresuró a regresar y dio su evaluación. El infrarrojo había recogido residuos de alguna actividad inusual, que desapareció en algún lugar cerca de la estatua de Su Majestad Sigismundo I.

“Parece que hay un pasaje subterráneo que conduce al exterior, pero está más allá de mi estación para poner una mano en la estatua del emperador. Con su permiso, lo investigaré de inmediato”.

Mort se quedó inmóvil, sin decir una palabra. Solo ahora recordaba haber oído hablar de un vasto laberinto debajo de Neue Sans Souci. Una sensación de aplastante derrota invadió el pecho del veterano militar, justo cuando los intrusos habían invadido el palacio. Siempre se enorgullecía de hacer todo lo posible para cumplir con los deberes asignados a él en la carta, y hasta esta noche había hecho precisamente eso. De ahora en adelante, se hablará de ese logro en tiempo pasado, en todo caso.

Ulrich Kessler había superado innumerables peligros en el campo de batalla, trabajando valerosamente en su ascenso para convertirse en general. Pero cuando escuchó noticias del secuestro del emperador, no pudo dejar de temblar. Cambiándose a su uniforme militar, ordenó el cierre de todos los puertos espaciales, pidió bloqueos de carreteras en todas las carreteras principales que conducen a los suburbios de la capital imperial y movilizó a

un regimiento de policías militares. Se preguntaba quién podría haber llevado a cabo un crimen tan atroz. Sus células cerebrales se mezclaron y establecieron dos nombres: el conde Alfred von Lansberg y Leopold Schumacher. Pero, ¿el Duque von Lohengramm no había relajado el otro día el monitoreo de sus actividades? ¿Y por qué ahora?

La expresión de Kessler cambió de estado de shock a preocupación antes de quedarse momentáneamente en blanco, como si estuviera mirando hacia un abismo. Solo después de mucho esfuerzo consciente logró ponerse otra máscara mientras se llevaba, vestido con su impecable uniforme de plata y negro, fuera de su residencia oficial.

CAPÍTULO 03: LA FLECHA SE DESCARGA

I

A LAS 3:30 DE LA MADRUGADA DEL 7 DE JULIO, el primer ministro del Imperio Galáctico, el Duque Reinhard von Lohengramm, fue forzado de salir de la cama por un mensaje urgente del comisionado de la policía militar, el almirante Kessler. Cuando Kessler inclinó la cabeza en señal de gratitud en la pantalla de su visifono, pensó Reinhard. *Así que, después de todo, lo hicieron.* Más bien dio la bienvenida a este giro de los acontecimientos. Su relajación en el monitoreo del Conde von Lansberg había tenido el efecto deseado.

Cuando Reinhard llegó a su oficina, Hilda vino corriendo. El secretario en jefe del primer ministro imperial, un elemento constante junto a una figura pública como Reinhard, recibió comunicaciones constantes del oficial de servicio. Del mismo modo, el asesor principal de Reinhard, el contraalmirante von Streit, asistente secundario y ahora el teniente von Rücke, y el capitán Kissling, jefe de la guardia imperial, llegaron de inmediato.

El capitán Günter Kissling era un joven oficial de veintiocho años con cabello rígido y cobrizo y ojos de topacio. Esos ojos, junto con su peculiar forma de hacer apenas un sonido, incluso al andar en sus zapatos militares, le hicieron compararlo con una pantera entre los que le gustaban y un gato entre los que no lo hacían. Naturalmente, Reinhard no le había dado la responsabilidad de ser su guardaespaldas personal porque le importaban

estas características, sino porque veía en él esa combinación especial de valentía y compostura que iba más allá de la norma. Su distinguido historial militar a través de múltiples guerras también ayudo.

En poco tiempo, el almirante Kessler, acompañado por el almirante Mort, compareció ante Reinhard. Bajo la vigilancia cuidadosa de los ayudantes más cercanos de Reinhard, los dos se arrodillaron ante su señor y se disculparon por dejar que los intrusos se escaparan.

“En lugar de disculparme por tu indiscreción, Kessler, preferiría que cumplieras con tus deberes asignados. Sólo asegúrese de que Su Majestad no abandone la capital”.

Kessler se despidió para movilizar a un escuadrón de la policía militar. Se preguntó si alguien notó que había estado haciendo todo lo posible para evitar mirar directamente a la cara del joven señor. Esto dejó a Mort. Aún arrodillado, su cabeza colgaba cargada de culpa.

La mirada azul hielo de Reinhard cayó inexpresiva en la parte posterior de la cabeza de Mort, pero por razones contrarias a lo que todos sospechaban. No estaba en posición de estar enojado, pero no estaba dispuesto a dejar que nadie lo supiera. No tenía más remedio que dejar que su flecha volara desde la cuerda de su arco.

“El vicealmirante Mort, mañana — no, ya es mañana, ¿no es así? — Le notificaré su castigo al mediodía de hoy. Hasta entonces, debe esperar en su oficina. Haga los arreglos que necesite para asegurarse de que no se arrepienta”.

Mort inclinó su cabeza aún más profundamente. Tomando totalmente la insinuación del joven señor, se fue en silencio, agradecido de estar vivo. Reinhard lo observó hasta que se fue, sintiendo los intrépidos ojos de color verde azulado de la condesa Hildegard von Mariendorf, que le hicieron un agujero.

“¿Hay algo que quieras decirme, fräulein?”

“Solo lo que te dije el otro día. A saber, la posibilidad de que Phezzan envíe a sus agentes aquí para secuestrar a cierta persona”.

“Sí, lo recuerdo.”

La respuesta de Reinhard fue fría y transparente.

“Duque von Lohengramm, fortificaste la villa de tu hermana con guardias. Eso era comprensible bajo las circunstancias. Y, sin embargo, me resulta extraño que no hayas ofrecido el mismo nivel de protección a la propia persona del emperador, y que lo hayas dejado caer en manos de los intrusos que están bajo tu vigilancia”.

Hilda se cuidó de mantener su voz neutral, pero la esencia de sus palabras golpeó a Reinhard donde le dolía, por lo que el primer ministro imperial no podía abandonar su buen humor.

“¿Y tú conclusión es, fräulein?”

“Esto es lo que pienso. Usted, el duque von Lohengramm, unió fuerzas con Phezzan y les permitió secuestrar al emperador deliberadamente. ¿Me equivoco?”

Hilda nunca fue alguien para entretener a las mentiras, y Reinhard no tenía intención de decirle nada.

“Tú no estás equivocada.”

Hilda negó con la cabeza en decepción. El elegante primer ministro imperial sintió la necesidad de la afirmación, por encima de todo lo demás.

“Pero te diré una cosa: no me voy a unir a ese lote, esos Phezzanese. Solo los estoy usando. No les he prometido nada”.

“¿Crees que puedes guiar a Phezzan por la nariz?”

“¿Como si no hubieran intentado hacer lo mismo conmigo?”

Reinhard escupió con franco desdén ante la noción. Sólo entonces reveló a Hilda su conversación con el comisario Boltec. Hilda escuchó, con los hombros estrechos y caídos a medida que cada palabra se alineaba más estrechamente con sus suposiciones.

"¿Significa esto que tienes la intención de lanzar un asalto a gran escala contra la Alianza de Planetas Libres?"

"Lo hago. Pero eso se decidió hace mucho tiempo. Sólo el tiempo se ha acelerado. De cualquier manera, uno no podría pedir una justificación más espléndida".

"¿Y fue el chivo expiatorio el vicealmirante Mort también parte de su brillante estrategia?"

"Ningún daño llegará a su familia".

Sabiendo que esto no era una excusa, Reinhard terminó la conversación con un gesto de su mano.

Una hora más tarde, el ayudante secundario, el teniente von Rücke, anunció que el vicealmirante Mort se había suicidado. Reinhard asintió en silencio. Ordenó que un conmovido von Rücke hiciera todos los arreglos necesarios y se asegurara de que ni la reputación de Mort ni su familia serían dañadas. Reinhard estaba empezando a ver qué hipocresía épica era todo esto. Pero era mejor haberlo hecho que no. Si era algo por lo que debería ser castigado y reprendido, tarde o temprano obtendría su merecido, aunque por cuya mano no podía decirlo.

Llamó a Hilda.

"Reúne a todos los almirantes y los altos almirantes".

"Como desee, Duque von Lohengramm".

Reinhard no estaba seguro de si tomar su breve sonrisa como una señal de

su reconciliación o un mal presagio contra ella.

II

En ese momento, la Flota Imperial Galáctica tenía tres almirantes de alto rango (Paul von Oberstein, Wolfgang Mittermeier y Oskar von Reuentahl) y diez almirantes (August Samuel Wahlen, Fritz Josef Wittenfeld, Kornelias Lutz, Neidhart Müller, Ulrich Kessler, Adalbert Fahrenheit, Ernest Mecklinger, Karl Robert Steinmetz, Helmut Lennenkamp y Ernst von Eisenach). Müller todavía estaba en cama después de las lesiones sufridas en la batalla de Iserlohn, y Kessler estaba liderando una investigación sobre el secuestro del emperador bajo estricto secreto. Los once restantes respondieron a la convocatoria de Reinhard.

Uno podría pensar que los agradables sueños de todos se habían interrumpido, ya que la mano invisible del amanecer estaba rozando la oscuridad, pero ninguno parecía haber dormido mucho. A pesar de haber perdido a Siegfried Kircheis y Karl Gustav Kempf el año anterior, los almirantes de Reinhard estuvieron tan vibrantes como siempre. Un par de ojos azul hielo recorrieron la sala del consejo.

“Hubo un incidente menor esta noche en Neue Sans Souci”, dijo Reinhard a modo de subestimación. “Un niño de siete años fue secuestrado”.

No había viento, pero el aire en la habitación se agitó mientras estos valientes soldados de larga duración contuvieron la respiración colectiva y la soltaron de inmediato. Cualquier hombre que no pueda extrapolar la identidad del secuestrado no habría estado sentado allí de todos modos. Solo Von Oberstein parecía imperturbable, pero los otros almirantes supusieron que solo estaba siendo su yo sin expresión habitual.

“He puesto a Kessler en una persecución, pero los criminales todavía están en libertad. Me gustaría escuchar sus opiniones antes de tratar con los

desarrollos de esta noche. Pueden hablar libremente.”

“No hace falta decir que los criminales son remanentes de la facción de los altos nobles que se unen para restaurar su influencia. No veo ninguna razón para sospechar de nadie más”, dijo Mittermeier, recibiendo gruñidos de acuerdo de sus compañeros.

“Aun así, ¿secuestrar a Su Majestad el Emperador? No podemos subestimar el poder organizativo y la capacidad de los altos nobles. ¿Pero quién podría ser su cabecilla?”, Dijo Wahlen.

Los ojos desiguales de Von Reuentahl brillaron.

“Pase lo que pase, todo estará claro lo suficientemente pronto. Una vez que los criminales son detenidos, Kessler los hará chillar. Y en caso de que deban escapar, puede estar seguro de que se jactarán de su logro. ¿Cuál sería el propósito del secuestro si no lo difundieran a lo largo y ancho?”

“Creo que tienes razón, en cuyo caso tendremos que tomar represalias. Me pregunto si están listos para eso”.

Wittenfeld abordó las dudas de Lutz.

“Más que listo, diría yo. Tal vez incluso usen al emperador para protegerse contra nuestro ataque. Tan inútil como sería eso”.

“Sí. Por ahora, al menos, tienen la confianza suficiente para evitar nuestra búsqueda”.

“¿Desde cuándo crecen con tantos nervios? No pueden evadirnos para siempre, siempre y cuando estén en el imperio”.

“¿O podría ser que estén estableciendo una base secreta en la frontera?”

“¿Te refieres a una segunda Alianza de Planetas Libres?”

En este punto, la voz tranquila de Paul von Oberstein cortó la tensión.

“Creo que deberíamos dejar de lado la posibilidad de una segunda Alianza de Planetas Libres por ahora y centrarnos en su existencia. Los remanentes de los altos nobles y los republicanos pueden parecer petróleo y agua, pero ¿quién dice que no harían una unión ilícita si eso significaba impedir que von Lohengramm estableciera la hegemonía? Si nuestros delincuentes se refugian en la Alianza de Planetas Libres, puede estar seguro de que no podremos atacar tan fácilmente”.

“¡¿La Alianza de Planetas Libres?!” dijeron varios almirantes al unísono.

Aunque era un hecho conocido que von Lohengramm tenía enemigos de izquierda y derecha, nunca habían esperado que los remanentes de los altos nobles unieran fuerzas con la Alianza de Planetas Libres. ¿Se había jurado un juramento fundamentalmente imposible entre las facciones reaccionarias conservadoras y republicanas?

“Como dijo von Reuentahl, el paradero de Su Majestad se aclarará muy pronto. Por ahora, me gustaría que nos abstengamos de saltar a conclusiones prematuras. Si los insurgentes que se llaman a sí mismos la Alianza de Planetas Libres son cómplices en este complot traidor, pueden estar seguros de que los haremos pagar por ello. La codicia los ha cegado al panorama general, y su arrepentimiento los enterrará si no lo hacemos primero”.

Las enérgicas palabras de Reinhard tuvieron un efecto igualmente inspirador en sus almirantes, que se enderezaron con una nueva resolución.

“Durante la ausencia del emperador, esperaremos nuestro tiempo diciendo que está enfermo. El sello de estado se encuentra bajo la custodia segura de la oficina del primer ministro, por lo que el gobierno no se verá afectado. Exijo solo dos cosas de todos ustedes. Primero, no deben repetir ni una palabra del secuestro a nadie en el exterior. Segundo, ensamblarán todas las flotas bajo su comando directo y estará listo para despegar en cualquier momento. En cuanto a otros asuntos, le daré instrucciones según sea necesario. Hemos estado en esto desde antes del amanecer, así que vamos a suspenderlo aquí”.

Los almirantes se fijaron en la atención y observaron cómo Reinhard se marchaba, después de lo cual se dispersaron para retomar sus tareas habituales. Mittermeier apretó a von Reuentahl en el hombro mientras se marchaba.

“¿No te gustaría venir a mi casa a desayunar?”, Ofreció.

Su esposa, Evangeline, era una cocinera gourmet, o eso decía siempre, y Mittermeier todavía tenía que participar de su especialidad, un plato que ella llamaba “Gale Wolf”.

“Por supuesto. Supongo que podría dejar que me convencieras.”

“No hay nada de malo en seguir las órdenes.”

“En ocasiones, no”.

Los dos caminaron hombro con hombro por el pasillo, haciendo una reverencia a unos pocos soldados que pasaron junto a ellos.

“A fin de cuentas, es como el Duque von Lohengramm mantener la calma en circunstancias tan extremas”, dijo Mittermeier, con su voz llena de admiración.

Solo estaba tratando de entablar conversación, pero esas palabras se alojaron en el cerebro de von Reuentahl. Rescatar a un emperador de un poderoso sirviente era cosa de cuentos de hadas, y no podía creer que el acto hubiera sido cometido tan imprudentemente. Alguien por ahí estaba para ganar.

El Duque von Lohengramm no menos importante de todos.

Si Reinhard matara al emperador de siete años, lo atacarían directamente por su crueldad, pero un secuestro lo colocó lo suficientemente lejos como para mantener sus manos limpias. El Duque von Lohengramm podría utilizar la participación aparente de la Alianza de Planetas Libres como una

excusa para lanzar una ofensiva total contra las Fuerzas Armadas de la Alianza en una escala sin precedentes. Todo este drama estaba a punto de sacudir a la humanidad hasta su núcleo como nada menos que un preludio a un cambio político y militar. El almirante heterocromático podía escuchar su propia sangre en su interior. ¿O fue solo la emoción de diversificar sus opciones para el futuro?

“Supongo que podemos esperar un despliegue en una escala sin precedentes en cualquier momento”, murmuró Mittermeier.

Von Reuentahl no pudo decir si Mittermeier había llegado a esta conclusión por su cuenta o por influencia de sugestión. De cualquier manera, las narices de los hombres en altos cargos de poder funcionaron mejor que la mayoría en tiempos de guerra, detectando las feromonas más sutiles del cambio.

Estos dos jóvenes almirantes, las “Murallas Gemelas” de la Marina Imperial, habían compartido el mismo pensamiento. Invadir el territorio de la alianza sin penetrar en el corredor de Iserlohn significaba encontrarse cara a cara con el comandante de la fortaleza de Iserlohn, Yang Wen-li. El hombre que en mayo había reducido a su compañero Karl Gustav Kempf al polvo espacial. Incluso si pudieran derrotarlo, el camino para llegar allí no se ganaría sin una lucha larga y dura. Von Reuentahl y Mittermeier respetaban a su enemigo. Poco sabían que Reinhard ya estaba considerando una invasión a través del Corredor Phezzan.

III

En el planeta de Phezzan, separado de la capital imperial de Odín por decenas de miles de años luz de oscuridad, Landesherr Adrian Rubinsky escuchaba el informe del asistente principal Rupert Kesselring.

Según el Conde Alfred von Lansberg y Leopold Schumacher, después de su

“rescate” de Neue Sans Souci, el niño emperador había logrado pasar inadvertido a través de la red de búsqueda de la policía militar galáctica. Lo habían guardado en una bahía secreta de carga de *Rocinante* , un barco mercante con destino a Phezzan, que debía llegar en dos semanas. En Phezzan, se reunirían con el Conde von Remscheid y sus refugiados, exigiendo asilo en el momento en que entraron en el territorio de la Alianza de Planetas Libres. Y cuando se anunció oficialmente, todos menos unos pocos seleccionados serían sacudidos a sus núcleos.

Después de escuchar este informe, Rubinsky se llevó una mano a su severa mandíbula.

“Incluso cuando el emperador se ha ido, el duque von Lohengramm probablemente no ocupará el trono sin poner primero a un títere a cargo”.

“Estoy de acuerdo. Reclamar el trono para sí mismo demasiado pronto destruiría el Imperio, o al menos le daría un golpe fatal. Su administración interna ya está en su lugar, pero está confiando en un gran éxito militar para sellar el trato”.

“Y sospecho que eso es lo que obtendrá. En cualquier caso, el duque de Lohengramm siempre ha estado un paso por delante. Boltec tampoco lo ha hecho tan mal por sí mismo”.

“Sobre eso — según mi propia información, parece que el Comisionado Boltec deja mucho que desear”.

Rubinsky se volvió hacia el joven ayudante principal, su propio hijo, y entrecerró los ojos.

“Y, sin embargo, el duque von Lohengramm no tomó medidas para evitar que el emperador fuera secuestrado. Las negociaciones de Boltec fueron obviamente efectivas contra el Duque von Lohengramm, ¿no?”

“Superficialmente, sí, parece que sí, pero cambie al Comisionado Boltec de sujeto a objeto y podrá ver cómo el informe funciona a su favor”.

“¿Quieres decir que fue Boltec de quien se aprovecharon?”

“Exactamente”.

A sabiendas, Rupert Kesselring había alimentado a Boltec con información comprometida. Este hombre, que algún día se interpondría en su camino como un futuro rival, tendría que ser expulsado del centro de la escena tan pronto como sea posible. Rupert Kesselring no fue un elegante perdedor.

Aunque Boltec había estado rebosante de confianza cuando respondió a la convocatoria del Duque Reinhard von Lohengramm, fue superado por un intenso disgusto cuando regresó a la oficina del comisionado. Boltec podría imaginar fácilmente que sus negociaciones con el Duque von Lohengramm produjeron resultados inesperados. Tal vez se había librado de la destreza del duque von Lohengramm, y no había sido necesario negociar con él en primer lugar. Tal vez Lohengramm había planeado facilitar el secuestro del emperador infantil todo el tiempo, hacer alarde de la fuerza de Phezzan y darse la mano. En el momento en que el niño emperador llegara a Phezzan, su paradero se daría a conocer al duque von Lohengramm, quien luego se uniría a esta representación y sería hecho para bailar. Había jugado demasiados trucos. Fue un paso en falso considerable.

Sin embargo, si Boltec se había visto obligado a prometer al Duque von Lohengramm el derecho de paso a través del Corredor Phezzan, incluso Rupert no podía evitar regocijarse por los errores de su rival. Solo era apropiado que se concediera un pasaje a través del Corredor Phezzan para extender el alcance hegemónico del Duque de Lohengramm, pero esa oportunidad debía ser elegida con la mayor discreción y, lo que es más importante, al precio justo. No tenía sentido venderse a bajo precio.

Rupert pensó que la alianza había asestado un duro golpe al Duque von Lohengramm y había sido atacado con un pasaje a través del Corredor Phezzan. Y cuando su oponente estaba en problemas, fortalecía su posición al dar una mano para obtener un favor de retorno. Incluso entonces, no era probable que fuera bienvenido, y preferiría ignorar su burla en lugar de sufrir el desorden de tener sus motivos ocultos al descubierto.

“Suponiendo que Boltec es el único equivocado, no tenemos nada de qué preocuparnos. Pero si esto da una desventaja para todos en Phezzan, entonces diría que tenemos un gran problema en nuestras manos. En particular, con el Duque von Lohengramm como nuestro oponente, el futuro parece terrible”.

“No he decidido si él nos ha fallado. No procedas todavía. El emperador ni siquiera ha llegado a Phezzan”.

Rupert comenzó a objetar, pero se lo pensó mejor. Incluso él vio el inconveniente de que se le viera disfrutar de los errores de su rival. La naturaleza del error de Boltec saldría a la luz tarde o temprano. Y, además, pensó cínicamente Rupert, si el error del Comisionado Boltec significaba la caída de Landesherr Rubinsky, Rupert debería esperar. Cuando el Corredor Phezzan se rindiera a la Armada Imperial, los innumerables ciudadanos que creían en la independencia y neutralidad de Phezzan serían indignados. ¿Cómo se revelaría a sí mismo el Zorro Negro de Phezzan? ¿Tomaría prestado el poder militar de la Armada Imperial y haría todo lo posible? ¿Se capitalizaría la autoridad de Terra y obligaría a todos a aceptar? ¿Resolvería las cosas a través de su propia popularidad y conocimiento político? Sin embargo, como lo hizo, provocaría una transformación dramática en la larga historia de Phezzan. Las reacciones profundas estaban garantizadas. Esto se estaba volviendo más interesante por el momento.

Después de dejar la oficina de Landesherr, Rupert Kesselring tomó medio día de viaje desde la capital al distrito de Izmail para visitar al noble exiliado Conde von Remscheid. La noticia del exitoso “rescate” de Alfred von Lansberg del emperador lo dejó extático.

“Claramente, Odín ha tenido una mano en esto. Hay justicia en este mundo después de todo”.

El conde von Remscheid le pidió que perdonara su risa espontánea y le trajeron una botella del ’82 de color blanco. Después de expresar su sincera gratitud en ese punto, Rupert redirigió su atención a asuntos de alto secreto,

incluida la deserción del emperador a la Alianza de Planetas Libres. El noble en el exilio asintió.

“Me tomé la libertad de elaborar una lista de los ministros del gabinete del gobierno en la sombra. Dada la emergencia, todavía necesita algunos ajustes”.

“Una medida muy conveniente”.

De hecho, era una emergencia, ya que Von Remscheid tenía sus ojos puestos en el asiento del primer ministro desde que se enteró de los planes para rescatar al emperador. Incluso si careciera de las calificaciones adecuadas para el trabajo, era natural que un hombre de sus aspiraciones políticas apuntara alto.

“Si te parece bien, me gustaría mucho ver esa lista, Count”.

Anticipándose a esta solicitud, ya estaba poniendo la lista en manos de Rupert. Las mejillas enrojecidas por el vino del conde Remscheid se relajaron en una sonrisa.

“Bueno, se suponía que esto estaba clasificado, pero dado lo mucho que estaremos en deuda con Phezzan, el gobierno imperial legítimo debería saberlo”.

“Por supuesto, Su Excelencia tendrá el apoyo total de Phezzan. Nos veremos obligados a presentar un frente político débil, pero tenga en cuenta que, aun cuando le obedezcamos, nuestra verdadera lealtad será con Su Excelencia”.

Rupert tomó con reverencia la hoja de papel titulada “Rol legítimo del gabinete del gobierno galáctico imperial ” y pasó sus ojos por su columna de apellidos:

Secretario General y Secretario de Estado: Conde von Remscheid.

Secretario de Defensa: Almirante Superior Merkatz.

Secretario del Interior: Barón Radbruch.

Secretario de Finanzas: Vizconde Schaezler.

Secretario de Justicia: Vizconde Herder.

Secretario de la casa imperial: Barón Hosinger.

Secretario del gabinete principal: Barón Carnap.

Rupert levantó la vista de la lista, forzando una sonrisa al noble que despreciaba.

“Aprecio sus esfuerzos en esta selección”.

“Notarás el gran número de refugiados en esta lista. Les puedo asegurar que juran su eterna lealtad a Su Majestad. Podrían limitarnos a largo plazo, pero son útiles por ahora. Lo único que pido es que tenga fe en nosotros y en los que hemos elegido en su nombre”.

“Confío en que no te importará si te hago una pregunta. Es natural que su Excelencia deba supervisar al gabinete como secretario general, pero ¿por qué no asumir el papel de primer ministro imperial?”

El conde von Remscheid se mostró a la vez satisfecho y confundido por esta pregunta.

“Consideré eso, por supuesto, pero es un poco de una extensión. Preferiría la presidencia del primer ministro imperial después de que haya regresado a la capital imperial de Odín, por orden de Su Majestad”.

Si esos eran sus verdaderos sentimientos, pensó Rupert, entonces este era un asunto extraño en el que ejercitar la moderación.

“Por supuesto, pero simplemente debe asumir ese papel a toda costa. No podemos permitir que el Duque von Lohengramm, por no decir nada del

universo en general, ningún motivo por el cual socavar la viabilidad del legítimo gobierno imperial".

"Estoy de acuerdo, pero…"

El conde von Remscheid estaba siendo evasivo. Luego, Rupert se dio cuenta de que había dado más que suficiente aliento a los nobles que permanecían en la capital imperial y que probablemente quería evitar hacer cualquier cosa que beneficiara al campamento de von Lohengramm.

"Vamos a presentar esa discusión para otro día. ¿Cómo vamos a tratar con los secuestradores de Su Majestad, el Conde von Lansberg y el Capitán Schumacher?"

"Por supuesto, no nos hemos olvidado de eso. El conde von Lansberg está preparado para ocupar el puesto de subsecretario de asuntos militares. Schumacher, por el momento, ha recibido el rango de comodoro y tiene diseños para hacer un asistente de Merkatz. Luchó contra ese mocoso dorado en una batalla espacial, después de todo".

Rupert volvió a examinar el nombre del hombre nominado para secretario de defensa: Wiliabard Joachim Merkatz, comandante supremo de las Fuerzas Armadas de la Alianza durante la Guerra de Lippstadt del año pasado. Sus tácticas fueron sólidas, nacidas de una carrera militar que abarcó cuatro décadas. Parecía que este soldado veterano, que ahora había tomado el título de "almirante invitado" para la alianza y estaba trabajando en la fortaleza de Iserlohn como asesor de Yang Wen-li, había sido preparado para contradecir a Reinhard von Lohengramm. Durante medio siglo, había vivido la vida simple de un militar capaz dedicado a su imperio.

"Es natural que el almirante Merkatz sea el secretario de Defensa, pero ¿qué pasa con sus intenciones y las inclinaciones de la alianza?"

"No me puedo imaginar que sus intenciones sean falsas. Mientras la alianza reconozca al gobierno en el exilio, entregarán a Merkatz sin cuestionarlo".

"Entiendo. ¿Y cómo vamos a tratar con las tropas bajo su mando?"

Dada la inutilidad de esta pregunta, no fue una eventualidad para la cual ni siquiera Rupert había planeado. Rupert pensó, con extraña emoción, que aquí estaba el tipo de malvado noble que había embellecido ambiciones más allá de sus medios con una causa justa, y sacó lo peor de él. Rupert detestaba a este hombre. Su padre, Adrian Rubinsky, habría cerrado esta línea de preguntas mucho antes de que llegara tan lejos.

La pregunta de Rupert era un ejercicio de ridículo inconsciente, y el que estaba en sintonía no era el que preguntaba, sino el que se preguntaba. El conde von Remscheid se dio cuenta de que su sangre caliente se había enfriado rápidamente, pero evitó que todo esto apareciera en su rostro.

“Los refugiados están inquietos. No se les debe permitir entrenarse y organizarse. El problema es una cuestión de costo”.

“Si lo que te preocupa son los gastos, no lo hagas. Solo dígame cuánto necesita y considérelo hecho”.

“Eres demasiado amable.”

Rupert no había dicho “sin cargo alguno”. Se mantuvo callado con respecto al recibo oficial y la auditoría de los gastos. Una vez que la deuda legítima del gobierno imperial con Phezzan alcanzara cierto nivel, tendrían que ser más cuidadosos. Como uno de sus padres fundadores, Rupert nunca pensó que el gobierno legítimo podría pagar su deuda. Esto fue solo el deseo de un pequeño grupo de personas, un desafortunado hijo bastardo que cayó en la nada. Como un mero reflejo de su propia desgracia, su único destino era morir una muerte calculada. Por supuesto, si el chico tenía vitalidad y ambición, ese era un asunto diferente — como Rupert Kesselring, por ejemplo. Pero eso fue un tiro en la oscuridad en el mejor de los casos.

Rupert Kesselring tenía mucho en su plato. Para alguien tan joven y poseedor de resistencia física y mental como él, que se encontraba entre las esferas públicas y privadas, nada era tan valioso como el tiempo. Después

de pedirle al Conde von Remscheid que copie la lista de miembros del gabinete del gobierno en el exilio, se retiró a dormir. Para entonces, todos los rastros del día habían desaparecido, y un escalofrío nocturno había comenzado a abrirse paso a través del aire seco. A la mañana siguiente, iría a la oficina principal de Landesherr, y había organizado una estadía de una noche.

Rupert había nacido en el SE 775, año imperial 466, haciéndolo un año mayor que Reinhard von Lohengramm. Este año tendría veintitrés años. Kesselring era el apellido de su madre, uno de las muchas amantes que han pasado por la vida de Landesherr Adrian Rubinsky. O tal vez ella había sido la única. Rubinsky no era el más guapo de los hombres, sin embargo, tenía cierta atracción magnética sobre las mujeres que los futuros biógrafos harían todo lo posible por verificar.

Oficialmente, Adrian Rubinsky no tuvo hijos de ningún género. *Y sin embargo, aquí estoy,* pensó Rupert, levantando una esquina de su boca. Como agente de Terra, su padre era la forma más baja de inmundicia humana que jamás había engañado a la gente de Phezzan. Lo que hizo a Rupert su excremento. Como padre, como hijo, por cierto.

Rupert llegó a una gran mansión en el distrito de Sheepshorn. Abrió la ventanilla de su vehículo y colocó su mano derecha en el poste de la puerta. Una vez que se confirmó su huella, la puerta de bronce tallado se abrió sin un sonido.

La dueña de la mansión era una mujer con muchos títulos. Dueña de una joyería, su propio club nocturno y varias naves de carga, también fue una vez cantante, bailarina y actriz. Ninguna de estas ocupaciones tenía mucho significado. Como una de las amantes de Landesherr Adrian Rubinsky, nunca sería registrada en los anales de la historia como alguien de importancia, a pesar de ser una fuente importante de influencia sobre políticos y comerciantes detrás de escena. En estos días, Rubinsky la visitaba con menos frecuencia, por lo que probablemente era más apropiado llamarla su “amante de reserva”. Ella — Dominique Saint-Pierre — tenía diecinueve años cuando, trabajando como cantante en un club hace ocho años, se había enamorado de Rubinsky a primera vista, antes de que él

asumiera el título de Landesherr. Rubinsky le había contado lo fascinado que estaba por su baile alegre, lo hermosa que cantaba, lo impresionado que estaba por su inteligencia. Era una mujer hermosa con cabello castaño rojizo, aunque no tan hermosa como cualquier otra mujer, por lo que había volado relativamente bajo el radar.

La mujer que recibió a su huésped en el interior le habló de una manera parecida a una canción.

“¿Supongo que pasarás la noche, Rupert?”

“Aunque soy un pobre sustituto de mi padre”.

“No seas tonto. Por otra parte, es como si dijeras eso. ¿Quieres una bebida?”

“Claro, primero tomaré una bebida. ¿Te importa si te pido un favor mientras estoy sobrio?”, Dijo la menor de las dos amantes de Dominique mientras le traía una botella de whisky de sidra color escarlata y unos cubitos de hielo del salón.

“Adelante, ¿qué es?”

“Hay un obispo de Terra llamado Degsby”.

“Lo conozco. Su rostro es inusualmente pálido”.

“Quiero saber cuáles son sus debilidades”. Ella preguntó si esto era para hacer de él un aliado.

“No. Para hacer que se incline ante mí.”

La arrogancia de su expresión y tono era casi áspera, o tal vez solo se estaba irritado. La batalla que pronto enfrentaría no sería una tarea difícil, pero no quería un aliado que fuera su igual. Lo que sí quería era que alguien hiciera un sacrificio incondicional por él.

“Parece ser un chico del ascetismo, pero me pregunto si eso es cierto. Si no, una grieta en su revestimiento es todo lo que necesito para romperlo”, dijo Dominique. “E incluso si es cierto, tal vez podamos cambiar eso, si pasamos el tiempo suficiente”.

“Hay algo más que tendremos que gastar: dinero”.

“No te preocupes. Haré lo que sea necesario”.

Que era exactamente lo que había dicho el Conde von Remscheid.

“La vida como ayudante paga eso bien, ¿lo hace? Ah, decías que había ciertos beneficios secundarios, ¿verdad? Aún así, entre Terra y los nobles refugiados, las cosas están llegando a un punto crítico”.

“Es pandemónium por ahí. En un momento dado, alguien en esta nación está tratando de aprovecharse de alguien más. Sin embargo, nunca verás a nadie aprovechándose de mí”.

El rostro siempre elegante de Rupert parecía luchar contra un presentimiento momentáneo. Volvió a llenar su vaso con más de la bebida escarlata y la tiró hacia atrás, disfrutando del picor caliente más que el sabor. Le ardía el estómago y la garganta. *Sobreviviré a esto,* pensó Rupert. Por otra parte, también lo hicieron todos los demás.

IV

Rocinante era el mayor buque mercante privado de Phezzan que no tenía afiliaciones con ninguna empresa comercial interestelar a gran escala. El emperador Erwin Josef II, Alfred von Lansberg, Leopold Schumacher y el comisionado Boltec, junto con las cuatro jóvenes sirvientas del niño emperador, fueron sus invitados de honor.

Estaba lejos de ser la primera vez que esta nave había dado un paso seguro a los polizones. *Rocinante* había sido equipada con amplios cuartos de almacenamiento para albergar a pasajeros indocumentados a bordo. Las puertas secretas se abrieron mediante la identificación de la impresión de voz y el agua caliente calentada a la temperatura del cuerpo humano que circulaba entre las paredes interna y externa para neutralizar la detección de infrarrojos. Los solicitantes de asilo eran, de hecho, la mayor fuente de ingresos de *Rocinante*, y los pasajeros clandestinos del Capitán Bomel siempre habían pasado inadvertidos en la inspección imperial. Ya sea por burlarse o por soborno descarado, Bomel siempre supo qué método garantizaba el mejor resultado. El comisionado Boltec, como representante imperial, había elegido expresamente esta nave para escoltar a Erwin Josef fuera de Odín.

Bomel había sido recomendado directamente por el comisionado y, como se le había pagado por adelantado, haría todo lo posible para entregar su honorable carga de manera segura y cómoda a Phezzan. Naturalmente, la etiqueta le impedía intentar determinar la identidad de su carga humana. Y así, a pesar de pensar en un hombre en su mejor momento, un muchacho más joven, cuatro mujeres de unos veinte años, y un niño hecho para un grupo extraño, él sabía que no debía hacer palanca. Incluso relegó a sus oficiales el servicio de comida y otros servicios. Suponiendo que este traslado de refugiados terminara con éxito, había una gran posibilidad de que le dieran más oportunidades para transportar pasajeros ilustres.

Las preocupaciones de Bomel comenzaron en el momento en que fue autorizado a partir del puerto galáctico en Odín.

“Es un pequeño diablo incorregible, ese”, anunció uno de los tripulantes abatidos después de llevar comida a los nuevos pasajeros. Cuando se le preguntó por qué tenía una ampolla en el brazo izquierdo, el miembro de la tripulación dijo que el niño le había arrojado todo un plato de estofado de pollo porque no le gustaba la forma en que olía. Cuando una de las chicas intentó detenerlo, él la hizo llorar tirando de su cabello. Sólo entonces intervinieron los dos hombres. Incluso Bomel se sorprendió al escuchar esto.

“Sus padres deben haberlo echado a perder. No tiene sentido del bien o del mal. Supongo que todos los mocosos son iguales. De todos modos, tendrás que pedirle a otra persona que le lleve las comidas. No tendré más de eso”.

Con eso, el tripulante se dirigió a la enfermería para tratar su quemadura.

Bomel trajo la siguiente comida traída por otro miembro de la tripulación, quien recibió un rasguño profundo en su mejilla para mostrar su intento. Y cuando un tercero regresó con un tabique magullado, incluso un comerciante experimentado como Bomel se encontró al final de su cuerda. No estaba en el negocio de transportar leones de montaña, protestó y pidió que se le mostrara algún decoro. El elegante niño mayor se postró y entregó una generosa propina, y entonces Bomel se retiró. Pero justo cuando estaba a punto de irse, notó cicatrices en las manos y la cara de la chica.

“Perdóneme por ser tan progresista, pero los niños requieren una disciplina estricta. Un niño indisciplinado no es diferente de una bestia salvaje”.

En respuesta a este consejo, la chica solo sonrió débilmente. Bomel había pensado que la chica era una hermana mayor o una tía, pero ahora le parecía que ella era una sirvienta.

Solo después de llegar a Phezzan y descargar su carga y polizones, Bomel se dio cuenta de que no había estado transportando nada más que al emperador sagrado e inviolable del Imperio Galáctico. Cuando, en un bar llamado De la Court, escuchó una transmisión de la Alianza de Planetas Libres sobre la deserción del emperador, miró la copa apretada en su mano izquierda.

“No sé si el duque von Lohengramm es una persona ambiciosa o un usurpador, pero con ese mocoso como emperador, nuestra nación está destinada a caer”.

Cuando Bomel había traído una comida, Erwin Josef II lo había mordido lo suficiente en su mano izquierda para dejar una perfecta media luna de marcas de dientes.

Cegado por la furia de su temperamento, el portador de esos dientes nunca podría expresarse cuando sus necesidades no fueran satisfechas, excepto a través de la violencia.

CAPÍTULO 04: EL GOBIERNO IMPERIAL GALÁCTICO LEGÍTIMO

I

AUN COMO UN NIÑO, el emperador Erwin Josef II estaba siendo secuestrado en la capital imperial galáctica de Odín, la base de primera línea del ejército de la alianza, la Fortaleza de Iserlohn, se estaba complaciendo en un sueño tardío.

Yang Wen-li, comandante de la Fortaleza de Iserlohn y la Flota de Patrullas de Iserlohn, tenía treinta y un años, lo que lo convierte en el más joven en servir como almirante en las Fuerzas Armadas de la Alianza. Delgado y de constitución media, su cabello negro era ligeramente rebelde y largo para un militar, y tenía la costumbre de quitarse el golpe ocasional de la frente. Sabía que solo debía cortarse, pero después de ser reprendido en una audiencia la primavera pasada por su cabello largo, se había propuesto dejarlo. Siempre había sido del tipo de irse a la izquierda cuando se le dijo, en términos inequívocos, que debía ir a la derecha, y aceptó obedientemente las consecuencias de su contrariedad. Sus ojos eran negro azabache, pero suaves, e incluso un poco vacíos. Un biógrafo lo describiría más tarde como "inteligencia envuelta en gentileza, y gentileza envuelta en inteligencia", y los que lo conocían no estarían en desacuerdo. Se decía que sus rasgos eran "increíblemente hermosos", y que no se acercaban a la elegancia de su rival, Reinhard von Lohengramm. A menudo se lo representaba más precisamente como alguien que parecía más joven que sus años y le gustaba

algo más que un militar.

No es que Yang Wen-li no fuera consciente de sí mismo. Contra los deseos de aquellos que habían esperado que se convirtiera en un historiador, había avanzado al teniente comandante a los veintiún años después de haber rescatado con éxito a los civiles en el planeta El Fácil, y a los veintiocho subieron tres rangos en el lapso de una año, contraalmirante en la Batalla de Astarté, vicealmirante en la Batalla de Iserlohn y, posteriormente, almirante en la Batalla de Amritsar. A pesar de sus actos de armas, los innumerables soldados enemigos que había enviado a sus tumbas fueron un recordatorio suficiente de su destreza. Era un artista en el campo de batalla, pero siempre fue el primero en minimizar el significado de sus logros. Ser soldado, solía decir, era una carrera que no aportaba nada a la civilización ni a la humanidad. Quería retirarse lo antes posible para poder relajarse, disfrutar de su pensión y pasar el resto de su vida escribiendo una obra maestra histórica.

Después de defenderse de una invasión de una flota imperial liderada por la Fortaleza de Gaiesburg en mayo, Yang había estado acostado con un resfriado durante una semana, y desde que se había levantado de la cama, todos los días le habían eliminado la tensión.

El pupilo de Yang era Julian Mintz, un chico que había avanzado para justificar al oficial. Una mirada a Yang hizo que Julian se preguntara si no solo estaba perdiendo el tiempo haciendo gimnasia de alto nivel dentro de su solitario cráneo, formulando un gran discurso táctico o reflexionando sobre alguna filosofía histórica profunda. Pero entonces, Julian no tenía nada cerca del impulso diario de Yang y era propenso a sobreestimar la actividad intelectual.

Yang se quedó sin hacer nada más que firmar documentos, en espera de la aprobación de facto de su jefe de tareas civil, el contraalmirante Alex Caselnes, y su ayudante, la teniente Frederica Greenhill. Durante los últimos dos meses había pasado el tiempo en la sala de comando central, leyendo libros de historia y resolviendo crucigramas, y tomando solo té y siestas. Su actitud estaba lejos de la de uno que trabajaba duro. El campo de su inteligencia, invadido por las malas hierbas, tenía una gran necesidad de

cultivo, estaba lleno de mosquitos, mientras que a su dueño solo le importaba comer y dormir.

Desesperado por hacer algo creativo con su tiempo, comenzó a escribir un ensayo sobre el tema “Vino y cultura”, pero después de unas pocas líneas de la introducción, su pluma se detuvo. Las oraciones que había escrito eran nada menos que horribles.

La cultura humana comenzó con el vino. Y así terminará la cultura con ello. El vino es el asiento de la inteligencia y la emoción, y podría ser la única forma de distinguir a los humanos como tales de los animales salvajes.

Julian leyó esto mucho antes de comentar:

“He visto mejores copias en los anuncios de las barras de los bares”.

Yang abandonó rápidamente este inútil esfuerzo una vez que se dio cuenta de la degradación de sus biorritmos intelectuales. El comandante de las defensas de la fortaleza, el contralmirante Walter von Schönkopf, lo criticó más tarde por ser un ladrón de salarios.

Tampoco Von Schönkopf fue un cuadro de justicia militar. Aún soltero a los treinta y cuatro años, desde que se desempeñó como capitán del regimiento de los Rosen Ritter como capitán, tenía fama de ser intrépido cuando se trataba de mujeres. Aunque no era rival para el piloto Olivier Poplin, teniente comandante y capitán de la Primera División de Espacial de la Fortaleza, juntos le enseñaron a Julian todo lo que sabía sobre la puntería y cómo maniobrar una nave de combate espartana de un solo asiento. Yang los había asignado para que fueran los instructores de Julian como los principales representantes de sus divisiones, aun cuando le preocupaba que pudieran volver loco al chico.

Los episodios que involucraban a Von Schönkopf y Poplin fueron materia de leyenda. Una anécdota fue la siguiente:

Una mañana, justo cuando Von Schönkopf salía de cierta habitación de la

teniente segunda dama, Poplin salía de la habitación contigua de cierta sargento. Los dos intercambiaron miradas y se fueron, pero dos mañanas después se encontraron de nuevo. Solo que esta vez, von Schönkopf salía de la habitación del sargento y Popelín abandonaba al segundo teniente.

Ninguna evidencia sugiere que este incidente haya tenido lugar alguna vez. Era un rumor de segunda mano en el mejor de los casos. Eso no impidió que la mayoría lo creyera. Cuando se le preguntó sobre su autenticidad, Popelín respondió: “¿Por qué solo los hombres se identifican con sus nombres reales, mientras que las mujeres permanecen en el anonimato? ¿No es eso un poco injusto? ”

Von Schönkopf, por otro lado, dijo: “Digamos que mis estándares no son tan bajos como los de Poplin”.

Era natural, pensó Yang, que Julian estuviera preocupado por sus mentores. Julián era un joven atractivo. Mientras asistía a la academia Heinessen, había sido nombrado MVP de flyball y había llamado la atención de no pocas chicas de su clase. Había cinco millones de personas en el planeta artificial de Iserlohn, y como hijo adoptivo de un general que había demostrado su valor destruyendo cruceros en su primera campaña, era naturalmente popular.

“La verdad es que Julian puede hacer todo lo que tú no puedes”.

Como mentor de Yang en la academia, Alex Caselnes no tenía dudas sobre burlarse de él. Caselnes tenía dos hijas, y se rumoreaba que pretendía casar a la mayor, Charlotte Phyllis, con Yang. Cuando Yang se enteró, respondió:

“Charlotte es una buena chica. Su padre, por otro lado…”

La incansable capacidad militar y política de Yang Wen-li obligó a muchos a pensar en él como una especie de clarividente. Solo que ahora no sentía nada más ominoso que la vaga sensación de inquietud. No tenía idea de qué tipo de maniobras políticas, diplomáticas y estratégicas estaban teniendo lugar en el imperio, en Phezzan, o incluso dentro de su propia alianza, por lo que continuó pasando cada día sumando a su cuenta de derrotas

consecutivas en 3D. Ajedrez, teniendo en cuenta la cantidad de brandy que le agregó a su té negro.

II

El 20 de agosto, se reveló públicamente lo que llegaría a conocerse como el “Pacto Torcido del SE 798”. El Pacto Torcido en cuestión era una alianza cooperativa entre el antiguo régimen imperial galáctico y la Alianza de Planetas Libres contra la dictadura de Lohengramm.

La Alianza de Planetas Libres aceptó la deserción del emperador Erwin Josef II y reconoció oficialmente al Conde Jochen von Remscheid como primer ministro del gobierno en el exilio, también conocido como el “gobierno imperial galáctico legítimo”. En el caso de que el gobierno en el exilio derrocó la orden de Lohengramm y regresó a su patria, establecería relaciones diplomáticas iguales con la Alianza de Planetas Libres, entablaría tratados de no agresión mutua y comercio, y alentaría la democratización sociopolítica mediante el establecimiento de una constitución y el parlamento. La Alianza de Planetas Libres también garantizó que el gobierno imperial galáctico legítimo restauraría todos los derechos de sus propietarios originales, cooperaría plenamente y establecería un orden pacífico nuevo y permanente.

El presidente del Alto Consejo de la alianza, Trünicht, y el legítimo primer ministro del gobierno imperial galáctico, llegaron a un acuerdo a principios de agosto, pero consideraron necesario ejercer discreción para publicarlo. El camino para llegar a un acuerdo no fue ni siquiera medio.

Erwin Josef II, junto con Alex Caselnes, ya había entrado en el territorio de la Alianza de los Planetas Libres a mediados de julio. Bajo las órdenes directas del presidente Trünicht, ambos habían sido protegidos por el almirante Dawson en el edificio de la sede operativa conjunta. Aunque las habilidades de Dawson como combatiente eran débiles, se podía contar con

él en los asuntos de mayor secreto. Las negociaciones entre ambos partidos superaron las tres semanas, después de lo cual el conde von Remscheid prometió a regañadientes la transición a un gobierno constitucional.

Esa misma tarde, el 20 de agosto, Julian estaba hablando con el almirante de pelo negro en la fortaleza de Iserlohn.

“Escuché que el presidente Trünicht dará un discurso urgente e importante”.

“Si es urgente, entonces seguramente debe ser importante”, respondió Yang. Su actitud franca demostró que no le interesaba escuchar nada que no requiriera su atención. Pero cuando Heinessen recibió órdenes de que todos los soldados observaran sus pantallas de FTL, Yang se dijo a sí mismo: “Creo que esto también viene con el trabajo”. Sin embargo, se sorprendió un poco cuando apareció el rostro del presidente en la pantalla.

“A todos los ciudadanos de la Alianza de Planetas Libres: Yo, el Presidente del Alto Consejo, Job Trünicht, me complace anunciar que le ha visitado un gran regalo para toda la humanidad. Estoy orgulloso y abrumado de ser el único en entregar este anuncio histórico”.

Alégrate todo lo que quieras, maldijo Yang internamente. Quizás en detrimento de ambos lados, el almirante más joven de la alianza no tenía ningún respeto por su gobernante y lo miraba con odio absoluto.

“Recientemente, un desertor en busca de asilo se convirtió en huésped de nuestra nación libre. Muchas personas, huyendo de las crueles manos del despotismo, han venido aquí en busca de un mundo libre, y nunca hemos rechazado a un solo refugiado. Pero este refugiado es especial. Ya sabes su nombre: Erwin Josef von Goldenbaum”.

Esperó unos momentos para dejar que eso se hundiera, disfrutando el efecto de sus palabras.

Como político demagógico, Trünicht estaba en buena forma y su anuncio golpeó a los trece mil millones de ciudadanos de la Alianza de los Planetas Libres como un relámpago gigante sin luz, calor y sonido. La mitad de la

población se quedó sin aliento, mientras que la otra mitad simplemente miraba a la figura de su gobernante mientras inflaba su pecho en sus pantallas.

El emperador del Imperio Galáctico había huido, desechando la nación que se suponía que debía gobernar, junto con la gente a la que se suponía que debía gobernar. Era suficiente para que alguien cuestionara lo que sabían del mundo.

“Mis queridos ciudadanos de la alianza”, el Presidente Trünicht continuó sin vergüenza. “Reinhard von Lohengramm del Imperio Galáctico, después de purgar su oposición por la fuerza militar bruta, ahora desea el poder dictatorial total. Abusa del emperador, que tiene apenas siete años, cambia las leyes a su antojo, nombra a sus amigos para los puestos clave y trata a los mundos como sus posesiones personales. No se trata solo del imperio, porque ahora tiene su punto de vista diabólico en nuestra nación. Él no quiere nada menos que un control despótico sobre el universo entero, y está tratando de apagar la llama de la libertad y la democracia que nuestra gente ha protegido durante tanto tiempo. Su propia existencia es una amenaza para la nuestra. En esta coyuntura, no tenemos más remedio que desechar el pasado y trabajar juntos con todas las almas desafortunadas que han sido enviadas corriendo por Von Lohengramm. Ha llegado el momento de que nos protejamos de la enorme amenaza que representa para toda la humanidad. Al evitar esta amenaza, por fin podemos hacer realidad la paz duradera”.

Desde la Aniquilación Dagon de SE 640, año 331 del calendario imperial, el Imperio Galáctico de la Dinastía Goldenbaum y la Alianza de Planetas Libres habían estado en constante conflicto. En ese tiempo, no pocos políticos habían luchado para establecer acuerdos mutuos de no intervención y comercio entre sus respectivos sistemas políticos. Estos intentos, sin embargo, se vieron frustrados a cada paso por fanáticos y fundamentalistas de ambos lados. Un lado consideraba al enemigo como rebeldes que iban en contra de todo lo que representaba Su Majestad Imperial; El otro, visto a su adversario un estado autocrático. Al rechazar la existencia de los demás, ¿no habían dispersado los cuerpos de incontables compatriotas a través de campos de batalla a través de una fuerza militar

excesiva en su búsqueda de justicia?

Unir fuerzas hacia un objetivo común fue un cambio completo. No era de extrañar que la gente se sorprendiera.

Julian pasó rápidamente sus ojos por los que estaban reunidos en la sala de control central. Incluso las más afiladas lenguas, como las de Caselnes y von Schönkopf, se embotaron en un silencio atemorizado. Yang, por su parte, no estaba seguro de qué sentir, pero observó atentamente cómo una figura de pelo gris apareció en la pantalla.

“Soy el secretario de estado del gobierno imperial legítimo, Jochen von Remscheid. No puedo expresar la profundidad de mi gratitud a la Alianza de Planetas Libres, por cuya consideración humana se me ha otorgado la oportunidad y una base de operaciones para restaurar la justicia en nuestra patria. En nombre de todos nuestros compañeros, cuyos nombres leeré ahora, les doy mi más sincero agradecimiento”.

El conde von Remscheid procedió a enumerar a los ministros del gabinete de su llamado gobierno legítimo. El secretario de estado debía ser el propio puesto de von Remscheid, y entre los otros ministros había nombres de nobles exiliados, pero cuando el almirante principal Merkatz fue nombrado secretario de defensa, todos los ojos no pudieron evitar ampliarse ante el almirante invitado exiliado. Ninguno, sin embargo, estaba tan sorprendido como el objetivo de su atención.

“Su Excelencia Merkatz, esto es…” murmuró el ayudante de Merkatz, von Schneider, quien miró alrededor de la habitación en estado de shock, disculpándose en nombre de su reticente jefe.

“Por favor, no lo entiendas mal. Este es absolutamente el primero, ya sea Su Excelencia, o yo no he oído hablar de esto. Por mi parte, me gustaría mucho saber por qué el Conde von Remscheid ha nombrado a Su Excelencia”.

“Yo sé porque. Nadie cree que el almirante Merkatz se haya vendido a sí mismo”.

Los intentos de Yang por pacificar a von Schneider mantuvieron bajo control cualquier observación de sus subordinados, quienes miraban a Merkatz con sospecha.

Es poco probable que el conde von Remscheid haya pedido el consentimiento de Merkatz, convencido como estaba de que ofrecer la posición fue suficiente para sellar el acuerdo, lo que excluye la necesidad de negociaciones.

“Supongo que el conde von Remscheid habría ofrecido el asiento del secretario de Defensa al almirante Merkatz de todos modos. No puedo imaginar un candidato más adecuado”.

“Conforme.”

Yang se sintió aliviado por el buen momento de la interjección de von Schönkopf. No era nada si no puntual. La lista de ministros del gabinete del conde von Remscheid se había completado con aportaciones del gobierno de la alianza, lo que significaba que Merkatz pronto dejaría a Iserlohn para organizar el ejército legítimo del gobierno. Yang sintió que un gran consejero estaba siendo arrancado de su mano.

El teniente comandante Olivier Poplin estuvo entre los muchos que se enfurecieron por la dirección del presidente.

“Aquí estamos, caballeros de la justicia, salvando a ese vagabundo emperador infantil y luchando contra un usurpador que no es nada menos que un mal encarnado. ¡Esto es una locura! ¿Somos personajes en algún drama de televisión?”

Poplin intentó reírse, pero falló y tiró su boina negra al suelo con disgusto. Su camarada, Ivan Konev, recogió la boina en silencio y se la devolvió. El joven piloto del as lo rechazó y continuó con su diatriba.

“¡¿No es suficiente que debemos derramar nuestra sangre solo para proteger

a la familia Goldenbaum en primer lugar?! ¿No hemos luchado durante más de un siglo, desde la época de nuestros bisabuelos, para derrocar a la familia Goldenbaum y restaurar la libertad y la democracia en la galaxia?”

“Pero si esto debería llevar a la paz, un cambio de política es inevitable”.

“Si lleva la paz. Pero incluso si la paz se interpone entre nosotros y los Goldenbaums, ¿qué hay del duque von Lohengramm? Él siempre estará satisfecho. ¿Qué es lo que impide que se vuelva loco y nos lo saque?”

“Todo lo que digo es que no podemos rechazar al emperador. Él es sólo un niño de siete años. El humanitarismo nos obliga a ayudarlo”.

“¿Hablas de humanitarismo? ¿Está diciendo que los miembros de la familia Goldenbaum tienen derecho a solicitar tratamiento humanitario? Tal vez deberías abrir de nuevo los libros de texto de historia para recordar los miles de millones que han matado Rudolf y sus descendientes”.

“Esa sangre está en las manos de sus antepasados. No es su cruz para soportar”.

“¿No eres sólo el sonido racionalista? Te las arregla para encontrar fallas en todo lo que digo, ¿no?”

“No iría tan lejos”.

“¡No te pongas tan a la defensiva! ¡Estaba siendo sarcástico!”

Al no ver ninguna razón para continuar, Poplin arrebató la boina ofrecida y salió corriendo. Ivan Konev se encogió de hombros y mientras lo veía irse con una sonrisa torcida.

III

“En otras palabras, el Imperio Galáctico y la familia Goldenbaum ya no son un solo cuerpo”.

Yang dejó escapar un suspiro, su mandíbula húmeda con el vapor que brota de su té con brandy. Todos los demás oficiales del personal tomaban un café delante de él, no es que tuvieran tiempo para disfrutar de su aroma. Julián estaba parado junto a la pared detrás de Yang, sirviendo obedientemente su té.

“No es mero niño de siete años, defectos de su propia voluntad. Llamarlo “rescate” o “escape”, pero como sus súbditos leales auto-profesados, deberíamos verlo como nada menos que un secuestro “, ofreció Caselnes.

Algunos expresaron su acuerdo.

“Sea como sea, estoy más preocupado por el próximo movimiento del Duque von Lohengramm. ¿Y si viene pidiendo la liberación del emperador?”

Cuando el contraalmirante Murai frunció el ceño, el comodoro Patrichev encogió con tacto sus anchos hombros.

“Escuchaste el discurso fluido del presidente. Después de hablar de un juego tan grande, no hay forma de que lo abandone tan fácilmente”.

Walter von Schönkopf, en su forma refinada, devolvió su taza de café a su platillo y entrelazó sus dedos.

“Bueno, si íbamos a jugar bien, habríamos hecho un mejor esfuerzo para unirnos hace un siglo. Nuestros oponentes han perdido su autoridad efectiva y han huido, y ahora quieren que seamos amigos. Todo esto apesta a absurdo, si me lo preguntas.”

“Unir fuerzas con el menor de dos males es una buena señal para los maquiavélicos entre nosotros. Pero incluso suponiendo que el momento

fuera el correcto, necesitarían un poder real. En este caso, no tenemos ninguno”.

Yang se dio un buen estiramiento a la espalda y colocó todo su peso en su silla. Si la alianza fuera verdaderamente de un espíritu maquiavélico, el momento de aprovechar la disputa entre las facciones pro y anti-Lohengramm habría sido durante la Guerra de Lippstadt del año pasado. Si la alianza hubiera intervenido entonces, podrían haber cosechado suficientes beneficios mientras los imperiales luchaban entre ellos.

Habiendo anticipado esa posibilidad con su envidiable astucia, el duque Reinhard von Lohengramm había provocado un golpe de estado. Al dividir la alianza, impidió que sus ejércitos participaran en la guerra civil del imperio. Ahora que la autoridad del Duque von Lohengramm era segura, prácticamente no había posibilidad de que sus oponentes recuperaran los territorios perdidos. Von Schönkopf había golpeado la marca.

Si Yang hubiera esperado el maquiavelismo dentro del gobierno de la alianza, habría entregado al emperador a Duque von Lohengramm en reconocimiento de su hegemonía sobre el imperio y le habría hecho prometer una coexistencia pacífica de allí en adelante. Y aunque este acto parecería inhumano, desde donde se sentó Yang, el Duque de Lohengramm no pudo matar al niño emperador con sus propias manos. El elegante y joven dictador no era tan tonto como para permitirse una crueldad irreflexiva. En sus zapatos, Yang habría pensado en un uso más efectivo para el niño emperador en el momento en que nació. Quizás el gobierno de la alianza había jugado su comodín expresamente por el bien del Duque von Lohengramm.

El duque von Lohengramm no perdió nada por la deserción del emperador. Por el contrario, centrar su atención en la “recaptura” o “rescate” del emperador le dio una amplia justificación para emprender acciones militares contra la alianza. La amplificación de la animosidad de la gente hacia el emperador también fue un barómetro eficaz para medir la unidad nacional. En todo caso, el duque von Lohengramm tenía mucho que ganar con la deserción del emperador a la alianza.

Yang estaba aterrorizado por donde iban sus pensamientos sobre esto. Como pensaba muy bien del genio de Reinhard, no creía que los remanentes del antiguo régimen pudieran tomar tan fácilmente al joven dictador. Cuando Yang expresó sus pensamientos sobre el asunto, los presentes se quedaron en silencio, hasta que von Schönkopf lo rompió.

“¿Quieres decir que el duque von Lohengramm intencionalmente dejó escapar al emperador?”

“Ciertamente es una posibilidad”, dijo Yang con gravedad.

Sirvió brandy en su taza de té vacía, ignorando el ojo crítico de Julian. Caselnes tomó la botella una vez que fue devuelta a la mesa y vertió algo de su contenido en su propia taza, y de allí fue a Murai a través de von Schönkopf, y así sucesivamente. Mientras observaba que la botella se abría paso, Yang se sintió algo ansioso, pero la mirada de Julian se detuvo en sus pensamientos de nuevo en el Duque Reinhard von Lohengramm.

Asumiendo que la estrategia del Duque von Lohengramm era tan elaborada como se había imaginado, un magnífico rompecabezas estaba a punto de completarse. Pero, ¿fue este el trabajo del Duque von Lohengramm solo? La alianza y el antiguo régimen del imperio fueron hechos para bailar. ¿Y no estaban de acuerdo con el que los hacía?

Lo más aterrador de todo fue la posibilidad de que el Duque Reinhard von Lohengramm uniera fuerzas con Phezzan. ¿Se unirían a sus poderes militares y económicos, talentos y ambiciones por interés común? Phezzan nunca habría extendido una mano a Reinhard sin algo que ganar. Eso era cierto. Aún así, ¿qué beneficio los precipitaría en tal acuerdo? ¿Fue el monopolio de los intereses económicos prometido por un imperio unificado? Fue una respuesta que él podría aceptar, al igual que el Duque von Lohengramm. ¿Pero era el verdadero? ¿No podría ser una trampa para obligar al Duque von Lohengramm a estar de acuerdo y, en consecuencia, a descuidar? O tal vez Phezzan quería algo aún más grande, su adoración del dinero no era más que camuflaje para ocultar motivos ulteriores.

Todo este pensamiento estaba empezando a hacer doler la cabeza de Yang.

Sintonizó la conversación de Caselnes y von Schönkopf.

“Se podría decir que una especie de “síndrome del caballero blanco” se está extendiendo en la capital: “Luchemos por la justicia para proteger al joven emperador de las manos del usurpador tiránico y vicioso””.

“¿Restauran el poder tiránico de la familia Goldenbaum y lo llaman justicia? Como dijo el almirante Bucock, necesitamos un nuevo diccionario. ¿Alguien aquí estaría en desacuerdo?”

“No es que no haya teorías más conservadoras, pero hablar sobre esto podría ser suficiente para tildarte de inhumano. Prácticamente todos están fuera de sí, y más de un niño de siete años, nada menos”.

Caselnes miró con desagrado su taza de café, vacía una vez más. Se inclinó hacia delante para alcanzar con anhelo la botella de brandy.

“Si fuera una niña bonita, digamos, diecisiete o dieciocho años, puedes estar seguro de que todo el mundo estará sobre esto. La gente no puede tener suficiente de príncipes y princesas”.

“Eso es porque, en los cuentos de hadas, los príncipes y las princesas siempre han sido justos, mientras que los nobles tienen una reputación de maldad. No podemos juzgar asuntos de política en el nivel de los cuentos de hadas”.

A medida que su conversación vagaba por el laberinto de su canal auditivo, Yang cultivó el campo de su inteligencia por primera vez en mucho tiempo, por más difícil que fuera arrancar la maleza.

Sembremos algo de política y diplomacia por ahora. Solo en asuntos militares, la alianza está cortejando un pequeño riesgo. Sin duda, que significa qu el Duque von Lohengramm nos acusara del delito de secuestro del emperador. Incluso podría inspirar a los soldados de nacimiento común para que actúen haciéndoles creer que la familia Goldenbaum y el emperador son sus enemigos. Se llaman a sí mismos republicanos, incluso mientras derrocan a la Alianza de Planetas Libres, que planea albergar al

emperador y restaurar la desigualdad social bajo un gobierno autocrático. Pero la realidad pinta una imagen diferente, ya que los cómplices de la Dinastía Goldenbaum derrocan a la alianza para proteger sus derechos y privilegios. La perspectiva de tal sedición abunda en persuasión.

La creencia de que los remanentes del antiguo régimen habían “rescatado” al emperador daría lugar a delirios de romanticismo caballeresco y ambición política, pero en verdad estos eran insignificantemente vacíos.

El duque Reinhard von Lohengramm pudo obtener lo máximo de este giro de los acontecimientos. Una vez había necesitado el poder del emperador detrás de él, pero ahora que había destruido la alianza de los nobles y purgado a su rival, el duque Lichtenlade, en la corte, el poder dictatorial sobre el imperio estaba firmemente a su alcance. Un simple niño soberano de siete años era el único obstáculo erosionado que se interponía entre él y el trono. Con toda la autoridad y la fuerza militar a su disposición, apenas habría necesitado levantar un meñique para quitar ese obstáculo de su camino. Pero el duque de Lohengramm tenía estándares. Si iba a destronar al niño emperador y recibir su corona imperial, necesitaba justificación para resistir el escrutinio de la historia. Si, por ejemplo, Erwin Josef II fuera un tirano subversivo que mató a su propia gente, Reinhard estaría más que justificado para destronarlo. Sin embargo, un niño emperador de siete años, a diferencia de varios emperadores anteriores a él, era poco probable que arrebatara a las esposas de sus criados para su propio placer, matara a sus propias personas desmilitarizadas en nombre del mantenimiento del orden, o asesinara a los sucesores de Familias rivales como infantes.

IV

Entre la sucesión de emperadores de la Dinastía Goldenbaum, el más traidor fue Agust II. También conocido como “August el Desangrador”, había tomado el trono en SE 556, IC 247.

Para cuando fue coronado a la edad de veintisiete años, se dijo que ya había conocido muchos de los placeres de la vida. El consumo excesivo de alcohol, la fornicación y la indulgencia en las comidas finas lo habían afectado con gota, lo que llevó a un hábito diario de opio. Su cuerpo se deterioró hasta alcanzar un 99 por ciento de grasa y fluidos. Sus débiles huesos y músculos ya no podían soportar su peso masivo, confinándolo en el cojín de su silla de ruedas eléctrica, en el cual transportaría la mayor parte de su gruesa manteca fundida. A pesar de que su padre, el emperador Richard III, se avergonzaba de solo verlo, August seguía siendo su hijo mayor y mostraba una promesa intelectual, por lo que el emperador no podía arrebatarle la corona. Además, los tres hermanos menores de August no fueron mejores en su disposición o comportamiento. Su instauración fue recibida con indiferencia, y el tirano más grande en la historia de la corte y el gobierno del Imperio Galáctico solo fue bienvenido casualmente al trono.

August se deleitaba con la autoridad ilimitada que ahora le entregaban como un juguete. Su primer decreto como emperador obligó a las amantes favoritas de su difunto padre a trasladarse a su propio harén. Era costumbre que las concubinas del anterior emperador recibieran dinero y fueran liberadas de sus ataduras, mientras que el nuevo emperador seleccionaba nuevas mujeres para sí mismo. El descaro de August sorprendió a sus ministros y enojó a su madre, la emperatriz viuda Irene. El joven emperador hizo una media sonrisa en respuesta a su condena de su insolencia.

“Madre, solo estoy tratando de disipar el arrepentimiento que sentiste por el padre que te robaron esas prostitutas”.

Tomando la mano de su madre, la arrastró al interior del palacio, sus ojos brillaban sádicamente. Algún tiempo después, sus damas de honor escucharon el grito desgarrador de una mujer. Antes de que su eco muriera, la viuda de la emperatriz salió tambaleándose de la habitación interior, se desplomó en el suelo y comenzó a levantar el contenido de su estómago. El olor metálico de la sangre asaltó las fosas nasales de sus damas de compañía mientras corrían en su ayuda.

La emperatriz viuda había visto los cadáveres de cientos de concubinas en el palacio interior. Además, se dijo que todas habían sido desolladas. El

deterioro de la mente de August había estado ganando la carrera contra su cuerpo, y el vestigio que quedaba de su razón se había reducido a una sola delgada línea de cordura. Pero incluso eso se había desvanecido en el momento en que había ganado un poder ilimitado, a medida que el reino mental del nuevo emperador daba la bienvenida a la oscuridad en su trono.

A partir de ese día, con cada ola de sus dedos gordos, esta masa de manteca envuelta en seda extravagante redujo la población de la ciudad capital de Odín. Sus tres hermanos menores fueron asesinados como conspiradores para usurpar el trono. Sus cuerpos fueron cortados en pedazos con cuchillos láser y arrojados a un pozo de hornheads. Como la responsable de traerlo a este mundo, la emperatriz viuda se vio obligada a suicidarse. Apenas una semana después de la entronización del nuevo emperador, ni un solo ministro del gabinete quedó con vida. El comodoro Schaumburg de la guardia imperial buscó a los llamados rebeldes y sus familias extendidas, incluidos los infantes, basándose únicamente en la "intuición" del emperador. La sentencia y la recuperación de activos se llevaron a cabo en nombre de la "imparcialidad", independientemente del estado.

Fiel a su forma, cuando ejecutaba criminales, se aseguró de utilizar métodos extravagantes e inimitables, y un sinnúmero de hombres y mujeres no le faltaron materiales de capacitación para sus innovaciones.

Los informes entre los registros oficiales imperiales existentes de August II no siempre fueron precisos. Por un lado, había muchas razones para cubrir cualquier mancha de la túnica de Goldenbaum, mientras que por otro lado era necesario registrar las malas acciones de este tirano para ensalzar a los emperadores que lo sucedieron. Debido a esto, el número de personas que morirían durante el reinado de August II se estimaba en un máximo de veinte millones, y al menos seis millones. Pero incluso la figura más pequeña rara vez fue mencionada. Al igual que Rudolf el Grande y Segismund I antes que él, él ejercía el poder como un juguete, matando sin razón a pesar de su propia justicia. Los rumores de que el emperador comía carne humana y bebían vino mezclado con sangre eran claramente exagerados. Sin embargo, fue un hecho que usó una técnica conocida hasta hoy como la "aguja de August" para matar a muchas víctimas desafortunadas. Dicho método consistía en insertar agujas finas hechas de

diamante en los ojos de los presos, perforar el cráneo y dañar el cerebro, causando la muerte por locura.

Durante seis agonizantes años, el Imperio Galáctico gimió bajo el peso de su tiranía. Irónicamente, fue un momento en el que los nobles y los plebeyos temblaban de miedo, su mutua antipatía era olvidada. Con el tiempo, este miedo los convirtió en ratas arrinconadas.

El marqués Erich von Rinderhof, primo de August e hijo del antiguo hermano menor del emperador Richard III, el archiduque Andreas, rompió el ciclo. Al ver que el sentido y la razón del emperador habían saltado de un acantilado a un mar de locura, y sintiendo un peligro inminente, se fugó con su vida desde la ciudad capital de Odín y huyó a territorio neutral. Al final, August mató a casi todos los miembros de su familia en la capital y, sin olvidar el hábil escape de su primo, exigió su rendición. Erich rechazó la guillotina y, con el apoyo de una guarnición militar imperial vecina, voló la bandera de la revuelta. Erich estaba preparado para morir por su libertad y había escondido una cápsula de veneno en su cuerpo. En caso de que fuera capturado por el emperador, podría quitarse la vida antes de que su primo pudiera torturarlo hasta la muerte.

A pesar de estar preparados para la derrota, tres jóvenes almirantes le prometieron su lealtad. Ya habían abandonado al tirano, y uno había perdido una esposa y un hijo por el despotismo del emperador. Se enfrentaron con una fuerza punitiva enviada por el emperador en la región estelar de Trouerbach, pero fácilmente abrumaron a sus enemigos sin pasión. Por cada soldado muerto, veinte eligieron rendirse y vivir, y el ejército sobreviviente se resignó a seguir su ejemplo.

Y, sin embargo, incluso cuando se decidía el resultado de la batalla, August estaba muerto.

Sabiendo que el final estaba cerca, el comodoro Schaumburg había empujado a August en su fosa de hornheads mientras alimentaba a los perros con carne cruda. El emperador dejó escapar un grito indescriptible en su camino hacia el fondo del foso, donde su grasa fue desgarrada por colmillos y garras y digerida en los estómagos de animales bien

alimentados.

Después de un increíble regreso triunfal a la capital en medio de los gritos de “Viva el nuevo emperador”, Erich inmediatamente convocó a Schaumburg, lo elogió por eliminar al tirano y por evitar más daños a la gente y su nación, y lo ascendió a almirante total. Luego, detuvo a un Schaumburg eufórico y lo condenó a muerte por fusilamiento por haber masacrado a tantas personas como el retenedor de confianza del tirano.

El reinado posterior del emperador Erich, recién entronizado, no fue particularmente ingenioso ni civilizado. No obstante, Erich se ganó su lugar en la historia como gobernante de gran mérito al disipar la sombra de la política basada en el terror de August, rescatar al imperio de un estado infernal y estabilizar los espíritus de su pueblo. Pero, al igual que su descendiente Maximilian Josef, solo prolongó un régimen despótico que, de otro modo, podría haberse derrumbado, no siendo más que un criminal involuntario en el esquema más amplio de las cosas.

V

Todo lo cual era para decir que expulsar al niño emperador Erwin Josef como un tirano era un crimen que no podían permitirse cometer.

Incluso si él muriera por causas naturales, la gente automáticamente sospecharía de un juego sucio. Para evitar ser deshonrado como asesino de niños, el Duque von Lohengramm tenía que proteger la vida y la salud del niño emperador a toda costa. Era una posición adecuadamente irónica en la que estar, y no importaba cuán exigente hubiera sido el duque von Lohengramm, uno podía imaginar la carga que este niño emperador había llegado a representar. Aún así, la deserción del emperador había resuelto un desafío al dejar el trono vacío. ¿Podría el lado del ex gobernante culpar a un nuevo gobernante por querer llenarlo?

El objetivo subjetivo del antiguo régimen estaba ahora descargando la carga de su enemigo. El duque von Lohengramm, en su estilo extravagante, disfrutó de una carcajada cordial sobre eso. Todos los caminos llevaban a su triunfo. Si el emperador había desertado, abandonando el trono y sus súbditos de su libre albedrío, Reinhard tenía todo el derecho de criticar su irresponsabilidad y cobardía. Y si el emperador hubiera sido secuestrado contra su voluntad, Reinhard condenaría a los secuestradores y procedería a "rescatar" al propio emperador. De cualquier manera, el poder de elección estaba en su elegante bolsillo cosido a mano. Mientras tanto, la Alianza de los Planetas Libres había saltado a la cama con el emperador y sus autoproclamados sirvientes leales, y solo podía esperar sin aliento para ver qué carta jugaría su oponente. Ya habían perdido su oportunidad.

¿Es esto simplemente una suerte ciega por parte del Duque von Lohengramm? pensó Yang.

La respuesta proporcionó algún consuelo: el destino parece estar fuera de este.

El duque von Lohengramm era joven, lleno de ambición y coraje, y nunca había sido el tipo de quien pasaba los días ansiando la buena fortuna. Fue correcto ver los engranajes de las intenciones del Duque von Lohengramm en este último giro de los acontecimientos. Ya había logrado dar un golpe de estado en la alianza. Y aunque no podía afirmar que lo había planeado desde el primer paso, había una posibilidad clara de que había sabido de un plan para secuestrar al emperador, pero intencionalmente cerró los ojos. Yang no creía que los remanentes del antiguo régimen tuvieran los medios para sacar al emperador de Odín. ¿Cómo se infiltrarían en la capital para empezar? ¿Cómo escaparían? ¿Y cómo se las arreglarían para mantenerse escondidos de los ojos curiosos de las autoridades? Era imposible imaginar a alguien que no fuera el duque von Lohengramm incitando a este crimen. Tenía en su poder todos los recursos necesarios, el capital y las conexiones personales, por no hablar de un motivo viable.

¿Y qué hay de Phezzan?

¿Phezzan había golpeado de nuevo? Yang casi se reprendió por haberse

entretenido con la idea. Como alguien que nunca se había unido a una escuela histórica legítima, nunca había sido un gran revisionista. En su mente, uno necesitaba más que las tramas y esquemas de una minoría infinitesimal para cambiar el curso de las cosas. La historia simplemente no funcionó de esa manera.

En cualquier caso, el gobierno de la alianza no debe ser responsabilizado por la causa, sino por el efecto.

La Alianza de Planetas Libres había unido sus fuerzas con el antiguo régimen del Imperio Galáctico. Los aristócratas eran claramente reaccionarios. Al reconstruir la autoridad legítima de la Dinastía Goldenbaum, y usar eso como telón de fondo, para reunir el poder a través y dentro de ella, monopolizaron la riqueza con la esperanza de cambiar el rumbo. Su oposición a la reforma política y social del Duque von Lohengramm provino de una firme creencia en la “democratización futura”. Fue la brillante culminación de la toma de decisiones absurdas.

Yang sintió escuelas de prejuicios nadando en el mar de sus pensamientos pero admirablemente se abstuvo de lanzar su red. La dinastía Goldenbaum había durado cinco siglos desde Rudolf el Grande, y en ese tiempo había tenido muchas oportunidades para corregir las injusticias sociopolíticas. Las elites se alejaban cada vez, matando flores dinásticas desde la raíz hasta el pétalo con su aliento venenoso de corrupción. ¿Qué podrían haber anticipado sus restos?

Alguien dijo una vez que había tres clases de ladrones: los que roban con violencia, los de sabiduría y los de ley.

¿Y qué hay de los veinticinco mil millones de personas del imperio liberados por el Duque von Lohengramm del yugo de un sistema gubernamental aristocrático? No es probable que perdonen la alianza en el corto plazo por haberse aliado con el peor tipo de ladrón imaginable. Eso es un hecho. ¿Significa esto que vamos a luchar contra un “ejército popular” del Imperio Galáctico, como sospeché una vez? ¿Y no estará la justicia de su lado cuando eso suceda?

“Bueno, Almirante Merkatz, ¿qué vas a hacer?”

Una voz suave atrajo la atención de Yang a la sala de conferencias de Iserlohn. Escudriñó las caras de sus hombres hasta que sus ojos se posaron en el orador: su jefe de personal, Murai. A pesar de sus diferencias de rango, los otros oficiales del personal no hicieron ningún esfuerzo por ocultar su desconcierto. La actitud del recién nombrado secretario militar del gobierno imperial legítimo podría muy bien haber coincidido con los oficiales de su personal, pero nadie pudo leer su rostro. Murai había desgarrado su reserva y vacilación como una hoja de papel.

“El Conde von Remscheid, como líder del gobierno en el exilio, seguramente no esperaría que el Almirante Merkatz rechazara su nominación. No le sirvo para desafiar sus expectativas”.

Aunque no había cinismo en la voz del almirante Murai, carecía de cierta tolerancia para la evasión y el desapego, e hizo que Merkatz sintiera que su camino de retirada había sido cortado. El siempre serio Murai había saltado el muro de los desertores almirantes invitados con el polo de una crítica de nivel superficial. Merkatz se volvió hacia su interrogador con ojos cansados.

“No estoy de acuerdo en absoluto con el punto de vista del conde von Remscheid. Mi lealtad a Su Majestad el Emperador es tan fuerte como la de él, pero si me preguntas, preferiría ver a Su Majestad llevar una vida sin preocupaciones como un ciudadano común”.

La voz del veterano almirante se hizo más profunda.

“El hecho de que hayan establecido un gobierno en el exilio no significa que puedan anular la autoridad del Duque von Lohengramm. Él trata a la gente como sus aliados, pero solo porque lo apoyan. Lo que parece que no puedo envolver mi cabeza…”

Merkatz negó con la cabeza lentamente. La sombra de un cansancio que era

más que físico estaba apretando su agarre invisible a su alrededor.

"… Es por eso que los que deberían estar defendiendo al joven emperador parecen estar empujando a Su Majestad a una vorágine de conflictos políticos y guerras. Si van a establecer un gobierno en el exilio, deberían hacerlo por su cuenta. No hay razón por la que deban involucrar a un niño, incluso si es Su Majestad, quien aún no puede reclamar el poder del juicio".

Yang, que se había quitado la boina y estaba jugando con ella de manera descortés, estaba en silencio.

Miró sin rodeos a von Schönkopf, que ofreció su opinión.

"Si lo piensas bien, la oferta y la demanda no están de acuerdo en este caso".

"¿Oferta y demanda?"

"Está bien. Dado que el poder del duque von Lohengramm no sería nada sin la gente sobre la que está construido, ya no tiene necesidad de la autoridad del emperador. Por otro lado, al socavar la veracidad de su poder, el Conde von Remscheid lo está obligando a usar su excedente para tomar la iniciativa del gobierno en el exilio".

"Se entiende la posición del almirante Merkatz. Pero quiero preguntar qué planea hacer Su Excelencia y cómo actuará usted".

"Contraalmirante Murai", dijo Yang, abriendo la boca por primera vez.

Sentía que Merkatz estaba siendo puesto en la silla del acusado. Él valoraba mucho la rapidez y la precisión de Murai, pero a veces podía ser una espina en el costado.

"Qué bueno debe ser para aquellos dentro de una organización poder administrarse ellos mismos para su propia conveniencia. Tengo una gran cantidad de palabras de elección que me gustaría transmitir a los peces gordos del gobierno. Lo que realmente me impresiona es cómo nos están

obligando a tomar decisiones arbitrarias”.

Caselnes, von Schönkopf y Frederica Greenhill asintieron al razonar a Yang, entendiendo a qué se refería. Merkatz no buscaba de ninguna manera seguir el protocolo y participar oficialmente en el gobierno en el exilio, sino que se había convertido en un chivo expiatorio de la coacción ex post facto. Sería injusto darle un ultimátum en este punto. Tal vez consciente de esto, Murai inclinó la cabeza y se despidió.

Temiendo que la situación se convirtiera en un atolladero, Yang ordenó un indulto.

Von Schönkopf se volvió hacia el general con una sonrisa irónica en su rostro.

“Si tienes una montaña de cosas que decir, entonces ¿por qué no decirlas? ¿Por qué no solo gritar ‘El rey Midas tiene orejas de burro’ y acabar de una vez?”

“No es el lugar de un soldado en servicio activo para expresar las críticas políticas en una reunión abierta, ¿verdad?”

“Creo que esos imbéciles en Heinessen deberían ser criticados”.

“Eres libre de pensar, pero nunca de hablar”.

“Entiendo, ¿entonces la libertad de debate es un territorio más estrecho que la libertad de ideas? ¿De dónde supones que viene la ‘Libertad’ en la Alianza de Planetas Libres?”

Yang estaba seguro de que sabía cómo responder a esa pregunta, pero se encogió de hombros en silencio de todos modos. El comandante de la defensa de Iserlohn vio esto y entrecerró los ojos.

“¿Un país libre? Mis abuelos huyeron a este país ‘libre’ conmigo cuando tenía seis años. Eso fue hace veintiocho años, pero recuerdo cada detalle. Los vientos fríos que cortan como un cuchillo y las miradas despectivas de

los oficiales de aduanas que tratan a los refugiados como mendigos. Nunca los olvidaré hasta el día que muera”.

Era raro que von Schönkopf compartiera algo sobre su pasado, y los ojos negros de Yang se llenaron de interés, pero von Schönkopf no tenía ganas de hablar de sí mismo. Se acarició la barbilla puntiaguda y se encogió.

“El punto es que soy un hombre que ya ha llorado la pérdida de su tierra natal. Si una vez se convierte en dos veces, no me sorprenderé ni lamentaré”.

En una habitación separada, se estaba llevando a cabo una conversación acalorada entre un oficial superior y su subordinado.

Merkatz volvió a mirar a su ayudante, el teniente von Schneider, cuya cara era una mezcla perfecta de cinismo y autoburla.

“El poder de la imaginación de un hombre solo puede llegar tan lejos, ¿verdad? No hace un año, nunca hubiera soñado que el destino estaba estableciendo un lugar para mí en una mesa así”.

Von Schneider estaba fuera de sí con decepción.

“Para que conste, presioné para el exilio, pensando que era mejor por el bien de su excelencia”.

Merkatz entrecerró los ojos un poco.

“¿Oh? Pensé que usted, de todas las personas, estaría contento. Para alguien que se opone al duque von Lohengramm, no podría haber un título más alto”.

De la boca de cualquier otra persona, esas palabras se hubieran sentido como alambre de púas en la piel de von Schneider. Sacudió la cabeza con disgusto.

“El secretario de las fuerzas armadas del gobierno legítimo tiene un bonito timbre, pero en verdad no habría un solo soldado bajo el mando de Su Excelencia, ¿verdad?”

“Y si no estuviera allí para dirigir, ¿cómo sería diferente de ahora?”

“Punto a favor. Pero usted *se hizo* cargo de liderar la flota del Almirante Yang, aunque solo sea temporalmente. Pero ahora incluso eso sería demasiado para esperar. Es un título vacío sin una pizca de fidelidad”.

Von Schneider chasqueó la lengua.

“La única cosa del conde von Remscheid, pero fuera de los nobles que tienen rango en la corte, no hay nadie de mérito en la lista. No veo cómo alguien entre ellos sería capaz de unir a la oposición contra el Duque von Lohengramm”.

“Todavía está Su Majestad el Emperador”.

La voz de Merkatz se hundió en el pecho de von Schneider. El teniente contuvo la respiración. Se quedó mirando al veterano general, que había servido como siervo del emperador durante más de cuarenta años, y que por la corazonada de sus hombros parecía haber envejecido rápidamente. Von Schneider, también, era naturalmente consciente de su servicio al emperador pero, en comparación con Merkatz, era más impulsivo y propenso a seguir dondequiera que lo llevara la compensación. Al ver lo estupefacto que estaba su ayudante por las implicaciones de sus palabras, Merkatz sonrió.

“Supongo que no puedo evitar que te preocupes demasiado. Y, en cualquier caso, todavía tengo que aceptar formalmente la solicitud. Pensemos en ello con cuidado”.

La tempestad ya estaba enviando a su vanguardia, y Yang no había tomado

medidas contra ella. De hecho, no tenía ningún plan de respaldo en absoluto. Si la armada masiva del imperio se apresurara hacia la fortaleza de Iserlohn, él podría despertar a algunos estrategas tácticos de una habilidad excepcional, pero dada su inexperiencia fuera de la política, como oficiales uniformados serían inútiles. Yang continuó observando desde las líneas laterales, sin estar preparado.

“¡Su excelencia! Duque von Lohengramm está en la pantalla de comunicación. Está a punto de entregar un discurso al imperio y a la alianza”.

El oficial de comunicaciones trajo este informe urgente luego de lograr exprimir una comida luego de las noticias del gobierno en el exilio.

La figura de león de Reinhard se transmitió por la pantalla principal de la sala de comando central.

Llevaba el tradicional uniforme negro y plateado que lo distinguía como jefe de la Armada Imperial, pero lo puso en ventaja de que podría haber sido diseñado siglos antes solo para que algún día se aferrara al cuerpo de este Hombre joven de cabellos dorados. Sus ojos azul hielo ocultaban una tormenta de nieve en lo profundo, y estar atrapado en su mirada era suficiente para enviar olas de miedo a través de todo el ser. Si a uno le gustaba o no, claramente pertenecía a otro reino por completo.

Cuando Reinhard abrió la boca, su voz fluida y musical acarició los tímpanos de sus oyentes, incluso si el contenido de su discurso era más severo. Después de anunciar la verdad detrás del secuestro del emperador, el dictador seductor dejó caer su intangible bomba.

“Por la presente declaro: habiendo secuestrado al emperador por medios ilegales, sin mencionar los medios cobardes, de los remanentes de la alta nobleza están tratando de cambiar el rumbo de la historia privando a la gente de sus derechos ganados con tanto esfuerzo. Por esta atrocidad, recibirán la debida recompensa. En cuanto a las personas demasiado ambiciosas de la Alianza de Planetas Libres que, en su colusión ilícita, planean una guerra de insubordinación contra la paz y el orden universales,

sufrirán la misma suerte. Su error debe ser rectificado por el castigo correspondiente. Los delincuentes no requieren diplomacia ni persuasión. Ellos no poseen ni la capacidad de, ni tienen la intención de, entender tales cosas. Solo la fuerza les hará ver su ignorancia. No importa cuánta sangre se vaya a derramar, recuerden que estos necios secuestradores y conspiradores son los culpables”.

No hay diplomacia, no hay persuasión. Los oyentes de Reinhard sintieron que sus corazones se aceleraban en sus pechos. El gobierno en el exilio del antiguo régimen galáctico, en conspiración con el gobierno de la alianza, había sido objeto de una intervención militar. Sin duda, cualquiera que lo viera como una “reforma” había previsto esta respuesta rápida y despiadada.

Cuando la figura de Reinhard se desvaneció de la pantalla, von Schönkopf se volvió hacia Yang.

“Esto es equivalente a una declaración de guerra, ¿no es así? Supongo que es demasiado tarde para preocuparse por eso ahora”.

“Las piezas están todas en su lugar”.

“Parece que Iserlohn estará en las líneas del frente una vez más. Eso es lo último que necesitamos. Esos cretinos hacen lo que quieren, solo porque creen que tienen esta fortaleza. Te hace preguntarte, ¿no es así?”

Yang abrió la boca para decir algo, luego la cerró, mirando a través de la pantalla en gris a algo que nadie más podía ver.

CAPÍTULO 05: UNA SALIDA

I

LA ALIANZA DE LOS PLANETAS LIBRES fue arrojada al caos por la deserción del emperador Erwin Josef II y la declaración de guerra del duque Reinhard von Lohengramm. Naturalmente, el Alto Consejo, con Job Trünicht como su presidente, había esperado que Reinhard antagonizara al gobierno en el exilio, pero se sorprendió por la severidad de su reacción. En lo que se refería al concejal Kaplan, justo cuando estaban considerando negociaciones diplomáticas con el gobierno en el exilio, habían recibido una bofetada preventiva en la cara, y el enemigo no les había dicho de forma incierta que el compromiso ya no era una opción.

“Ese mocoso dorado tiene las agallas de amenazarnos, respaldado por la fuerza militar”, dijo Kaplan, enfurecido.

Pero no importa cuánto puedan culpar a Reinhard, la culpabilidad era de ellos por sus decisiones políticas precipitadas. Prácticamente habían dispuesto una alfombra de bienvenida para las tácticas de mano dura de Reinhard.

Su elección, por tonta que fuera, había sido dirigida, sin saberlo, por la coproducción de Reinhard y Phezzan detrás de la cortina. Esto fue un pequeño consuelo, dada la gran desgracia que había engendrado.

Dos políticos no afiliados— João Lebello y Huang Rui— estaban cenando

en un restaurante local. Ambos hombres, estando apegados a la audiencia, estaban vinculados a Yang. Y así, por el momento, su conversación se centró en ese tema.

“¿Yang Wen-li? Un dictador Eso es difícil de tragar”.

“Es fácil reírse ahora antes de que se convierta en una realidad, pero he visto cómo las sonrisas se desvanecen más veces en mi vida de las que puedo contar, Huang”.

Aunque como político Lebello estaba por encima de sus deberes éticos, lamentablemente carecía de capacidad para el humor. Era lo único por lo que Huang sentía pena por su amigo.

“Para hacer este cóctel al que llamamos dictador se requiere capturar su sabor esencial. La dictadura puede ser algo bueno. Los dictadores son inquebrantables en sus creencias y sentido del deber, expresan su propio sentido de rectitud con un efecto máximo, y poseen la fuerza para considerar a sus adversarios no solo como sus propios enemigos, sino como enemigos de la justicia. Pero me pregunto si puedes ver eso, Lebello.”

“Por supuesto que puedo. ¿Y en el caso de Yang Wen-li?”

“Bueno, Yang Wen-li hace un delicioso cóctel, pero como yo lo veo, le faltan los ingredientes para hacer un dictador. No es una cuestión de inteligencia o ética, sino de creer en la propia infalibilidad y un cierto enamoramiento con autoridad. Tal vez solo sea mi propio cóctel hablando, pero diría que carece de ambas áreas”.

Los dos políticos se callaron cuando les llevaron la sopa de pescado blanco. Lebello se llevó la cuchara a la boca y miró al camarero mientras se alejaba.

“¿Pero no cree en su propia infalibilidad? En la audiencia, se presentó como un acusador intrépido y un orador obstinado. Tú mismo lo dijiste.”

Huang negó con la cabeza, no solo para expresar su desaprobación por Lebello, sino también, al parecer, para comentar sobre el mal sabor de su

sopa.

“Ah, tienes razón, pero tuvo que tirar el guante para frustrar la idiotez de sus examinadores. En lo que respecta a esa audiencia, fue un destacado estratega. Pero no cuando se trata de la guerra. Como táctico, se pondría del lado de cualquier tonto para evitar un conflicto. Sin embargo, nuestro buen chico Yang Wen-li nunca…”

Huang hizo una mueca cuando se llevó otra cucharada a la boca.

“Es por eso que llamó a esos cerdos lo que eran para ellos. La gente pierde su dignidad cuando está molesta. Cualquier número de ejemplos lamentables de la historia te dirá eso. La dignidad de la humanidad y los triunfos políticos a veces hacen un intercambio justo”.

Huang miró dubitativamente su tazón vacío y tomó un trago de agua.

“No veo ninguna razón para creer que Yang Wen-li se convertirá en un dictador pronto. Al menos él no alberga tal ambición”.

“No si la situación se desarrolla a su gusto”.

“Concedido. Y Yang Wen-li no es el único por el que deberíamos preocuparnos. No eres la excepción, Lebello. Casi no parece ansioso por el Almirante Yang, pero ¿qué está preparado para hacer si él debe tomar las riendas dictatoriales y poner fin a la democracia como la conocemos?”

Lebello frunció el ceño, sin dar una respuesta inmediata. Huang tampoco lo presionó por uno. Estaba teniendo suficientes problemas para mantener sus propios puntos de vista y resoluciones ocultos.

Elegir entre una democracia corrupta o una dictadura virtuosa fue uno de los dilemas más difíciles que enfrenta la sociedad humana. La gente del Imperio Galáctico fue afortunada en ser liberada de lo que indudablemente fue la peor condición: una autocracia corrupta.

Ahora era un momento en el que el error de cálculo y el abatimiento se

producían en masa. El desconcierto del legítimo gobierno galáctico imperial por la bienvenida a un niño emperador que debería haber sido digno de lealtad y devoción superó incluso eso.

"¡Maldita sea esa mocoso! No hay nada que redima sobre él. Es arrogante, grosero y más difícil de tratar que un gato psicótico".

La ira, la decepción y otros sentimientos desagradables hervían en sus estómagos, empujando la saliva ácida hacia la boca. Habían sabido poco sobre el niño emperador, excepto que había contado con el apoyo total de Reinhard y el ex primer ministro imperial el Duque Lichtenlade, pero nunca se había imaginado que estimularía tan poca devoción de sus subordinados.

Si el joven emperador creciera hasta la edad adulta sin haber aprendido a controlar su ego, podrían esperar otro August II.

August II había sido el paria más grande en la historia de la familia Goldenbaum y el imperio, y si este niño reclamaba y ocupaba con éxito el trono imperial, el nombre de August II debía ser ignorado con prudencia. Según los historiadores futuros, afortunadamente su sucesor no había interferido con ninguna expresión de puntos de vista sobre el August II, lo que permitió comprender los hechos del tirano y evitar la necesidad de una insurgencia política.

El emperador actual no tenía ni la apariencia ni el carácter de alguien que respetara las opiniones de los adultos, por lo que las críticas de Erwin Josef II fueron severas. Primero, uno no podría muy bien cuestionar a un niño de siete años acerca de la responsabilidad autoinvertida. Él debía ser controlado por los adultos que lo rodeaban, que habían trabajado tan diligentemente para mejorar su carácter. Con sus padres ya muertos y Reinhard en situación de no ser una figura paterna, y aunado al hecho de que sus asistentes tenían todo el temperamento de los funcionarios mezquinos, el emperador se ejercitó solo en el más mínimo de los deberes oficiales. No es que el amor necesariamente lo haya decidido todo, pero una falta total de él significaba que el cambio positivo era imposible.

Una ruina insondable roía la mente del niño, y continuaría expandiéndose e

intensificándose. Fue suficiente para alejar a otros de él.

Para los altos mandos del gobierno legítimo, el emperador no tiene que haber sido un héroe o un gobernante sabio en lo más mínimo. Una marioneta banal era mucho más preferible. Caer tan por debajo incluso de esa norma era preocupante de todos modos. En cuanto al gobierno en el exilio, que no tenía dominio para gobernar, ningún ciudadano para explotar, y ningún ejército para gobernar por medio de la violencia organizada, la protección de la Alianza de Planetas Libres y la asistencia de Phezzan eran necesarias para su existencia. Estaban sopesando sus opciones a medida que avanzaban, pero aun así, entre la buena voluntad que estaban consumiendo y el favor que estaban ganando con sus aliados, tenían que prepararse para la futura oposición y reconstrucción manteniéndose en las buenas gracias del niño emperador.

Por esa razón, querían que el emperador de siete años fuera un dulce ángel de algún cuento de hadas. Esas esperanzas fueron rápidamente vencidas. Era todo lo que podían hacer para minimizar la animosidad que lo rodeaba. Y así decidieron mantener a Su Majestad del ojo público tanto como sea posible. Le ordenaron a un médico que administrara tranquilizantes al niño emperador y restringieron su mundo a la habitación de su “palacio temporal”. Aunque su “médico de la corte” estaba preocupado por cómo las drogas podrían afectar el frágil cuerpo del niño, al final tuvo que seguir las órdenes.

Por lo tanto, todos los políticos y los financieros de la alianza, la prensa, y aquellos que quieran hacer su parte para el gobierno en el exilio, tuvieron que contentarse con mirar fijamente desde la puerta en la cara de un niño que había sido forzado en un reino de dormir. Entre sus visitantes se encontraban aquellos fascinados por su rostro dormido, mientras que otros lo consideraban como la encarnación viviente de cinco siglos de continua oscuridad despótica.

Se había convertido en una situación irritante, como todo el mundo lleva a cabo sus decisiones basadas no en la razón sino en la emoción. Lo apoyaron a través del sentimiento, se opusieron a él a través del odio visceral. Cualquier debate sobre si el reconocimiento de la deserción del emperador

como tal traería consigo la paz duradera de la democracia había sido abandonada. Tanto los partidarios como los detractores — el primero de los cuales ocupó el campo más grande — desacreditaron la insensatez de sus oponentes y dejaron de perder tiempo y esfuerzo en la persuasión inútil.

El emperador Erwin Josef II no era el dulce angelito que algunos fantaseaban con él, sino un niño absolutamente encantador e indisciplinado. Esta realización afectó el llamado síndrome del caballero blanco de Caselnes, aunque tenía más que suficiente prestigio político para dar la vuelta. En cualquier caso, el duque von Lohengramm, una persona de ambición insubordinada, había predicho que la mayoría de los oficiales de la Armada Imperial dudarían en apuntar con sus armas al niño emperador. De vuelta en la Tierra antigua, cuando los musulmanes se vieron envueltos en la guerra civil, el ejército opositor presentó un manuscrito original del Corán. Al ver eso, el enemigo arrojó sus armas y corrió. Los paralelismos eran claros, aunque la predicción del Duque von Lohengramm era el hijo bastardo del deseo y el engaño.

Aunque cargados de inquietud y arrepentimiento, los refugiados y el gobierno de la alianza que los apoyó habían sido llevados más allá del punto de no retorno. La respuesta impactante de Reinhard los había atado desde el centro del anillo. Sin espacio para la discusión, la resolución fue alcanzable solo por la fuerza. Fortificación militar y mantenimiento ahora eran asuntos urgentes. La primera tarea del gobierno de la alianza fue disipar cualquier modestia en su autoridad militar y aumentar la influencia política de su gobierno al sentar a los jefes militares con oficiales de alto rango del campamento de Trünicht.

De este modo, el director de la sede operativa conjunta, el almirante Cubresly, se retiró por motivos de enfermedad, mientras que el ex director en funciones, el almirante Dawson, fue ascendido en su lugar. Aunque la lealtad de Dawson encontró una recompensa adecuada en el poder político de Trünicht, los líderes militares se opusieron, al menos, a parecer que se adhirieron a la administración actual. Las manos de los recursos humanos no llegaron tan lejos como el comandante en jefe de la armada espacial de la alianza, el almirante Bucock, pero se extendieron indirectamente hacia Yang y un día pudieron convocar un estruendoso trueno sobre su cabeza.

“Julian Mintz ha sido promovido de oficial de la orden a la firma y debe ser designado a la oficina del comisionado residente como un agregado militar. Él asumirá su nuevo puesto en el sitio el 15 de octubre.”

Cuando esta orden fue traída a la Fortaleza Iserlohn por FTL, la teniente Frederica Greenhill no pudo mirar a los ojos a su oficial superior.

II

Consciente de que su autoridad era cualquier cosa menos omnipotente, Yang entendió que esto era parte de estar en una república democrática. Al recibir la orden, no pudo evitar recordar la recomendación sarcástica de von Schönkopf, cuando el comandante de la defensa de la fortaleza le había aconsejado con la mayor incorrección que solo deberían convertirse en una dictadura. La aceptación por su parte significaba condonar la arrogancia de sus colegas.

La teniente Frederica Greenhill se quedó sosteniendo una carpeta en su pecho mientras Yang caminaba de un lado a otro exactamente sesenta veces. El joven comandante se quitó la boina y le revolvió el pelo negro. Dejó escapar un suspiro que sonaba como un géiser, lanzando una mirada premonitoria a algo invisible. Se escurrió la boina con ambas manos, sin darse cuenta de que la estaba tratando como si fuera la garganta de alguien.

“Su Excelencia”, dijo Frederica a través de la difusión de la tensión.

Como un niño que se portaba mal agarrado por el cuello, miró a su hermosa ayudante, dejó de estrangular su boina y dejó escapar un suspiro.

“Teniente Greenhill, traiga a Julian aquí por mí”.

“Inmediatamente. Disculpe, almirante, pero…”

“Ah, sé lo que quieres decir… creo. ¿Podrías llamar a Julian?”

La elección de palabras de Yang traicionó su inseguridad, pero fue todo lo que Frederica pudo ver en el corazón del joven comandante. Ella hizo lo que le ordenaron.

Cualquiera podía ver que Julian era un chico afilado, pero como Frederica había logrado reprimir sus sentimientos, hasta que Julian se paró frente a la cortina de Yang y recibió la directiva, no tenía idea de la mala fortuna que pronto estaría sobre él.

Leyó la directiva repetidamente. Una vez que entendió el significado de sus letras organizadas inorgánicamente, su sangre hirvió de furia. Miró de Yang a Frederica y de vuelta, su visión se nubló por distorsiones de ira. Tenía ganas de romper la directiva en ese mismo momento, pero mordió esa urgencia en la yugular con los colmillos afilados en la pared de la razón.

“¡Por favor, debes revocar esta orden!” Gritó Julian.

Sabía que estaba siendo más ruidoso de lo que permitía la propiedad, pero se sintió justificado en su respuesta. Cualquiera que pudiera mantener la calma en sus zapatos era emocionalmente defectuoso.

“Julian, cuando eras un funcionario público, las citas y los traslados estaban siempre a cargo del comandante en el lugar. Pero ahora eres un verdadero soldado. Es su deber seguir las órdenes del Comité de Defensa y de la Sede de Operaciones Conjuntas. No debería tener que explicárselo tan tarde en el juego”.

“¿Incluso cuando las órdenes son tan absurdas?”

“¿De qué manera son absurdas?”

La respuesta de Yang fue tan forzada que Julian evitó una respuesta directa y se puso a la defensiva.

“Si ese es el caso, preferiría volver a ser un funcionario público. Entonces no tendría que cumplir con esta orden, ¿verdad?”

“Julian, Julian…” dijo Yang, suspirando.

Nunca había reprendido a Julian, pero esta vez el chico *lo* estaba reprendiendo.

Quizás Yang había sobreestimado la madurez de Julián.

“Deberías saber mejor por ahora. Nadie te obligó a convertirte en un soldado. Te ofreciste voluntariamente, ¿recuerdas? Sabía que cumplir órdenes era parte del trabajo en el momento en que te inscribiste”.

La réplica de Yang era, en el mejor de los casos, una fórmula. Si había algún poder de persuasión en ello, no estaba en el contenido de sus palabras, sino en algo subyacente a su tono que inspiró la simpatía en Julian.

Mientras Julián intentaba restablecer el equilibrio en su corazón, la superficie de sus aguas permanecía perturbada. Su rostro estaba enrojecido por el aumento del flujo de sangre.

“Entendido. Asumiré mi nuevo puesto en Phezzan como agregado militar residente. No porque sea una orden del cuartel general de operaciones conjuntas, sino porque es una orden del almirante Yang Wen-li. Si eso es todo lo que quería ver, ¿tengo permiso para irme, Su Excelencia?”

Con una expresión que parecía cubierta de alabastro, Julian realizó un saludo perfecto de memoria y salió de la habitación con un andar falso.

“Entiendo cómo se siente Julian”, dijo Frederica por fin.

Fue solo el prejuicio de Yang lo que le hizo detectar un elemento de culpa en su voz.

“Estoy seguro de que siente que Su Excelencia lo ve como prescindible”.

Frederica miró al comandante con ojos color avellana que cuestionaban sin palabras su falta de consideración por los sentimientos del chico.

“¿Reemplazable? No es nada de eso”. Ofendido, Yang intentó una explicación. “Entonces, enviarlo lejos significa que es prescindible, mientras que manteniéndolo a mi lado significa que es necesario. No funciona de esa manera. Incluso si no me fuera útil, lo mantendría a mi lado. No, su necesidad no es una cuestión de utilidad”.

Perdiendo confianza en el poder expresivo de sus propias palabras, Yang se calló. Se revolvió el pelo, cruzó los brazos y respiró. Había mucho para respaldar su decisión, pero alejar al chico sin hacer ningún esfuerzo por entender su lado era lo último que había deseado.

“Supongo que tendré que hablar con él”.

Incluso mientras lo decía, Yang se preguntaba por qué no lo había hecho en primer lugar. Yang estaba harto de su propio descuido.

El gran jardín botánico de la Fortaleza de Iserlohn fue el lugar perfecto para refrescarse. Frederica había informado con indiferencia a Yang que Julian estaba sentado, sumido en sus pensamientos, en un banco entre las jacarandas, donde Yang ocasionalmente dormía solo.

Yang no tenía intención de trabajar horas extras y abandonó el centro de comando central a las cinco en punto.

Se sentó en el banco del jardín junto a un inconsolable Julian, que levantó la cabeza para ver a Yang con una lata de cerveza en la mano y una expresión imponente en su rostro.

“Almirante…”

“Oye, uh, ¿te importa si me siento aquí?”

“Siéntese por favor”.

Yang se sentó algo torpemente, tiró la lengüeta de su cerveza, tragó un trozo de espuma y líquido, y respiró.

“Mira, Julian.”

“Sí, Almirante”.

“Sólo te envío a Phezzan porque me ordenaron que lo hicieras. Pero, si me preguntas, tener a alguien en el interior en el que pueda confiar podría no ser tan malo. De cualquier manera, estoy seguro de que preferirías no ir”.

“Con la forma en que van las cosas, Iserlohn se dirige a las líneas del frente de nuevo. Creo que sería de mayor utilidad aquí”.

“Honestamente, no vería el punto, Julian”.

Yang tiró otro trago de su cerveza hacia atrás y miró al chico.

“Todos esperan que la Armada Imperial invada por el Corredor Iserlohn, aunque ni el protocolo ni la ley lo exigen”.

“Pero si ese es el caso, entonces ¿desde dónde invadirían? ¿Harán algún gran desvío más allá del sistema solar? El corredor Phezzan es todo lo que queda”.

“Tienes razón.”

Julian se quedó sin aliento ante la fácil respuesta de Yang y esperó una explicación.

“Para el duque von Lohengramm, ninguna táctica podría ser más efectiva que asediar a Iserlohn con una flota mientras se abre paso por el Corredor Phezzan con otra. Odín sabe que tiene los recursos para hacerlo. Iserlohn quedaría aislado, reducido a poco más que una piedra al costado de la

carretera”.

“Pero entonces, ¿no sería el imperio un enemigo de Phezzan?”

“Buena pregunta, pero no contaría con eso. A mi modo de ver, el duque de Lohengramm tiene dos opciones si va a pasar por el Corredor Phezzan. Una sería eliminar la resistencia abierta y encubierta de Phezzan por la fuerza. El otro sería eludir por completo la resistencia de Phezzan”.

Yang no explicó más, pero Julian sabía lo que el comandante de pelo negro estaba insinuando.

“¿Está diciendo que el duque von Lohengramm y Phezzan están trabajando juntos en secreto?”

“Precisamente.”

Yang levantó su cerveza al nivel de los ojos, elogiando la perspicacia del niño.

Julian no podía darse el lujo de sentirse contento de ser elogiado en este caso. La colusión entre el Duque von Lohengramm y Phezzan significó la unificación de las más grandes potencias militares y económicas en su sistema galáctico, y sus lanzas estaban dirigidas a la Alianza de Planetas Libres. Julian se había acostumbrado a las condiciones políticas y militares prevalecientes, pero ahora estaba revisando drásticamente su diagrama mental de un imperio opuesto y una alianza con Fezzan equidistante entre ellos. Fue mucho para tomar en una sesión.

“Julian, los humanos estamos programados para caer en este tipo de malentendidos. Pero piénsalo por un momento. El Imperio Galáctico no existía hace quinientos años. La historia de la Alianza de Planetas Libres tiene la mitad de esa longitud, y Phezzan tiene apenas un siglo de antigüedad”.

Cualquier cosa que no hubiera existido desde los albores del universo probablemente no iba a estar alrededor para la puesta del sol. El cambio era

el camino de las cosas. Como se manifestó en el carácter sobresaliente del Duque Reinhard von Lohengramm, el cambio se había extendido por el Imperio Galáctico y ahora giraba su red para atrapar a la sociedad humana.

“¿Eso significa que el Imperio Galáctico — no, la Dinastía Goldenbaum — se derrumbará?”

“Lo hará. De hecho, ya lo ha hecho. La verdadera autoridad política y militar está en manos del Duque von Lohengramm. El emperador ha abandonado su país y su pueblo. Incluso si el nombre no ha cambiado, la dinastía Lohengramm ya está sobre nosotros”.

“Estoy seguro de que tienes razón. Pero me pregunto, ¿es realmente probable que Phezzan se haya aliado con el Duque von Lohengramm?”
“Imagina que tienes tres poderes principales — A, B y C — y que A y B están en una relación de adversidad mutua. En este caso, el mejor curso de acción para C sería salvar a A si A estaba siendo amenazado por B, ayuda a B si A estaba presionando a B, o simplemente prolongar el conflicto entre A y B hasta que ambos lados se destruyeran. Pero si la influencia de A se fortaleció dramáticamente, de modo que incluso con la ayuda de B, a C le resultaría difícil oponerse a A, ¿no sería mejor que C atacara a B en cooperación con A?”

“Pero digamos que lo hizo, y el abrumadoramente fortificado A culminó su victoria de destruir B atacando a C, ¿no se iría C de la independencia a la muerte segura?”

El joven almirante de pelo oscuro miró al chico de pelo lino, impresionado.

“Sí, eso es exactamente correcto, y el punto crucial de a dónde voy con esto. Al ofrecer su riqueza y posición estratégica al Duque von Lohengramm, tal vez Phezzan perderá su independencia. ¿Y cómo planean salir de esa situación?”

Con la cerveza en la mano, Yang reflexionó sobre esto.

“Tal vez el objetivo de Phezzan no sea su propia conservación… No, eso es

un salto de intuición demasiado grande. Para empezar, no hay ninguna prueba en absoluto. Estaba pensando que Phezzan tenía la intención de monopolizar los intereses económicos en el recién unificado Imperio Galáctico, pero ahora no estoy tan seguro”.

Julian inclinó su cabeza, enviando la más leve ondulación a través de su cabello lino. “Si no es beneficio material o interés propio, ¿podría ser algo espiritual?”

“¿Espiritual?”

“La ideología, por ejemplo, o la religión”.

Ahora fue el turno de Yang de ampliar sus ojos. Giró la lata de cerveza ociosamente en su mano.

“¿Religión, dices? Pues sí, eso es una posibilidad. Tal vez estaba sobrepasando mis límites al pensar en Phezzan como un grupo de realistas superficiales y lógicos. Religión, por cierto.”

En ese momento, Julian no siguió la rama de su propia lógica para extraer el fruto de la realidad, porque simplemente había recitado algo que había recordado repentinamente, por lo que la admiración de Yang fue para él más una fuente de vergüenza que de júbilo. . Él tosió y confirmó los detalles de su asignación con el joven comandante.

“Si puedo ir a Phezzan y descubrir incluso una fracción de sus planes y estrategias, además de determinar los movimientos de la Armada Imperial, eso sería de utilidad para Su Excelencia, ¿verdad? En ese caso, estoy feliz de ir a Phezzan”.

“Gracias. Pero hay otra razón por la que creo que deberías ir a Phezzan, Julian”.

“¿Cuál es?”

“Bueno, ¿cómo debo poner esto? Mirando una montaña desde un solo lado,

nunca entenderás todo… Raya eso. Hay algo más importante que me gustaría preguntarte”.

Yang cruzó las piernas.

“Tarde o temprano, puedes apostar que tendremos que arriesgar nuestras vidas luchando contra el Duque Reinhard von Lohengramm. Por cierto, Julian, ¿realmente crees que el Duque de Lohengramm es un mal encarnado?”

Julian se quedó perplejo por la pregunta.

“No lo creo, pero…”

“Tienes razón. Encarnaciones del mal solo existen en los dramas de televisión”. Yang se detuvo para reírse de su propia observación. “Si algo es malo, es el hecho de que la Alianza de Planetas Libres ayudó al antiguo régimen imperial. Esto no solo acelera el flujo de la historia, sino que apoya al que contribuye a su inversión. Tal vez algún día la historia nos retratará como los malos”.

“No veo cómo eso podría nunca…”

“No es raro”.

Yang trató de imaginar un futuro en el que el duque Reinhard von Lohengramm se convirtiera en gobernante supremo y trajera la paz y el orden a toda la raza humana. A partir de entonces, se hablaría de la Dinastía Goldenbaum en términos despectivos, y de la Alianza de Planetas Libres como un enemigo que se interponía en el camino de la unidad. Específicamente sobre Yang, los libros de texto de historia dirían: “Si no fuera por él y su sed de sangre, la unificación se habría logrado mucho antes”.

La idea de que el bien absoluto y el mal perfecto existían siempre sería una pesadilla para el espíritu humano. La armonía y la compasión eran imposibles mientras un lado se considerara benévolo y su enemigo como

infeliz. Esto solo justificó la valorización del yo sobre un oponente derrotado, sobre el cual se hizo manifiesta la regla.

Yang no fue un santo cruzado ordenado por Dios. Como militar, las decisiones injustificables llegaron con el territorio. Si hubiera nacido en otro tiempo y lugar, por supuesto, habría recorrido un camino diferente. No era alguien que se engañara pensando que, solo porque creía en la justicia, las generaciones futuras seguirían su ejemplo. Mientras sus motivos fueran subjetivamente correctos, sus resultados no importaban. Para él, esta era la única forma beneficiosa de pensar en ello.

Los seres humanos no fueron construidos para soportar el conocimiento de que eran malvados, y eran más enérgicos, más crueles, más despiadados al afirmar la justicia. Fue solo porque Rudolf el Grande había creído en su propia justicia que se derramó tanta sangre, y aunque bañó su reinado en rojo carmesí, fue pacífico. O tal vez acababa de fingir que lo era. Porque cuando una grieta se abrió en la armadura de la auto-justificación con la que había envuelto su torre de granito de un cuerpo, ¿la enormidad de ella se convirtió en la base de su ego?

“Julian, ¿estás familiarizado con la leyenda del diluvio de Noé? Fue Dios, no el diablo, quien destruyó a todos menos al clan de Noé. Podrías decir que todos los mitos y leyendas monoteístas verifican la verdad al mostrar que Dios, no el diablo, gobierna a la humanidad a través del miedo y la violencia”.

Yang sabía que era un ejemplo extremo, pero uno nunca podría poner demasiado énfasis en el exceso de relatividad del bien y el mal. Las mejores elecciones de las que los humanos eran capaces, en comparación con los innumerables eventos reflejados en sus campos de visión, implicaban tomar una posición para mejorar. Y para aquellos que creyeron en la existencia de la justicia absoluta, ¿cómo explicaron la enorme contradicción inherente en la frase “luchar por la paz”?

“Entonces, Julian, cuando vayas a Phezzan, mira si no puedes distinguir lo diferente entre su sentido de la justicia y el nuestro. Esa no sería una mala experiencia para ti. Comparado con eso, el ascenso y la caída de las

naciones palidecen en importancia. Esa es la verdad del evangelio”.

“¿Incluso el ascenso y la caída de la Alianza de Planetas Libres?” Yang agitó su cabello negro y sonrió.

“Sí, aunque solo puedo esperar que dure lo suficiente para cobrar mi pensión. Incluso desde una perspectiva histórica, la Alianza de Planetas Libres fue creada como la antítesis de la ideología política de Rudolf von Goldenbaum”.

“Eso lo puedo entender.”

“El gobierno constitucional va contra la autocracia, la democracia progresiva contra el autoritarismo intolerante. Abogamos por estas ideologías como si fueran elecciones naturales y las ponemos en práctica. Pero si todas las cosas de Rudolf deben ser negadas y enterradas a manos del duque von Lohengramm, no veo ninguna razón para que la alianza continúe como tal”.

Julián estaba en silencio.

“Mira, Julian. No importa lo poco realista que pueda ser el hombre, no cree sinceramente en la inmortalidad, y sin embargo, ¿no crees que es extraño que tantos idiotas se engañen pensando que sus naciones son indestructibles?”
Sin responder, Julian, con los ojos de color marrón oscuro que incluso tenía su padre adoptivo, miró al joven almirante. Los pensamientos de Yang a menudo se desarrollaron más allá del espacio y el tiempo y utilizaron una extrema franqueza de expresión, para gran alegría no solo de Julian, sino también de Frederica.

“Julián, las naciones no son más que herramientas básicas. Nunca olvides eso, y quizás te aferres a quién eres”.

La peor enfermedad nacida en la civilización humana, pensó Yang*, fue la fe en la propia nación.* No era nada más que un mecanismo mediante el cual promover eficientemente las relaciones complementarias entre quienes

vivían en él. No había ninguna razón para ser gobernado por herramientas. O, más exactamente, la mayoría se dejó gobernar por unos pocos seleccionados que sabían cómo usar esas herramientas. Yang no creía que fuera necesario que Julian fuera dominado por gente así. Yang no lo dijo tanto, pero suponiendo que pudiera encontrar consuelo en una vida en Phezzan, sería mejor que Julian se deshiciera de la alianza y se convirtiera en un Phezzanese. Por ahora, Yang estaba satisfecho de que el futuro estaba llamando a Julian.

Al menos mi compañero de clase superior, Caselnes, hizo algo bien. Te trajo a mí.

Yang había tenido la intención de decir esto, pero de alguna manera perdió la sustancia por tales palabras, que se desvanecieron como niebla. Yang se quedó mirando en silencio el crepúsculo antinatural sobre ellos. En sus rodillas cruzadas, la lata de cerveza vacía y la boina negra parecían llorar por misericordia a causa de los numerosos abusos de sus cuidadores.

III

La noticia de que Julian Mintz debía abandonar la fortaleza de Iserlohn y Yang se quedaron atrás fue una gran sorpresa para los oficiales del personal de Yang. Cuando el mentor de la academia de Yang, Alex Caselnes, se enteró del informe, se apoderó de su antiguo recluta a cargo durante la hora del almuerzo en el comedor de los almirantes.

“¿Así que finalmente se armó de valor para deshacerse de Julian? Debo decir que estoy sorprendido”.

Sonaba más retórico que preocupado.

“No había nada que pudiera hacer al respecto— las órdenes del Comité de Defensa Nacional. Además, yo también tenía dieciséis años cuando dejé a

mi padre y me inscribí en la academia. Tal vez es hora de que él salga solo, también".

"Una vista admirable, pero ¿cómo te irá sin Julian alrededor?"

Esta vez, Caselnes sonaba genuinamente preocupado, lo que irritó a Yang aún más.

"El teniente Greenhill preguntó lo mismo. ¿Por qué todos piensan que me perderé sin él?"

"Porque es la verdad", afirmó Caselnes con tanta lucidez que no deja lugar para la objeción.

Incluso cuando Yang estaba luchando por un contraataque efectivo, Caselnes le pidió que trajera a Julian a cenar. Una vez que Julian se marchara a su nuevo puesto en Phezzan, se perderían esas oportunidades de fraternización.

Si algo acerca de Yang le dio a Caselnes y von Schönkopf causa de resentimiento, fue lo inusualmente sencillo que se convirtió al dar una conferencia a Julian. Desde donde se encontraba Caselnes, el que estaba dando conferencias era un hombre más recto que el que daba las conferencias.

"Solo las personas sin sentido común cometen el error de hacer un proselitismo de los demás apelando al sentido común".

"Eso es correcto, porque los niños no obedecen a sus padres, pero los emulan. No tiene sentido hablar de eso".

Al escuchar su conversación, Yang se sentía bastante fuera de lugar entre estos poseedores del sentido común que se profesaban a sí mismos. Al menos Caselnes tenía una casa armoniosa, aunque si le preguntabas a Yang, era la esposa, no el marido, quien llevaba los pantalones. Pero no vio ninguna razón para ser tratado como una persona irracional por personas como Von Schönkopf, quien a los treinta años de edad aún era soltero y era

la encarnación del califa de *Las mil y una noches* .

Con negocios más importantes que requieren su atención, Yang no estaba de humor para este tipo de justas verbales. El cuartel general de operaciones conjuntas había solicitado que Yang designara un guardia para acompañar a Julián a Phezzan y sobre él, y esto no lo podía descuidar.

Yang estuvo de acuerdo con Frederica Greenhill, quien nominó al Oficial de la Orden Louis Machungo para el puesto. Era un hombre honrado que había servido como guardia de seguridad personal de Yang, y el contraalmirante von Schönkopf dio garantía por escrito de su lealtad y fuerza. Estaba seguro de aconsejar y proteger bien a Julián. Casi todos los oficiales militares estacionados en Phezzan eran indudablemente de la seguidores de Trünicht, y Yang tenía la sensación de que, en el “territorio enemigo” de la oficina del comisionado, Machungo sería el único y más confiable aliado de Julián.

El oficial residente principal actuó como capitán, y debajo de él había seis oficiales y ocho agregados en la llamada división de agregado militar. El oficial residente principal ocupó el tercer puesto más alto en la oficina del comisionado, después del comisionado y su secretario. Los seis oficiales eran soldados, tres eran oficiales de campo y tres oficiales de la compañía. Los ocho agregados eran soldados de bajo rango, y a Yang se le había encomendado que llenara una vacante entre ellos. Sintió algunos tratos malintencionados en el trabajo y se sintió incómodo por todo el asunto, pero como Julian había sido confirmado, Yang no podía dejar pasar la oportunidad de rodearlo con otros jóvenes de su edad. Yang se preguntó si estaba siendo sobreprotector, pero a los dieciséis años, a Yang nunca se le habían confiado asuntos oficiales y nunca había salido del país.

Después de decidir sobre el despliegue de Machango, Yang se dirigió a su próxima tarea: escribir una carta al comandante en jefe de la armada espacial, el almirante Bucock. Julian no iría directamente a Phezzan, pero recibiría una notificación oficial de su nombramiento en el cuartel general de operaciones conjuntas en la capital de Heinessen, y luego lo enviarían a su nueva estación. Yang haría que Julian entregara personalmente la carta. Aunque existía la posibilidad de que la principal facción militar, es decir—los drones de Trünicht— se interpusieran, si alguien podía trabajar en eso,

era el siempre ingenioso Julian.

En la carta, Yang señaló la probabilidad de que el duque Reinhard von Lohengramm y Phezzan estuvieran en confabulation o al menos hubieran unido fuerzas después del hecho para producir el secuestro del emperador. Para disgusto de Yang, la evidencia era circunstancial. Aún así, fue favorable al asesinato. Un secuestro no fue una pérdida para la reputación del Duque von Lohengramm. Los secuestradores se habían llevado al emperador y huían incompetentemente del lejano sistema de orden público de Duque von Lohengramm. Inmediatamente después del anuncio del gobierno en el exilio, y con una rapidez casi clarividente, el duque von Lohengramm hizo su declaración de guerra. Esto era evidencia suficiente de su presciencia.

El duque Reinhard von Lohengramm había declarado “disciplina por fuerza militar” y probablemente pasaría a la ofensiva, respaldado por su ejército inconquistable. Pero Yang no creyó ni por un segundo que era solo bajo el pretexto del secuestro del emperador que enviaría a sus tropas. Era su plan insensato enterrar el Corredor Iserlohn con los cadáveres de los oficiales imperiales.

Mientras hacía un espectáculo de captura de la fortaleza de Iserlohn, desviaría a su gran ejército y penetraría en el indefenso corredor de Phezzan para invadir el territorio de la alianza. Y con tácticos sin restricciones como Wolfgang Mittermeier haciendo los tiros, incluso si Yang pudiera hacer una rápida ruptura con Iserlohn, el planeta Heinessen caería en manos imperiales mucho antes de que llegara. Además, ningún oficial al mando de la Armada Imperial en el área de Iserlohn, menos el famoso comandante de la flota Oskar von Reuentahl, permanecería ocioso mientras Yang se retiraba de Iserlohn. En el peor de los casos, los más grandes comandantes del imperio lo cortarían en un ataque de pinza. E incluso si Yang pudiera involucrarlos, von Lohengramm, el mayor genio de la guerra que había conocido, directa o indirectamente, estaría a la espera.

Tal vez estaba pensando demasiado lejos, pero la posibilidad de que la Armada Imperial usara el Corredor Phezzan como una ruta de invasión era más que inquietante. En el caso de que eso sucediera, las fuerzas imperiales

podrían fácilmente mentir y usar a Phezzan como una base de suministro enorme. También aterrador para Yang fue el hecho de que Phezzan mantenía una base de datos masiva de mapas estelares relacionados con el comercio y los vuelos espaciales, y al apropiarse para su propio uso, la Armada Imperial podría disminuir significativamente su desventaja geográfica.

Hace ciento cincuenta y ocho años, durante la Aniquilación de Dagon, el Comandante en Jefe de la alianza, Lin Pao, y el Jefe de Estado Mayor, Yusuf Topparole, atrajeron a una armada imperial de la Marina Imperial a la región Estelar de Dagon, sirviéndoles una gran y completa aniquilación en una bandeja. Pero si los invasores hubieran utilizado mapas estelares precisos junto con su intrépido liderazgo y una planificación precisa, el servidor se habría convertido en el servido.

Yang se sacudió el flequillo, pensando que los afortunados comandantes de hace medio siglo eran más afortunados que él. Lin Pao y Yusuf Topparole solo tenían el espacio de batalla para preocuparse. En aquel entonces, la república democrática abundaba en vitalidad. La fe y la reverencia de sus ciudadanos se basaban en un gobierno que habían elegido por su propia voluntad y por un sentido de responsabilidad personal. El gobierno se ocupó de sus funciones a fondo, y no hubo un solo soldado fronterizo que cuestionara la eficacia de su gobierno.

Los asuntos militares nunca podrían compensar una política estéril. Fue un hecho histórico: no hubo ejemplos de países políticamente inferiores que lograron el éxito militar definitivo. Todos los grandes conquistadores, sin excepción, comenzaron como políticos talentosos. La política podría compensar las fallas militares, pero nunca a la inversa. Los asuntos militares eran una parte de la política, la parte más truculenta, incivilizada y más torpe. Solo aquellos que se convertirían en esclavos mentales de políticos incompetentes y militares arrogantes concebían el poder militar como una droga milagrosa.

Cuando se informó a la capital el éxito rotundo del Comandante en Jefe Lin Pao en la Aniquilación de Dagon — “¡Preparen doscientas mil botellas de champán!” – El presidente de la alianza del Alto Consejo, Manuel Juan

Patricio, había estado jugando una partida de ajedrez 3D. El presidente del Comité de Defensa Nacional, Cornell Youngblood, en una habitación de su residencia oficial. Al abrir el mensaje emitido por el secretario del presidente, el presidente del consejo contuvo el aliento, casi sin cambiar de expresión, y se dirigió al joven presidente de la defensa, quien estaba ansioso por una explicación.

“Parece que esos bribones han logrado una tarea formidable. Si este conflicto realmente ha terminado, ahora tendré que llamar a un centenar de bares y tabernas en el visofono”.

La gloria de una época pasada, legendaria. Yang levantó una copa de champán invisible con una mano. Glorificar el pasado, alguien dijo una vez, era como mirar el perfil distante de una mujer desde atrás cuando salía y decidir que era hermosa sin siquiera ver su rostro de primera mano. Dejando a un lado la verdad de ese símil, el pasado no era nada que uno pudiera devolver al presente. Para Yang, lidiar con esta situación era solo otra faceta de la realidad.

IV

Julian también estaba ocupado preparándose para su partida, pero debido a que sus habilidades de gestión diarias superaban con creces las de su superior, estaba adelantado a lo previsto. Más pesado en su mente era la bebida de Yang, sobre la cual Julian instó a la precaución.

“El alcohol es el mejor amigo del hombre. ¿Puedo abandonar a un amigo?” Dijo Yang amablemente. “Eso es lo que dice la gente, pero ¿qué pasa con el alcohol?”

“El alcohol no quiere nada más que estar borracho. La gente lo estaba bebiendo hace cinco mil años. Y todavía lo están bebiendo”.

“Puedo ver eso.”

“Y dentro de cinco mil años, puedes estar seguro de que seguirán bebiéndolo. Asumiendo que queda alguien para beberlo”.

“No me preocupa dentro de cinco mil años a partir de ahora, estoy preocupado por el mes que viene”.

A pesar de sus intentos de bloquear la refutación, Julian no presionó más al joven comandante, no queriendo dejar una nota amarga. El consumo de alcohol de Yang había aumentado dramáticamente con el paso de los años y estaba comenzando a afectar su salud. Julian cambió los temas.

“Y luego está el asunto de que te levantes por la mañana, o falta de ella. ¿Puedes siquiera levantarte puntualmente a las 7:00 a.m. sin que te saque de la cama?”

“Claro que puedo”, declaró Yang, reflexionando faroleando sin confianza.

“¿Puedes realmente? Me pregunto.”

“Ahora mira aquí, Julian. Si alguien más escuchara esta conversación, pensaría que Yang Wen-li ni siquiera podría cuidarse a sí mismo, ¿no te parece?”

Yang claramente lo estaba molestando, pero Julian se encogió de hombros ante el autoexamen de Yang.

“Antes de que entraras en mi vida, me cuidaba muy bien. Hice un trabajo espléndido administrando la casa y los terrenos sin la ayuda de nadie”.

“Se hizo amigos con moho y polvo, ¿verdad?”

Julian se rio entre dientes. Yang respondió con una mirada de disgusto, pero falló, respondiendo con una risa nerviosa. Recordó la primera vez que se habían encontrado cara a cara, uno de los primeros años de la primavera, cuatro años antes. El sol de la mañana había mostrado la obstinación de las

huellas del invierno, el aire espeso y sin vida.

Un Yang vestido de pijama se había tendido en el sofá, preguntándose cómo gastar lo que prometía ser un largo día de descanso.

La regla de Yang era que los días de descanso eran para ponerse al día con su trabajo, no es que tuviera una cita con alguien de todos modos. Al darse cuenta de que su hervidor estaba vacío, había ido a servirse una taza de té negro cuando alguien llamó a la puerta.

Después de que lo llamaran a su teléfono de la puerta por tercera vez, abrió la puerta principal, solo para encontrar de pie en su porche a un chico de ojos marrones de aproximadamente doce años, sosteniendo una maleta con ambas manos como un accesorio de gran tamaño. Desde debajo de su cabello lino, pegado a su frente con sudor diluido, Julian miró directamente a la joven cabeza de la casa Yang.

“¿Capitán Yang Wen-li, supongo?”

Yang se preguntó si era necesario responder, ya que la pregunta del niño se había respondido. De todos modos, Yang se detuvo de enviar irresponsablemente al chico de al lado y, en cambio, asintió.

“¿Cómo estás? Mi nombre es Julian Mintz. Me han asignado cuidar de tu casa. El placer de conocerlo.”

Cuando Julian tenía catorce o quince años, Yang se preguntó a sí mismo si el hecho de que su pupilo asumiera tareas adicionales interferiría con la vida amorosa de Julian. Su duda desapareció como la escarcha a la luz del sol de primavera cuando escuchó un nombre:

“Estoy aquí por la introducción de Su Excelencia el Comodoro Caselnes”.

En ese momento, Yang era un capitán y Caselnes era un comodoro. Según la llamada Ley de Travers, los huérfanos de los muertos en acción fueron acogidos por otras familias militares.

“En ese entonces, salías al porche con un cepillo de dientes en la boca”, dijo Julian.

Pero Yang no tenía memoria de su apariencia tosca. Él asumió que el niño estaba imaginando cosas, pero cuando lo dejaron para el juicio de los demás, las escalas de la fe siempre se inclinaban a favor de las afirmaciones de Julian. Una vez, Caselnes se volvió hacia Yang y le dijo que siempre que quisiera algún tipo de información o datos sobre él, le preguntaba a Frederica Greenhill por cualquier cosa relacionada con asuntos del gobierno y le preguntaba a Julian por asuntos personales. ¿Y por qué no vinieron a él? La respuesta fue resuelta.

“Todo el mundo quiere información precisa. Pero, ¿alguien que comete un error en el espejo de izquierda y derecha puede dibujar un autorretrato preciso?”

Yang se opuso a la metáfora, pero no pudo evitar pensar que era su deber personal tomar en serio las evaluaciones más difíciles de tragar de amigos y subordinados. Por otra parte, también podría haber sido la forma de Caselnes de burlarse de su compañero de clase junior.

Julian no era el único que se preparaba para la partida. Merkatz, que había respondido a su nombramiento inaugural para ser secretario de defensa del legítimo gobierno galáctico imperial, y su ayudante, el comodoro von Schneider, también fueron indisponidos. Al final, Merkatz tuvo que aceptar la posición, después de lo cual Yang no tuvo más remedio que despedirlo. Von Schneider, por su parte, estaría a la sombra de Merkatz donde quiera que fuera.

Cuando Julian visitó expresamente a Caselnes para despedirse, el hombre responsable de presentarle al chico a Yang dijo: “No vayas a dormir por ahí. Harás llorar a Charlotte”.

Era difícil decir si estaba bromeando.

Julian sonrió incómodamente, haciendo una nota mental de su propia reacción. El experto instructor de peleas aéreas de Julian, el teniente

comandante Olivier Poplin, fue contra el grano de Caselnes.

“Si solo te hubieras quedado aquí en Iserlohn un año más. Te queda mucho por hacer”.

“Sí, desearía haber aprendido más de ti”.

“Sí. Y no solo sobre el pilotaje espartano. Preferiría haberte enseñado cosas más agradables”, dijo el joven piloto, sabiendo que a Yang le habría costado mucho no hablar con la lengua durante esta conversación.

“Cuando tenía diecisiete años, derribé mi primer avión enemigo *y* mi primera mujer. He estado acumulando victorias desde entonces. Ambos están ahora en los tres dígitos”.

Julian expresó su seco asombro y no dio señales de querer decir más. Si Von Schönkopf hubiera estado allí, habría ofrecido algún comentario cínico – “Siempre ha sido cantidad sobre calidad contigo”— pero Julian, de dieciséis años, no tenía los medios para expresarlo. Sin la influencia de Yang, a veces Julian se sonrojó al estar en presencia de Frederica Greenhill. Él seguía siendo así. Poplin sintió que estaba perdiendo un protegido.

El camarada de Poplin, el teniente Ivan Konev, respondió por primera vez a la despedida de Julian con un “Cuídate”, y agrega: “Creo que tengo un primo en Phezzan. Sin embargo, nunca lo he visto. Phezzan es enorme”. Estrechó la mano de Julian y le deseó suerte una última vez.

El jefe de personal y contraalmirante Murai, un hombre meticuloso dotado de un excelente intelecto y meticulosidad, así como habilidades de gestión nobles, estaba en una liga propia. Prefirió tener el aire de un burócrata, y Julian nunca se había acercado a él, pero Julian no podía darse el lujo de no despedirlo. Dando la bienvenida al chico ceremonioso a su habitación, Murai cambió su tono después de dar el habitual aliento formal.

“Bueno, supongo que puedo decirlo ahora. Mi trabajo era hacer que el almirante Yang se viera mejor. Oh, no me mires así. No estoy tratando de quejarme ni de auto-despreciarme aquí”.

A pesar de que Murai estaba sonriendo, Julian se dio cuenta de que probablemente lo había acusado con sus ojos de ser injusto con Yang.

“El almirante Yang es ese raro individuo que combina tanto el temperamento de un comandante como el talento de un oficial de personal. Si una persona así necesitara un oficial de personal, ¿qué pensarían otras personas? Sabiendo eso, acabo de consultar con él sobre operaciones tácticas”.

No es esa la verdad, pensó Julian, pero esta vez ocultó ese pensamiento detrás de una expresión neutral. Murai sonrió de nuevo.

“Cuando aspiraba a servir como oficial del personal del héroe de El Facil, me pregunté: ¿cuál es el papel que debo desempeñar? No tuve una respuesta hasta después de la caída de Iserlohn. Sólo entonces entendí mi papel. Recité deliberadamente argumentos de sentido común y fui contra el Almirante Merkatz. Fue un momento difícil. ¿Entiendes a lo que me dirijo?”

“Si entiendo. Pero ¿por qué me dice esto ahora?” Julian no pudo evitar preguntar, despojándose de su sorpresa.

“Por qué de hecho. Puede que no tenga mucho sentido hablar así, pero significa que hay algo en ti que hace que otros confíen en ti. Supongo que tanto el almirante Yang como el resto de la pandilla te dicen todo tipo de cosas. Nunca pierdas eso. Podría ser tu mayor activo en la línea”.

Aunque esa última parte había salido como un sermón rancio, Julian sabía que se había dado de buena fe. Dio las gracias, pensando que conocía una posible razón por la que Murai había sido un buen oficial para Yang. Yang tenía razones justificadas para elegir a Murai como su jefe de personal. Pero hasta que Murai lo escuchó, Julian nunca había pensado que necesitaba tal comprensión de Yang.

Julian se despidió del Contralmirante Fischer, del Comodoro Patrichev y del Contralmirante Attenborough. Cada uno expresó su pesar a su manera.

Fischer apretó a Julian en el hombro en silencio, al igual que Patrichev, aunque con un poco de fuerza, y le ofreció unas pocas palabras de aliento. Attenborough le dio una vieja llave de cobre oxidada, diciendo que era un amuleto de buena suerte. Cuando Julian le preguntó qué tipo de suerte le había traído, el almirante más joven de Iserlohn le dirigió una amplia sonrisa.

“Bueno, cuando estaba en mi primer año en la academia, cada vez que solía romper el toque de queda y escalar la cerca, un hombre de clase superior de turno llamado Yang Wen-li miró hacia otro lado”.

Y ahora, ese mismo estudiante de clase superior insolente estaba preocupado por la seguridad de Julian y estaba haciendo reír a von Schönkopf.

“Es por eso que Machungo va con él. No encontrarás un guardaespaldas más confiable”.

“Pero ni siquiera Machungo puede estar con Julian las veinticuatro horas del día”.

“No te preocupes, las habilidades de combate de Julian, con o sin un arma de mano, son mejores que las suyas, Su Excelencia”.

“Cuando hablas de mí así…”

“¿Te hace sentir incómodo?”

“No, sólo confundido. ¿Debo admirarlo o preocuparme de que no se necesita mucho para ser mejor que yo?”

“Vamos con lo primero”.

Yang abandonó el asunto y se despidió. Esa noche, en la cena, Yang tenía un regalo para Julián.

“Lleva esto contigo cuando vayas. Puede ser de alguna utilidad”.

Yang extendió una tarjeta de débito de Polaris, uno de los cinco bancos de Phezzan. En el momento en que lo tomó, Julian se sorprendió al ver que se había abierto una nueva cuenta a su nombre y que contenía una cantidad equivalente a la mitad del salario anual de Yang. Intentó devolverlo, pero el joven almirante de pelo negro levantó las manos con gentil negativa.

“Realmente, insisto. Sólo llévatelo contigo. Al menos nunca tendrás que preocuparte por cómo gastar tu dinero”.

Yang, por supuesto, se ganaba la vida bien. No solo porque ganó un alto salario para su edad, sino también porque tenía un sentido de la economía que Julian nunca había desarrollado. Cuando Julian se convirtió en un funcionario público, Yang había expresado sus dudas e insatisfacción con el sistema salarial cuando sus impuestos aumentaron repentinamente. Julian, en su propio descuido, nunca se había dado cuenta de que ya no era un dependiente. Fue solo la frugalidad de Yang lo que lo salvó de la bancarrota. Cuando se trataba de artículos para el hogar y vestimenta, Yang estaba contento con productos baratos y camisas de algodón desgastadas, siempre y cuando no fueran de mal gusto. Cuando compraba gafas de sol, después de escuchar a sus empleados hablar sobre las marcas de nicho durante media hora, había comprado las más comunes que podía encontrar en una producción en serie. En lo que a él se refería, las gafas de sol y otros accesorios similares estaban bien siempre y cuando tuvieran un poco de color. Tampoco le importaban las primeras ediciones al comprar libros, y en lo que se refería al alcohol, no tenía el paladar para distinguir entre un vino añejo de hace 760 años y uno de hace 762 años. Tenía un apego débil a las cosas materiales. Cuando se trataba de comida, comía a menudo en restaurantes designados para oficiales de alto rango, pero esto era solo para poder disfrutar de cierta libertad de conversación.

Yang había captado la idea de este regalo sensato al tomar prestado de la sabiduría de Frederica, y no tenía la mente tan estrecha como para sentirse avergonzado por haberlo hecho. Uno podría, sin embargo, remontar esta motivación a su padre. “Tener todo el dinero que puedas controlar”, solía decir, “garantiza la libertad ininterrumpida”.

“Muchas gracias. No malgastaré ni un centavo, Almirante”. Aceptar el buen favor de Yang fue la mejor manera de recompensarlo.

“No lo dudo. Úsalo cuando creas que es necesario. Una cosa más. ¿Le entregaría esta carta al almirante Bucock por mí?” Yang le dio a Julian una carta manuscrita.

La carta se convertiría más tarde en una prueba reconocida de que Yang Wen-li no era un estratega común, sino uno inimaginablemente importante. Era, por supuesto, imposible que Julian viera tan lejos en el futuro. Su importancia no tenía necesidad de hacer hincapié en ambos sentidos.

“Me aseguraré de entregárselo personalmente”.

“Confió en que lo hagas”.

Yang sonrió antes de que su expresión cambiara.

“Escucha, Julian, esta no es la vida de nadie de la que estamos hablando aquí. Es tu vida. Recuerda siempre vivir primero por tu propio bien. Más allá de eso…”

Yang parecía dispuesto a decir más, pero el pozo de sus palabras se secó temporalmente. Cuando volvió a hablar, fue impersonal.

“No te resfríes. Mantente sano.”

“Y usted también, almirante”, dijo Julian, apuntalando las olas de su emoción. “Por favor, intenta reducir el consumo de alcohol si puedes, ¿de acuerdo? Y come más verduras”.

“Hombre, nunca abandonas, ¿verdad?”

Yang le guiñó un ojo dos veces y tomó la mano de Julian. Yang era cálido, seco y suave al tacto. Julian recordaría vívidamente esa sensación durante mucho tiempo.

Al mediodía del 1 de septiembre, Julian Mintz partió hacia la fortaleza de Iserlohn a bordo del *Thanatos III* , junto con el almirante invitado Merkatz, el teniente von Schneider y el oficial de la guardia Machungo.

Ni a Julián ni a Merkatz, ni al llamado maestro de la fortaleza, Yang, les gustó la ceremonia, pero la despedida se llevó a cabo en una escala que algunos podrían haber llamado grandiosa. El almirante Yang, conocido por sus “discursos de dos segundos”, rompió el precedente al dar uno cien veces más. Dentro del sentido común que aún se considera muy corto, sus pensamientos más íntimos, aunque algo infantiles, se volvieron transparentes para todos los asistentes.

La partida recibió ramos de damas, pero Julian Mintz, el más joven de la historia en convertirse en un oficial residente en Phezzan, tuvo el honor de un ramo de la hija de Caselnes, Charlotte Phyllis. Este gesto recibió un aplauso entusiasta.

El evento único Iserlohniano no fue anunciado al público. Yang y Caselnes se opusieron al principio a la tradición de dar flores.

“No se puede comer ramos”, decían.

Lo que lo resolvió de una vez por todas fue algo que el ayudante del comandante, la teniente Frederica Greenhill, dijo después de escuchar numerosas ideas irresponsables de los otros hombres.

“Para este tipo de cosas, una ceremonia es necesaria, pero la formalidad no sea tanto”.

Contra esta afirmación tranquilamente entregada, no tenían ninguna objeción.

“Y entonces, les pregunto, mis camaradas, ¿quién es el hombre más sabio en nuestra noble fortaleza de Iserlohn?”

La historia que terminó con esta pregunta tan grosera hizo reír a los que la oyeron; Los que sacaron el tema apenas se amargaron.

Caselnes y los demás decidieron que el Contralmirante von Schönkopf o el Teniente Comandante Poplin, si no ambos, eran culpables de difundir el rumor por toda la fortaleza, aunque no había manera de probarlo. El episodio en sí no se creía que hubiera tenido lugar. En cualquier caso, Yang y, curiosamente, Caselnes se sintió cada vez más inútil. Estaban tan impresionados por la eficiencia con la que Frederica Greenhill lo manejó todo, inspirando a Poplin y a los demás a actuar juntos.

Después de la ceremonia, cuando llamaron a Frederica a la habitación privada de Yang, el comandante de pelo negro se sentó bruscamente con los pies extendidos sobre su escritorio y, con una copa de brandy en una mano, miró el gran océano de estrellas que había fuera de su ventana de observación con temor. La botella de brandy, ahora dos tercios vacía, estaba sentada con orgullo sobre su escritorio.

“Almirante”, dijo Frederica en voz baja, después de un momento de vacilación.

Yang se dio la vuelta con la expresión de un niño sorprendido, pero Frederica no estaba de humor para los juegos de hoy.

“Se ha ido ahora”.

“Sí”.

Yang asintió, colocó su vaso vacío sobre el escritorio y comenzó a servir otro antes de volver a ponerlo. Frederica no podía decir si su moderación era por su bien o por la de alguien que ya no estaba allí.

“Supongo que será un poco más alto la próxima vez que nos veamos”, se dijo a sí mismo. Poco sabía de lo cierto que resultaría ser.

CAPÍTULO 06: OPERACIÓN RAGNARÖK

I

“ORDEN DE CINCO MILLONES de personas y un millón de naves”.

Esas palabras fueron susurradas en los pasillos del cuartel general del Comando Militar Imperial después de la severa declaración de guerra en la Alianza de los Planetas Libres y el gobierno imperial legítimo por el comandante supremo de la flota, el Duque Reinhard von Lohengramm. Después de que se declarara la “disciplina por la fuerza militar”, los jóvenes plebeyos que no estaban en la lista militar llegaron corriendo en tropel desde sus trabajos y escuelas hasta las oficinas de reclutamiento de la armada. Entre ellos había muchos que habían renunciado al servicio y regresaron temporalmente a sus lugares de origen y ahora estaban tirando sus vidas tranquilas para retomar su lugar en las filas.

Reinhard había tenido éxito en fomentar entre el hombre común un odio por el despotismo elitista de la Dinastía Goldenbaum, y le dio una nueva enemistad hacia la Alianza de Planetas Libres.

“¡Abajo los restos de los altos nobles! ¡No dejen que se hagan cargo de nuevo!”

“¡Protejan los derechos de las personas!”

“¡Abajo los conspiradores de los altos nobles, la llamada Alianza de

Planetas Libres!”

Dentro de una semana, estas consignas estaban en boca de todos. Aunque Reinhard había jugado un papel en su elaboración, crecieron por su cuenta. Por su declaración de guerra, Reinhard no necesariamente había instado a su pueblo a actuar de manera directa. En todo caso, hubiera preferido ocultar el hecho de que la Alianza de Planetas Libres se había aliado pasivamente con los altos nobles, de modo que pudiera parecer un acto más deliberado. Sobre todo, habría cubierto su propia complicidad en el complot para secuestrar al emperador. La gente albergaba su propio sentido del peligro. La justicia social y económica había sido arrebatada directamente de sus manos, y no podían evitar temer la restauración de la clase privilegiada.

Por primera vez en mucho tiempo, el almirante Neidhart Müller de la Armada Imperial mostró su rostro en el club de almirantes de Águilas marinas el primer sábado de septiembre. Esa mañana, recién salido de una larga recuperación hospitalaria, Müller había terminado su discurso ante el consejo de Reinhard, recibió su notificación de su regreso al servicio activo y luego se dirigió directamente al club donde seguramente estarían sus compañeros. Era el mejor de los almirantes de la Armada Imperial y, aparte de Reinhard, el más joven. También era soltero y no tenía necesidad de volver a su residencia oficial.

“Estaba empezando a pensar que estaría encadenado a esa cama de hospital para siempre. Espero que no estuvieras demasiado preocupado por mí”.

Sonrió cuando Mittermeier y von Reuentahl se levantaron de la pequeña mesa de póquer para darle la bienvenida. El Gale Wolf ordenó un café a un estudiante de la academia que trabajaba como camarero del club y le ofreció un asiento a Müller.

“Todavía tenía dificultades para ser dado de alta. Escuchar toda esa conversación sobre el ‘orden de cien millones de personas y un millón de naves’ fue solo la patada en los pantalones que necesitaba”.

“Se está extendiendo como un incendio forestal”, dijo Müller, tomando asiento. “¿Pero es la única manera de movilizar a la gente?”

Von Reuentahl tenía un brillo en sus ojos heterocromáticos.

“Bueno, es cuantitativamente posible. Pero en la práctica coordinada, esa es una historia diferente. Primero, está el problema de la oferta. No es fácil alimentar a cien millones de personas”.

“La práctica siempre es más difícil que la teoría”.

Mittermeier fue bien recibido. Molestos por los repetidos retrasos e interrupciones en los suministros en las líneas del frente, sabían muy bien que la guerra no era manejable solo en el papel. Era difícil expresar la magnitud de su enojo y pesar cuando veían montañas de provisiones arruinadas por el abandono, después de que los planes de producción se vieron frustrados por la falta de transporte. La escasez de provisiones hizo que abandonaran las bases precariamente fortificadas y que volvieran a sus hogares más veces de las que les importaba admitir.

Después de unas cuantas rondas de conversación, von Reuentahl se levantó y se despidió de sus dos compañeros. Viendo su figura elegante mientras desaparecía por la puerta, Müller sonrió al Gale Wolf.

“Escuché que el almirante von Reuentahl ha tomado una nueva amante”.

“Se ve de esa manera”, respondió Mittermeier con una sonrisa irónica, pero su expresión hablaba de pensamientos mucho menos mundanos detrás de ello.

Quedó claro que von Reuentahl era un galanteador, pero también tenía la peculiaridad de ser un monogamista en serie. Aunque ninguna de sus relaciones había durado mucho, cada vez que hacía de su mujer a su pareja, sus ojos incompatibles nunca miraban a otra mujer. Tal vez fue por esta razón que las mujeres a las que había echado a un lado con tanta indiferencia seguían creyendo que su corazón les pertenecía, por lo que los

casos de resentimiento eran sorprendentemente escasos. No es que le importara lo que los otros hombres pensaran de él.

“Von Reuentahl de hecho ha cambiado a las chicas”.

“Ya han pasado cinco meses”.

Mecklinger era el literatus del grupo y era propenso a escribir frases cínicas como “Las flores del año pasado no serán las flores de este año” en los márgenes de su cuaderno. Por supuesto, von Reuentahl nunca prestó atención al cinismo ni a la crítica. Mittermeier sabía que el libertinaje de su compañero era el resultado del trauma severo de su madre que le había arrancado el ojo derecho, pero no estaba dispuesto a revelar ese secreto. En lo que respecta a ese incidente, solo pudo ocultar la situación con declaraciones vagas como “cualquier mujer que se enamore de él es tan mala como él”.

“¿Por qué las mujeres se aferran a sus almohadas durante una tormenta eléctrica de todos modos?”

Una vez hizo esta pregunta con una cara seria. Incluso Mittermeier estaba perplejo.

“Supongo que porque están asustadas”, fue todo lo que pudo reunir. Von Reuentahl no estuvo de acuerdo.

“¿Por qué se aferraban a su almohada cuando podían aferrarse a mí? ¿Crees que una almohada los va a salvar?”

Aunque fue inútil pedir una explicación racional, como con las tácticas militares, el joven almirante con ojos heterocromáticos insistió en la racionalidad.

“Así es como son las mujeres. No tiene sentido preguntar. Ni siquiera se conocen a sí mismas”.

Mittermeier cedió. No podía sostener una vela por las conquistas de su

compañero fuera del campo de batalla. En cualquier caso, tenía una familia en casa, pero en ese momento von Reuentahl no reconocería la autoridad de un hombre casado.

“No te pongas aires. No hay manera de que entiendas a las mujeres mejor que yo”. Desde allí, la presión atmosférica comenzó a disminuir.

“Entiendo Evangeline. Evangeline es una mujer”.

“Tu esposa no cuenta”.

“¿Y cómo es que sabes esas cosas?”

Dejando su jarra de cerveza, von Reuentahl bajó la voz.

“Siempre es Evangeline esto y Evangeline eso. ¿Te gusta estar atado a una mujer? Todo lo que hace limita tus opciones. No lo entiendo”.

Decir que estas conversaciones entre comandantes alabados como los mejores y más brillantes de la Armada Imperial que carecen de dignidad sería una subestimación. El último aparentemente se había convertido en una pelea a puñetazos. No es que recordaran nada de lo que había ocurrido. Los testigos también mantuvieron la boca cerrada, de modo que al día siguiente solo pudieron adivinar por qué les dolía todo el cuerpo.

“Con el Almirante von Reuentahl acaparando toda la mercancía, no hay suficientes mujeres hermosas para andar por ahí”, dijo Mittermeier sin rencor, y tomó un sorbo del café que le trajo el camarero. Hubo rumores de que había pasado por una mala ruptura en sus días de subteniente, pero solo sonrió en silencio y de una manera incongruente, sin confirmar ni negar esos rumores. Del joven que sería conocido como “Muro de Hierro Müller”, era un lado diferente a la fama en el campo de batalla.

II

Inicialmente, diecisiete nombres asistieron al Consejo Supremo de Guerra celebrado el 19 de septiembre en la almirante de Lohengramm: Mariscal Imperial Reinhard von Lohengramm; su principal ayudante, Comodoro von Streit; ayudante secundario teniente von Rücke; secretaria en jefe la condesa von Mariendorf; los almirantes senior von Oberstein, von Reuentahl y Mittermeier; y almirantes Wahlen, Müller, Fahrenheit, Lutz, Kessler, Wittenfeld, Mecklinger, Steinmetz, Lennenkamp y von Eisenach.

Kessler era responsable de mantener el orden público en la capital, y en esa capacidad se le había preguntado sobre su participación en la deserción del emperador. Lo habían abofeteado con una advertencia y un recorte salarial y lo habían colocado bajo arresto domiciliario temporal, pero eso se había levantado y su asiento formal había sido restaurado.

Toda la armada de la Armada Imperial estaba en modo de espera para el primer lanzamiento, y si el mariscal imperial von Lohengramm lo ordenaba, una gran flota que contaba con aproximadamente 150,000 naves de guerra, grandes y pequeñas, podrían estar en el planeta Odín dentro de las veinticuatro horas.

La figura alta y elegante de Reinhard ocupó el asiento de honor. Su cabello dorado brillaba lujosamente como la melena de un león cuando recibió los saludos de sus almirantes.

“Los reuní a todos aquí hoy para escuchar sus opiniones sobre estos rebeldes que se llaman a sí mismos la Alianza de Planetas Libres y un método concreto para reprenderlos usando la fuerza militar”.

Así que antes de la reunión, Reinhard hizo su declaración importante, aunque también separada.

“Pero primero, déjame decirles mi plan, que es no preocuparles por derribar la Fortaleza Iserlohn como lo hemos hecho en el pasado, sino usar otro corredor como nuestra ruta de invasión. En pocas palabras, estaremos invadiendo el territorio de la alianza a través del Corredor Phezzan.

Phezzan renunciará a su neutralidad política y militar, y se unirá a nuestro campamento”.

Por un momento, una conmoción sin voz agitó el aire en la sala de conferencias.

Reinhard señaló suavemente con una mano para orden.

Los almirantes pegaron sus ojos a la puerta, cada uno haciendo una expresión de acuerdo con su carácter respectivo.

De pie junto al capitán de la guardia personal de Reinhard, Günter Kissling, tenía un rostro muy familiar: el comisionado de Phezzan, Nicolas Boltec.

“Él ha accedido a ayudarnos. No sin compensación, por supuesto”.

Después de presentar formalmente a Boltec a todos los presentes, Reinhard suprimió todo escepticismo. Reinhard había hecho un pacto secreto con el comisionado vigilante. Al ver la ventaja de que Boltec usara todos los medios posibles para otorgar el paso de la Armada Imperial a través del Corredor Phezzan, Reinhard despediría a Landesherr Rubinsky tan pronto como recibiera la apelación de Boltec y lo sentaría como el reemplazo de Rubinsky. Aunque Reinhard no lo había dicho tanto, los almirantes no tardaron mucho en juntarlo todo.

“¿Quieres decir que está vendiendo a su propia nación?”, Preguntó Wittenfeld, ocultando su disgusto por Boltec.

El comisionado simpatizó e hizo una expresión de dolor.

“Con el debido respeto, lo único que estoy vendiendo es la independencia nominal de Phezzan. Esta acción no dice nada acerca de las verdaderas intenciones o ganancias de Phezzan. Al deshacerse de una formalidad tan inútil, Phezzan puede ganar sustancialmente”.

“Vístalo como quieras. Encontrarás una razón para vender a tus padres o traicionar a tus amigos con el tiempo”.

“Eso es suficiente, Wittenfeld”. Con eso, el mariscal imperial de cabello dorado opacó la lengua afilada del valiente almirante. “Si no fuera por su cooperación, tendríamos dificultades para pasar nuestra flota a través de las puertas de Phezzan. Tengo la intención de reembolsar su asistencia con una remuneración y cortesía proporcionales. Les he reunido a todos aquí hoy para escuchar sus opiniones, por supuesto. ¿Qué dices, Von Reuentahl?”

“Perdóneme por decir esto, pero no estoy tan seguro de poner nuestra confianza incondicional en un Phezzanese intrigante”, afirmó von Reuentahl con cortés indiferencia. “Tan pronto como pasemos por el Corredor Phezzan e invadamos el territorio de la alianza, si deciden cambiar su tono y sellar el corredor, estaremos sentados. Sin saber la distribución del territorio enemigo, estaríamos poniendo nuestros suministros y comunicaciones en un riesgo demasiado grande, ¿no cree?”

Wittenfeld se opuso. “Las preocupaciones de Von Reuentahl son naturales, pero incluso si Phezzan recurriera a medidas tan cobardes, ¿no tendríamos la fuerza bruta suficiente para ponerlas en su lugar?”

“¿Está diciendo que tendríamos el curso inverso de la flota a través del Corredor Phezzan?”

“Sí, la fuerza militar de Phezzan no es rival para la nuestra. Estoy seguro de que podríamos frustrar sus esquemas de manera adecuada”.

“Y si las Fuerzas Armadas de la Alianza atacaran en el momento en que le diéramos la espalda, ¿entonces qué?”, Preguntó von Reuentahl. “Eso nos pondría en desventaja. No es que crea que perderemos, pero no podemos pasar por alto el sacrificio”.

El soldado que recitaba esta teoría conservadora a menudo había sido incapaz de escapar de la calumnia de ser un cobarde, pero tampoco había nadie en toda la Armada Imperial que pudiera hacer que von Reuentahl incitara tales rechazos de otros. Wittenfeld estaba triste pero silencioso, y

ninguno de los otros almirantes estaba dispuesto a disputarlo. Reinhard abrió la boca.

“Los comentarios de Von Reuentahl tienen sentido, pero tengo la intención de invadir la alianza a través del Corredor Phezzan. Suponiendo que el Corredor Iserlohn es nuestra única ruta de invasión, reducir el alcance de nuestras propias elecciones estratégicas reproducirá la locura de las Fuerzas Armadas de la Alianza, que allanaron el camino hacia la fortaleza con los cadáveres de sus hombres. Es por diseño humano que no podemos pasar por el Corredor Phezzan, no una ley que ha existido desde tiempos inmemoriales. No estamos obligados a compartir las ilusiones de la alianza. El paso por el Corredor Phezzan es nuestra mejor opción, aunque solo sea porque nos otorga el elemento sorpresa”.

Reinhard miró a su alrededor, asegurándose de que su punto de vista fuera antes de continuar.

“Ahora, primero, avanzaremos nuestras tropas en dirección al Corredor Iserlohn, tal como esperan. Mucho más tropas de las que fueron movidas bajo Kempf y Müller esta primavera. Esto, por supuesto, será una distracción”.

Las blancas mejillas de Reinhard estaban enrojecidas. No fue la política ni el subterfugio, sino la estrategia y la táctica lo que llenó a su prodigioso yo de la exaltación.

“Con el enfoque de la alianza concentrado en Iserlohn, nuestra fuerza principal pasará a través del Corredor Phezzan en su camino a invadir el territorio de la alianza. Yang Wen-li está en Iserlohn. Cualquiera de las otras fuerzas militares y comandantes de la alianza no merece nuestro aliento”.

“Es, creo, como lo dices”, dijo el Lobo Gale, con un poco de duda, “pero está el asunto de Yang Wen-li. Debemos considerar la posibilidad de que haga un largo recorrido desde Iserlohn para tomar represalias contra los movimientos de nuestra fuerza principal”.

“En ese caso, deberíamos atacar a Yang Wen-li desde la retaguardia,

convirtiéndolo en un mártir por su causa democrática".

Para la orgullosa declaración de Reinhard, la mayoría de los almirantes hicieron expresiones de asentimiento, pero von Oberstein estaba mirando al espacio con sus ojos artificiales.

"¿Crees que será tan fácil?", Dijo Von Reuentahl.

Wolfgang Mittermeier le lanzó una mirada. Para alguien tan contundente, era diferente a él ceder ante la ansiedad. Nadie pareció notarlo.

"Me gustaría que saliera bien".

Ya fuera consciente o no, Reinhard había comprometido con destreza los comentarios de von Reuentahl, forzando una sonrisa transparente en sus elegantes labios. Desde el pasado hasta el presente, aquellos que abrigaban odio por Reinhard y negaban sus habilidades apenas reconocían la belleza de esa sonrisa.

"Como lo haría yo"

El joven almirante heterocromático sonrió amablemente. Mittermeier aflojó el cinturón de nerviosismo que le contraía el corazón. Inmediatamente después de que Karl Gustav Kempf murió en la batalla en el corredor Iserlohn, von Reuentahl sorprendió a Mittermeier expresando su desconfianza hacia Reinhard. Al día siguiente, había bromeado diciendo que era el alcohol, pero aunque Mittermeier simpatizaba con esa excusa, no podía prohibir que una vaga ansiedad patrullara sus calles interiores. A Von Reuentahl no le gustaba guardar rencor, ni a él le gustaba dejar que otras personas participaran en ellos. Al menos podría estar contento de saber que nunca había hablado o actuado fuera de turno.

"¿Y cómo llamaremos a esta gran operación?", Preguntó Müller.

Reinhard sonrió con satisfacción. Lanzó un mechón de su flequillo dorado, hablando casi musicalmente.

“Lo llamo ‘Operación Ragnarök'”

“¿Ragnarök?”

Los almirantes murmuraron para sí mismos. Las reverberaciones de ese nombre los hicieron temblar de emoción perversa. Si estos soldados valientes de largo servicio hubieran temido por un momento la desaparición de la civilización planetaria como la conocían, tampoco podrían imaginar un nombre más perfecto para su conquista. El nombre en sí garantizaba el éxito, o eso les aseguró su ilusión momentánea. Sabían que el viaje por delante no iba a ser fácil, y pronto sus rostros se volvieron severos, pero su ambición y ardor como soldados en tiempos difíciles se reavivaron. Eso fue real.

Los almirantes hablaron sucesivamente. Cada uno de ellos exigió participar en esta operación sin precedentes, sabiendo que su nombre quedaría escrito para siempre en el capítulo final de los 250 años de historia de la Alianza de Planetas Libres.

III

Después de que los almirantes se hubieran aplazado, el almirante senior von Oberstein se quedó para repasar los detalles de su próxima reunión.

“Haríamos bien en errar por el lado de la precaución en lo que concierne a Boltec, Excelencia”.

Reinhard levantó sus cejas bien formadas.

“Al menos Boltec será más fácil de mantener bajo control que Zorro Negro, Rubinsky”.

“Por supuesto, pero de repente tenemos un problema diferente en nuestras

manos. A saber, si Boltec podrá mantener a Phezzan bajo control. Él es lo suficientemente capaz como asistente, pero por lo demás no es más que un ratón astuto que desvía el poder del zorro negro”.

“¿Estás diciendo que carece de la capacidad de elevarse por encima de los demás?”

“Estaría igual de preocupado si él tuviera demasiada habilidad. Pero si no puede reunir el poder suficiente para reprimir a todos esos disidentes, terminará interponiéndose en el camino de nuestra flota”.

Reinhard desestimó la opinión pesimista de su jefe de personal con una sonrisa.

“Podríamos esperar que él tenga ese nivel de poder. Por mucho que tenga, tendrá que correr como loco para mantener a esos disidentes si quiere mantener su posición y autoridad. Naturalmente, él será el blanco del odio y la oposición. Si lo cuido yo mismo antes de que las cosas lleguen a ese punto, entonces puedo manejar efectivamente a quien lo reemplace. Y sin temor a cómo podrían reaccionar los demás”.

“Entiendo, ¿así que has pensado de antemano hasta ahora?”

El jefe de personal de ojos artificiales no hizo ningún esfuerzo por ocultar lo impresionado que estaba. “Perdóname. Nunca debí dudar ni por un momento. Por favor continúe como mejor le parezca.”

La admiración de Von Oberstein no significó nada para el elegante mariscal imperial.

Sus pensamientos ya estaban en otra parte.

“Así es como pienso que podemos usarlo una vez que hayamos subyugado a la Alianza de Planetas Libres. ¿No te parece, jefe de personal?”

“Lo hago.” Von Oberstein asintió. “Seguramente habrá quienes deseen la posición de secretario general de la alianza en apoyo de la autoridad y el

poder militar del nuevo imperio. ¿Vamos a sembrar un candidato ahora?”

Reinhard asintió en silencio, ahuecando las alas de su imaginación alrededor de una figura solitaria.

Yang Wen-li. El general más joven e ingenioso de las Fuerzas Armadas de la Alianza. Los militares decorados a una edad tan temprana tendían a estar celosos de los logros más pequeños. Suponiendo que se contentara con ser forzado a ocupar el cargo de secretario general del nuevo imperio, ¿sería capaz de mantener firmemente la lealtad a su nación democrática? Fue una propuesta significativa.

Tuvo que dejar de permitir que otros jugaran con su destino y hacer que ellos gobernaran sus propios destinos. Reinhard había pensado de esta manera desde que era niño, cuando le robaron cosas que nunca deberían haber sido robadas. Reinhard ya no podía justificar estas infracciones incondicionalmente. Había descubierto una serie de razones para alejarse del antiguo régimen del Imperio Galáctico y la Alianza de Planetas Libres, y agarrar todo el poder para sí mismo. La inminente dinastía Lohengramm no se detendría ante nada para lograr la paz universal. Su reinado, en comparación con el antiguo régimen, fue más justo y, en comparación con la Alianza de Planetas Libres, mucho más eficiente. Al menos nunca confiaría una gran flota a aquellos nobles y corpulentos nobles, que solo podían jactarse de su linaje y sus conexiones familiares o sacudir el poder de los políticos agitadores que movían a una población ignorante con su sofisticación y complaciendo los intereses públicos. Incluso para un hombre como Yang Wen-li, el camino al poder estaba completamente abierto. Y sin embargo, sin importar cómo se juntaron sus numerosos talentos, Reinhard sabía que nunca podría compensar la pérdida de su difunto amigo pelirrojo un año antes.

Hildegard von Mariendorf tenía muchas dudas sobre la estrategia de Reinhard para la hegemonía de espectro completo. Lo dijo cuando estaban solos.

“¿No hay manera de una coexistencia pacífica con la Alianza de Planetas Libres?” La pregunta era retórica, carente de valor más allá de lo que se

puede preguntar.

“No. Tuvieron su oportunidad “, dijo Reinhard un poco indiferente, de modo que Hilda se preguntó qué pesaba en su mente. “Los verdaderos maquiavélicos no habrían visto ningún sentido en ponerse sentimentales sobre la edad del emperador. Si solo hubieran capturado y deportado al emperador y sus secuestradores, habría estado fuera de mi poder tomar medidas políticas o militares contra ellos. Han firmado su propia sentencia de muerte”.

Reinhard creía que los maquiavélicos de segunda categoría que tenían el monopolio del poder era el signo de un país en ruinas. En su mente, había llegado a un punto crucial cuando, junto con lo inevitable e históricamente indeterminado, la Dinastía Goldenbaum y la Alianza de Planetas Libres estaban desperdiciando sus propios destinos. Sin embargo, Reinhard no podía soportar pensar en sí mismo como una mera herramienta de la historia. Tenía toda la intención de arruinar la Dinastía Goldenbaum y levantar la tenaz maldición de Rudolf de los siglos de los siglos. Pero aún…

“Fräulein”.

“¿Sí, duque von Lohengramm?”

“¿Encuentras mis caminos sin escrúpulos?”

Hilda estaba en una pérdida momentánea. La mirada en esos ojos azul hielo era un poco demasiado seria.

“Y si dijera que no, ¿agradaría a Su Excelencia?”, Dijo al fin, sin saber la respuesta que buscaba.

El joven duque adornó su rostro con una sonrisa irónica.

“Te estoy agradecido, Fräulein. Verdaderamente. Si hubiera ido a esa villa en la montaña, estoy seguro de que mi hermana no me habría visto. Ella nunca habría aceptado a mis guardias si no la hubieras persuadido”.

Hilda percibió una diferencia entre la forma de Reinhard de hacer las cosas como gobernante y la franqueza juvenil de este arrepentimiento fraternal. Sabía que era una tontería preguntarse cuál era el verdadero Reinhard, pero no pudo evitar imaginar cuál de esas pieles acabaría usando.

“Aunque mi hermana me odia, nunca desharía lo que he hecho. Si me desvío del camino al liderazgo en esta etapa del juego, ¿quién más restaurará la unidad y la armonía en el universo? ¿Debo confiar el futuro de la raza humana a la Alianza de Planetas Libres o a aquellos demagogos del antiguo régimen?”

Pensando que había explicado bien su punto, Reinhard se sintió repentinamente perturbado. Sus ojos azul hielo estaban llenos de una luz dura y furiosa, y recuperó una expresión digna de un dictador que gobernaba a más de veinticinco mil millones de ciudadanos.

“Mañana, anunciamos el destronamiento del emperador”, declaró Reinhard.

El emperador de siete años, Erwin Josef II, sería privado del trono, y en su lugar, la niña de ocho meses, Katharin, hija del vizconde Pegnitz, asumirá el cargo de emperatriz. Ella sería la gobernante más joven y final de la Dinastía Goldenbaum. En el momento en que puso a un infante en el trono, Reinhard pudo imaginar fácilmente la indignación y el odio con los que los restos del antiguo régimen responderían a este temible espectáculo.

“Ese mocoso dorado profana nuestro poder y tradición”.

Tales consignas de venganza eran inevitables, pero su “poder” y “tradición” no eran más que dos torres de un castillo en el cielo inventado por Rudolf von Goldenbaum cinco siglos antes. Y cuando esos dos pilares perdieron su integridad estructural, todo se derrumbaría. Reinhard se sintió extrañamente arrepentido por el antiguo régimen, los delirios y todo.

IV

Hasta hace casi dos años, Heidrich Lang había ocupado una importante posición burocrática. Como jefe de la Oficina para el Mantenimiento del Orden Público, sus funciones consistían en reunir a delincuentes políticos y delincuentes, controlar o suprimir las actividades de libertad de expresión e incluso incursionar en la educación y las artes. Fue un punto de apoyo autoritario dentro del gobierno imperial y, como tal, explotó toda la gama de su poder e influencia. Se paró un día para convertirse en secretario del interior.

Lang no había sido condenado a muerte como miembro del antiguo régimen por el nuevo orden de von Lohengramm. Había dos razones para esto: primero, como jefe de la policía secreta se destacaba en la recopilación de inteligencia y había acumulado mucha información valiosa sobre los nobles. En segundo lugar, como especialista en negocios, poseía una conciencia y lealtad propias, y había expresado su intención de seguir al nuevo gobernante después de que los ex altos nobles— a quienes Mittermeier apodó maliciosamente los “pastores”— fallecieron. Lang no vio ninguna razón para desesperarse por la abolición de Reinhard de la oficina, y creía en sí mismo lo suficiente como para esperar pacientemente el día en que el sol disiparía de nuevo la oscuridad.

Su paciencia había dado sus frutos antes de lo que había esperado. La oficina del almirante mayor von Oberstein ordenó a la policía militar, cuyo disgusto autoimpuesto era una obligación aparente de su trabajo, liberarlo de arresto domiciliario.

Afortunadamente para Lang, la exhaustiva investigación de von Oberstein no reveló ninguna evidencia que sugiriera que había abusado de su autoridad de ninguna manera para beneficio personal. Estaba, entre los altos mandos del antiguo régimen, de una forma única e impecable en su conducta personal y fue tratado como un hijo de la nobleza a pesar de que no le gustaba su compañía. Puso toda su diligencia en sus deberes y fue, no sin razón, conocido como el “Perro de caza”.

Al mirarlo, Von Oberstein quería reírse — no es que le hubiera dicho tanto

a la cara. La apariencia externa de Lang era incongruente con sus talentos y logros. Aunque aún no había pasado de los cuarenta, el 80 por ciento de su cabello castaño había desaparecido. Lo poco que quedaba se aferraba a la vida alrededor de sus orejas. Sus ojos cenicientos eran grandes e inquietos. Sus labios eran gruesos y rojos, aunque su boca era pequeña. Su cabeza era relativamente grande para alguien de su corta estatura. Su cuerpo entero era más que regordete, y la piel lo cubría de color rosa y brillante. En resumen, Heidrich Lang dio la impresión visual de un bebé saludable lleno de leche materna, y adivinar sus deberes profesionales solo por su apariencia no habría sido fácil para nadie con una imaginación activa. Como jefe de la policía secreta, se destacó por no tener un exterior más frío y canoso.

Pero fue su voz la que mostró lo único que era. La persona promedio pensaría que un hombre así tiene la voz aguda de un niño. Lo que salió de la boca de Lang fue, en cambio, un bajo solemne, como el de un antiguo líder religioso predicando el evangelio a sus creyentes. Los que estaban listos para sofocar su risa fueron derribados. Aprovechar esta contradicción sorprendió a sus oponentes con la guardia baja, y su bajo le había servido como un arma de interrogación.

Pero el hombre ante él ahora, cuyos ojos artificiales lo miraron inorgánicamente por medio de una computadora liviana, decidiría si Lang merecía consideración y luego informaría al primer ministro imperial, el Duque von Lohengramm.

“Excelencia, jefe de personal, puede hacerlo como quiera, pero el gobierno solo tiene una realidad”.

Lang habló enfáticamente, y von Oberstein ya había estado evaluando el discurso de Lang desde la primera palabra.

“Oh, ¿y qué podría ser eso?”

“Control de los muchos por unos pocos”.

La voz de Lang era tan parecida a la de un hombre solitario que apelaba a Dios, que casi se esperaba que un órgano le acompañara. Por otra parte,

teniendo plena autoridad de vida o muerte como lo hizo sobre Lang, von Oberstein era como Dios en el sentido de que, sin importar cuán sinceramente le hablaran, nunca era suficiente.

“Insistimos en que la democracia sea la regla de los muchos por libre albedrío, pero me gustaría saber sus pensamientos sobre ese punto”.

“Si la gente es cien, cincuenta y uno de ellos puede reclamar la regla de la mayoría. Y cuando esa mayoría se divide en tantas facciones, solo se necesitan veintiséis de ellos para gobernar a esos mismos cien. En otras palabras, es posible que un simple cuarto gobierne a los muchos. Una visión convencional y reduccionista, lo admito, pero que demuestra cuán inútil es el gobierno de la mayoría como un principio democrático. Sé que un hombre de la inteligencia de Su Excelencia lo entenderá”.

Von Oberstein ignoró la adulación de rodilla. Al igual que su maestro, Reinhard, no pudo evitar notar que aquellos que lo criticaban eran siempre los que lo despreciaban. Ignorando que estaba siendo ignorado, Lang continuó.

“Dado que la realidad del gobierno es el control de muchos por pocos, estoy seguro de que estará de acuerdo en que las personas como yo son indispensables para mantener las cosas en línea”.

“¿Te refieres a la policía secreta?”

“Alguien para mantener un sistema de orden público”.

Fue un giro sutil de la frase, pero von Oberstein volvió a ignorar la modesta autoafirmación del hombre.

“La policía secreta puede ser conveniente para los que están en el poder, pero su propia existencia se convierte en un objetivo de odio. Aunque la Oficina para el Mantenimiento del Orden Público fue desmantelada recientemente, hay muchos que lo castigarían por supervisarlo. A la gente le gusta ese reformista Karl Bracke”.

“Señor Bracke tiene sus propias ideas, pero todo lo que he hecho es dedicarme a la dinastía, nunca una vez ejerciendo los límites de mi autoridad para beneficio personal. Si tomas mi lealtad como causa de castigo, no resultará bien para el Duque von Lohengramm”.

De debajo de la ropa de este consejo bien intencionado, una funda de amenaza comenzaba a asomarse. Si estaba siendo acusado no solo por delitos pasados, sino también por su permanencia en el buró, ¿entonces tenía algo más en mente?

“Parece que al Duque von Lohengramm tampoco le importa mucho tu existencia”.

“El duque von Lohengramm es ante todo un soldado. Es natural que intentara subyugar el universo a través de grandes batallas. Pero a veces el más pequeño rumor falso puede superar a una flota de diez mil naves, y la defensa se convierte en la mejor forma de ataque. No esperaría nada menos que el mayor discernimiento y tolerancia tanto del Duque von Lohengramm como de Su Excelencia”.

“No me importa. ¿Cómo pretende reembolsar la indulgencia del Duque von Lohengramm? Ese es el punto crucial aquí”.

“Por supuesto, al convocar mi lealtad incondicional y todos mis escasos talentos en cooperación con el gobierno militar del duque”.

“Eso está muy bien, pero no tiene sentido restaurar la oficina, ahora que ya no existe. Sería equivalente a una retirada de nuestras políticas de reforma. Tendremos que inventar otro nombre”.

La cara infantil de Lang brillaba.

“Ya tengo uno en mente”, declaró en su cautivador bajo, que sonaba para todos como un cantante de ópera fuera de lugar.

“La Oficina de Protección Nacional de Seguridad. ¿Qué piensa? Tiene un bonito anillo, ¿no?”

Aunque no estaba particularmente inspirado, el jefe de personal de ojos artificiales asintió.

“Vino viejo en una piel nueva”.

“Yo diría que el vino también tiene que ser lo más nuevo posible”.

“Muy bien. Haz tu mejor intento.”

Por lo tanto, Heidrich Lang se redefinió de jefe de oficina para el Mantenimiento del Orden Público a jefe de la Oficina de Protección Nacional de Seguridad.

Anticipándose a la Operación Ragnarök, los mejores miembros de la Armada Imperial habían puesto en marcha las cosas en secreto. Von Reuentahl todavía tenía dudas sobre hacerse un aliado de Phezzan. La idea de estar tan cerca despertó especial precaución en él.

“Su Excelencia von Reuentahl es preocupante”, dijo Mittermeier con una sonrisa.

Su pareja no era una niña ingenua, sino el viejo zorro de Phezzan. Mittermeier, por su parte, prefería una rápida victoria militar en lugar de darle a Phezzan cualquier espacio para poner una trampa, pero en el improbable caso de que fracasaran, se convertirían, como dijo von Reuentahl, en patos sentados.

“En ese caso, tendremos que procurar nuestro suministro de alimentos en ese mismo momento si queremos alimentar a nuestras tropas. E incluso si tenemos éxito en eso, seremos calificados de ladrones”.

Mittermeier se sintió obligado a estar en desacuerdo con sus propios sentimientos. Nada más que decoraciones verbales, secas.

“Puedo manejar ser despreciado como conquistador, pero ser despreciado como vulgar ladron es menos que ideal”.

“Incluso eso depende de si vale la pena el saqueo en primer lugar. Sería despiadado ser tomado por las mismas tácticas de la tierra quemada que nos superaron hace un año. Recordarás en qué estado tan lamentable estaban las Fuerzas Armadas de la Alianza en ese momento”.

No importa cuánto, y con qué florece la retórica, él anunciaba su autojustificación, cuando la realidad del saqueo estaba cerca, la gente nunca apoyaría a sus conquistadores. Una vez que decidieron una destrucción temporal, desarrollar su conquista en la unificación permanente sería demasiado desventajoso si se fundara en la animosidad de la gente.

“En ese punto, sin embargo, los pensamientos de Lohengramm sobre el asunto anulan todo lo que decimos”.

Neidhart Müller había propuesto humildemente que se abstuvieran de discutir el asunto para aclarar sus ideas. Mittermeier y von Reuentahl asintieron, abandonando un argumento que no mostraba signos de consumación y cambiaron a asuntos más prácticos. Sin embargo, el comentario de Müller había provocado un pensamiento privado en Von Reuentahl: *Entonces, todo depende de Lohengramm, ¿verdad?*

Cuando se trataba de asuntos nacionales, el joven primer ministro imperial de pelo dorado siempre había defendido la justicia. Al menos el gobierno de Reinhard superó en equidad al antiguo régimen de los nobles. Y quizás lo vería a través de, hasta cada ciudadano en territorio enemigo.

Von Reuentahl era un hombre ambicioso. Tenía la ambición de un héroe de tiempos turbulentos que ya estaba considerando el siguiente paso antes de terminar el anterior. Durante el año pasado, el deseo de derrocar a sus superiores y ocupar su lugar comenzó a moverse en su corazón como un leviatán dormido que cobra vida. No había nada inherente o delirante al respecto. Si resultara que las habilidades y la suerte de Reinhard superaron las suyas, von Reuentahl cedería gentilmente su asiento de supremacía, prueba de que solo Reinhard era adecuado para ser su gobernante supremo.

Pero si él hiciero algo para descuidar eso…

V

Aunque las noticias sobre el inminente despacho a gran escala de la flota imperial se comunico a Phezzan a través de múltiples canales, la reacción de la mayoría de la gente fue “Aquí vamos de nuevo”. Incluso los astutos comerciantes de Phezzan habían estado acostumbrados durante más de un siglo a un concurso de tres esquinas Convencido de que nada cambiaría. Habían ocultado la grieta de los asesinatos innecesarios, esperando contra toda esperanza que eso fomentara su acumulación de riqueza mientras competían en sus respectivos campos de inversión, finanzas, producción y distribución. Para ellos, parecía poco probable que la gran flota del Imperio Galáctico llenara el Corredor Phezzan con un océano de paz y prosperidad, o que mantuvieran cautivos a los mercantes autosuficientes de Phezzan en alguna celda inmaterial. Seguramente, tales planes se habían ideado en innumerables ocasiones en el pasado, sin éxito. El gobierno de Landesherr se encargó de todo por ellos, por eso pagaron sus impuestos en primer lugar. Ellos trabajaron, y ganaron, para ellos mismos. El grueso de la población general de Phezzan compartía ese sentimiento.

Pero no se puede decir que el Landesherr actual abrazó cualquier lealtad desinteresada hacia esa misma opinión. Desde el fundador Leopold Raap, a los sucesivos Landesherrs les había preocupado saber si la gente de Phezzanese y la Tierra jurarían su devoción, y con Adrian Rubinsky, se podía por fin terminar con todo esto. Pero el corazón de Rubinsky era multidireccional, como le convenía.

“En lo que se refiere al hardware, la fortaleza de Iserlohn es inexpugnable. Además, el mejor comandante de la Alianza de las Fuerzas Armadas está allí. Es como que esos políticos mediocres sean tan complacientes”.

Rubinsky estaba hablando con su ayudante Rupert Kesselring sobre el

estado de la alianza.

“Pero esa sensación de seguridad ha robado el buen juicio de los órganos de gobierno de la alianza y ha provocado la peor decisión que pudieron haber tomado. Un ejemplo por excelencia de un éxito pasado que lleva a presentar errores y robar cualquier esperanza para el futuro, si me lo preguntas”.

Rupert Kesselring se preguntó si tal instrucción moral era beneficiosa para alguien. Landesherr era todo lo que se reía al convencerse de que solo él era una excepción. Su hijo lejano había estado cavando diligentemente la parcela de entierro de su padre, pero en estos días parecía que no era el único con una mente para agarrar una pala.

“Los movimientos del Comisario Boltec son de gran interés para mí”.

Un aguijón fue plantado en la voz de Rupert Kesselring. Era inútil tratar de ocultar su maldad nunca más. Para Rupert, la idea de que el bufón Boltec se uniera a la excavación lo hizo querer patearlos al agujero de una sola vez.

“Boltec mostró su carta de triunfo demasiado pronto. Esto permitió que el Duque von Lohengramm volviera las mesas sobre él. Supongo que estaba demasiado ansioso por el éxito”.

“Un hombre sorprendentemente incompetente”.

A Landesherr no le molestó la implicación de que él había sido el culpable de designar a dicho hombre incompetente.

“El duque von Lohengramm lo superó. Boltec es un gran trabajador y hasta ahora ha sido inmune al fracaso, pero se salió del último paso”.

“¿Cómo propones que tratemos con él?”, Preguntó el joven, haciendo su mejor impresión con Mefistófeles, pero no hubo respuesta.

Los pensamientos de estas tres partes — Rubinsky, Rupert Kesselring y Boltec — Se habían enredado en una hélice gigante.

No fue fácil elegir al traidor más ofensivo entre ellos. Una cosa era segura: cualquiera de ellos vendería a los otros dos en un abrir y cerrar de ojos. Eso no significaba que estuvieran interesados en vender a Phezzan. La riqueza y vitalidad de Phezzan, por no hablar de su posición estratégica, garantizaría su presente y futuro. Con ello pudieron nivelar el campo de juego entre el primer ministro imperial, Reinhard von Lohengramm, y el gran obispo de Terra. No es de extrañar que estuvieran reacios a vender.

Rubinsky cambió el tema.

“Por cierto, entiendo que el alférez Julian Mintz ha sido designado para la oficina del comisionado de la alianza”.

“Escuché que es el chico de recados favorito del almirante Yang Wen-li. Me pregunto qué tan favorecido estaba”.

El desprecio de Rupert fue incluso más estridente que las reproducciones a gran escala de su padre.

“De todos modos, él es sólo un mocoso de dieciséis años. Él no puede hacer mucho de nada”.

“Cuando el Duque von Lohengramm tenía dieciséis años, ya se había ganado su carrera como teniente comandante. Julian Mintz solo se está moviendo a un ritmo más lento”.

“¿No está simplemente montando los faldones de su tutor?”

“Tal vez, pero sus elogios solo van en aumento. Personalmente, preferiría no ser el que confundiera a un cachorro de tigre con un gato”.

Rupert Kesselring estuvo de acuerdo. Mirando hacia atrás, a los dieciséis años, ¿no había decidido ya derribar a su padre y apoderarse de su estado y poder? ¿No lo haría?

¿Tomar por la fuerza lo que su padre nunca le daría? Como un antiguo sabio había dicho una vez, el talento era como una piedra tirada en el agua— sus

ondas aumentaban a medida que crecían. La ambición y el deseo no eran diferentes. Si es así, entonces Rubinsky estaba naturalmente en guardia. ¿Pero era una sospecha similar, se preguntó, dirigiéndose a él también?

Rupert Kesselring volvió su mirada fría al perfil de su padre, pero apartó la mirada de inmediato. Como su padre, Rubinsky todavía tenía poder sobre él. La lujuria por el poder, el miedo a la sospecha: Rubinsky encarnaba a ambos, y ambos eran dignos del odio de Kesselring.

CAPÍTULO 07: MILITAR ALFÉREZ ADJUNTO MINTZ

I

SIN CUENTA LOS PÉTALOS BAILADOS en un mar de luz tenue…

Antes de despertar, el cuerpo entero de Julian Mintz fue superado por preciosos recuerdos.

Cuando me levanto, necesito darme una ducha, lavarme los dientes y preparar el desayuno. Té negro de Shillong y hojas de arusha, con leche. Tres piezas de centeno tostadas, cortadas por la mitad. Para untar, mantequilla mezclada con perejil y jugo de limón. A continuación, la salchicha y la sartén de manzanas fritas en mantequilla serían agradables Ensalada fresca y un sencillo plato de huevos. Ayer fueron huevos fritos, así que hoy los haré revueltos, con leche…

Burbujas de luz continuaron flotando y explotando, rociando el aliento de la realidad sobre Julian. Cuando sus párpados se abrieron, su vista se llenó con la mañana, poblada con los muebles en su habitación. Mirando el reloj de su mesilla, vio que eran las 6:30. Parecía que el hábito había impregnado al chico hasta el nivel celular. Él podría haber dormido durante una hora más, pero…

“Oh, setecientas horas, almirante, a las siete. Por favor levántate El desayuno está listo.”

“Por favor, cinco minutos más. No, cuatro minutos y medio es suficiente. Haz que sean cuatro minutos y quince segundos.”

“Realmente, Almirante, eres tan terco. ¿No estás dando un mal ejemplo a tus subordinados al dormir?”

“Mis soldados se llevan bien sin mí”.

“¡El enemigo se está acercando! Si te toman por sorpresa y te matan donde mientes, los futuros historiadores te ridiculizarán por mucho tiempo”.

“El enemigo también sigue durmiendo, y los futuros historiadores aún no han nacido. Buenas noches. Al menos todavía es pacífico en mis sueños…”

“¡Almirante!”

Hace cuatro años, el “almirante” había sido “capitán”. En cualquier caso, ¿no habían tenido esa misma conversación mil veces? Y en todo ese tiempo, Yang no había progresado a la hora de levantarse de la cama.

Julian se sentó en su propia cama y se estiró. Se sentía extraño estar solo y no tener que preocuparse por preparar el desayuno. Julian saltó de la cama, anticipando su adaptación a la vida de un soldado.

Se dio una ducha, flexionando vigorosamente sus jóvenes músculos. Se puso el uniforme y cuidadosamente arregló el ángulo de su boina negra. Con todo en orden a las siete en punto, todavía tenía tiempo para matar. Levantarse primero siempre molestaba a los oficiales y soldados que no habían sido comisionados, o eso le había dicho Yang, pero probablemente eso solo era en parte cierto. Quedaron cuatro horas hasta llegar a Phezzan, y su última comida a bordo del barco aún no se había anunciado.

Julian se quedó en la capital aliada de Heinessen solo por tres días. Durante ese tiempo, fue trasladado en todas direcciones a lo largo de este núcleo del gobierno y el ejército. Se sentía como si lo estuvieran conduciendo al

pináculo de una sociedad exclusiva y poderosa. No a diferencia de Yang, avanzando más allá de su edad invariablemente molestó a otros, y por eso fue más a menudo mal recibido que no.

Entre las sucursales secundarias del Comité de Defensa se encontraban la Sede Operativa Conjunta, la Sede de Servicios de la Retaguardia, la Sede de Ciencia y Tecnología y otras once, incluidos los departamentos de defensa, investigaciones de campo, contabilidad, información, recursos humanos, provisiones, ingeniería, salud, comunicaciones y estrategia. En los casos en que el jefe del departamento era un soldado en servicio activo, se nombraban oficiales de alto rango como almirantes y vicealmirantes. El difunto almirante Dwight Greenhill, padre del ayudante de Yang, el teniente Frederica Greenhill, había sido director de investigaciones sobre el terreno. A Julian se le exigió reunirse con el jefe del departamento de recursos humanos, el vicealmirante Livermore, para recibir un aviso oficial de su asignación de agregado militar en Phezzan. Su rango no sería más alto que el permiso, y una vez que un agregado militar, su estado caería bajo la competencia directa de Livermore.

Julian se mantuvo en su cita, pero los preliminares tomaron más tiempo del esperado, lo que resultó en una espera de dos horas. Se preguntó si esto era intencional, pero tenía suficiente de qué preocuparse — la reciente audiencia de Yang, por ejemplo— sin caer en sospechas inútiles. La inflexibilidad de una sociedad poderosa despojó a los seres humanos de su entusiasmo mental y debilitó sus lealtades ingenuas hacia el estado. Mientras Julian reflexionaba sobre estos conceptos un tanto exagerados, su nombre fue llamado por un ayudante y el chico fue conducido a la oficina del vicealmirante.

Su tiempo dentro de la oficina no era ni la quincuagésima parte del tiempo que había estado esperando. Lo saludaron sin ceremonias y le dio su aviso e insignia, después de lo cual se inclinó ante el vicealmirante que se encontraba en su corazón y se fue.

Visitar la armada espacial El comandante en jefe almirante Bucock era como salir de una alcantarilla hacia campos verdes. Además de sentirse aliviado por la entrega segura de la carta manuscrita de Yang a su

destinatario, a Julian le gustaba el viejo almirante, al igual que Yang y Frederica, y eso le animó a que solo pudiera reunirse con él de nuevo. Aunque Bucock también estaba en medio de algo y lo hizo esperar por una hora, esta vez a Julian no le molestó lo más mínimo. Preocuparse era un mal hábito que había aprendido de Yang.

“Dios mío, cómo has crecido”, dijo el viejo almirante, dándole una cálida bienvenida. “Solo natural, supongo, considerando que no te he visto en un año y medio. Tienes esa edad cuando debes crecer un centímetro cada noche”.

“Comandante en jefe, me alegra verlo lucir tan bien”.

“¿Qué? Cada día me acerca a las puertas del infierno. No puedo esperar a ver al emperador Rudolf hirviendo en un caldero por toda la eternidad. Lo que me recuerda, ¿el Vicealmirante Livermore tuvo algo que decir?”

“No nada. No hubo ninguna conversación informal en absoluto”.

Bucock sonrió, esperando tanto. Como un hombre afiliado a la facción de Trünicht, el Vicealmirante Livermore siempre quiso fortalecer sus propias convicciones y no vio ninguna razón para ganarse el favor de un chico de dieciséis años. Por otro lado, se le consideraba infantil por recurrir a un lenguaje abusivo y se enorgullecía de no decir nada que no fuera necesario en el contexto de los asuntos oficiales.

Julián negó con la cabeza.

“¿Por qué ganarse mi favor mejoró la impresión que el presidente Trünicht tenía de él?”, Dijo Julian con un ligero brillo de mal gusto en sus ojos de color marrón oscuro. “Estoy del lado de Yang Wen-li, no de Trünicht”.

“Entonces tú eres. Tal vez no estaba al tanto de esto, pero el presidente del consejo superior lo solicitó personalmente. El Presidente Islands es el tercer brazo de Trünicht, y eso parece indicar su interés en tí”.

“¡Nunca pregunté por esto!”

“Pensé que te sentirías de esa manera, pero no vayas a gritar desde los tejados. Lo último que querría es que captes cualquier hábito de elección de mi parte o del Almirante Yang”.

El viejo general sonrió como a un nieto favorito y le explicó la cadena de mando militar en la que estaba involucrada la facción de Trünicht. No se limitó fundamentalmente a Trünicht, ni a la Alianza de Planetas Libres. Lo que siempre había pesado mucho en la mente de las autoridades civiles era que las naves en territorios alejados de la capital podrían convertirse en la flota privada o la camarilla militar del comandante, desafiando el control del gobierno central. Tal posibilidad era su constante pesadilla. Como medida preventiva, consideraron usar su propia autoridad para evitar que los miembros clave de esas fuerzas permanezcan en un lugar. Debían tener cuidado de no alterar el equilibrio entre su poder militar y los recursos humanos.

“¿Entonces mi posición aquí es parte de ese plan?”

“Sí, me temo que sí”.

Bucock se acarició la barbilla.

“Y cuando el cuartel general alejó al almirante Merkatz del almirante Yang, ¿eso formaba parte del mismo plan?”

Impresionado por el sentido táctico de la pregunta de Julian, el viejo almirante asintió profundamente.

“Sí, lo fue, al principio”.

A partir de aquí, el gobierno probablemente también alejará a Yang de los asesores Caselnes y von Schönkopf.

“Pero, ¿qué va a pasar entonces? Al debilitar al almirante Yang, ¿no estarán simplemente fortaleciendo la posición de la Armada Imperial?”

La insensatez de los que están en el poder tratando de lidiar con situaciones solo a través de la política de facciones, y con un desprecio tan flagrante por la lógica, fue más allá de molestar a Julian. Los asientos de poder eran, en sí mismos, cánceres que esperaban que ocurrieran, y mientras los hombres estuvieran contentos de sentarse en ellos, ¿no se convertiría su limitado campo de visión e interés propio en una enfermedad inevitable?

Bucock abrió la carta de Yang, asintiendo unas cuantas veces mientras la leía. Se había considerado la posibilidad de que las flotas imperiales pasaran por el Corredor Phezzan, desde un punto de vista puramente táctico. Pero la estabilidad a largo plazo había diluido la sensación de peligro de la gente para casi nada, y las contramedidas permanecían acumulando polvo, olvidadas. Desde el principio, tanto la alianza como el imperio habían redactado planes basados en el supuesto de que cada uno tenía una fuerza militar y un poder de producción de municiones comparables y que en su estado actual eran inútiles e ineficaces.

Bucock resumió el contenido de la carta de Yang para él.

"La propuesta del almirante Yang es la siguiente: si la Armada Imperial pasa por el Corredor Phezzan, evitando así una invasión al territorio de la alianza, tendremos que confiar en la resistencia civil del pueblo de Phezzan".

Específicamente, eso significó primero inutilizar los sistemas sociales y económicos de Phezzan mediante el sabotaje sistemático y las huelgas generales de parte de la población civil de Phezzan. A través de estos medios, podrían detener los diseños de la Armada Imperial para hacer una base de suministro de Phezzan. En segundo lugar, bloquearían el Corredor Phezzan con filas de naves mercantes civiles, lo que haría físicamente imposible que la Marina Imperial avanzara.

"¿Crees que funcionará?"

"No necesariamente. El mismo almirante Yang lo dice en su carta. En cuyo caso, colocar a los ciudadanos de Phezzan ante la Armada Imperial como escudo para la alianza sería un crimen mucho mayor que matarse unos a

otros en el espacio de batalla”.

Julián se quedó en silencio ante esta perspectiva.

“La gente de Phezzan actúa de acuerdo con sus propias creencias y, de ser forzada, la fuerza de sus convicciones nunca les permitiría acceder a la fuerza militar de otra nación. Pero si esperaran hasta que la Armada Imperial ocupara a Phezzan, la resistencia efectiva y sistemática sería casi imposible”.

En ese momento, escribió Yang, sería necesario comenzar rumores sin fundamento dentro de Phezzan. Los rumores dirían algo como esto: el gobierno de Phezzan, conspirando con el propio duque von Lohengramm del imperio, estaba intentando vender territorio, personas y autonomía al mejor postor. Como prueba de esto, la Armada Imperial se había estacionado en Phezzan, y el Corredor Phezzan se ofrecía como una ruta de invasión contra la alianza. Para evitarlo, tuvieron que derrocar a la administración actual y forjar un nuevo régimen que se adhiriera a una política nacional neutral. Si estos rumores despertaran el sentimiento público de Phezzan, la ocupación de la Armada Imperial podría no ser tan fácil de realizar. Si fuera forzado, la gente de Phezzan lo bloquearía. Al final, incluso si la Armada Imperial tenía éxito en su ocupación, existía la posibilidad de que la alianza apoyara a los propios antiimperialistas de Phezzan. Por supuesto, tal maquiavelismo nunca escaparía del reproche moral.

Bucock sacudió su cabeza blanca envejecida.

“El almirante Yang ve el futuro muy bien, pero desafortunadamente no hay nada que podamos hacer al respecto. No es que sea su culpa, por supuesto. No tiene autoridad para tomar medidas decisivas hasta tal punto”.

“¿Así que es culpa del sistema?”

El viejo almirante levantó sus cejas de color blanco grisáceo, pensando que la pregunta de Julian era más atrevida de lo que el chico se dio cuenta.

“¿El sistema?” Había un toque de remordimiento en su voz. “Podría fácilmente echarle la culpa al sistema. He venido a enorgullecerme de ser el soldado de una república democrática durante tanto tiempo. De hecho, me he sentido así desde que me convertí en soldado raso a la misma edad que tú.”

Bucock había observado su propio progreso durante más de medio siglo, incluso cuando la democracia sucumbió a la debilidad y al deterioro, un ideal que las células cancerosas se habían comido vivo.

“Creo que es correcto que las naciones democráticas limiten el poder y la autoridad militar. Los soldados no deberían poder ejercer esos privilegios en cualquier lugar que no sea el espacio de batalla. Además, ningún gobierno democrático puede ser de buen cuerpo cuando su ejército se vuelve obeso al ignorar las críticas de su propia sociedad, convirtiéndose efectivamente en una nación dentro de una nación”.

Las palabras del viejo almirante parecían el trabajo de uno que revalidaba su propio sistema de valores.

“No es el sistema de gobierno democrático lo que está mal. El problema es que el sistema se ha disociado del espíritu que lo sostiene. Por ahora, la existencia de nuestra fachada pública apenas impide la degeneración de sus verdaderas intenciones. Me pregunto cuánto tiempo vamos a aguantar”.

Julian solo podía reaccionar a la gravedad de los sentimientos del viejo almirante con silencio. La suya era una existencia inexperta e indefensa, y en ocasiones se sentía impotente para sostenerse.

Después de despedirse de Bucock, Julian se dirigió al edificio del gobierno imperial legítimo galáctico para ofrecer sus saludos formales a Merkatz, recientemente nombrado como secretario de defensa del gobierno en el exilio. Pero el edificio no era más que un antiguo hotel ahora lleno de nobles exiliados. Merkatz no estaba por ninguna parte. Fue por casualidad que se encontró con Von Schneider justo afuera de la puerta.

“Este lugar está lleno de hienas vestidas con esmoquin. Parece que

compiten por la posición y el rango, incluso en un gobierno sin ciudadanos y una armada sin tropas. Me sorprenderé si se conforman con seis o siete ministros del gabinete. Solo apresúrate y únete a la Armada Imperial ya, Julian. Serías un de los favoritos para el teniente comandante".

Julian no podía decir si la lengua afilada de von Schneider era natural o si casi un año de vida en Iserlohn lo había contaminado.

"El almirante Merkatz, también, debe estar trabajando muy duro".

Como von Schneider lo explicó tan escandalosamente, escuchó que el "gobierno legítimo" pronto le otorgaría a Merkatz el rango de oficial imperial. Por el momento, no había un solo soldado para alguien en su posición de mando. Tendría que empezar por recibir provisiones de capital y viejas naves de guerra del gobierno de la alianza, reclutando de entre los refugiados y construyendo una flota desde cero.

"¿Honestamente creen que pueden unir fuerzas suficientes para competir con un genio político y militar como el Duque Reinhard von Lohengramm? Si es así, son demasiado ambiciosos o totalmente delirantes. Puse mi dinero en delirante. No es divertido estar atrapado en todo esto, de cualquier manera".

Si Merkatz fuera ascendido a mariscal, von Schneider se convertiría en comandante — aunque eso no era suficiente para él.

"Si hay una gracia salvadora, es que, aunque Lohengramm es un genio, la historia tiene más que unos pocos ejemplos de genios perdiendo a los ordinarios. Aún así, no veo cómo podemos ganar sin esperar un milagro desde el principio".

Julian no pudo evitar que sus pensamientos pasaran por encima de una cascada de pesimismo. Si le hubiera dicho tanto a Merkatz, habría mancillado su posición de gobierno en el exilio. No había nadie con quien él pudiera hablar de tales cosas. A pesar de ser tratado como un receptáculo para todas estas quejas, al menos sabía que la lealtad de von Schneider a Merkatz era genuina. Su simpatía por que Merkatz no pudiera obtener una

posición digna de sus habilidades era insuperable. La sola idea de que Yang obtuviera el mismo tipo de posición que Merkatz hizo que Julian sintiera que el suelo más profundo de su corazón se congelaba. Sea cual sea el resultado, por supuesto, Julian planeaba ir con Yang.

Al final, Julian le confió a von Schneider que saludara a Merkatz y dejó a Heinessen a toda prisa sin poder reunirse con él.

II

Cuando la nave se acercó, el planeta de Phezzan tomó forma como un delicado orbe azul y fue un espectáculo para los ojos doloridos. En el espacio detrás de ellos, las partículas plateadas de luz bailaban bulliciosamente contra un fondo negro, mientras que el planeta en primer plano aparecía para todos como una pieza de música visualizada en todas sus variaciones de luz y oscuridad. Desde dentro de sus fluctuaciones de intensidad, los
Composiciones musicales de tonos y longitudes de onda giraron hacia afuera.

Mientras Julian Mintz contemplaba el planeta desde la ventana de observación, un par de ojos color avellana se superponían a su luz cuando pensó en el teniente Frederica Greenhill. Tenía ocho años mayor que él, lo que la ubicaba a medio camino entre él y Yang Wen-li. Si no hubiera sido tan obvio que Yang era el objeto de los afectos de Frederica, el propio Julian podría haber sido un poco más fuerte y, aunque solo sea sutil, más claro. Su última conversación antes de su partida se repitió en su mente. Comenzó con su historia de conocer a Yang en el planeta El Fácil.

“El almirante Yang era un subteniente en aquel entonces. Nunca se acostumbró a esa boina negra.”

Los ciudadanos de El Fácil no tenían ninguna razón para respetar o confiar

en este mojado oficial detrás de los oídos, pero su odio abierto hacia él sin embargo llenó a Frederica de indignación justa. Se sentía obligada a hacer todo lo posible para ayudarlo.

“Lo pensé mucho. Era un hombre poco confiable y pomposo que dormía en el sofá con su uniforme, no se lavaba la cara por la mañana y mordisqueaba pan sin siquiera ponerle mantequilla, murmurando para sí mismo todo el tiempo. Sabía que si no lo amaba, nadie lo haría”.

Frederica se echó a reír. Las ondas de su risa nunca fueron monótonas. Muchas cosas habían sucedido en la década desde entonces, y cada una había proyectado su sombra, débil pero profundamente.

“No me enamoré de él porque era un héroe o un famoso comandante. Tal vez solo tengo una habilidad para invertir en el futuro”.

“Claro que sí”, respondió Julian, aunque no podía estar seguro de si esa era la respuesta que Frederica quería escuchar. ¿Había cambiado la impresión de Frederica de Yang?

“No, Yang Wen-li no ha cambiado. El entorno ha cambiado, pero él no ha cambiado ni un poco”.

Durante sus días como subteniente, Yang se sintió mal preparado para el trabajo, como también lo hizo para su almirantazgo. Cuando ascendió a mariscal, estaba seguro de sentirse igual de incompetente. Yang dio la impresión de que, cualquiera que fuera su rango, nunca se acostumbraría a los deberes de su puesto. Yang ni una sola vez había considerado activamente convertirse en un militar, e incluso ahora su corazón estaba decidido a convertirse en un historiador. Pero imaginándolo a él como un maestro, Frederica imaginó que estaría tan dolorido como un pulgar parado en un podio como en un campo de batalla, y en este sentido, Julian entendió muy bien lo que pensaba. Más difícil de entender, por supuesto, era el lado emocional de Yang, y Julian quería saber qué era en el laberinto mental de Yang lo que lo hacía aparentemente ajeno a las atenciones de Frederica.

El visofono sonó y el chico fue informado de que pronto llegarían a

Phezzan.

A la hora estándar de Phezzan, era mediodía, y por primera vez en su vida, Julian Mintz estaba a punto de poner un pie en la superficie de este planeta distante. Su nueva vida había comenzado.

III

Aunque Julian había escuchado que el Capitán Viola, jefe de personal y agregado militar de la oficina del comisionado de la FPA en Phezzan, era relativamente alto y obeso, a los ojos de Julian no encajaba en esa descripción. Era más fuerte que obeso, no tenía rastros de grasa o músculo debajo de su piel pálida, y si parecía que estaba hinchado por el gas. Julian adivinó que pesaba menos de lo esperado y se preguntó si iba a pensar demasiado en él como un dirigible andante, hasta el día siguiente, cuando descubrió la existencia del apodo “Grounded Blimp / Dirigible de Tierra”.

“Tienes mucho que aprender, alférez Mintz. Entiendo que te has hecho un nombre en el espacio de batalla, pero aquí eso no significa nada. En primer lugar, si tienes algún sentimiento de dependencia, deshazte de ellos”.

La implicación era clara: cualquier beneficio que había recibido por el patrocinio de Yang Wen-li ya no era válido.

“Sí, señor, me aseguraré de tener eso en cuenta. Soy plenamente consciente de mi inexperiencia y confío en que me guíe bien en todos los asuntos”.

Julian sintió que el Capitán Viola iba a ser una tuerca difícil de romper y se sentía miserable por dentro. De vuelta en la fortaleza de Iserlohn, había tenido algunos intercambios desagradables, pero esa etiqueta diplomática vacía era casi totalmente extraña para él. Tal vez había demasiadas flores silvestres en el invernadero y su ambiente externo era duro, pero Iserlohn era un mundo en sí mismo.

“Hmm, hablas bien, ¿verdad? Tu lengua de plata oculta tu edad.”

Aunque esas palabras indicaban la estrechez mental del capitán, a Julian le dolía su aparente falta de sinceridad. La voz levemente aguda del capitán y sus delgados y epicánticos ojos solo sirvieron para enfatizar una malicia subyacente en sus comentarios. Parecía inútil perder cualquier energía emocional tratando de ponerse de su lado bueno.

Una cosa era segura: Phezzan era territorio enemigo. Ya sea dentro o fuera de la oficina del comisionado, el aire estaba lleno de una hostilidad incolora e inodora que podría incendiarse en cualquier momento. Julian se resignó al hecho de que la única persona en la que podría confiar a partir de ahora era su oficial de guardia, Louis Machungo.

Cualquier hostilidad interna dirigida a Julian fue, en última instancia, un reflejo de los sentimientos del campamento de Trünicht hacia Yang Wen-li. Si algo de esto fue personal, fue sin duda debido a ciertos celos y enemistades por su reputación como el agregado militar más joven de la historia. En total, él no era nada más que un alférez, y como tal nunca ejercería una gran influencia sobre su entorno. Julian entendió que, visto desde afuera, era propiedad del almirante Yang Wen-li, y que si alguna vez cometía un error, se reflejaría mal en Yang. Tenía que tener cuidado.

Tampoco podía acurrucarse en una pequeña bola como un erizo y aislarse. Tenía deberes como agregado militar, e incluso si los resultados de los esquemas de la facción de Trünicht se convirtieran en una parte inesperada de su trabajo, eso no significaba que estaría justificado en desafiar su puesto.

Julian nunca se había preocupado demasiado por su vestimenta. En ocasiones formales, se llevaba bien en uniforme. Cada vez que Yang llevó a Julian a comprar ropa, la falta de sentido de la moda hizo que Yang lo arrastrara hacia adentro y dejara todo a un asociado de ventas con más conocimientos. Se había contentado con tener cosas baratas para sí mismo,

pero siempre buscaba productos de mayor calidad para Julian, tal vez como una forma de mostrar su admiración. Como lo dijo Alex Caselnes, Yang y Julian eran de diferentes clases. Julian no necesitaba atraer la atención de otras personas, por lo que, naturalmente, no le importaba, y en el caso de Yang solo era una molestia.

A un agregado militar se le encomendaron los importantes deberes de recopilar y analizar información y observar las vidas de las personas en las calles. Era un trabajo creíble. Vestido como un civil con un cuello alto de color crema y unos vaqueros, y con su característico cabello largo y lino, Julian, como Yang, no se parecía en nada a un militar. Machungo, que lo acompañaba, trató de esconder sus músculos debajo de un suéter más grueso, sin éxito, y parecía una tortuga gigante y oscura que abrigaba a un mítico príncipe vagabundo, pero sus ojos redondos rebosaban de respeto y ayudaban a disipar parte del peligro del aire.

Una vez que terminaron sus procedimientos y salieron del trabajo, salieron juntos a las calles de Phezzan. Los edificios de oficinas se alineaban en las calles hasta donde podían ver sus ojos, lugares donde los superiores y sus colegas los tratarían como obstáculos. Como marginados, no iban a invitarlos a cenar pronto.

Julian y el oficial de la policía Machungo caminaban por las animadas y bulliciosas calles a un ritmo pausado. Un grupo de media docena de niñas alrededor de la edad de Julian evaluaron su enfoque. Cuando Julian los miró, se echaron a reír a carcajadas y salieron corriendo a medio galope.

“Es un poco lindo, ¿verdad?”, Dijeron. “Sin embargo, no parece que esté acostumbrado a eso”.

Julian giró bruscamente su cabeza de lino. En contraste con la política de poder que se desarrollaba a puerta cerrada, Julian no entendía nada de las mujeres. Si Poplin hubiera estado allí, le habría dado una conferencia con seguridad.

Al ver una calle lateral, los dos entraron en una tienda de ropa. El comerciante corrió hacia ellos, les ofreció cortesías y les recomendó

algunos artículos después de ver a dónde viajaban los ojos de Julian.

“Este se vería muy bien en ti. No todos podrían lograrlo, pero con sus características y sentido de estilo, sería un ajuste perfecto”.

“Es caro.”

“¿Estás bromeando? Estoy haciendo un gran sacrificio por venderte a este precio”.

“Pensé que era veinte marcos más barato el mes pasado “, mintió Julian.

“Debes estar equivocado. En cualquier caso, consultar el diario electrónico. Rastrea las fluctuaciones en el índice de precios hasta cada centavo”.

Julian asintió, viendo que el tendero tenía otras fluctuaciones en mente, y respondió con entusiasmo.

“Lo tomaré, entonces. ¿Puedo obtener un recibo?”

Pagó noventa marcos Phezzan y agarró un suéter mientras estaba en ello. Un precio inesperadamente extravagante para pagar por una pequeña recopilación de información. Más tarde, en una cafetería con terraza, consultó algunos periódicos electrónicos para verificar la afirmación del comerciante.

“Los precios son estables y la calidad de los productos es alta. Los problemas financieros son raros, lo que significa que la economía aquí es bastante sólida”.

“Muy lejos de casa, ¿no lo dirías?”, Se lamentó Machungo abiertamente.

En comparación con la alianza, que estaba cayendo en la ruina, la fortaleza económica de Phezzan parecía sólida desde la cabeza hasta la cola, hasta cada pequeña tienda.

“Aquellos que derramaron sangre, aquellos cuya sangre es derramada, y

aquellos que se engullen sobre la sangre derramada… Se llevan todo tipo, ¿eh?”

La voz de Julian temblaba con una odiosa brillantez. Nunca había escuchado a Yang hablar de Phezzan en términos prejuiciosos, pero cuando comparaba a los que sufrían una calamidad en la batalla con los que se jactaban de su prosperidad y los beneficios que obtenían de ella, Julian no podía ver ninguna razón para sentirse bien por esto. Intentando como pudo, Julian no pudo exprimir su sensibilidad a través de su filtro militar.

Cuando salieron de la cafetería, Julian y Machungo se dirigieron a la oficina del comisionado en la ciudad propiamente dicha. Ellos no entraron, por supuesto, sino que solo miraron su fachada.

“Extraño, ¿no es así? Viviendo enemigos y aliados en el mismo lugar”.

Julian asintió a la observación obligatoria de Machungo, mirando al edificio del comisionado de paredes blancas, medio escondido por un bosque de árboles. Tal vez también estaban siendo observados por el sistema de cámara infrarroja, el blanco de una broma grandiosa de Phezzanese.

IV

Al día siguiente, se celebró una fiesta en el Hotel Batavia para dar la bienvenida al nuevo agregado. Julian se enteró de que habían decidido no utilizar el edificio de oficinas del comisionado para evitar el peligro de que los asistentes introdujeran interceptaciones telefónicas. Pero entonces, no pudo evitar preguntarse: ¿qué pasaría si el hotel en sí hubiera sido avisado con anticipación? En cualquier caso, como invitado de honor, Julián estaba obligado a asistir. La formalidad era formalidad.

Sabía bien por el ejemplo de Yang que ser un invitado de honor significaba tener que pararse constantemente como una estatua titulada Hambriento.

Además, debido a la exposición al escrutinio de todos, se necesitó un cierto esfuerzo para sonreír. Como Yang le había dicho una vez con un suspiro, una vida en la que uno podía vivir sin hacer las cosas que no quería hacer era tan rara como el radio metálico puro.

Si alguien lo observaba, también era una oportunidad para que Julian lo observara en especie, y como representante de Yang, era necesario que diseminara el virus de un rumor sin fundamento sobre la ocupación de Phezzan por parte de la Armada Imperial. No tenía más remedio que plantar el virus, dejar que rozara los corazones de las personas a medida que producía sus poderosas toxinas, y esperar a que aparecieran los síntomas. Si exhibiera su mayor efecto, generaría antagonismo entre el pueblo de Phezzan y su gobierno autónomo, y el gobierno, presionado por el pueblo, revocaría a regañadientes su pacto secreto — suponiendo que hubiera uno — con el imperio, mientras que la alianza frustró cualquier invasión, por la Armada Imperial desde el Corredor Phezzan. Incluso si no había un pacto secreto, tenía que confirmar si esto sembraría la sospecha del imperio entre la gente de Phezzan y, con respecto a sus sentimientos hacia el gobierno autónomo, si todavía le darían paso imperial a través del Corredor de Phezzan. La alianza se mantuvo para ganar de cualquier manera.

La preocupación de Yang era que, si la gente de Phezzanese entraba en pánico y cerraba el corredor por sus propios medios, era posible un derramamiento de sangre entre el gobierno autónomo y las fuerzas ocupacionales del imperio. Tal fue el pináculo del maquiavelismo: los países periféricos han sido engañados para que se sacrifiquen por el bien del conjunto. Lo que ayudó a Yang a superar esta vacilación fue que, cuando el paso de la Armada Imperial por el Corredor Phezzan pasó de la hipótesis a la realidad, quedó claro que la gente de Phezzanese saldría en masa para evitar el derramamiento de sangre a toda costa, un rumor sin fundamento o no.

Yang dijo lo mismo en su carta a Bucock:

“Como he dicho anteriormente, si bien creo que el gobierno autónomo de Phezzan ha hecho un pacto secreto con el Duque von Lohengramm del imperio, y que pretenden vender el corredor, ¿cómo reaccionará la gente de

Phezzan, orgullosos de su independencia? Predigo que nunca llegará a un enfrentamiento ni con el imperio ni con el gobierno autónomo. Aunque sería una oportunidad de actuar, eso no significa que harían posible lo imposible. Al final, son quienes son. Si no pueden evitar derramar sangre para proteger su propia libertad y dignidad, entonces se derramará sangre. Y si no, la Armada Imperial no ocupará pacíficamente. El problema es que la gente de Phezzan podría comenzar a actuar cuando se filtra esta información, lo que le da a las fuerzas imperiales una ventaja gigante. Si eso sucede, esto será contraproducente de la peor manera posible. Además, la Armada Imperial ya está en movimiento. Es demasiado tarde para elaborar una contramedida segura".

Esto último hizo que Bucock y Caselnes sintieran que a veces Yang veía demasiado bien en el futuro. Lo vio todo en su peor momento.

Yang estaba claramente dotado de talento como estratega, pero el talento no lo era todo. El carácter y la intención, además de tener éxito en llevar a cabo las estrategias, en sí mismas no tienen significado. Para él, el más alto sentido de valor no era la búsqueda de un beneficio nacional a través de la guerra y la estrategia, algo inusual para un soldado de carrera que se había elevado a una posición tan alta a su edad. Hubo quienes criticaron a Yang, como siempre habría, por carecer de honestidad de convicción, y señalaron que aunque Yang nunca vio la justicia en la guerra, cuanto más condecorado estaba, más enemigos mataba. Julian, por supuesto, no compartió esa crítica, y Yang mismo habría respondido con poco más que una sonrisa agridulce. Incluso entonces, probablemente sería criticado de todos modos por descuidar su deber como ser humano de hacer valer su propia justicia.

Julian estaba de pie en medio de la multitud, vestido con el vestido formal blanco reservado para los oficiales. Su largo, algo rebelde cabello lino, rasgos gráciles, animados ojos de color marrón oscuro y postura erguida atrajeron la atención de todos en la habitación.

Si hubiera sido Reinhard, habría abrumado su entorno con su magnificencia, como si fuera el único hilo cromático en un tapiz

acromático. Julian podría no haber poseído ese tipo de intensidad, pero dio la impresión de alguien que estaba exactamente donde debía estar, la pieza de esquina indispensable para un rompecabezas más grande.

Los caballeros y las damas de Phezzan rebosaban de conversación en torno al agregado militar más joven de la historia, y cada vez que una de esas burbujas brotaba, una ola de risas irradiaba a través de la habitación. Como Julian predijo, la sonrisa constante ya le estaba afectando.

“¿Cómo estás encontrando a Phezzan hasta ahora, alférez?”

“Bueno, estoy impresionado por lo limpios que están incluso los callejones traseros. Eso, y hay tantas mascotas, y todas están muy bien alimentadas”.

“Mí dios, tienes algunos intereses eclécticos, ¿eh?”

Julián se encogió de hombros por dentro. Él estaba siendo metafórico de todos modos. La limpieza de los callejones era otra forma de decir que la sociedad de Phezzanese estaba funcionando sin problemas, y muchas mascotas bien alimentadas significaban que la gente de Phezzan disfrutaba de un excedente material. Aunque Julian había insinuado que, a partir de estas instantáneas de la vida cotidiana, había observado una faceta del perfecto poder nacional de Phezzan, nadie lo detectó. Julian sintió que lo estaban disparando con espacios en blanco. Si Yang hubiera estado aquí, seguramente le habría hecho un guiño y lo habría llamado un alarde, haciendo que Julian se diera la vuelta y se ruborizara.

“¿Y qué piensas de las chicas aquí en Phezzan, alférez?”

Su compañero de conversación, con suficiente experiencia en este tipo de funciones para ayudar al novato invitado de honor, había cambiado de tema.

“Todos son tan bonitas. Y animadas, también.”

“Con mucho tacto de tu parte decirlo.”

El solo hecho de decir lo correcto, aunque no sea sincero, le permitiría pasar

la noche sin sufrir daños.

“Phezzan lo tiene todo, desde chicas guapas hasta sistemas de terraformación. Todo lo que puedas necesitar. Usted puede obtener cualquier cosa con los recursos adecuados. En su caso, alférez, probablemente podría comprar el corazón de una chica con una sonrisa, sin dinero. Estoy tan celoso.”

“Veré lo que puedo hacer.”

Julian mostró una expresión indecorosa, lo que lo hizo sentir aún más fuera de lugar. No pudo evitar pensar que estaba exagerando.

“Por cierto, hablando de compras”, dijo Julian, encendiendo casualmente su detonador, “Me preocupan estos rumores que escuché sobre la compra de la Armada Imperial en el Corredor de Phezzan y la independencia de Phezzan”.

“¿Vamos de nuevo?”

Era una forma forzada y trillada de responder una pregunta con una pregunta. Julian siguió su ejemplo reformulando. ¿Acaso Phezzan quiso vender su corredor a la Armada Imperial como una mercancía?

“Mi Dios, nuestro pequeño maestro tiene bastante imaginación. ¡La Armada Imperial, de todas las cosas!”

La voz del hombre ondeaba de risa.

“¿Estás diciendo que la Marina Imperial pasará por el Corredor Phezzan e invadirá el territorio de la alianza? No, eso sería una gran historia, pero…”

El hombre estaba predicando.

“¿No es eso un poco demasiado descabellado? El Corredor Phezzan es un verdadero océano de paz. Sólo las naves de pasajeros y mercantes navegan por allí. Cualquier embarcación que enarbola una bandera militar nunca

llegaría muy lejos”.

“¿Quién decide eso?”, Preguntó Julian con una falta de cortesía.

“¿Quién decide?”, Preguntó el hombre a cambio, tratando de reírse pero fallando.

Los otros a su alrededor se dieron cuenta de que Julian había planteado la pregunta en serio. De pie en medio de todas esas miradas, Julian levantó su voz para ser escuchado.

“Si la gente estableciera esa ley, creo que esas mismas personas también podrían revocarla. Dado el modo en que opera el duque Reinhard von Lohengramm del imperio, no lo veo siguiendo las viejas costumbres. No sé que ningún emperador reinante haya desertado de su tierra natal”.

Su audiencia estaba aturdida.

“¿El duque von Lohengramm no destruye con calma la tradición y las leyes no escritas para mandar y conquistar? Dudo que alguien discuta lo contrario”.

Todos hablaban calladamente entre ellos. Incluso si hubiera oposición a los comentarios de Julian, nadie podría expresarlo.

“Pero digamos que el duque von Lohengramm alberga tales ambiciones. Dudo que la gente de Phezzan le vendiera su orgullo tan fácilmente”.

Detrás de su aire de indiferencia, el corazón de Julian estaba temblando. Al no tener idea de cómo se recibirían sus propias provocaciones, nadaba en aguas oscuras.

Un joven delgado que participa en una charla amistosa con un grupo cercano lanzó una mirada aguda al joven invitado de honor. Un chico tan ingenioso, pensó Rupert Kesselring, el ayudante de Landesherr. No obstante, era extraño que el chico hubiera obtenido una conclusión tan bien formada por sí mismo. Yang Wen-li estaba ciertamente detrás de esto. Se

inclinó bruscamente ante sus compañeros invitados y se unió al círculo de personas reunidas alrededor de Julian. Ni un minuto más tarde, él estaba parado frente al chico para tomar las riendas de esta conversación.

“Aun así, Phezzan vendiéndose a sí mismo al imperio es una conjetura bastante atrevida, ¿no es así, alférez Mintz?”

“¿Eso es realmente? No creo que la independencia, ni siquiera la independencia formal, sea la máxima prioridad de Phezzan”.

“Pero está cerca de lo más alto. No debes subestimar eso, alférez Mintz”.

La forma en que Rupert Kesselring puso énfasis en el nombre de Julian le dio escalofríos. Su superioridad desdeñosa se agitaba en el aire, pareciendo casi soplar los voluminosos golpes de Julian.

Había una diferencia de siete años entre Kesselring y Julian, pero además había una brecha aún mayor, no de inteligencia sino de independencia. Como Kesselring lo vio, Julian aún tenía que dar un paso de la palma de la mano de Yang.

Afortunadamente, el capitán Viola llegó corriendo con su voz clásica y en auge para disipar esta atmósfera nociva.

“Alférez Mintz, usted vino aquí para ser bienvenido, no para discutir. ¿Has olvidado tu lugar? Mis disculpas a todos. Por favor discúlpelo. Me temo que ha dejado que su ardor juvenil lo supere”.

A veces incluso este tipo de esnobismo era efectivo. La música se escuchó y las conversaciones vacías burbujearon una vez más por encima de los asistentes.

V

Rupert Kesselring dejó escapar un suspiro en el asiento del conductor de su automóvil. Su respiración era cálida más por el alcohol que fluía en sus venas que como un reflejo de su frustración. El interior del automóvil estaba oscuro, iluminado solo por la luz que venía de la pantalla de cuatro centímetros cuadrados de su visofono, en la que aún brillaba la cara del hombre calvo y vigoroso que había estado escuchando el relato de Kesselring sobre el progreso del partido: Landesherr Rubinsky.

“Todo lo cual solo puede significar que Yang Wen-li probablemente haya visto a través de los planes estratégicos de la Armada Imperial. ¿Ahora qué?”

“Incluso si eso es cierto, no hay nada que pueda hacer al respecto”.

“¿No estabas ahí?”

Kesselring fingió burla, pero estaba teniendo problemas para detectar la brecha de la sospecha de su sopa mental. El alférez Julian Mintz no presentaría un problema, pero no era tan tonto y presuntuoso como para pensar que podía darle la espalda a Yang Wen-li por un momento.

“Sin embargo, ese chico ciertamente soltó algunas palabras de elección a la gente en esa fiesta. Claro, todos están borrachos, pero me pregunto cuántos de ellos lo recordarán en la mañana. Y si su interés se convierte en especulación política, ¿entonces qué?”

“Es demasiado tarde. Cualesquiera que sean sus dudas, no hay tiempo para actuar sobre ellas. Yo no me preocuparía por eso.”

Apagando el visofono, Rupert Kesselring mantuvo sus ojos fijos en la pantalla nublada, murmurando para sí mismo: “Incluso si estoy preocupado, no se trata de ti”.

Al salir de su automóvil en la calle Coburg, Rupert Kesselring entró enérgicamente en un edificio antiguo. Una voz mecánica sin género confirmó su identidad. Los escalones de hormigón que conducían a la superficie subterránea eran empinados, pero su ritmo perfectamente controlado le impedía tropezar. El pasillo dio un giro, y Kesselring abrió la puerta al final, bañando su cuerpo con un brillo enfermizo de color naranja. Miró a la figura encogiéndose como un animal moribundo en el sofá.

“¿Y cómo nos sentimos hoy, obispo Degsby?”

Se encontró con un sibilante patético y lleno de maldición. Kesselring levantó una esquina de su boca en una sonrisa burlona. El humo de los placeres a media luz vagaba por la habitación mal ventilada.

“Alcohol, drogas, mujeres. Te has entregado a cada pecado bajo el sol, a pesar de ser un hombre religioso que predica la abstinencia. Me pregunto si Su Santidad el Gran Obispo de vuelta en la Tierra será tan indulgente con respecto a su promiscuidad”.

“¡Me obligaste a tomar esas drogas!”, Dijo el joven obispo, con sibilancias. Sus capilares habían estallado, dando a sus pálidos iris la apariencia de nadar en un mar rojo.

“¿No me pasaste esas drogas y me arrojaste a las profundidades de la depravación? ¡Blasfemo! Uno de estos días, llegará el momento en que te des cuenta de la locura de tus acciones”.

“Por todos los medios, hazmelo. ¿Seré abatido por un rayo? ¿O tal vez un meteoro?”

“¿No temes la justicia?”

“¿Justicia?” El joven ayudante se rió sardónicamente. “Rudolf el Grande no se convirtió en gobernante del universo gracias a un excedente de justicia. Adrian Rubinsky tampoco ganó el asiento de Landesherr por su carácter impecable. Llegaron a donde estaban porque eran el poder superior. “El principio de control es poder, no correcto”, señaló Rupert Kesselring con

indiferencia. “Para empezar, no hay tal cosa como la justicia absoluta, por lo que juzgar algo sobre esa base no tiene sentido. Los muchos millones de personas asesinadas por Rudolf el Grande recibieron su merecido por insistir en la rectitud a pesar de su falta de poder. Si tuvieras poder, podrías vivir sin temer la ira del Gran Obispo. Lo cual me lleva a mi punto.”

Tomó aliento.

“No me importa nada la autoridad religiosa. Puedes monopolizarlo todo lo que quieras. Si cada uno de nosotros se convierte en el gurú de su mundo respectivo, no tendremos ninguna necesidad de estar celosos el uno del otro”.

“No entiendo tu significado”.

“¿No es así? Estoy diciendo que te daré la Tierra y la Iglesia de Terra”. El obispo no dijo nada.

“Tomo a Rubinsky abajo. Usted toma el lugar del gran obispo.” Degsby todavía no dijo nada.

“Esta ya no es su época. Ochocientos años de odio en la Tierra serán una buena comida para la mesa del diablo. De aquí en adelante, tú y yo…”

Cerró la boca, frunció el ceño y miró a Degsby, que se estaba riendo.

“¡Olvidas tu lugar, tonto!”

Los ojos de Degsby eran un alto horno hirviendo con una emoción desenfrenada. Sus finos labios se volvieron hacia arriba, y desde dentro de su garganta explotó un staccato de ira. El joven obispo, vestido de negro, temblaba de los pies a la cabeza.

“Con tanta ambición y pensamiento superficial como el tuyo, ¿realmente pretendes desafiar a Su Santidad el Gran Obispo? Ridículo no es la palabra. Está más allá de lo ridículo. Sueña tus sueños caninos, te curas. Pero no intentes enfrentarte a un elefante. Es por tu propio bien.”

“Creo que te has reído lo suficiente a mis expensas por un día, ¿verdad, Obispo?”

El hecho de que el guión de Rupert Kesselring fuera tan común en sí mismo esbozó un marco alrededor de su espíritu poco común. Al permanecer tranquilo, se permitió responder desde un lugar de verdad personal. Él no estaba acostumbrado a ser ridiculizado. Tampoco quería acostumbrarse a ello. Sólo los vencedores deben tener ese privilegio.

“Tengo todas tus desgraciadas aventuras con alcohol, drogas y mujeres grabadas. Si no cooperas conmigo, los usaré como me parezca. Una táctica cliché, lo admito, pero probado y verdadero. El reloj está corriendo.”

“Usted perro sucio”, respondió el obispo, aunque por ahora su voz era débil, despojada de su celo.

Julian Mintz se sacudió y se giró en su cama muchas veces esa noche, lo cual era inusual para él. Algo amargo de la fiesta le había dejado tan mal sabor de boca que incluso se levantó una vez para enjuagarlo. Hojeó su archivo mental, preguntándose si podría haber hecho las cosas mejor. Sintió el aguijón de su propia inexperiencia y se sonrojó solo en la oscuridad.

Había muchos tipos diferentes de combate. Eso lo sabía, y lo sabía muy bien. Pero había algo que sabía aún más para ser verdad: el tipo de combate generado por su pequeño intercambio con Rupert Kesselring no era algo que le gustara. Si iba a luchar, quería que fuera con ingenio y valentía, en la vasta extensión del espacio exterior, con estrellas a sus espaldas, contra el heroico Reinhard von Lohengramm. Era una ambición escandalosa, por supuesto. Julian no tenía la energía para enumerar todas las formas en que Reinhard lo superó. Ni siquiera el almirante Yang pudo sostener una vela ante el genio de Reinhard von Lohengramm. Y aquí estaba, apenas digno de besar los pies del almirante Yang. Pero, como había dicho von Schneider, a veces hacía falta un hombre común para derrotar al más inteligente. Esta maraña de pensamientos lo había alejado del abrazo del sueño.

Julian repentinamente quería una bebida, y recién ahora estaba empezando a entender la fuerza del hábito de Yang. Fue, tal vez, su mayor epifanía de la noche.

Más allá de la cama de Julian, el mundo seguía retumbando sin ruido.

CAPÍTULO 07: MILITAR ADJUNTO ALFÉREZ MINTZ

I

SIN CUENTA LOS PÉTALOS BAILADOS en un mar de luz tenue…

Antes de despertar, el cuerpo entero de Julian Mintz fue superado por preciosos recuerdos.

Cuando me levanto, necesito darme una ducha, lavarme los dientes y preparar el desayuno. Té negro de Shillong y hojas de arusha, con leche. Tres piezas de centeno tostadas, cortadas por la mitad. Para untar, mantequilla mezclada con perejil y jugo de limón. A continuación, la salchicha y la sartén de manzanas fritas en mantequilla serían agradables Ensalada fresca y un sencillo plato de huevos. Ayer fueron huevos fritos, así que hoy los haré revueltos, con leche…

Burbujas de luz continuaron flotando y explotando, rociando el aliento de la realidad sobre Julian. Cuando sus párpados se abrieron, su vista se llenó con la mañana, poblada con los muebles en su habitación. Mirando el reloj de su mesilla, vio que eran las 6:30. Parecía que el hábito había impregnado al

chico hasta el nivel celular. Él podría haber dormido durante una hora más, pero…

“Oh, setecientas horas, almirante, a las siete. Por favor levántate El desayuno está listo.”

“Por favor, cinco minutos más. No, cuatro minutos y medio es suficiente. Haz que sean cuatro minutos y quince segundos.”

“Realmente, Almirante, eres tan terco. ¿No estás dando un mal ejemplo a tus subordinados al dormir?”

“Mis soldados se llevan bien sin mí”.

“¡El enemigo se está acercando! Si te toman por sorpresa y te matan donde mientes, los futuros historiadores te ridiculizarán por mucho tiempo”.

“El enemigo también sigue durmiendo, y los futuros historiadores aún no han nacido. Buenas noches. Al menos todavía es pacífico en mis sueños…”

“¡Almirante!”

Hace cuatro años, el “almirante” había sido “capitán”. En cualquier caso, ¿no habían tenido esa misma conversación mil veces? Y en todo ese tiempo, Yang no había progresado a la hora de levantarse de la cama.

Julian se sentó en su propia cama y se estiró. Se sentía extraño estar solo y no tener que preocuparse por preparar el desayuno. Julian saltó de la cama, anticipando su adaptación a la vida de un soldado.

Se dio una ducha, flexionando vigorosamente sus jóvenes músculos. Se puso el uniforme y cuidadosamente arregló el ángulo de su boina negra. Con todo en orden a las siete en punto, todavía tenía tiempo para matar. Levantarse primero siempre molestaba a los oficiales y soldados que no habían sido comisionados, o eso le había dicho Yang, pero probablemente eso solo era en parte cierto. Quedaron cuatro horas hasta llegar a Phezzan, y su última comida a bordo del barco aún no se había anunciado.

Julian se quedó en la capital aliada de Heinessen solo por tres días. Durante ese tiempo, fue trasladado en todas direcciones a lo largo de este núcleo del gobierno y el ejército. Se sentía como si lo estuvieran conduciendo al pináculo de una sociedad exclusiva y poderosa. No a diferencia de Yang, avanzando más allá de su edad invariablemente molestó a otros, y por eso fue más a menudo mal recibido que no.

Entre las sucursales secundarias del Comité de Defensa se encontraban la Sede Operativa Conjunta, la Sede de Servicios de la Retaguardia, la Sede de Ciencia y Tecnología y otras once, incluidos los departamentos de defensa, investigaciones de campo, contabilidad, información, recursos humanos, provisiones, ingeniería, salud, comunicaciones y estrategia. En los casos en que el jefe del departamento era un soldado en servicio activo, se nombraban oficiales de alto rango como almirantes y vicealmirantes. El difunto almirante Dwight Greenhill, padre del ayudante de Yang, el teniente Frederica Greenhill, había sido director de investigaciones sobre el terreno. A Julian se le exigió reunirse con el jefe del departamento de recursos humanos, el vicealmirante Livermore, para recibir un aviso oficial de su asignación de agregado militar en Phezzan. Su rango no sería más alto que el permiso, y una vez que un agregado militar, su estado caería bajo la competencia directa de Livermore.

Julian se mantuvo en su cita, pero los preliminares tomaron más tiempo del esperado, lo que resultó en una espera de dos horas. Se preguntó si esto era intencional, pero tenía suficiente de qué preocuparse — la reciente audiencia de Yang, por ejemplo— sin caer en sospechas inútiles. La inflexibilidad de una sociedad poderosa despojó a los seres humanos de su entusiasmo mental y debilitó sus lealtades ingenuas hacia el estado. Mientras Julian reflexionaba sobre estos conceptos un tanto exagerados, su nombre fue llamado por un ayudante y el chico fue conducido a la oficina del vicealmirante.

Su tiempo dentro de la oficina no era ni la quincuagésima parte del tiempo que había estado esperando. Lo saludaron sin ceremonias y le dio su aviso e

insignia, después de lo cual se inclinó ante el vicealmirante que se encontraba en su corazón y se fue.

Visitar la armada espacial El comandante en jefe almirante Bucock era como salir de una alcantarilla hacia campos verdes. Además de sentirse aliviado por la entrega segura de la carta manuscrita de Yang a su destinatario, a Julian le gustaba el viejo almirante, al igual que Yang y Frederica, y eso le animó a que solo pudiera reunirse con él de nuevo. Aunque Bucock también estaba en medio de algo y lo hizo esperar por una hora, esta vez a Julian no le molestó lo más mínimo. Preocuparse era un mal hábito que había aprendido de Yang.

“Dios mío, cómo has crecido”, dijo el viejo almirante, dándole una cálida bienvenida. “Solo natural, supongo, considerando que no te he visto en un año y medio. Tienes esa edad cuando debes crecer un centímetro cada noche”.

“Comandante en jefe, me alegra verlo lucir tan bien”.

“¿Qué? Cada día me acerca a las puertas del infierno. No puedo esperar a ver al emperador Rudolf hirviendo en un caldero por toda la eternidad. Lo que me recuerda, ¿el Vicealmirante Livermore tuvo algo que decir?”

“No nada. No hubo ninguna conversación informal en absoluto”.

Bucock sonrió, esperando tanto. Como un hombre afiliado a la facción de Trünicht, el Vicealmirante Livermore siempre quiso fortalecer sus propias convicciones y no vio ninguna razón para ganarse el favor de un chico de dieciséis años. Por otro lado, se le consideraba infantil por recurrir a un lenguaje abusivo y se enorgullecía de no decir nada que no fuera necesario en el contexto de los asuntos oficiales.

Julián negó con la cabeza.

“¿Por qué ganarse mi favor mejoró la impresión que el presidente Trünicht tenía de él?”, Dijo Julian con un ligero brillo de mal gusto en sus ojos de color marrón oscuro. “Estoy del lado de Yang Wen-li, no de Trünicht”.

“Entonces tú eres. Tal vez no estaba al tanto de esto, pero el presidente del consejo superior lo solicitó personalmente. El Presidente Islands es el tercer brazo de Trünicht, y eso parece indicar su interés en tí”.

“¡Nunca pregunté por esto!”

“Pensé que te sentirías de esa manera, pero no vayas a gritar desde los tejados. Lo último que querría es que captes cualquier hábito de elección de mi parte o del Almirante Yang”.

El viejo general sonrió como a un nieto favorito y le explicó la cadena de mando militar en la que estaba involucrada la facción de Trünicht. No se limitó fundamentalmente a Trünicht, ni a la Alianza de Planetas Libres. Lo que siempre había pesado mucho en la mente de las autoridades civiles era que las naves en territorios alejados de la capital podrían convertirse en la flota privada o la camarilla militar del comandante, desafiando el control del gobierno central. Tal posibilidad era su constante pesadilla. Como medida preventiva, consideraron usar su propia autoridad para evitar que los miembros clave de esas fuerzas permanezcan en un lugar. Debían tener cuidado de no alterar el equilibrio entre su poder militar y los recursos humanos.

“¿Entonces mi posición aquí es parte de ese plan?”

“Sí, me temo que sí”.

Bucock se acarició la barbilla.

“Y cuando el cuartel general alejó al almirante Merkatz del almirante Yang, ¿eso formaba parte del mismo plan?”

Impresionado por el sentido táctico de la pregunta de Julian, el viejo almirante asintió profundamente.

“Sí, lo fue, al principio”.

A partir de aquí, el gobierno probablemente también alejará a Yang de los asesores Caselnes y von Schönkopf.

“Pero, ¿qué va a pasar entonces? Al debilitar al almirante Yang, ¿no estarán simplemente fortaleciendo la posición de la Armada Imperial?”

La insensatez de los que están en el poder tratando de lidiar con situaciones solo a través de la política de facciones, y con un desprecio tan flagrante por la lógica, fue más allá de molestar a Julian. Los asientos de poder eran, en sí mismos, cánceres que esperaban que ocurrieran, y mientras los hombres estuvieran contentos de sentarse en ellos, ¿no se convertiría su limitado campo de visión e interés propio en una enfermedad inevitable?

Bucock abrió la carta de Yang, asintiendo unas cuantas veces mientras la leía. Se había considerado la posibilidad de que las flotas imperiales pasaran por el Corredor Phezzan, desde un punto de vista puramente táctico. Pero la estabilidad a largo plazo había diluido la sensación de peligro de la gente para casi nada, y las contramedidas permanecían acumulando polvo, olvidadas. Desde el principio, tanto la alianza como el imperio habían redactado planes basados en el supuesto de que cada uno tenía una fuerza militar y un poder de producción de municiones comparables y que en su estado actual eran inútiles e ineficaces.

Bucock resumió el contenido de la carta de Yang para él.

“La propuesta del almirante Yang es la siguiente: si la Armada Imperial pasa por el Corredor Phezzan, evitando así una invasión al territorio de la alianza, tendremos que confiar en la resistencia civil del pueblo de Phezzan”.

Específicamente, eso significó primero inutilizar los sistemas sociales y económicos de Phezzan mediante el sabotaje sistemático y las huelgas generales de parte de la población civil de Phezzan. A través de estos medios, podrían detener los diseños de la Armada Imperial para hacer una base de suministro de Phezzan. En segundo lugar, bloquearían el Corredor Phezzan con filas de naves mercantes civiles, lo que haría físicamente imposible que la Marina Imperial avanzara.

“¿Crees que funcionará?”

“No necesariamente. El mismo almirante Yang lo dice en su carta. En cuyo caso, colocar a los ciudadanos de Phezzan ante la Armada Imperial como escudo para la alianza sería un crimen mucho mayor que matarse unos a otros en el espacio de batalla”.

Julián se quedó en silencio ante esta perspectiva.

“La gente de Phezzan actúa de acuerdo con sus propias creencias y, de ser forzada, la fuerza de sus convicciones nunca les permitiría acceder a la fuerza militar de otra nación. Pero si esperaran hasta que la Armada Imperial ocupara a Phezzan, la resistencia efectiva y sistemática sería casi imposible”.

En ese momento, escribió Yang, sería necesario comenzar rumores sin fundamento dentro de Phezzan. Los rumores dirían algo como esto: el gobierno de Phezzan, conspirando con el propio duque von Lohengramm del imperio, estaba intentando vender territorio, personas y autonomía al mejor postor. Como prueba de esto, la Armada Imperial se había estacionado en Phezzan, y el Corredor Phezzan se ofrecía como una ruta de invasión contra la alianza. Para evitarlo, tuvieron que derrocar a la administración actual y forjar un nuevo régimen que se adhiriera a una política nacional neutral. Si estos rumores despertaran el sentimiento público de Phezzan, la ocupación de la Armada Imperial podría no ser tan fácil de realizar. Si fuera forzado, la gente de Phezzan lo bloquearía. Al final, incluso si la Armada Imperial tenía éxito en su ocupación, existía la posibilidad de que la alianza apoyara a los propios antiimperialistas de Phezzan. Por supuesto, tal maquiavelismo nunca escaparía del reproche moral.

Bucock sacudió su cabeza blanca envejecida.

“El almirante Yang ve el futuro muy bien, pero desafortunadamente no hay nada que podamos hacer al respecto. No es que sea su culpa, por supuesto. No tiene autoridad para tomar medidas decisivas hasta tal punto”.

“¿Así que es culpa del sistema?”

El viejo almirante levantó sus cejas de color blanco grisáceo, pensando que la pregunta de Julian era más atrevida de lo que el chico se dio cuenta.

“¿El sistema?” Había un toque de remordimiento en su voz. “Podría fácilmente echarle la culpa al sistema. He venido a enorgullecerme de ser el soldado de una república democrática durante tanto tiempo. De hecho, me he sentido así desde que me convertí en soldado raso a la misma edad que tú.”

Bucock había observado su propio progreso durante más de medio siglo, incluso cuando la democracia sucumbió a la debilidad y al deterioro, un ideal que las células cancerosas se habían comido vivo.

“Creo que es correcto que las naciones democráticas limiten el poder y la autoridad militar. Los soldados no deberían poder ejercer esos privilegios en cualquier lugar que no sea el espacio de batalla. Además, ningún gobierno democrático puede ser de buen cuerpo cuando su ejército se vuelve obeso al ignorar las críticas de su propia sociedad, convirtiéndose efectivamente en una nación dentro de una nación”.

Las palabras del viejo almirante parecían el trabajo de uno que revalidaba su propio sistema de valores.

“No es el sistema de gobierno democrático lo que está mal. El problema es que el sistema se ha disociado del espíritu que lo sostiene. Por ahora, la existencia de nuestra fachada pública apenas impide la degeneración de sus verdaderas intenciones. Me pregunto cuánto tiempo vamos a aguantar”.

Julian solo podía reaccionar a la gravedad de los sentimientos del viejo almirante con silencio. La suya era una existencia inexperta e indefensa, y en ocasiones se sentía impotente para sostenerse.

Después de despedirse de Bucock, Julian se dirigió al edificio del gobierno imperial legítimo galáctico para ofrecer sus saludos formales a Merkatz,

recientemente nombrado como secretario de defensa del gobierno en el exilio. Pero el edificio no era más que un antiguo hotel ahora lleno de nobles exiliados. Merkatz no estaba por ninguna parte. Fue por casualidad que se encontró con Von Schneider justo afuera de la puerta.

“Este lugar está lleno de hienas vestidas con esmoquin. Parece que compiten por la posición y el rango, incluso en un gobierno sin ciudadanos y una armada sin tropas. Me sorprenderé si se conforman con seis o siete ministros del gabinete. Solo apresúrate y únete a la Armada Imperial ya, Julian. Serías un de los favoritos para el teniente comandante”.

Julian no podía decir si la lengua afilada de von Schneider era natural o si casi un año de vida en Iserlohn lo había contaminado.

“El almirante Merkatz, también, debe estar trabajando muy duro”.

Como von Schneider lo explicó tan escandalosamente, escuchó que el “gobierno legítimo” pronto le otorgaría a Merkatz el rango de oficial imperial. Por el momento, no había un solo soldado para alguien en su posición de mando. Tendría que empezar por recibir provisiones de capital y viejas naves de guerra del gobierno de la alianza, reclutando de entre los refugiados y construyendo una flota desde cero.

“¿Honestamente creen que pueden unir fuerzas suficientes para competir con un genio político y militar como el Duque Reinhard von Lohengramm? Si es así, son demasiado ambiciosos o totalmente delirantes. Puse mi dinero en delirante. No es divertido estar atrapado en todo esto, de cualquier manera”.

Si Merkatz fuera ascendido a mariscal, von Schneider se convertiría en comandante — aunque eso no era suficiente para él.

“Si hay una gracia salvadora, es que, aunque Lohengramm es un genio, la historia tiene más que unos pocos ejemplos de genios perdiendo a los ordinarios. Aún así, no veo cómo podemos ganar sin esperar un milagro desde el principio”.

Julian no pudo evitar que sus pensamientos pasaran por encima de una cascada de pesimismo. Si le hubiera dicho tanto a Merkatz, habría mancillado su posición de gobierno en el exilio. No había nadie con quien él pudiera hablar de tales cosas. A pesar de ser tratado como un receptáculo para todas estas quejas, al menos sabía que la lealtad de von Schneider a Merkatz era genuina. Su simpatía por que Merkatz no pudiera obtener una posición digna de sus habilidades era insuperable. La sola idea de que Yang obtuviera el mismo tipo de posición que Merkatz hizo que Julian sintiera que el suelo más profundo de su corazón se congelaba. Sea cual sea el resultado, por supuesto, Julian planeaba ir con Yang.

Al final, Julian le confió a von Schneider que saludara a Merkatz y dejó a Heinessen a toda prisa sin poder reunirse con él.

II

Cuando la nave se acercó, el planeta de Phezzan tomó forma como un delicado orbe azul y fue un espectáculo para los ojos doloridos. En el espacio detrás de ellos, las partículas plateadas de luz bailaban bulliciosamente contra un fondo negro, mientras que el planeta en primer plano aparecía para todos como una pieza de música visualizada en todas sus variaciones de luz y oscuridad. Desde dentro de sus fluctuaciones de intensidad, los
Composiciones musicales de tonos y longitudes de onda giraron hacia afuera.

Mientras Julian Mintz contemplaba el planeta desde la ventana de observación, un par de ojos color avellana se superponían a su luz cuando pensó en el teniente Frederica Greenhill. Tenía ocho años mayor que él, lo que la ubicaba a medio camino entre él y Yang Wen-li. Si no hubiera sido tan obvio que Yang era el objeto de los afectos de Frederica, el propio Julian podría haber sido un poco más fuerte y, aunque solo sea sutil, más claro. Su última conversación antes de su partida se repitió en su mente.

Comenzó con su historia de conocer a Yang en el planeta El Fácil.

“El almirante Yang era un subteniente en aquel entonces. Nunca se acostumbró a esa boina negra.”

Los ciudadanos de El Fácil no tenían ninguna razón para respetar o confiar en este mojado oficial detrás de los oídos, pero su odio abierto hacia él sin embargo llenó a Frederica de indignación justa. Se sentía obligada a hacer todo lo posible para ayudarlo.

“Lo pensé mucho. Era un hombre poco confiable y pomposo que dormía en el sofá con su uniforme, no se lavaba la cara por la mañana y mordisqueaba pan sin siquiera ponerle mantequilla, murmurando para sí mismo todo el tiempo. Sabía que si no lo amaba, nadie lo haría”.

Frederica se echó a reír. Las ondas de su risa nunca fueron monótonas. Muchas cosas habían sucedido en la década desde entonces, y cada una había proyectado su sombra, débil pero profundamente.

“No me enamoré de él porque era un héroe o un famoso comandante. Tal vez solo tengo una habilidad para invertir en el futuro”.

“Claro que sí”, respondió Julian, aunque no podía estar seguro de si esa era la respuesta que Frederica quería escuchar. ¿Había cambiado la impresión de Frederica de Yang?

“No, Yang Wen-li no ha cambiado. El entorno ha cambiado, pero él no ha cambiado ni un poco”.

Durante sus días como subteniente, Yang se sintió mal preparado para el trabajo, como también lo hizo para su almirantazgo. Cuando ascendió a mariscal, estaba seguro de sentirse igual de incompetente. Yang dio la impresión de que, cualquiera que fuera su rango, nunca se acostumbraría a los deberes de su puesto. Yang ni una sola vez había considerado activamente convertirse en un militar, e incluso ahora su corazón estaba decidido a convertirse en un historiador. Pero imaginándolo a él como un maestro, Frederica imaginó que estaría tan dolorido como un pulgar parado

en un podio como en un campo de batalla, y en este sentido, Julian entendió muy bien lo que pensaba. Más difícil de entender, por supuesto, era el lado emocional de Yang, y Julian quería saber qué era en el laberinto mental de Yang lo que lo hacía aparentemente ajeno a las atenciones de Frederica.

El visofono sonó y el chico fue informado de que pronto llegarían a Phezzan.

A la hora estándar de Phezzan, era mediodía, y por primera vez en su vida, Julian Mintz estaba a punto de poner un pie en la superficie de este planeta distante. Su nueva vida había comenzado.

III

Aunque Julian había escuchado que el Capitán Viola, jefe de personal y agregado militar de la oficina del comisionado de la FPA en Phezzan, era relativamente alto y obeso, a los ojos de Julian no encajaba en esa descripción. Era más fuerte que obeso, no tenía rastros de grasa o músculo debajo de su piel pálida, y si parecía que estaba hinchado por el gas. Julian adivinó que pesaba menos de lo esperado y se preguntó si iba a pensar demasiado en él como un dirigible andante, hasta el día siguiente, cuando descubrió la existencia del apodo “Grounded Blimp / Dirigible de Tierra”.

“Tienes mucho que aprender, alférez Mintz. Entiendo que te has hecho un nombre en el espacio de batalla, pero aquí eso no significa nada. En primer lugar, si tienes algún sentimiento de dependencia, deshazte de ellos”.

La implicación era clara: cualquier beneficio que había recibido por el patrocinio de Yang Wen-li ya no era válido.

“Sí, señor, me aseguraré de tener eso en cuenta. Soy plenamente consciente de mi inexperiencia y confío en que me guíe bien en todos los asuntos”.

Julian sintió que el Capitán Viola iba a ser una tuerca difícil de romper y se sentía miserable por dentro. De vuelta en la fortaleza de Iserlohn, había tenido algunos intercambios desagradables, pero esa etiqueta diplomática vacía era casi totalmente extraña para él. Tal vez había demasiadas flores silvestres en el invernadero y su ambiente externo era duro, pero Iserlohn era un mundo en sí mismo.

“Hmm, hablas bien, ¿verdad? Tu lengua de plata oculta tu edad.”

Aunque esas palabras indicaban la estrechez mental del capitán, a Julian le dolía su aparente falta de sinceridad. La voz levemente aguda del capitán y sus delgados y epicánticos ojos solo sirvieron para enfatizar una malicia subyacente en sus comentarios. Parecía inútil perder cualquier energía emocional tratando de ponerse de su lado bueno.

Una cosa era segura: Phezzan era territorio enemigo. Ya sea dentro o fuera de la oficina del comisionado, el aire estaba lleno de una hostilidad incolora e inodora que podría incendiarse en cualquier momento. Julian se resignó al hecho de que la única persona en la que podría confiar a partir de ahora era su oficial de guardia, Louis Machungo.

Cualquier hostilidad interna dirigida a Julian fue, en última instancia, un reflejo de los sentimientos del campamento de Trünicht hacia Yang Wen-li. Si algo de esto fue personal, fue sin duda debido a ciertos celos y enemistades por su reputación como el agregado militar más joven de la historia. En total, él no era nada más que un alférez, y como tal nunca ejercería una gran influencia sobre su entorno. Julian entendió que, visto desde afuera, era propiedad del almirante Yang Wen-li, y que si alguna vez cometía un error, se reflejaría mal en Yang. Tenía que tener cuidado.

Tampoco podía acurrucarse en una pequeña bola como un erizo y aislarse. Tenía deberes como agregado militar, e incluso si los resultados de los esquemas de la facción de Trünicht se convirtieran en una parte inesperada de su trabajo, eso no significaba que estaría justificado en desafiar su puesto.

Julian nunca se había preocupado demasiado por su vestimenta. En ocasiones formales, se llevaba bien en uniforme. Cada vez que Yang llevó a Julian a comprar ropa, la falta de sentido de la moda hizo que Yang lo arrastrara hacia adentro y dejara todo a un asociado de ventas con más conocimientos. Se había contentado con tener cosas baratas para sí mismo, pero siempre buscaba productos de mayor calidad para Julian, tal vez como una forma de mostrar su admiración. Como lo dijo Alex Caselnes, Yang y Julian eran de diferentes clases. Julian no necesitaba atraer la atención de otras personas, por lo que, naturalmente, no le importaba, y en el caso de Yang solo era una molestia.

A un agregado militar se le encomendaron los importantes deberes de recopilar y analizar información y observar las vidas de las personas en las calles. Era un trabajo creíble. Vestido como un civil con un cuello alto de color crema y unos vaqueros, y con su característico cabello largo y lino, Julian, como Yang, no se parecía en nada a un militar. Machungo, que lo acompañaba, trató de esconder sus músculos debajo de un suéter más grueso, sin éxito, y parecía una tortuga gigante y oscura que abrigaba a un mítico príncipe vagabundo, pero sus ojos redondos rebosaban de respeto y ayudaban a disipar parte del peligro del aire.

Una vez que terminaron sus procedimientos y salieron del trabajo, salieron juntos a las calles de Phezzan. Los edificios de oficinas se alineaban en las calles hasta donde podían ver sus ojos, lugares donde los superiores y sus colegas los tratarían como obstáculos. Como marginados, no iban a invitarlos a cenar pronto.

Julian y el oficial de la policía Machungo caminaban por las animadas y bulliciosas calles a un ritmo pausado. Un grupo de media docena de niñas alrededor de la edad de Julian evaluaron su enfoque. Cuando Julian los miró, se echaron a reír a carcajadas y salieron corriendo a medio galope.

“Es un poco lindo, ¿verdad?”, Dijeron. “Sin embargo, no parece que esté acostumbrado a eso”.

Julian giró bruscamente su cabeza de lino. En contraste con la política de

poder que se desarrollaba a puerta cerrada, Julian no entendía nada de las mujeres. Si Poplin hubiera estado allí, le habría dado una conferencia con seguridad.

Al ver una calle lateral, los dos entraron en una tienda de ropa. El comerciante corrió hacia ellos, les ofreció cortesías y les recomendó algunos artículos después de ver a dónde viajaban los ojos de Julian.

“Este se vería muy bien en ti. No todos podrían lograrlo, pero con sus características y sentido de estilo, sería un ajuste perfecto”.

“Es caro.”

“¿Estás bromeando? Estoy haciendo un gran sacrificio por venderte a este precio”.

“Pensé que era veinte marcos más barato el mes pasado “, mintió Julian.

“Debes estar equivocado. En cualquier caso, consultar el diario electrónico. Rastrea las fluctuaciones en el índice de precios hasta cada centavo”.

Julian asintió, viendo que el tendero tenía otras fluctuaciones en mente, y respondió con entusiasmo.

“Lo tomaré, entonces. ¿Puedo obtener un recibo?”

Pagó noventa marcos Phezzan y agarró un suéter mientras estaba en ello. Un precio inesperadamente extravagante para pagar por una pequeña recopilación de información. Más tarde, en una cafetería con terraza, consultó algunos periódicos electrónicos para verificar la afirmación del comerciante.

“Los precios son estables y la calidad de los productos es alta. Los problemas financieros son raros, lo que significa que la economía aquí es bastante sólida”.

“Muy lejos de casa, ¿no lo dirías?”, Se lamentó Machungo abiertamente.

En comparación con la alianza, que estaba cayendo en la ruina, la fortaleza económica de Phezzan parecía sólida desde la cabeza hasta la cola, hasta cada pequeña tienda.

“Aquellos que derramaron sangre, aquellos cuya sangre es derramada, y aquellos que se engullen sobre la sangre derramada… Se llevan todo tipo, ¿eh?”

La voz de Julian temblaba con una odiosa brillantez. Nunca había escuchado a Yang hablar de Phezzan en términos prejuiciosos, pero cuando comparaba a los que sufrían una calamidad en la batalla con los que se jactaban de su prosperidad y los beneficios que obtenían de ella, Julian no podía ver ninguna razón para sentirse bien por esto. Intentando como pudo, Julian no pudo exprimir su sensibilidad a través de su filtro militar.

Cuando salieron de la cafetería, Julian y Machungo se dirigieron a la oficina del comisionado en la ciudad propiamente dicha. Ellos no entraron, por supuesto, sino que solo miraron su fachada.

“Extraño, ¿no es así? Viviendo enemigos y aliados en el mismo lugar”.

Julian asintió a la observación obligatoria de Machungo, mirando al edificio del comisionado de paredes blancas, medio escondido por un bosque de árboles. Tal vez también estaban siendo observados por el sistema de cámara infrarroja, el blanco de una broma grandiosa de Phezzanese.

IV

Al día siguiente, se celebró una fiesta en el Hotel Batavia para dar la bienvenida al nuevo agregado. Julian se enteró de que habían decidido no utilizar el edificio de oficinas del comisionado para evitar el peligro de que los asistentes introdujeran interceptaciones telefónicas. Pero entonces, no

pudo evitar preguntarse: ¿qué pasaría si el hotel en sí hubiera sido avisado con anticipación? En cualquier caso, como invitado de honor, Julián estaba obligado a asistir. La formalidad era formalidad.

Sabía bien por el ejemplo de Yang que ser un invitado de honor significaba tener que pararse constantemente como una estatua titulada Hambriento. Además, debido a la exposición al escrutinio de todos, se necesitó un cierto esfuerzo para sonreír. Como Yang le había dicho una vez con un suspiro, una vida en la que uno podía vivir sin hacer las cosas que no quería hacer era tan rara como el radio metálico puro.

Si alguien lo observaba, también era una oportunidad para que Julian lo observara en especie, y como representante de Yang, era necesario que diseminara el virus de un rumor sin fundamento sobre la ocupación de Phezzan por parte de la Armada Imperial. No tenía más remedio que plantar el virus, dejar que rozara los corazones de las personas a medida que producía sus poderosas toxinas, y esperar a que aparecieran los síntomas. Si exhibiera su mayor efecto, generaría antagonismo entre el pueblo de Phezzan y su gobierno autónomo, y el gobierno, presionado por el pueblo, revocaría a regañadientes su pacto secreto — suponiendo que hubiera uno — con el imperio, mientras que la alianza frustró cualquier invasión, por la Armada Imperial desde el Corredor Phezzan. Incluso si no había un pacto secreto, tenía que confirmar si esto sembraría la sospecha del imperio entre la gente de Phezzan y, con respecto a sus sentimientos hacia el gobierno autónomo, si todavía le darían paso imperial a través del Corredor de Phezzan. La alianza se mantuvo para ganar de cualquier manera.

La preocupación de Yang era que, si la gente de Phezzanese entraba en pánico y cerraba el corredor por sus propios medios, era posible un derramamiento de sangre entre el gobierno autónomo y las fuerzas ocupacionales del imperio. Tal fue el pináculo del maquiavelismo: los países periféricos han sido engañados para que se sacrifiquen por el bien del conjunto. Lo que ayudó a Yang a superar esta vacilación fue que, cuando el paso de la Armada Imperial por el Corredor Phezzan pasó de la hipótesis a la realidad, quedó claro que la gente de Phezzanese saldría en masa para evitar el derramamiento de sangre a toda costa, un rumor sin fundamento o no.

Yang dijo lo mismo en su carta a Bucock:

“Como he dicho anteriormente, si bien creo que el gobierno autónomo de Phezzan ha hecho un pacto secreto con el Duque von Lohengramm del imperio, y que pretenden vender el corredor, ¿cómo reaccionará la gente de Phezzan, orgullosos de su independencia? Predigo que nunca llegará a un enfrentamiento ni con el imperio ni con el gobierno autónomo. Aunque sería una oportunidad de actuar, eso no significa que harían posible lo imposible. Al final, son quienes son. Si no pueden evitar derramar sangre para proteger su propia libertad y dignidad, entonces se derramará sangre. Y si no, la Armada Imperial no ocupará pacíficamente. El problema es que la gente de Phezzan podría comenzar a actuar cuando se filtra esta información, lo que le da a las fuerzas imperiales una ventaja gigante. Si eso sucede, esto será contraproducente de la peor manera posible. Además, la Armada Imperial ya está en movimiento. Es demasiado tarde para elaborar una contramedida segura”.

Esto último hizo que Bucock y Caselnes sintieran que a veces Yang veía demasiado bien en el futuro. Lo vio todo en su peor momento.

Yang estaba claramente dotado de talento como estratega, pero el talento no lo era todo. El carácter y la intención, además de tener éxito en llevar a cabo las estrategias, en sí mismas no tienen significado. Para él, el más alto sentido de valor no era la búsqueda de un beneficio nacional a través de la guerra y la estrategia, algo inusual para un soldado de carrera que se había elevado a una posición tan alta a su edad. Hubo quienes criticaron a Yang, como siempre habría, por carecer de honestidad de convicción, y señalaron que aunque Yang nunca vio la justicia en la guerra, cuanto más condecorado estaba, más enemigos mataba. Julian, por supuesto, no compartió esa crítica, y Yang mismo habría respondido con poco más que una sonrisa agridulce. Incluso entonces, probablemente sería criticado de todos modos por descuidar su deber como ser humano de hacer valer su propia justicia.

Julian estaba de pie en medio de la multitud, vestido con el vestido formal

blanco reservado para los oficiales. Su largo, algo rebelde cabello lino, rasgos gráciles, animados ojos de color marrón oscuro y postura erguida atrajeron la atención de todos en la habitación.

Si hubiera sido Reinhard, habría abrumado su entorno con su magnificencia, como si fuera el único hilo cromático en un tapiz acromático. Julian podría no haber poseído ese tipo de intensidad, pero dio la impresión de alguien que estaba exactamente donde debía estar, la pieza de esquina indispensable para un rompecabezas más grande.

Los caballeros y las damas de Phezzan rebosaban de conversación en torno al agregado militar más joven de la historia, y cada vez que una de esas burbujas brotaba, una ola de risas irradiaba a través de la habitación. Como Julian predijo, la sonrisa constante ya le estaba afectando.

“¿Cómo estás encontrando a Phezzan hasta ahora, alférez?”

“Bueno, estoy impresionado por lo limpios que están incluso los callejones traseros. Eso, y hay tantas mascotas, y todas están muy bien alimentadas”.

“Mí dios, tienes algunos intereses eclécticos, ¿eh?”

Julián se encogió de hombros por dentro. Él estaba siendo metafórico de todos modos. La limpieza de los callejones era otra forma de decir que la sociedad de Phezzanese estaba funcionando sin problemas, y muchas mascotas bien alimentadas significaban que la gente de Phezzan disfrutaba de un excedente material. Aunque Julian había insinuado que, a partir de estas instantáneas de la vida cotidiana, había observado una faceta del perfecto poder nacional de Phezzan, nadie lo detectó. Julian sintió que lo estaban disparando con espacios en blanco. Si Yang hubiera estado aquí, seguramente le habría hecho un guiño y lo habría llamado un alarde, haciendo que Julian se diera la vuelta y se ruborizara.

“¿Y qué piensas de las chicas aquí en Phezzan, alférez?”

Su compañero de conversación, con suficiente experiencia en este tipo de funciones para ayudar al novato invitado de honor, había cambiado de tema.

“Todos son tan bonitas. Y animadas, también.”

“Con mucho tacto de tu parte decirlo.”

El solo hecho de decir lo correcto, aunque no sea sincero, le permitiría pasar la noche sin sufrir daños.

“Phezzan lo tiene todo, desde chicas guapas hasta sistemas de terraformación. Todo lo que puedas necesitar. Usted puede obtener cualquier cosa con los recursos adecuados. En su caso, alférez, probablemente podría comprar el corazón de una chica con una sonrisa, sin dinero. Estoy tan celoso.”

“Veré lo que puedo hacer.”

Julian mostró una expresión indecorosa, lo que lo hizo sentir aún más fuera de lugar. No pudo evitar pensar que estaba exagerando.

“Por cierto, hablando de compras”, dijo Julian, encendiendo casualmente su detonador, “Me preocupan estos rumores que escuché sobre la compra de la Armada Imperial en el Corredor de Phezzan y la independencia de Phezzan”.

“¿Vamos de nuevo?”

Era una forma forzada y trillada de responder una pregunta con una pregunta. Julian siguió su ejemplo reformulando. ¿Acaso Phezzan quiso vender su corredor a la Armada Imperial como una mercancía?

“Mi Dios, nuestro pequeño maestro tiene bastante imaginación. ¡La Armada Imperial, de todas las cosas!”

La voz del hombre ondeaba de risa.

“¿Estás diciendo que la Marina Imperial pasará por el Corredor Phezzan e invadirá el territorio de la alianza? No, eso sería una gran historia, pero…”

El hombre estaba predicando.

“¿No es eso un poco demasiado descabellado? El Corredor Phezzan es un verdadero océano de paz. Sólo las naves de pasajeros y mercantes navegan por allí. Cualquier embarcación que enarbola una bandera militar nunca llegaría muy lejos”.

“¿Quién decide eso?”, Preguntó Julian con una falta de cortesía.

“¿Quién decide?”, Preguntó el hombre a cambio, tratando de reírse pero fallando.

Los otros a su alrededor se dieron cuenta de que Julian había planteado la pregunta en serio. De pie en medio de todas esas miradas, Julian levantó su voz para ser escuchado.

“Si la gente estableciera esa ley, creo que esas mismas personas también podrían revocarla. Dado el modo en que opera el duque Reinhard von Lohengramm del imperio, no lo veo siguiendo las viejas costumbres. No sé que ningún emperador reinante haya desertado de su tierra natal”.

Su audiencia estaba aturdida.

“¿El duque von Lohengramm no destruye con calma la tradición y las leyes no escritas para mandar y conquistar? Dudo que alguien discuta lo contrario”.

Todos hablaban calladamente entre ellos. Incluso si hubiera oposición a los comentarios de Julian, nadie podría expresarlo.

“Pero digamos que el duque von Lohengramm alberga tales ambiciones. Dudo que la gente de Phezzan le vendiera su orgullo tan fácilmente”.

Detrás de su aire de indiferencia, el corazón de Julian estaba temblando. Al no tener idea de cómo se recibirían sus propias provocaciones, nadaba en aguas oscuras.

Un joven delgado que participa en una charla amistosa con un grupo cercano lanzó una mirada aguda al joven invitado de honor. Un chico tan ingenioso, pensó Rupert Kesselring, el ayudante de Landesherr. No obstante, era extraño que el chico hubiera obtenido una conclusión tan bien formada por sí mismo. Yang Wen-li estaba ciertamente detrás de esto. Se inclinó bruscamente ante sus compañeros invitados y se unió al círculo de personas reunidas alrededor de Julian. Ni un minuto más tarde, él estaba parado frente al chico para tomar las riendas de esta conversación.

“Aun así, Phezzan vendiéndose a sí mismo al imperio es una conjetura bastante atrevida, ¿no es así, alférez Mintz?”

“¿Eso es realmente? No creo que la independencia, ni siquiera la independencia formal, sea la máxima prioridad de Phezzan”.

“Pero está cerca de lo más alto. No debes subestimar eso, alférez Mintz”.

La forma en que Rupert Kesselring puso énfasis en el nombre de Julian le dio escalofríos. Su superioridad desdeñosa se agitaba en el aire, pareciendo casi soplar los voluminosos golpes de Julian.

Había una diferencia de siete años entre Kesselring y Julian, pero además había una brecha aún mayor, no de inteligencia sino de independencia. Como Kesselring lo vio, Julian aún tenía que dar un paso de la palma de la mano de Yang.

Afortunadamente, el capitán Viola llegó corriendo con su voz clásica y en auge para disipar esta atmósfera nociva.

“Alférez Mintz, usted vino aquí para ser bienvenido, no para discutir. ¿Has olvidado tu lugar? Mis disculpas a todos. Por favor discúlpelo. Me temo que ha dejado que su ardor juvenil lo supere”.

A veces incluso este tipo de esnobismo era efectivo. La música se escuchó y las conversaciones vacías burbujearon una vez más por encima de los asistentes.

V

Rupert Kesselring dejó escapar un suspiro en el asiento del conductor de su automóvil. Su respiración era cálida más por el alcohol que fluía en sus venas que como un reflejo de su frustración. El interior del automóvil estaba oscuro, iluminado solo por la luz que venía de la pantalla de cuatro centímetros cuadrados de su visofono, en la que aún brillaba la cara del hombre calvo y vigoroso que había estado escuchando el relato de Kesselring sobre el progreso del partido: Landesherr Rubinsky.

“Todo lo cual solo puede significar que Yang Wen-li probablemente haya visto a través de los planes estratégicos de la Armada Imperial. ¿Ahora qué?”

“Incluso si eso es cierto, no hay nada que pueda hacer al respecto”.

“¿No estabas ahí?”

Kesselring fingió burla, pero estaba teniendo problemas para detectar la brecha de la sospecha de su sopa mental. El alférez Julian Mintz no presentaría un problema, pero no era tan tonto y presuntuoso como para pensar que podía darle la espalda a Yang Wen-li por un momento.

“Sin embargo, ese chico ciertamente soltó algunas palabras de elección a la gente en esa fiesta. Claro, todos están borrachos, pero me pregunto cuántos de ellos lo recordarán en la mañana. Y si su interés se convierte en especulación política, ¿entonces qué?”

“Es demasiado tarde. Cualesquiera que sean sus dudas, no hay tiempo para actuar sobre ellas. Yo no me preocuparía por eso.”

Apagando el visofono, Rupert Kesselring mantuvo sus ojos fijos en la

pantalla nublada, murmurando para sí mismo: “Incluso si estoy preocupado, no se trata de ti”.

Al salir de su automóvil en la calle Coburg, Rupert Kesselring entró enérgicamente en un edificio antiguo. Una voz mecánica sin género confirmó su identidad. Los escalones de hormigón que conducían a la superficie subterránea eran empinados, pero su ritmo perfectamente controlado le impedía tropezar. El pasillo dio un giro, y Kesselring abrió la puerta al final, bañando su cuerpo con un brillo enfermizo de color naranja. Miró a la figura encogiéndose como un animal moribundo en el sofá.

“¿Y cómo nos sentimos hoy, obispo Degsby?”

Se encontró con un sibilante patético y lleno de maldición. Kesselring levantó una esquina de su boca en una sonrisa burlona. El humo de los placeres a media luz vagaba por la habitación mal ventilada.

“Alcohol, drogas, mujeres. Te has entregado a cada pecado bajo el sol, a pesar de ser un hombre religioso que predica la abstinencia. Me pregunto si Su Santidad el Gran Obispo de vuelta en la Tierra será tan indulgente con respecto a su promiscuidad”.

“¡Me obligaste a tomar esas drogas!”, Dijo el joven obispo, con sibilancias. Sus capilares habían estallado, dando a sus pálidos iris la apariencia de nadar en un mar rojo.

“¿No me pasaste esas drogas y me arrojaste a las profundidades de la depravación? ¡Blasfemo! Uno de estos días, llegará el momento en que te des cuenta de la locura de tus acciones”.

“Por todos los medios, hazmelo. ¿Seré abatido por un rayo? ¿O tal vez un meteoro?”

“¿No temes la justicia?”

“¿Justicia?” El joven ayudante se rió sardónicamente. “Rudolf el Grande no se convirtió en gobernante del universo gracias a un excedente de justicia. Adrian Rubinsky tampoco ganó el asiento de Landesherr por su carácter impecable. Llegaron a donde estaban porque eran el poder superior. “El principio de control es poder, no correcto”, señaló Rupert Kesselring con indiferencia. “Para empezar, no hay tal cosa como la justicia absoluta, por lo que juzgar algo sobre esa base no tiene sentido. Los muchos millones de personas asesinadas por Rudolf el Grande recibieron su merecido por insistir en la rectitud a pesar de su falta de poder. Si tuvieras poder, podrías vivir sin temer la ira del Gran Obispo. Lo cual me lleva a mi punto.”

Tomó aliento.

“No me importa nada la autoridad religiosa. Puedes monopolizarlo todo lo que quieras. Si cada uno de nosotros se convierte en el gurú de su mundo respectivo, no tendremos ninguna necesidad de estar celosos el uno del otro”.

“No entiendo tu significado”.

“¿No es así? Estoy diciendo que te daré la Tierra y la Iglesia de Terra”. El obispo no dijo nada.

“Tomo a Rubinsky abajo. Usted toma el lugar del gran obispo.” Degsby todavía no dijo nada.

“Esta ya no es su época. Ochocientos años de odio en la Tierra serán una buena comida para la mesa del diablo. De aquí en adelante, tú y yo…”

Cerró la boca, frunció el ceño y miró a Degsby, que se estaba riendo.

“¡Olvidas tu lugar, tonto!”

Los ojos de Degsby eran un alto horno hirviendo con una emoción desenfrenada. Sus finos labios se volvieron hacia arriba, y desde dentro de su garganta explotó un staccato de ira. El joven obispo, vestido de negro, temblaba de los pies a la cabeza.

“Con tanta ambición y pensamiento superficial como el tuyo, ¿realmente pretendes desafiar a Su Santidad el Gran Obispo? Ridículo no es la palabra. Está más allá de lo ridículo. Sueña tus sueños caninos, te curas. Pero no intentes enfrentarte a un elefante. Es por tu propio bien.”

“Creo que te has reído lo suficiente a mis expensas por un día, ¿verdad, Obispo?”

El hecho de que el guión de Rupert Kesselring fuera tan común en sí mismo esbozó un marco alrededor de su espíritu poco común. Al permanecer tranquilo, se permitió responder desde un lugar de verdad personal. Él no estaba acostumbrado a ser ridiculizado. Tampoco quería acostumbrarse a ello. Sólo los vencedores deben tener ese privilegio.

“Tengo todas tus desgraciadas aventuras con alcohol, drogas y mujeres grabadas. Si no cooperas conmigo, los usaré como me parezca. Una táctica cliché, lo admito, pero probado y verdadero. El reloj está corriendo.”

“Usted perro sucio”, respondió el obispo, aunque por ahora su voz era débil, despojada de su celo.

Julian Mintz se sacudió y se giró en su cama muchas veces esa noche, lo cual era inusual para él. Algo amargo de la fiesta le había dejado tan mal sabor de boca que incluso se levantó una vez para enjuagarlo. Hojeó su archivo mental, preguntándose si podría haber hecho las cosas mejor. Sintió el aguijón de su propia inexperiencia y se sonrojó solo en la oscuridad

Había muchos tipos diferentes de combate. Eso lo sabía, y lo sabía muy bien. Pero había algo que sabía aún más para ser verdad: el tipo de combate generado por su pequeño intercambio con Rupert Kesselring no era algo que le gustara. Si iba a luchar, quería que fuera con ingenio y valentía, en la vasta extensión del espacio exterior, con estrellas a sus espaldas, contra el heroico Reinhard von Lohengramm. Era una ambición escandalosa, por supuesto. Julian no tenía la energía para enumerar todas las formas en que

Reinhard lo superó. Ni siquiera el almirante Yang pudo sostener una vela ante el genio de Reinhard von Lohengramm. Y aquí estaba, apenas digno de besar los pies del almirante Yang. Pero, como había dicho von Schneider, a veces hacía falta un hombre común para derrotar al más inteligente. Esta maraña de pensamientos lo había alejado del abrazo del sueño.

Julian repentinamente quería una bebida, y recién ahora estaba empezando a entender la fuerza del hábito de Yang. Fue, tal vez, su mayor epifanía de la noche.

Más allá de la cama de Julian, el mundo seguía retumbando sin ruido.

CAPÍTULO 08: INVITACIÓN A UN RÉQUIEM

I

NOVIEMBRE VINO, y con ello el conocimiento de que un fusible encendido se consumía rápidamente como una chispa que se dirigía hacia un punto de ignición. La Armada Imperial realizaba simulacros de combate real y simulacros a diario, acumulaba recursos materiales, barajaba las unidades y realizaba inspecciones de armas en preparación para una campaña sin precedentes. El cuarto de ese mes, el comandante von Reuentahl, en calidad de inspector general, realizó maniobras a gran escala con flotas de treinta mil naves. Estas sesiones de práctica fueron tan intensas que los ejercicios de entrenamiento por sí solos sufrieron más de cien bajas.

La fabricación en el lado no militar de las cosas se estaba desarrollando sin problemas. El agregado del imperio en Phezzan, el comisionado Boltec, envió un mensaje a Phezzan sobre las órdenes de Reinhard de que la Armada Imperial pronto se desplegaría para Iserlohn.

A cambio, Boltec solicitó ser el nuevo Landesherr de Phezzan. Reinhard no fue un avaro, y, naturalmente, Boltec creía que su solicitud sería respetada, pero la respuesta de Reinhard fue más rápida de lo que esperaba. Una vez que conquistó la alianza, Reinhard no tenía la intención de colocar a nadie en una posición de autoridad indirecta al combinar el territorio recién adquirido con el antiguo. Phezzan se ubicó mejor bajo su control directo, y preferiría darle a Boltec un puesto pausado, junto con un salario alto, y

acabar con él.

Aunque este era un camino recto para gobernar, difícilmente valía la pena el esfuerzo maquiavélico de concentrar el odio de la gente de Phezzanese en Boltec. En última instancia, como le había dicho una vez a Von Oberstein, esperaba que Boltec fracasara en sus intentos de mantener el orden público, por lo que Reinhard le había prometido la sucesión de la posición de Landesherr. Pero Boltec tendría que asumir la plena responsabilidad de mantener el orden público de Phezzan en cooperación con la Armada Imperial.

Por lo tanto, Boltec continuó alimentando información falsa a su nativa Phezzan. Por supuesto, era necesario ajustarse lo más posible a la información que envían los civiles. En un estado mental que no podría haber imaginado tener hace un año, ya consideraba su lealtad una vez incondicional a Rubinsky como las acciones de otro yo en otra vida. Originalmente, Boltec se había vendido inesperadamente, comenzando con su mal manejo de Reinhard, pero para justificar su culpa, encontró faltas en Rubinsky y se resignó al hecho de que perdería su autoridad. El sucesor de Boltec, el principal asesor Rupert Kesselring, ya casi nunca estaba en su mente. No fue el único que pensó en Kesselring como un satélite que se alimentaba de la órbita gravitatoria de Landesherr.

El 8 de noviembre, Reinhard hizo sus trabajos finales para la Operación Ragnarök.

Primero, movilizaría una gran flota de vanguardia hacia Iserlohn. Y mientras todos los ojos y oídos estaban sobre Iserlohn, él iba a enhebrar esa aguja para dominar el Corredor Phezzan en un rápido movimiento. Las órdenes de invadir Phezzan serían la jurisdicción del almirante superior Wolfgang Mittermeier y solo de él.

El herido almirante Neidhart Müller actuaría como comandante de la segunda formación después del Gale Wolf. Müller era una pluma en la gorra de Reinhard que esperaba fervientemente participar en la captura de la Fortaleza de Iserlohn como un medio para reivindicar su pasado, pero en esta ocasión tuvo que frenar sus instintos de venganza.

Al mando de la tercera formación estaba el comandante más alto de la Armada Imperial, el propio mariscal imperial, Reinhard von Lohengramm. Bajo su mando directo, colocó a cinco vicealmirantes: Aldringen, Brauhitsch, Carnap, Grünemann y Thurneisen. El jefe de personal, el almirante mayor von Oberstein, el asistente del contraalmirante, el almirante von Streit, y el asistente secundario, el teniente von Rücke, junto con la secretaria en jefe del primer ministro imperial, Hildegard von Mariendorf, y el jefe de la guardia imperial, el capitán Kissling, estarían a bordo del buque insignia, *Brünhild* . Sería la primera vez que una mujer hubiera tenido rango en ese buque de guerra.

A la cuarta formación, Reinhard le asignó al almirante Steinmetz. Como un alto noble con una carrera larga y condecorada en la defensa de la frontera, había mantenido el rango de vicealmirante. Después de la campaña de Lippstadt, había entregado la frontera, prometiendo lealtad a Reinhard, ganándole el rango de almirante que deseaba.

Como última defensa, la quinta formación sería liderada por el almirante Wahlen. Había aconsejado al pelirrojo Siegfried Kircheis en la guerra de Lippstadt, en la que había luchado con valentía. Era un gran general que equilibraba el valor y las tácticas, y esta vez se le confió la gran responsabilidad de conectar el Corredor Phezzan con el continente imperial.

En total, las fuerzas de Reinhard tenían doce millones de efectivos, incluidos cuatro millones de personal esencial para defenderse en los territorios ocupados de Phezzan y la alianza, y un total de 87.500 naves en la flota.

Mientras tanto, un formidable batallón fue movilizado como el Ejército del Distrito de Iserlohn. Aunque fundamentalmente se propuso como una desviación, su aparente debilidad no sería percibida como tal. Para ello, se dispuso el equilibrio adecuado de fuerza militar, recursos humanos y materiales. Dependiendo de las circunstancias, a esta unidad se le encomendaría el gran y tácticamente importante deber de penetrar en el Corredor Iserlohn, infiltrarse en el territorio de la alianza y luego fusionarse con sus compañeros que invaden desde el lado de Phezzan. El liderazgo, la

perspicacia táctica a gran escala y la capacidad de evaluar las cosas con calma, todo esto y más fueron exigidos al comandante en jefe, el almirante superior Oskar von Reuentahl.

Los almirantes Lutz y Lennenkamp servirían como vice comandantes. Lutz, como Wahlen, había trabajado una vez como vice comandante para Kircheis. Lennenkamp, al igual que Steinmetz, se había convertido en el oficial de personal de Reinhard después de Lippstadt y posteriormente en un completo almirante. A pesar de que había tenido la antigüedad como oficial superior cuando Reinhard aún era un niño, por apariencias externas no era más que un hombre delgado de mediana edad.

Los almirantes Fahrenheit y Wittenfeld, como jefes de las fuerzas de reserva, recibieron la orden de estar en espera. Ambos eran grandes generales, fuertes frente a la agresión, y más que el desafío de mantenerse en una batalla decisiva. La flota de Wittenfeld, conocida como Schwarz Lanzenreiter o Lanceros Negros, fue una ventaja.

El almirante Kessler se quedaría en el planeta Odín como comandante de las defensas de la capital y, junto con el almirante Meckinlger, debía esperar más órdenes. Además de sancionar a la administración de empresas en el Ministerio de Asuntos Militares, se le encomendaría la importante tarea de suministro y organización de refuerzos como gerente de servicios de retaguardia.

Las fuerzas de Iserlohn fueron ampliamente anunciadas, y muchas fueron notificadas hasta la fecha y hora exactas en que se dirigían a la capital imperial. Eso, en sí mismo, era parte de su estrategia.
“Podemos esperar que la Marina Imperial, dirigida por el almirante senior von Reuentahl, se dirija hacia Iserlohn”.
En contraste con la ostentosa provocación de la Armada Imperial, la red de información de la alianza comunicó ese peligro a la capital, en el mejor de los casos.
La capital de la alianza de Heinessen se sorprendió, aunque solo sea porque sus ciudadanos creían en la existencia continua de una armonía preestablecida. Así como la primavera siguió al invierno, nunca dudaron que la paz sería revivida. ¿Y por qué deberían haberlo dudado? En la

medida en que Iserlohn era una fortaleza inexpugnable y tenía a un joven comandante invencible de su lado, no había ninguna razón para que la Armada Imperial intentara una invasión del territorio de la alianza.
En este caso, parecía que los funcionarios del gobierno estaban desvaneciendo cualquier recuerdo de haber tratado alguna vez al almirante Yang eminentemente realizado desde una perspectiva de facción.
Cuando el principal gobierno y los miembros del ejército se reunieron para celebrar una reunión del Comité de Defensa, el comandante en jefe de la armada espacial, el almirante Bucock, pidió hablar. Después de ser ignorado varias veces, finalmente le dieron la palabra. El viejo almirante era de la opinión de que cualquier ataque a Iserlohn no sería más que un desvío mientras las fuerzas principales del enemigo pusieran sus ojos en Fezzan.
La observación de Bucock sorprendió a los altos funcionarios que asistieron, pero la profunda impresión que causó funcionó en su contra. La oposición se llenó de burla y estalló el cinismo.

Las fuerzas de Iserlohn fueron ampliamente anunciadas, y muchas fueron notificadas hasta la fecha y hora exactas en que se dirigían a la capital imperial. Eso, en sí mismo, era parte de su estrategia.

“Podemos esperar que la Armada Imperial, dirigida por el almirante senior von Reuentahl, se dirija hacia Iserlohn”.

En contraste con la ostentosa provocación de la Armada Imperial, la red de información de la alianza comunicó ese peligro a la capital, en el mejor de los casos.

La capital de la alianza de Heinessen se sorprendió, aunque solo sea porque sus ciudadanos creían en la existencia continua de una armonía preestablecida. Así como la primavera siguió al invierno, nunca dudaron que la paz sería revivida. ¿Y por qué deberían haberlo dudado? En la medida en que Iserlohn era una fortaleza inexpugnable y tenía a un joven comandante invencible de su lado, no había ninguna razón para que la Armada Imperial intentara una invasión del territorio de la alianza.

En este caso, parecía que los funcionarios del gobierno estaban desvaneciendo cualquier recuerdo de haber tratado alguna vez al almirante Yang eminentemente realizado desde una perspectiva de facción.

Cuando el principal gobierno y los miembros del ejército se reunieron para celebrar una reunión del Comité de Defensa, el comandante en jefe de la armada espacial, el almirante Bucock, pidió hablar. Después de ser ignorado varias veces, finalmente le dieron la palabra. El viejo almirante era de la opinión de que cualquier ataque a Iserlohn no sería más que un desvío mientras las fuerzas principales del enemigo pusieran sus ojos en Phezzan.

La observación de Bucock sorprendió a los altos funcionarios que asistieron, pero la profunda impresión que causó funcionó en su contra. La oposición se llenó de burla y estalló el cinismo.

“Las preocupaciones del comandante en jefe Bucock son únicamente suyas. No puedo pensar que Phezzan estaría tan dispuesto a renunciar a su neutralidad política, y más de un siglo de tradición, en conspiración con el imperio. Para empezar, si el imperio se hiciera más fuerte debido a esto, la supervivencia de Phezzan se vería comprometida. Seguramente lo han tenido en cuenta”.

“Phezzan continúa cosechando grandes ganancias al invertir generosas cantidades de capital en nuestra alianza. Si la alianza fuera subsumida en el imperio, todos nuestros esfuerzos serían en vano. ¿Harían algo tan contraproducente?”

El viejo almirante no se inmutó por este fuego concentrado.

“De hecho, Phezzan está invirtiendo en la alianza, pero todo eso va a las minas, tierras y empresas de los respectivos planetas de la alianza, no al gobierno de la misma alianza. Si el capital invertido en Phezzan fuera seguro, dudo que perdieran el sueño por la destrucción de la infraestructura nacional de la alianza, que para ellos sería poco más que un colapso del techo”.

Después de infligir esta reprimenda, Bucock entró a matar.

“O quizás también es cierto que Phezzan está invirtiendo en el gobierno de la alianza”.

“Almirante, haría bien en ser más discreto”, dijo el presidente del Comité de Defensa Island en tono de voz alta, frenando la censura del viejo almirante.

Los comentarios de Bucock señalaron la posibilidad de que altos funcionarios del gobierno hubieran estado recibiendo sobornos en forma secreta en forma de bocados de Phezzan. Algunos de esos mismos funcionarios se habrían comprometido por su propia conciencia de que nada de eso había ocurrido. Aunque hubiera sido impensable entre los padres fundadores como Ahle Heinessen que los altos funcionarios imitaran las peores partes del espíritu de Phezzanese y que intercambiaran poder y deberes por dinero, durante el siglo pasado nadie se había preocupado por sus sucesores. Además, la colusión de los medios de comunicación con la esfera política aseguró que nada más allá de la lucha política entre facciones había surgido en la imaginación pública como un tema de preocupación.

Los comentarios de Bucock fueron rechazados como pura especulación, y la asamblea optó por fortalecer la vigilancia en Iserlohn y prepararse para la eventualidad del transporte de municiones una vez que se desestimara la apelación. Con eso, todos los miembros de la asamblea, salvo uno, se retiraron a su satisfacción.

II

El comandante Nilson fue capitán del *Ulysses* , un buque de guerra perteneciente a la flota guarnecida de Iserlohn de la alianza. Los últimos días habían sido miserables. Como nadie le dijo nada a nadie, sus subordinados ejercieron su libertad — es decir, su libertad de hablar cuando su superior no estaba cerca — para llenar los espacios en blanco. ¿Tal vez

lo pasaron por alto para un ascenso o perdieron una pelea con su esposa? Uno de los hombres escuchó que el teniente comandante Poplin lo había aplastado en el póquer. Otro dijo que había perdido en el póker, pero contra el contralmirante von Schönkopf. Entre estas voces de especulación estuvo la del subteniente Fields, quien se adjudicó el primer premio en lo que respecta a los rumores.

“En realidad, el capitán está enamorado de Julian Mintz. Pero, como todos saben, ha ido a Phezzan para convertirse en un agregado militar. Perder su amor no correspondido lo ha empujado a las profundidades de la desesperación. Vamos con calma sobre el pobre capitán”.

Su audiencia se rió en convulsiones, pero el Comandante Nilson era un hombre viejo y duro, y todos sabían muy bien que no tenía un hueso pedófilo en su cuerpo. Aún así, la risa siempre ayudaba a pasar el tiempo. La verdadera razón de la depresión del Comandante Nilson era que, después de pasar los cuarenta, de repente, una vieja muela del juicio le estaba causando problemas. Ninguno podría haber sido el más sabio.

Casi todos los satélites de vigilancia que Yang había instalado en el corredor habían sido destruidos en una redada de la flota de Kempf a principios de ese año. Su incapacidad para reemplazarlos debido a los recortes presupuestarios había sido un golpe considerable para su capacidad de rastrear al enemigo. Yang había solicitado en repetidas ocasiones un presupuesto suplementario del Comité de Defensa Nacional, pero el departamento de contabilidad aún no había terminado la auditoría requerida, por lo que, de acuerdo con la regulación, nunca se había otorgado.

Esto no fue un acoso deliberado dirigido a Yang por parte del consejo, sino simplemente el efecto secundario de una burocracia nacional deslustrada. La situación se veía más grave por el momento.

No había forma de suspender la vigilancia hasta que se concediera un presupuesto suplementario, y así se realizó una patrulla tripulada entre las flotas. Y ahora era 20 de noviembre, dos días desde que *Ulysses* había salido a patrullar.

El capitán Nilson siguió frotándose la mejilla derecha con incomodidad, y cuando recibió la noticia de las señales del enemigo de su operador de navegación, no se sorprendió lo más mínimo. Aunque lejos de ser un hombre tímido, el dolor lo estaba agotando, y cualquier energía emocional de sobra que tenía estaba acosada por el temor y el miedo.

“Es un número increíble de naves, imposible contarlos todos”.

El operador había experimentado este tipo de situación muchas veces antes, pero esta vez lo hizo estremecerse tanto como el primero.

“¿Qué debemos hacer? ¿Luchar?”

El capitán lo llamó idiota. La flota guarnecida de Iserlohn estaba invicta y se había mantenido así porque nunca enganchó a un enemigo al que no tenía oportunidad de derrotar. No había lugar en la flota de Yang para la insensatez de luchar contra un vencedor seguro.

“¡¿No puedes retirarte más rápido?! ¡¿Que estas esperando?!”

La flota de Von Reuentahl detectó al acorazado de la alianza cuando, naturalmente, se deshizo de su espíritu de lucha y huyó.

Cuando se les preguntó si debían perseguirlos, el almirante heterocromático les ordenó que se detuvieran por el momento.

Preferiría que Nilson regresara a la fortaleza de Iserlohn y difundiera la noticia sobre el enfoque de la Armada Imperial. Al igual que su camarada Mittermeier, no era el tipo que se complacía en perseguir peces pequeños. Su único oponente era Yang Wen-li, el general más ingenioso de las Fuerzas Armadas de la Alianza. ¿No debería centrarse en reunir su coraje para luchar contra el enemigo mayor?

El primer disparo de la Operación Ragnarök había sido disparado. También fue la primera barra de un requisito para la Alianza de Planetas Libres.

Después de recibir la noticia de que el acorazado *Ulises* se había retirado sabiamente, Yang reunió a sus oficiales en la sala de conferencias de la fortaleza.

Caselnes se frotó el estómago con incomodidad, recordando las dificultades de la primera mitad del año.

“El almirante Kempf también tuvo una gran fuerza militar cuando nos atacó la primavera pasada, pero esta vez será aún peor”.

Frederica negó con la cabeza.

“Supongo que todo esto es parte del gran esquema del Duque von Lohengramm?”

Yang asintió. Esto fue simplemente una manifestación local de la épica estratégica que había comenzado con la huida del emperador Erwin Josef II. Si Reinhard era el tipo de imitar las acciones inútiles de las Fuerzas Armadas de la Alianza, Yang no tenía nada que temer.

Jefe de Estado Mayor Murai se cruzó de brazos.

“De ahora en adelante, deberíamos abstenernos de enviar a *Ulises* para otras patrullas. Cada vez que sale, trae al enemigo de vuelta con él”.

Yang lanzó una mirada de soslayo a su jefe de personal, sin saber si estaba bromeando o hablando en serio. Esperaba que fuera lo primero, pero la expresión de Murai demostró lo contrario.

“Bueno, vamos a mantenerlo en el fondo de nuestras mentes. Podríamos elevar nuestro nivel de alerta en uno cada vez que enviemos a *Ulises* a patrullar”.

Yang ordenó al comandante de la defensa von Schönkopf y al director administrativo de Iserlohn, Caselnes, que realizaran todos los preparativos

necesarios según lo exigido por el protocolo.

Los aliados detrás de él, a cuatro mil años luz de distancia en la capital, fueron más causantes de dolor de cabeza que los enemigos que lo precedieron. Por ahora, el fuego se limitó al Corredor Iserlohn, y los oficiales de élite de la capital se sintieron aliviados al saber que podían contar con la inexpugnabilidad de la Fortaleza de Iserlohn y la experiencia táctica de Yang. Pero cuando la Armada Imperial perturbó su respiro entrando por la puerta inmaterial por la que estaba sellado el Corredor Phezzan, los hundiría en cierto pánico. ¿Y si se les ordenara ignorar la situación en la fortaleza de Iserlohn y correr al rescate de la capital?

No tendrían más remedio que ayudar. Él lo sabía. Como Julián había dicho, los soldados seguían órdenes. Las opciones no estaban a la altura de ellos. El renombrado almirante heterocromático, Von Reuentahl, quien, junto con Mittermeier, era uno de los Murallas Gemelas de la Armada Imperial, había despertado una vez más las fantasías intenciones de Yang. Con von Reuentahl en el camino, sería difícil para Yang, a pesar de sus intenciones de rescatar a la capital, seguir adelante.

En el peor de los casos, la fortaleza de Iserlohn sería recapturada (originalmente había sido propiedad del imperio) y acabarían siendo superados por detrás, tan bien como derrotados. Asegurar a Iserlohn y enviar una flota para rescatar a la capital de la crisis, todo esto mientras se enfrenta a un golpe imperial, no sería nada menos que un milagro. Si hacían demandas, ¿se sentirían satisfechos los altos funcionarios del gobierno? Para empeorar las cosas, tenía demasiada integridad como para pensar que sería tratado con amabilidad.

El plan de Yang para defender la fortaleza era el siguiente. Antes de la llegada del enemigo, despacharía una flota desde la fortaleza para tender una emboscada en el corredor, atacaría al enemigo por la retaguardia mientras atacaba la fortaleza y los aplastaría con la ayuda de la fortaleza en un ataque de pinza. Aunque esta fue generalmente una táctica efectiva, las acciones de la Armada Imperial fueron rápidas y sistemáticas, y Yang no tendría oportunidad de burlarse de su inteligente esquema. ¿Cuántos planes e ideas en este mundo se terminaron y terminaron antes de comenzar?

Yang envió la noticia de la incursión a la ciudad de Heinessen. Además, pensaba que no se trataba de un ataque aislado, sino de un eslabón en la cadena táctica más grandiosa del Duque Reinhard von Lohengramm, que, una vez completado, conduciría a un asalto a través del Corredor Phezzan. Yang les dijo que se concentraran en fortalecer sus defensas en el lado de Phezzan.

Aunque sabían que probablemente era inútil, era todo lo que podían hacer. El Comandante en Jefe Bucock probablemente estaba luchando solo en el Comité de Defensa Nacional, y al menos necesitaba el apoyo.

III

Von Reuentahl extendió la flota bajo su mando frente a la fortaleza de Iserlohn, asegurándose de estar fuera del alcance del martillo de Thor, el arma principal de la fortaleza.

Yang no pudo evitar sentirse impresionado por la magnitud de la formación de von Reuentahl. Los grupos de puntos luminosos reflejados en su pantalla eran sistemáticos, abrumando a Iserlohn con su grosor y profundidad.

Lo que significaba que el enemigo no estaba cortando esquinas, incluso en sus desviaciones. Yang no tenía dudas de que, en la primera oportunidad, obtendrían el control del corredor con su colosal fuerza militar, aclamarían a sus tropas amigas que invadían Phezzan y se acercarían a ambos lados. En cuyo caso sería muy difícil para Yang hacer un movimiento. Von Reuentahl probablemente estaba esperando que él hiciera precisamente eso. Si solo hubiera una manera de usar eso contra ellos…

Con sus ojos heterocromáticos, Von Reuentahl miró el globo plateado reflejado en su pantalla. Sus subordinados, su número igual a la población de una gran ciudad, esperaron tensamente a que el comando la bombardee. Por fin, llegó.

“¡Fuego!”

Más de trescientos mil pistoleros lanzaron sus lanzas de luz a la vez. Las paredes exteriores de la fortaleza, hechas de un compuesto cuádruple de acero endurecido, fibra cristalina y supercerámica entrelazada con revestimiento de espejo, emitieron una incandescencia blanca de una lluvia de vigas reflejadas. La fortaleza brillaba como una gema gigante en la oscuridad del espacio, brillaba detrás de las estrellas y enviaba una señal silenciosa a años luz de distancia.

Aunque un gran número de baterías y emplazamientos de armas fueron destruidas por esta gran descarga, la fortaleza en sí misma soportó las crecientes oleadas de energía, colgando casi con orgullo en el espacio.

“No se moverá”.

El vicealmirante jefe de personal, Bergengrün, quedó impresionado por lo que vio en la pantalla.

“No hay razón por la que debería. Pero es nuestro deber hacer una demostración de las cosas. Démosles algo para festejar sus ojos, ¿de acuerdo?”

Aunque el futuro era incierto, von Reuentahl se dedicó a la misión en cuestión, ya que no tenía ninguna intención de ser calificado como incompetente. Porque cuando un hombre que por mero interés propio no cumplió con los deberes que se le asignaron se levantó contra el gobernante supremo, ¿quién lo seguiría? La popularidad fue cultivada a través de logros reales. Puede haber sido una distracción, pero si pudiera llevar a cabo esta misión al máximo, obtendría un verdadero logro, y si derrocara al almirante más ingenioso de las Fuerzas Armadas de la Alianza y recobrara la Fortaleza de Iserlohn, su popularidad y renombre No tendría límites.

“Consígueme al almirante Lutz. Procede según lo previsto con una formación semi-envolvente”.

Al igual que Kircheis antes que ellos, confió tanto en von Reuentahl como

en Lutz. Aunque no es el más dinámico de los hombres, siguieron las órdenes con la mayor eficiencia. También en la Batalla de Kifeuser, cumplieron bien las órdenes, contribuyendo a las grandiosas tácticas de Kircheis y la dramática victoria.

Remolinos de estallido y brillante brillo llenaron la pantalla gigante del centro de comando de la Fortaleza Iserlohn.

Como era su costumbre al emitir órdenes de batalla, Yang se sentó en el escritorio del comandante, puso una rodilla en su regazo, un codo en esa rodilla y apoyó la barbilla en su mano, mirando la pantalla. Aunque Yang no creía que su postura tuviera necesariamente algún efecto en su mente, calmaba su cuerpo y, sobre todo, tranquilizaba a sus subordinados. Y, sin embargo, al verlo sentado allí, con los ojos inyectados en sangre por toda la emoción, por una vez provocó una perturbación en la fe indestructible de sus subordinados. Su comandante a veces tenía que hacer un espectáculo para ellos, pero esta vez estaba realmente agotado.

“La se flota podría lanzar en cualquier momento”.

Estaba más cerca de una apelación que de un informe, pero Yang estaba haciendo que mantuvieran su posición actual y estuvieran alertas. Ya habían sido prevenidos por el avance del enemigo, y Yang quería un poco más de tiempo para ver cómo se desarrollaban las cosas.

Incidentalmente, al considerar posibles interacciones, una sección de la flota imperial se separó hábilmente y adoptó una formación semi-envolvente dentro del alcance del arma principal de la fortaleza. Si lo ignoraron, el enemigo podría aprovecharse de un punto ciego en su campo de tiro.

Yang autorizó el lanzamiento. Pero, al ver que él mismo estaba confinado en la fortaleza, confiaba a Fischer y Attenborough como comandantes de primera línea para informarle del estado de la guerra. Fischer, sin interés, y Attenborough, de muy buen humor, se habían estado preparando para lanzar

desde los puertos principales, pero justo en ese momento, Yang, en un arrebato de brillantez, permitió a von Reuentahl tomar la iniciativa. El almirante heterocromático esperó la aprobación de Yang, respondiendo en segundos.

Su tiempo no podría haber sido más exquisito. Cuando Yang se puso de pie sobre la mesa de mando, las flotas de ambos lados cayeron en un combate cuerpo a cuerpo dentro del alcance de los cañones de la fortaleza. El enemigo y los aliados se mezclaron como piezas de ajedrez, e incluso mientras intentaban atacar al enemigo, detectaron la figura de una nave de consorte que se acercaba por detrás. Era todo lo que podían hacer para eliminar la artillería de pequeño calibre. Muchas de las naves no eran iguales para eso, y se dispersaron en todas direcciones para evitar la colisión y el contacto con el enemigo.

En estas circunstancias, era imposible disparar los cañones de la fortaleza, que destruirían más amistosos que enemigos.

“No está mal, no está nada mal.”

Yang estaba impresionado. Habiendo presenciado tal habilidad táctica refinada, no tenía razón para estar resentido. Se sentó de nuevo en su escritorio y pensó en la mejor manera de aprovechar esta situación. Incluso cuando estaba convencido de que Von Reuentahl tenía la ventaja, se preguntaba si no habría una oportunidad de la que pudiera aprovechar.

Mientras tanto, von Reuentahl estaba observando con calma el progreso de la batalla.

Si las Fuerzas Armadas de la Alianza intentaran rescatar a las suyas, no podrían confiar en las armas y tendrían que desplegar refuerzos desde la fortaleza. Y si crecieran, von Reuentahl necesitaría hacer crecer sus naves en especie.

Si solo pudieran atraer a la alianza a una guerra de desgaste, von Reuentahl estaría en una posición infinitamente mejor. Por otra parte, al tratar con un hombre llamado “Milagroso Yang” y “El mago Yang”, sospechaba que su

oponente aún podría sacar un conejo de su sombrero. Naturalmente, von Reuentahl estaba deseando que lo hiciera.

IV

La flota de Yang, enviada desde la fortaleza bajo el control de navegación de Fischer y bajo el comando táctico de Attenborough, evitó por poco la aniquilación. En el borde exterior de una tormenta cuerpo a cuerpo, las flotas de ambos lados intercambiaron fuego, y bolas de luz aparecieron sucesivamente en la oscuridad del espacio.

Un aguacero incandescente envolvió a la nave de guerra imperial *Schoenberg* , y en el momento en que comprometió la armadura compuesta de la nave y el campo magnético neutralizador de energía, el propio *Schoenberg* se sumó a la luz. Se expandió y se convirtió en una estrella fija a pequeña escala, efímera, antes de dispersarse silenciosamente en todas direcciones. Tan pronto como su pulso brillo se desvaneció, una nueva bola de luz apareció a su lado antes de ser reducida a átomos.

La alianza sufrió daños también. El acorazado *Oxiana* estaba rodeado por tres destructores ágiles, arrojados por hábiles, trabajo en equipo muy unido, y bombardeado con metralla nuclear en el pozo de fuego. La gran nave de guerra se partió desde el interior, retorciéndose en la explosión antes de ser borrada por fin. El buque de guerra *Ljubljana* fue golpeado por dos vigas desde el frente, y la nave se dividió en dos cuando sus brechas se combinaron. Dentro de un círculo formado por las manos unidas de muerte y destrucción, ambas flotas bailaban en lucha combativa, escupiendo fuego.

En esa vorágine, la flota de Yang lanzó nuevas fuerzas. En el puente de la nave insignia de von Reuentahl, *Tristán* , el operador abrió los ojos cuando vio el modelo y el nombre del barco en su computadora.

“¡Es el acorazado *Hyperion* !”

El operador casi dudaba de sí mismo, incluso mientras lo decía.

El joven almirante heterocromático se sorprendió de todos modos. Por supuesto, no expresó nada de eso en su discurso y conducta. Era impensable que el comandante enemigo hubiera salido él mismo. Había oído que Yang tenía recursos, pero ¿tenía lo necesario para dirigir un ejército?

Yang y von Reuentahl tenían treinta y un años. Aunque esto fue una mera coincidencia, el hecho de que ambos se asociaron con el campo de batalla y pudieran presumir de altos rangos y servicios distinguidos a una edad tan temprana era más difícil de creer.

“¡Todos las naves, cargen! ¡A toda velocidad!”, Ordenó von Reuentahl.

Podrían decidir el resultado de un solo golpe. Todo oficial imperial deseaba ser el que capturara y matara a Yang. Fue un logro monumental, y el joven von Reuentahl sintió su espíritu de lucha avivado por la perspectiva.

La nave insignia de *Tristán* encabezó la flota imperial que se apresuraba hacia el *Hyperion* . Pero cuando estaba justo al alcance de los disparos, el operador gritó, y la nave fue sacudida por un impacto sordo cuando una nave enemiga la golpeó desde un ángulo oblicuo.

Una nave de aterrizaje de asalto se había unido a la panza de Tristán con un fuerte electroimán, disparó un taladro y roció un agente oxidante. Después de unos dos minutos, un agujero de dos metros se abrió camino a través de las paredes internas de las naves, a través del cual una unidad de aterrizaje vestida con trajes blindados se vertió en *Tristán* .

Así que ese era el juego de Yang. ¿Acababa de tropezar con un comandante de primera clase, sino incluso más capaz, como von Reuentahl usando un truco de segunda clase? Usando su nave insignia, en la que ni siquiera estaba presente, como señuelo, había atraído a von Reuentahl hacia adelante, estrelló una nave de asalto contra él y se infiltró su nave, tal vez con la intención de convertirlo en prisionero de guerra. El plan había sido propuesto por von Schönkopf.

"¡Alerta de intruso! ¡Alerta de intruso! ¡Prepárense para un contraataque de emergencia!"

En medio del ruido de las advertencias y las sirenas, los combates y el combate cuerpo a cuerpo ya se habían extendido a lo largo del pasillo central de la nave. El regimiento Rosen Ritter, equipado con escudos de espejo compuesto que reflejaban fuego láser, apresuró a soldados enemigos con un heroísmo imprudente y, gracias a sus hachas tomahawk de cristal de carbono, dejó un mosaico de sangre fresca en el piso, las paredes y el techo. Los defensores imperiales no eran menos valientes que los intrusos. Incluso cuando los soldados aplastados por tomahawk cayeron en la muerte, se apoderaron de sus rifles láser, usando su fuerza restante para derribar enemigos con fuego implacable antes de caer en charcos de su propia sangre.

"No importa estos minions. Nuestro objetivo es su comandante. Encuentra el puente", ordenó von Schönkopf a sus subordinados.

Mientras estaba allí, empuñando su hacha de guerra, los soldados enemigos yacían muertos a sus pies, para no volver a moverse.

"No dejes que nadie salga vivo de esta nave. ¡Haz que se den cuenta de su recompensa por imprudencia!"

Este fue el comando del vicealmirante Bergengrün, quien se había hecho un nombre bajo el mando de Siegfried Kircheis. Después de la muerte de Kircheis, se convirtió en el jefe de personal de von Reuentahl, pero como un hombre diligente y de gran inteligencia, se encargó de dirigir este contraataque.

Por orden del jefe de estado mayor, los soldados imperiales asumieron una formación de ataque de pinza a ambos lados del pasaje. Von Schönkopf cargó, derribando a dos soldados enemigos con un giro de su hacha de guerra. Duchado en la sangre de sus camaradas, con otro golpe derribó a tres hombres más que saltaron hacia él. Solo él y otros dos soldados lo lograron, dejando a los otros enredados en un libre para todos.

Ya sea que los llamara camaradas o no, la fortuna estaba de su lado. Al ver a un grupo de soldados corriendo hacia él, abrió una puerta lateral y saltó dentro. Se escucharon gritos de sorpresa cuando dos soldados que asistían a un oficial desenfundaban sus explosivos.

Las vigas se cruzaron en la sala de diez metros cuadrados, y dos hombres a cada lado cayeron al suelo en medio de gritos de corta duración. Dejados en pie en la habitación estaban von Schönkopf y un soldado imperial, quien todavía sostenía el traje que había estado usando para unirse a la lucha.

Al ver que el intruso estaba completamente armado, no lloró pidiendo ayuda, sino que levantó una ceja y se volvió para mirarlo. Además de su extraordinaria audacia, su magnífico uniforme imperial negro y plateado, y en particular el dorado escritorio que solo tendría un almirante, fortaleció las convicciones de von Schönkopf.

“¿El almirante von Reuentahl?”

El joven almirante, que se dirigía a la manera imperial, asintió ante su inconfundiblemente descarado intruso.

“Sí. El perro explorador de la alianza, ¿supongo?”

Su voz era tranquila, lo que agradó mucho a Von Schönkopf. Apretó el agarre en su hacha de guerra. No ofreció rendirse, sabiendo que era inútil.

“Soy Walter von Schönkopf. Tendrá que recordar eso en estos últimos breves momentos”.

Apenas había hablado, su tomahawk rompió el aire.

Von Reuentahl no fue tan tonto como para bloquear el ataque de corte. Su cuerpo largo y bien proporcionado, bajo un control perfectamente consciente, voló dos metros hacia atrás. El tomahawk giró paralelo al piso donde su cabeza había estado solo un momento antes. Cuando von Reuentahl apuntó a su pistola láser, el hacha de guerra pareció desafiar las

leyes de inercia, ya que se desplazaba desde la otra dirección con una velocidad aún mayor. Von Reuentahl se agachó. La hoja de cristal de carbono raspó algunas hebras de cabello castaño oscuro de la parte superior de su cabeza. Von Reuentahl rodó por el suelo y saltó mientras apretaba el gatillo. Un sable de luz brillante habría perforado el casco de su oponente si no hubiera bloqueado el rayo con su hacha de guerra. El mango del tomahawk se dividió bajo su fuerza.

Reducido ahora a un mango roto, el tomahawk voló de la mano de von Schönkopf y golpeó a la pistola laser de la de von Reuentahl. Ambos hombres, ahora desarmados, se miraron, asintiendo al unísono. Von Schönkopf sacó un largo cuchillo de combate de su cinturón. Von Reuentahl saltó hacia el cadáver de un soldado aliado que había captado la esquina de su ojo y le arrebató un cuchillo manchado de sangre.

Pateó el suelo y el cuchillo brilló en un arco vertical. Las cuchillas supercerámicas chocaron, quemando los ojos de sus portadores con chispas. Se apuñalaron, acuchillaron, se derribaron mutuamente y se detuvieron los golpes del otro en una danza igualitaria. Por más que intenten enterrar sus cuchillos en la carne del otro, el impecable equilibrio de su ataque y defensa no se rompió tan fácilmente.

Hubo una serie de pasos cuando el regimiento Rosen Ritter entró corriendo, después de haber encontrado a su comandante. Los soldados imperiales no estaban muy lejos.

El capitán Kasper Rinz derribó a varios soldados imperiales de un lado, bañándose en una niebla de su sangre. Rodó por el suelo. Más soldados dispararon contra los intrusos, usando los cuerpos de sus camaradas caídos como escudos.

Bramidos enojados, sangre fresca y destellos de luz llenaban la habitación. Sin un resultado aún decidido, von Reuentahl y von Schönkopf fueron absorbidos por una oleada de soldados.

A los tres minutos, los soldados de la alianza habían sido expulsados de la sala, y el vicealmirante Bergengrün pudo por fin distinguir la figura de su

comandante.

“Su Excelencia, ¿está bien?”

Von Reuentahl asintió en silencio. Mientras se alisaba su pelo despeinado con una palma, sus ojos desiguales brillaban con autodesprecio. Qué broma había resultado ser esta. Aquí estaba, un comandante de flota, que acababa de participar en un combate cuerpo a cuerpo. A pesar de haber luchado valientemente contra su enemigo, el almirante mayor Ofresser el año pasado, no tenía muchas ganas de sonreír.

“Entonces, ¿esos son los infames Rosen Ritter?”

“Sí, parece que sí”.

“Detener la lucha y retirarse. Estaba demasiado ansioso por ganar y terminé siguiendo el liderazgo del enemigo. Y ahora, debido a que nuestro tiempo estaba apagado, un regimiento ha invadido la nave insignia”.

“No hay excusa para esto”.

“Nunca fue tu responsabilidad para empezar. Yo estaba demasiado exaltado Déjame refrescarme un poco y empezaremos de nuevo”.

Cuando Yang se enteró de esto, reconoció que von Reuentahl no solo era talentoso, sino que también era un comandante de primera clase capaz.

Von Schönkopf, quien había regresado a la fortaleza de Iserlohn en la nave de aterrizaje de asalto, apareció ante Yang con su armadura completa, casco en mano, para dar su informe. Su traje salpicado de sangre, junto con su expresión intrépida, lo hacía parecer un caballero de la legendaria Mesa Redonda.

“Casi lo tenía, pero el pez gordo se escapó. Tuvimos éxito en invadir la nave insignia, así que no todo se perdió”.

“Eso es lamentable”.

“De hecho, y tal vez están pensando lo mismo. Era un oponente digno — un partido parejo en todo momento”.

“Así que no pudimos cambiar la historia después de todo”.

Yang sonrió, y von Schönkopf le devolvió la sonrisa. Ambos sabían que Yang solo estaba bromeando.

V

Von Reuentahl había demostrado una habilidad extraordinaria. Había retirado sus fuerzas de la formación cuerpo a cuerpo y reorganizó un archivo sistemático de tropas. Además, había logrado hacer esto mientras continuaba luchando contra la flota de Yang. Por supuesto, Yang había intentado aprovecharse de la retirada del enemigo, pero sin un hueco a la vista para permitirse el lujo de perseguirlo, abandonó la idea y recibió su flota en la fortaleza. La batalla había terminado en un empate.

Yang se sentó con las piernas cruzadas sobre el escritorio de su comandante, sorbiendo desagradablemente de su taza de té negro. La razón de su expresión hosca no era el estado de la guerra que tenía ante sí, sino el sabor de su té. Las hojas estaban bien, pero lo había empapado demasiado tiempo, por lo que dejó un sabor amargo en la lengua. Recordando lo hábil que Julian había estado preparando té, soltando a Julian pesaba aún más en su mente. Yang sabía que era egoísta por pensar esto.

“Los enemigos superiores están en todas partes,” comentó Caselnes, tomando un sorbo de café que claramente no era de su agrado.

Yang colgó una pierna del escritorio y la pateó ligeramente.

“No debería haber dejado de atacar, pero es uno de los Murallas Gemelas de

la Armada Imperial. Hay algo diferente en él".

Yang nunca escatimaba nada cuando se trataba de felicitar a sus enemigos. Von Schönkopf hizo una pregunta directa: aunque la situación actual se estaba desarrollando hacia una batalla entre la fortaleza y la flota, ¿Von Reuentahl lo pondría en jaque cuando se trataba de un juego de ajedrez entre flotas?

"No lo sé. Kempf debería haber sido inferior a von Reuentahl en términos de flexibilidad táctica, pero quedamos en la cima, aunque apenas. ¿Quién sabe cómo las fichas caerán?"

"Por favor, no digas cosas que me decepcionen. Lo he dicho antes y lo diré de nuevo: creo que puedes derrotar a Reinhard von Lohengramm. ¿Qué pasará si no puedes derrotar a su subordinado?"

"Eres libre de pensar lo que quieras, pero la confianza subjetiva no necesariamente conduce a resultados objetivos".

Yang se estaba hablando tanto a sí mismo como a Caselnes. Cuando se enfrentó al valiente general Karl Gustav Kempf de la Armada Imperial, pensó con seguridad que perdería ante el subordinado de Reinhard, pero de alguna manera las cosas se habían agravado y, como dijo Caselnes, abundaban enemigos formidables.

A raíz de esta confrontación, las fuerzas imperiales mantuvieron discretamente su distancia de la fortaleza de Iserlohn.

Si la Armada Imperial llegaba a algún lugar dentro del alcance de la batería principal de la fortaleza, la fortaleza podía disparar sus armas o enfrentar al enemigo en combate cercano con un ataque sorpresa, pero el enemigo no respondió a su invitación silenciosa. Yang había probado el método ortodoxo de desplegar su flota en pequeños incrementos y mantener el fuego enemigo con la esperanza de atraerlos dentro del alcance de tiro.

Pero la autoridad de von Reuentahl estaba siendo seguida a la carta, sin un solo problema en los movimientos de la Armada Imperial. Al avanzar

repetidamente y retirarse con una sincronización casi artística, sembraron la ansiedad en los corazones de los operadores de la fortaleza.

Más que nunca, von Schönkopf lamentó no haber matado a von Reuentahl cuando tuvo la oportunidad.

El 9 de diciembre, la Armada Imperial lanzó una ofensiva sorpresa. Detuvieron su patrulla fuera del alcance del arma principal de la fortaleza. De esas naves, un grupo de quinientos empleó una táctica de golpear y correr, atacando desde corta distancia.

Fue una misión kamikaze. Si fuera golpeado directamente por el haz de energía de 924 millones de megavatios del Martillo de Thor, esos quinientas naves se vaporizarían instantáneamente. Ninguna velocidad o movilidad sería suficiente para escapar de ella, ya que los cañones periféricos y los emplazamientos de la fortaleza se establecieron para combatir precisamente este tipo de maniobras evasivas. A pesar de ser consciente de esto, von Reuentahl lanzó su ataque. Así, la batalla comenzó de nuevo con mayor intensidad y rapidez.

Las torrecillas de la fortaleza recibieron varios golpes directos, brillando de color blanco y disolviéndose como pilares de sal. Los que apuntaban hacia el cielo disparaban rápidas flechas de energía. Las naves más pequeñas hicieron una picada. Incapaces de sacudir el agarre de la gravedad artificial de Iserlohn, giraron en la pared exterior de la fortaleza y explotaron. Cuando una ola se retiró, la siguiente se apresuró a tomar su lugar, atacando el muro exterior con un aguacero continuo.

Treinta minutos más tarde, la Armada Imperial había perdido más de dos mil naves, mientras que Iserlohn había registrado más de doscientos informes de daños. Las órdenes de Von Reuentahl eran sutiles. Con envidiable ingenio, sus naves se acercaron a un punto ciego de las torrecillas de la fortaleza e hicieron una pequeña brecha en el muro exterior de la fortaleza al concentrar toda la potencia de fuego. La abrieron, como bisturí para herir.

Aunque no fue una herida fatal, fue suficiente para dañar los nervios del lado defensor. Yang fue abrumado tácticamente.

Aunque Yang había estado esperando esta batalla, von Reuentahl había tomado la iniciativa desde el principio. Los ataques de Von Reuentahl resistieron todo lo que se les ocurrió, y la destreza con la que cuidó sus heridas no tuvo rival. Este no fue el trabajo de un artista creativo, sino un ingeniero meticuloso que ordenó los planos colocados en su escritorio. Frederica estaba secretamente preocupada, porque Yang era claramente deficiente en su brillo y vitalidad habituales. Aunque el fracaso no era seguro, tampoco estaba lejos.

“Nunca antes había luchado en una batalla tan aburrida”, dijo el teniente comandante Olivier Poplin, mientras comía en el comedor de los pilotos, todavía con su uniforme.

Cuando se lanzaron, el enemigo no se acercó, y si el enemigo atacó, no era su turno. No era nada más que una batalla de artillería dejada en el sólido muro exterior. No hubo ningún disfrute en esto para un hombre de la disposición de Poplin.

“No puedo envolver mi cabeza en torno al comportamiento del enemigo. ¿No están simplemente jugando con nosotros? ”

Ivan Konev miró a su compañero, esperando que sus dudas fueran validadas. Poplin derribó su pan y salchicha de cerdo con un poco de cerveza ligera antes de responder.

“Prefiero a un hombre que trata la guerra como un juego”.

“Esto no es una cuestión de sus preferencias. Estoy preocupado por lo que el imperio tiene bajo la manga”.

“Lo sé, pero por mucho que te preocupes, puedes estar seguro de que nuestro comandante ha estado preocupado por eso durante mucho más tiempo. Obtiene cero puntos como amante, pero como estratega nadie

puede superarle. Este patán”.

“¿A diferencia de ti?”

Konev pensó que este cinismo podría molestarlo, pero el joven as que alardeaba más de su pilotaje en la cama que en el aire se rió con calma.

“No soy tan presumido. Soy más de una cantidad por encima de la calidad del tipo. El filantropismo es un demérito para alguien como yo”.

Como señaló Poplin, Yang conocía los verdaderos motivos de la Armada Imperial. Pero sabiendo que no podía hacer nada al respecto, hundió su corazón en el fondo de un océano pesado. Así como Yang había discernido la estrategia y el plan táctico de Reinhard durante el golpe de estado del año pasado, así lo hizo esta vez. Pero ¿a qué efecto? ¿No era mejor ser el actor que el predictor? ¿No garantizaba eso una vida mucho más significativa?

Si Julian hubiera estado allí, le habría dicho: “No sirve de nada estar deprimido”. Y Yang estaba realmente deprimido. Tanto que quería gritar: “¡¿No sabes lo que pasará con la Alianza de Planetas Libres?!” Quería a ese chico de cabello rubio a su lado más que nunca. Lamentó profundamente dejar ir a Julian. Aún más desconcertante era que no tenía forma de medir si su arrepentimiento que era bien fundado.

VI

El ataque de Von Reuentahl contra Iserlohn terminó en un fracaso el 9 de diciembre. A pesar del daño, Iserlohn demostró una vez más su impregnabilidad y von Reuentahl retiró su flota. Pero este fue un desarrollo superficial, y uno que había sido anticipado. El objetivo de la Armada Imperial había consistido en provocar un ataque a gran escala en Iserlohn, y luego dar a conocer su fracaso en toda la alianza y en Phezzan.

Aquí, una obra épica pero amarga estaba siendo puesta en escena. El gobierno de la alianza y su gente engañarían a Phezzan y, en una actuación destinada a causar juicios erróneos, escribirían un guión que aceleraría un cambio histórico.

El comandante de las fuerzas de invasión Iserlohn de la Armada Imperial, el almirante senior Oskar von Reuentahl, transmitió la inmensidad de las defensas de Iserlohn y la resistencia a la capital, y solicitó refuerzos a Reinhard von Lohengramm. Reinhard expresó su pesar por la dura lucha de von Reuentahl y transmitió a los oficiales de más alto rango de la Armada Imperial su intención de capturar a Iserlohn en una acción rápida. El almirante mayor Wolfgang Mittermeier, el almirante Neidhart Müller y los otros en espera en las regiones estelares que rodean la capital recibieron órdenes de lanzamiento.

"Diríjanse al corredor Iserlohn y cumpla con su deber de la manera más eficiente posible. Si necesita más personal, personalmente partiré de la capital y me uniré a sus filas".

"Como desées. Lo daremos todo. "

Los almirantes sabían que el mandato de Reinhard contenía un falso nombre propio.

Se dirigía a un corredor completamente diferente.

Reinhard vio a Mittermeier y a los demás cuando salían del puerto espacial militar. Junto a él estaba su secretaria, Hildegard von Mariendorf, o Hilda, quien observaba la nave insignia de Mittermeier, *Beowulf,* borrando las estrellas mientras se abría paso a través de la atmósfera superior.

"Ha comenzado, ¿no es así?"

Al ver a Hilda allí de pie, vestida con su uniforme negro y plateado, y tratada por todos como un comandante, Reinhard asintió con entusiasmo infantil.

“Sí, es el principio del fin, fräulein”.

Mientras estudiaba a Reinhard, la imagen de su primo, el barón Heinrich von Kümmel, vino inmediatamente a la mente. El noble de dieciocho años padecía una enfermedad conocida como disbolismo congénito y, como Reinhard, era incapaz de hacer que sus diseños para el universo despegaran. Por el contrario, apenas podía soportar su propia vida por sí mismo. Antes de su partida, Hilda se había prometido pagarle a Heinrich una visita. Ella siguió la línea de visión de Reinhard otra vez, mirando hacia el cielo nocturno.

Más allá de donde sus ojos podían ver, un océano de estrellas que pronto serían conquistadas se extendía ilimitadamente ante ellos.

CAPÍTULO 09: PHEZZAN OCUPADA

I

LA FLOTA DE ADMIRAL MAYOR Wolfgang Mittermeier dejó la capital de Odín, presumiblemente hacia el Corredor Iserlohn. La mayoría de los oficiales y hombres estaban convencidos de esto, pero a medida que su marcha avanzaba, algunos comenzaron a tener dudas. Estaba resultando claro para el oficial de control de navegación que se estaban alejando de Iserlohn con cada deformación. Y mientras al principio parecía que se lanzaban sin rumbo a través del espacio, gradualmente las letras en sus cabezas formaron un solo nombre: Phezzan. Era el único lugar fuera de Iserlohn que estaba más allá del territorio imperial. Ellos no podían creerlo.

El 13 de diciembre, sus sospechas se confirmaron cuando la historia completa de la Operación Ragnarök, conocida hasta entonces solo por los almirantes, fue anunciada a las tropas. Desde el puente del buque insignia de *Beowulf,* el almirante senior Mittermeier hizo su anuncio a toda la flota a través de la pantalla de comunicaciones.

“No vamos al corredor Iserlohn, sino al corredor Phezzan”.

Cuando los dos millones de soldados que escuchaban la voz de Gale Wolf captaron su significado, se agitaron con una conmoción febril. Mittermeier continuó, como para suprimir esto.

“Nuestro objetivo final, por supuesto, va más allá de la ocupación de

Phezzan. Usaremos a Phezzan como nuestra base de retaguardia, pasaremos por su corredor y superaremos a los rebeldes que presumen de llamarse la Alianza de los Planetas Libres, poniendo fin a un conflicto de divisiones que ha sacudido a la humanidad durante siglos. Es por eso que hemos lanzado. No estamos aquí simplemente para mandar y conquistar, sino para pasar la página de nuestra historia colectiva”.

Tomó aliento, luego continuó.

“Por supuesto, no va a ser fácil. El territorio de la alianza es vasto. Tienen muchas tropas estacionadas listas y un destacado comandante para dirigirlas. Pero tomar el control del Corredor Phezzan nos coloca en una posición abrumadoramente ventajosa. Tengo mucha fe en su coraje”.

Y así, la flota Mittermeier estableció un rumbo para Phezzan, montando la ola de su propia euforia.

El carguero de minerales dedicado de Phezzan, *Easy Money* , fue, por primera vez en seis años, completamente cargado con carga preciosa y rumbo a casa. El equipo, catorce fuerte, confió su operación a una computadora de navegación, y mientras se divertían jugando a las cartas y al ajedrez, de su boca brotaban los olores del alcohol y los sueños. Entre ellos había un hombre, cheque en mano, que planeaba casarse con su amante después de que regresaran. Su ociosidad y calma, sin embargo, quedaron destrozadas por una visión sorprendente en la pantalla principal del operador: grupos de puntos de luz hechos por el hombre que parecían durar para siempre.

Los tripulantes se miraron, pero en ninguna cara se escribió una respuesta satisfactoria. Tres minutos después, el operador hizo un anuncio a sus compañeros.

“¡Una flota imperial! Diez mil, no, *veinte* mil naves. Pero ¿por qué una flota imperial estaría aquí fuera? Se supone que esta es una zona espacial desmilitarizada”.

La tripulación estalló en un coro de voces agitadas. El astrogador normalmente reticente fue el primero en proponer una explicación.

“El enemigo significa invadir el Corredor Phezzan. Todos pensamos que iban a Iserlohn, pero parece que nos han atrapado”.

Casi sonaba como si alguien estuviera diciendo una mala broma, pero debajo de la delgada corteza de su ira burbujeaba un magma de inquietud y miedo.

“¿Así que tienen la intención de ocupar a Phezzan por la fuerza militar?”, Preguntó alguien, esperando un no que nunca llegaría.

“¿Qué más podría ser?”

“¡¿Cómo puedes estar tan tranquilo?! Ésto es una emergencia. Debemos alertar a Phezzan de inmediato”.

Pero para entonces, más de diez destructores y naves de patrulla de alta velocidad dirigían sus lazos hacia *Easy Money* . Enviaron órdenes para detener sus naves cuando se acercaban. Un dilema impensable les esperaba. Incluso la gente de Phezzan, que se suponía que tenía dones de audacia más que suficiente, estaban asustados por estas circunstancias imprevistas y no podía determinar una contramedida inmediata.

“Pasará un tiempo antes de que los destructores abran fuego. No hay tiempo que perder. Escapemos mientras podamos”.

“Imposible. Nos alcanzarían en un abrir y cerrar de ojos “, dijo el astrogador, negándose a entretener al optimismo. “E incluso si logramos escapar, terminaremos teniendo que reunirnos con la Armada Imperial en Phezzan de todos modos. En cuyo caso, haríamos mejor para hacer una impresión de conformidad”.

“Pero, ¿por qué ha llegado a esto? Solía pensar que Phezzan y el imperio seguirían coexistiendo, pero…”

“Supongo que los tiempos han cambiado.”

Se vieron obligados a admitir que no eran más que la audiencia separada de un drama histórico. Después de trabajar de manera diligente y concienzuda sin vacilar, acumular su riqueza y regresar a casa con la esperanza de vivir sus vidas al máximo, las cosas ahora habían tomado un giro diferente. La historia había cambiado y los tiempos con ella. A medida que su nación había crecido, también caería.

Aunque el control de *Easy Money* había sido revocado, su seguridad estaba garantizada cuando la tripulación regresó a un Phezzan rodeado de naves de la Armada Imperial. Si intentaran escapar, serían diezmados en un instante. Nadie superó al lobo de Gale. La perspectiva de estar protegido por los veinte mil naves de la flota imperial no era nada feliz. Medio día después, la nave mercante de Phezzan, *Caprice* , también se enredó en la red de vigilancia de la Armada Imperial y fue detenida para detenerlo:

“Si no lo haces, dispararemos”.

Pero la tripulación de *Caprice* era mucho más valiente que sus aliados a bordo de Easy Money.

O mucho más tonto. Sin tener en cuenta la señal, comenzaron su fuga en serio.

Cuando se ignoró la señal por cuarta vez, incluso Mittermeier no pudo decidir qué hacer. Treinta segundos después, las estrías de luces puras y blancas atravesaron la oscuridad eterna, incinerando a *Caprice* .

Los tripulantes que miraban en la pantalla principal de *Easy Money* agacharon la cabeza decepcionados. Sabiendo que habían tomado la decisión correcta tan bien como sabían que *Caprice* había hecho la equivocada, sin embargo, habían orado por el éxito de su encomiable intento de escape.

El 24 de diciembre, la flota de Mittermeier alcanzó la órbita satelital de

Phezzan.

En su camino, capturó sesenta naves mercantes que encontró en el Corredor Phezzan y se vio obligado a destruir a la mitad. Para Gale Wolf, que había esperado un enemigo más heroico, era una expedición totalmente insatisfactoria, pero podía mirar hacia adelante con una magnitud mucho mayor. A pesar de las tácticas de distracción, era difícil hacer un juicio rápido sobre quién tenía más suerte: él o su compañero Oskar von Reuentahl, que había bailado con Yang Wili. En cualquier caso, Wolfgang Mittermeier pasaría a la historia como el primero en invadir este corredor desde el establecimiento de Phezzan.

En el puente de su nave insignia, *Beowulf,* Mittermeier observó el procedimiento de aterrizaje en la superficie del planeta en su enorme pantalla. Las advertencias vinieron de la torre de control de Phezzan.

“Esto es Control. ¡Por favor absténganse! Estás en espacio aéreo restringido. Repito: esto es control. ¡Deben abstenerse!”

Esas advertencias fueron ignoradas. La flota bajo el mando del vicealmirante Bayerlein ya había roto la órbita del satélite y estaba avanzando a través de la atmósfera hacia la superficie. Bañada por la luz del sol, la flota brilló en una espiral cerrada que parecía un collar de perlas que se deshacía en todo el planeta. Era extrañamente hermoso.

“¡Ponte en contacto con la oficina de Landesherr rápido! La flota imperial ha entrado a la atmósfera. ¡Es una invasión!”

La torre de control de Phezzan estaba acosada por el pánico, revelando así la fragilidad de una sociedad que, no agresiva durante más de un siglo, había sido construida por aquellos que, en su complacencia, habían olvidado cómo era una crisis. En medio de los gritos histéricos y los pasos desordenados, uno de los controladores tiró sus auriculares sobre la mesa, rasgándose el cabello y maldiciendo para sí mismo.

“¿Por qué demonios no nos enteramos de esta situación?”

Muchos Phezzanese abajo también maldijeron el cielo. Al igual que lanzar los brazos alrededor de un holograma, era un comportamiento instintivo pero inútil.

En la superficie de Phezzan, incluso a la mitad del mundo sumergido en la oscuridad de la noche, se estableció un pandemónium. Los niños apuntaron al cielo con gritos de comprensión incompleta, mientras que los adultos siguieron su ejemplo, con los ojos fijos.

Julian lo vio todo cuando innumerables puntos de luz abrumaban el profundo cielo índigo en un plano diagonal. Él acababa de salir a las calles vestido de civil cuando sucedió. Sintió que lo estaban siguiendo — ya sea por un Phezzanese, alguien de la oficina del comisionado o un compañero — no podía decirlo, pero eso ya no importaba.

Había comenzado por fin. Julian lo sabía. La Armada Imperial iba a ocupar a Phezzan y la usaría como base de retaguardia para invadir el territorio de la alianza. La predicción del almirante Yang se había hecho realidad después de todo. Intentó detenerlo, pero fue en vano.

Cuando los gritos de conmoción de la gente fueron filtrados por sus tímpanos, Julian giró sobre sus talones y, tratando de no chocar con nadie, corrió a la oficina del comisionado.

II

“La Armada Imperial ha invadido Phezzan. El puerto espacial central ya ha sido ocupado”.

Cuando esa noticia llegó a la ciudad, Landesherr Adrian Rubinsky no estaba en su oficina ni en su residencia oficial, sino en su residencia privada. El techo era alto en el espacioso salón del segundo piso, algunas pinturas al óleo colgadas en las paredes, y los accesorios estaban hechos en

un estilo rococó antiguo. En una pared había un enorme espejo que medía dos metros por lado. Extravagante, sí, pero uno no podía negarlo, reflejaba un estilo personal.

Incluso después de enfrentar una derrota segura por la invasión rápida y decisiva de Reinhard de Phezzan, Rubinsky se parecía a todo menos a un perdedor, relajándose como estaba en un sofá, bebiendo tranquilamente de su copa de vino. El hombre sentado en el sofá de enfrente abrió la boca.

“¿Has escuchado, Landesherr, Su Excelencia?”, Dijo Rupert Kesselring.

“Lo he oído.”

“La hora final de Phezzan está cerca”.

Nadie pensó que esto sucedería, pensó Rupert Kesselring. De hecho, ni siquiera había imaginado que en este año, SE 798, vería a oficiales imperiales pisando suelo de Phezzanese.

“Podemos esperar que Boltec venga montado en su caballo en cualquier momento, respaldado por la Armada Imperial, para arrebatarle su posición y asumir un poder de autoridad que no está preparado para manejar”.

Rupert Kesselring sonrió fríamente ante el rostro familiar reflejado en su vino.

“Tu tiempo se ha acabado. Ocupaste tu puesto durante siete años, lo que te convierte en el Landesherr de vida más corta de todos los tiempos”.

“¿Es eso una garantía?”

“Solo en ese punto, tengo la misma opinión que Boltec. Los actores que han desempeñado su papel y que aún continúan acaparando el escenario se interponen en el camino de los que lo siguen. Es hora de que hagas su salida”.

Si alguien más le hubiera hablado así, Rubinsky habría considerado lanzar

una daga dentro de él en ese momento. Adrian Rubinsky no se inmutó. El zorro negro de Phezzan puso su copa de vino en una mesa auxiliar y le acarició la barbilla magra con una palma.

“También tienes la misma opinión que el Duque von Lohengramm, quien cree que soy más difícil de tratar que Boltec. Debería estar honrado”.

“No pensé que tratarías de glorificarte tanto”.

La voz y las palabras de Rupert Kesselring habían pasado de ser rencorosas a vulgares. De su expresión, también, se había quitado el disfraz de cortesía, y el odio desenfrenado que brotaba de su crisol interno enrojeció su cara agraciada y venenosa. Si Kesselring hubiera sido un hombre tímido, no podría haber mirado a Rubinsky a los ojos. Lo peor de la emoción humana se había catalizado en ambas partes y parecía estar experimentando un cambio químico en algo aún más oscuro. Sonriendo, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y le quitó algo, lenta y deliberadamente. Agarrado en la mano de Rupert Kesselring había un desintegrador, la boca del arma apuntaba a Rubinsky. El Landesherr lo miró con desprecio.

“Realmente no tenía idea. Tener tal interés en un cadáver es bastante morboso, ¿no crees?”

“Entiendo, así que tan pronto como llega la oportunidad, ¿Muestras tus colmillos?”

Rubinsky parecía bastante impresionado.

“Bueno, no puedo decir que no fueras listo para aprovechar una oportunidad, pero no nos adelantemos, ¿de acuerdo?”

“Pensaste que, incluso si me dieras la oportunidad de cambiar las cosas, no habría necesidad de dudar sobre la modificación del plan original, ¿verdad, Landesherr, Su Excelencia? Probablemente habrías dicho que el éxito depende completamente de la corrección”.

“Tal vez sea así, pero no hay necesidad de ensuciarse las manos, Rupert”.

Al ser llamado por su nombre de pila, el rostro de la joven ayudante se puso rojo. Su enojo y malestar estimuladas todas las venas en la superficie de la cara. Tomó aliento para calmarse. Parecía que las palabras que quería decir en represalia a su padre abusivo no saldrían tan fácilmente.

“Voy a derribar la idiotez de Boltec de alguna manera. Pero estás en el camino de que yo me convierta en amo de Phezzan, no obstante. Eres un hombre que vive para engañar a los demás. Si resuelvo las cosas contigo aquí mismo, no solo me sentiré cómodo, sino que también contribuiré al bienestar del público en general”.

Había considerado capturar a Rubinsky y entregarlo a la Marina Imperial, pero el Duque von Lohengramm, que ya tenía a Boltec en la palma de la mano, no tendría ningún uso para Kesselring. Era más probable que lo trataran como un traidor, junto con Rubinsky, y lo trataran en consecuencia. Quería reunir a la gente de Phezzan en nombre del renacimiento. En cuyo caso, la existencia de Rubinsky, que era más popular que él, se interpondría en el camino. Cuando llegó a esta conclusión, su interés personal era sólido y ya no podía dudar de los sentimientos negativos que tenía hacia su padre.

“Pero Rupert…”

“¡Cállate! No me llames familiarmente. ”

Rubinsky volvió a cruzar con calma sus piernas, mirando con ojos inexpresivos su propia carne y sangre.

“Soy tu padre. Harías bien en dejarme llamarte por tu nombre.”

“Padre, es este…? ”

Rupert Kesselring casi se ahoga con la palabra. Tosió y se aclaró la garganta.

“¿Padre? Si vas a decir padre, entonces podrías también…”

El torrente de emociones en su interior le había robado sus palabras. El joven ayudante apretó el gatillo de su pistola.

El espejo en la pared dejó escapar un grito agudo cuando su superficie se rompió, enviando relucientes fragmentos volando en todas direcciones. Con una mirada de sorpresa, Rupert Kesselring se volvió para enfrentarlo. Tres rayos de luz brotaron de ese brillo brillante y fueron absorbidos por el cuerpo de Kesselring.

El joven ayudante, con el desintegrador todavía en la mano, realizó una danza corta pero violenta. Un momento después, Rupert Kesselring cayó al suelo y se quedó quieto como si alguna mano invisible gigante lo hubiera golpeado.

“Parece que me has subestimado un poco, Rupert”.

Rubinsky se levantó del sofá y miró a su hijo, que no estaba impresionado pero un poco pensativo.

“Sabía que tenías toda la intención de matarme. Ese era tu objetivo al venir aquí esta noche, ¿verdad? Por eso estaba preparado”.

“¿Por qué…?”

“Siempre dije que eras ingenuo. ¿De verdad creíste que Dominique estaba de tu lado?”

“¡Esa puta!”

Requería un esfuerzo colosal por parte de Rupert solo para escupir esa maldición. En su campo de visión, que estaba perdiendo luz y color, varias figuras indistintas salieron de donde había estado el espejo, como si fueran habitantes de alguna tierra de cuento de hadas detrás de él. Habían sido ocultados por un espejo de una sola dirección, esperando el momento adecuado para proteger a su Landesherr. Rupert había cometido el error de luchar en el territorio de su padre.

“Siempre me pareciste de la peor manera. Si solo hubieras frenado tu ambición y codicia un poco más, podría haber entregado mi posición y autoridad en mi lecho de muerte. Lo sabías todo, pero no sabías esperar por tu oportunidad”.

La energía de su malicia brillaba débilmente en los ojos del joven.

“Nunca pensé que me entregarías ninguna sola cosa”.

La espuma roja que brotaba de una esquina de la boca de Rupert hacía que su voz fuera casi ininteligible. Los lugares donde había sido herido estaban extrañamente calientes, mientras un escalofrío se deslizaba como un animal nocturno desde las puntas de sus extremidades hasta el centro de su cuerpo. Cuando alcanzara su corazón, su futuro se perdería para él.

“Yo te lo habría quitado. Yo habría tomado todo. Esa fue mi decisión. No te dejaría nada. Ni siquiera yo…”

Su murmullo lleno de odio se detuvo, y Rupert Kesselring se quedó inmóvil. Dejando muchas estrategias y planes sin terminar, el hijo de Rubinsky había salido del escenario antes que su padre.

“Landesherr, su Excelencia, ¿qué debemos hacer ahora?”, Preguntó uno de los guardias de Rubinsky con cierta vacilación.

No sabían los verdaderos colores del que habían matado. Por detrás del espejo, no sabían la naturaleza de su conversación. Pero no pudieron evitar estar vagamente conscientes de una relación poco común entre los dos. Fue suficiente para hacerlos sentir incómodos.

Rubinsky se volvió hacia el que había preguntado. Al sentir una coerción casi física al ser mirado, movió su robusta construcción un paso atrás. Un destello en el ojo de Rubinsky se apoderó de una mano helada alrededor del corazón del guardia, pero un momento después se desvaneció, y Rubinsky volvió a su ser descarado pero digno de confianza, con una voz llena de convicción.

“El presidente de la Alianza de los Planetas libres, Trünicht, se escondió a salvo hasta que terminó el golpe de Estado. Sigamos su ejemplo”.

III

Mittermeier había establecido una sede temporal en el interior del edificio del puerto espacial central de Phezzan.

“He recibido noticias de la oficina del comisionado imperial”, anunció su ayudante, el teniente comandante Kurlich. “Teme represalias por parte de los insurgentes hostiles a la ocupación de nuestra flota. Están solicitando una unidad de guardia”.

“¿Apenas hemos llegado, y ya están haciendo pedidos? Bien, entonces, tengan un batallón de tropas de tierra envíalos en camino. Si tienen tanto miedo de mostrar sus caras, no hay necesidad de que vengan a saludarnos”, dijo Mittermeier con una sonrisa irónica.

Reunió a los oficiales de su personal para entregar su primera orden a Phezzan.

Se reconfirmaron los objetivos de supresión. La oficina de Landesherr, la oficina del comisionado de la alianza, la oficina de navegación, el centro de transmisión pública, la oficina central de comunicaciones, seis puertos espaciales, el centro de control de distribución de mercancías, la sede de la policía de seguridad, el centro de control de tráfico terrestre y el centro de energía de hidrógeno fueron los principales objetivos Con estos bajo control, tendrían posesión del cerebro y el corazón de Phezzan, para hacer lo que quisieran.

“El más importante de estos son la oficina de Landesherr, la oficina del comisionado de la alianza y la Oficina de Navegación. Debemos obtener acceso a esos sistemas informáticos y tener en sus manos sus datos. El

fracaso no es una opción. ¿Entendido?”

Bayerlein, Büro, Droisen y Sinzer asintieron nerviosos en respuesta al brillo en los ojos de su comandante, comprendiendo bien la gravedad de su misión.

En el pasado, cualquier cantidad de fuerzas expedicionarias habían sido obligadas a retirarse en derrota debido a información inadecuada sobre la geografía del territorio de la alianza.

Pero si pudieran ganar el control de la oficina de navegación y las computadoras de la oficina del comisionado de la alianza, neutralizarían los combates con un enemigo que se jactaba de tener ventaja local sobre el vasto y desconocido terreno del planeta. Con Phezzan como base de retaguardia y esta información en la mano, podrían librar la guerra en igualdad de condiciones. Para Reinhard, que pretendía dominar todo el universo de una sola vez, esto era un requisito previo.

Tampoco se podría ignorar las dimensiones mentales en juego. Si esa información tan importante sobre la geografía, el ejército y la economía de su propia nación cayera en manos del enemigo, incluso la alianza no podría detener una perturbación.

Al completar su invasión de Phezzan, el imperio había decidido una victoria estratégica contra la alianza, que había centrado su atención en el Corredor Iserlohn. Incluso si el Yang Wen-li de la alianza era un genio táctico, al menos tenían control sobre su entorno inmediato.

Mittermeier declaró además que estaba prohibido asesinar a civiles, la violencia sexual contra las mujeres y el saqueo de cualquier tipo, y que cualquier delincuente sería condenado a muerte por un pelotón de fusilamiento después de un juicio sumario.

“No piense que Wolfgang Mittermeier volverá a cumplir su palabra. Cualquiera que se atreva a herir el honor de la Armada Imperial recibirá su justa recompensa. Y no lo olvides”.

Sus oficiales de personal hicieron lo que se les dijo. Para sus subordinados, Mittermeier podía ser glaamoroso y acogedor, pero era un superior que no tenía piedad cuando se trataba de la delincuencia. El pensamiento del castigo los hizo estremecerse. En el momento del antiguo régimen, él mismo había ejecutado a un subordinado que había asesinado a un civil durante un robo. Esto había sido considerado como un problema, y había sido juzgado por personas celosas de que alguien de su origen común pudiera llegar a ser tan distinguido. Reinhard había levantado el traje y lo había adelantado, absorbiéndolo en el almirante. Mittermeier se vio obligado a hacer el bien como receptor del favor del joven maestro.

Su comando fue ejecutado favorablemente ya que, uno tras otro, las ubicaciones clave de Phezzan fueron suprimidas por la Armada Imperial. La Oficina de navegación fue la primera en ser tomada y sus computadoras fueron confiscadas, una extensa base de datos de navegación y todo.

Lo siguiente que se ocupó fue la oficina de Landesherr, aunque el maestro del edificio no estaba a la vista. Y mientras se enviaba una fuerza separada a su residencia privada, esto solo produjo el cadáver de un joven en el salón del segundo piso y un espejo roto de una sola dirección. Identificaron al hombre como el ayudante de Landesherr, Rupert Kesselring, pero tendrían que esperar antes de que pudieran juntar las circunstancias que rodearon su asesinato.

Un grupo de fuerzas terrestres con un número de seiscientos, liderado por el Capitán Gläser y dividido en 120 vehículos blindados móviles, se dispuso a ocupar la oficina del comisionado de la Alianza de Planetas Libres en Phezzan. Bajaron a toda velocidad por la arteria principal de la ciudad. Normalmente, habría habido una gran cantidad de tráfico peatonal, pero la mayoría de las tiendas estaban cerradas, y solo se encontraban con miradas de miedo y rabia.

Cuando llegaron a la oficina del comisionado de la alianza, el capitán tenía el edificio rodeado por los cuatro lados. Descendió de su vehículo y se paró frente a la puerta principal.

Justo en ese momento, un haz de partículas cargadas se disparó desde el

edificio al suelo a sus pies, levantando humo blanco y fragmentos de pavimento cerámico.

“Bueno, eso fue inútil”, dijo Gläser con una sonrisa fría.

Levantó una mano e indicó a uno de sus vehículos blindados que apuntara con su pistola de calor de doble cañón hacia el edificio. Una vez alineado, disparó dos flechas rugientes de llamas naranjas al nivel del suelo del edificio. El vidrio duro se rompió, y el humo y el fuego parecían luchar entre sí por el dominio a medida que surgían del agujero dejado atrás.

No vino el fuego de vuelta. Si alguien estaba dentro, estaban siendo inusualmente tranquilos. Gläser, fiel a su entrenamiento, consideró la posibilidad de una emboscada, pero un dispositivo de medición infrarrojo sería inútil con todo el fuego.

Después de un acercamiento cuidadoso, sus hombres se apresuraron a entrar, pero ni un minuto más tarde, uno de los soldados salió corriendo.

“Capitán, el edificio está totalmente desierto”.

Cuando se le preguntó quién había disparado contra ellos, el soldado señaló la ventana del segundo piso.

El capitán chasqueó la lengua cuando vio el mecanismo automático de disparo. Un rifle de partículas cargadas había sido instalado en la ventana, operado por un interruptor temporizador. El capitán maldijo a la persona inteligente con la que estaban tratando. Ordenó a sus hombres que apagaran el fuego y se dirigió a la sala de computadoras con su ingeniero a cuestas.

Después de juguetear con la computadora, la cara del ingeniero se puso pálida cuando se volvió hacia el capitán. En el momento en que vio esto, el capitán supo que no había cumplido con la tarea más importante de esta misión. El sonido de sus dientes apretados llenó el aire de inutilidad, luego se disipó.

Siendo un militar de nacimiento, Mittermeier era ignorante en lo que se refiere a economía, pero sabía lo suficiente como para pisar con cuidado. Por el momento, los bancos permanecieron abiertos y las empresas funcionaron como siempre, para alivio de la gente. A pesar de su animosidad hacia la Armada Imperial, tenían que seguir viviendo, y sus circunstancias económicas actuales eran preferibles a la alternativa.

De la misma manera, Mittermeier envió una ordenanza, declarando que cualquier persona que participara en el acaparamiento o en la especulación de precios sería severamente castigada. Una hora después del anuncio, muchas de las nuevas etiquetas de precios que las tiendas acababan de hacer se volvieron obsoletas. Con un solo movimiento, Mittermeier había aplastado el espíritu comercial robusto de la gente de Phezzanese.

En el vigésimo octavo, Neidhart Müller del segundo regimiento llegó a Phezzan. Los subordinados de Mittermeier dieron la bienvenida con júbilo a su aliado. Mientras los ciudadanos de Phezzan, más animados, miraban con odio, menos resignados, mientras más de un millón de tropas imperiales se añadían a la ocupación. Müller estrechó las manos firmemente con Mittermeier, quien salió a saludarlo.

Mientras tanto, los puertos espaciales de Phezzan habían caído bajo control imperial, y todas las operaciones de vuelo de pasajeros fueron suspendidas. Nadie podía abandonar la superficie de Phezzan, al menos oficialmente, lo que significaba que Landesherr Rubinsky y el comisionado se escondían en algún lugar del planeta.

El historial de Mittermeier como gobernador militar era casi perfecto, pero eso no significaba que fuera sin defectos. Justo antes de la llegada de Müller, surgió un incidente relacionado con la violación de una mujer civil por parte de un pequeño grupo de sus soldados. Junto con su dignidad, el anillo de compromiso de zafiro estrella de la víctima había sido robado. Por orden de un enfurecido Mittermeier, los perpetradores fueron descubiertos a la vez. El Lobo de Gale se disculpó con la víctima, devolvió el anillo y, con el poder invertido en él como comandante, condenó a muerte a los tres hombres.

La ejecución pública se llevó a cabo en la plaza de Santa Teresa. Extremo, tal vez, pero había que hacerlo. Rescatar abiertamente la ejecución significaría perder la confianza de los ciudadanos bajo la ocupación, y si la ejecución se llevara a cabo en secreto, la gente se preguntaría si los perpetradores no habían sido dejados de lado. En cualquier caso, tuvo que aplacar los nervios del pueblo y eliminar cualquier posibilidad de resistencia civil.

El líder de la unidad de los perpetradores suplicó tímidamente su indulgencia, pero Mittermeier se mantuvo firme.

“Dije que nunca iría contra mi palabra. ¿O mi palabra significa tan poco que no estabas escuchando? ”

Después de presenciar la ejecución de primera mano, Mittermeier se dirigió al puerto espacial central para dar la bienvenida a su compañero de armas. Müller estaba agradecido de ser recibido por alguien de un rango superior como Mittermeier, y lo felicitó por ser tan prudente en su gobierno.

“Bueno, hasta ahora”, respondió el lobo de Gale.

Phezzan se estaba comportando a causa de las circunstancias extremas. Pero tarde o temprano podría esperar que los disidentes salieran de la madera. En ese caso, el Duque von Lohengramm estaba seguro de tomar las medidas apropiadas.

“En cualquier caso, me sentiré incómodo si no peleo”, concluyó el militar de nacimiento.

IV

Un niño, vestido casualmente con un suéter y pantalones vaqueros, corrió

por un callejón trasero, donde nunca se había visto a su clase. Su cabello liso y largo, rasgos faciales que hacían que las niñas de su edad giraran sus cabezas, ojos de color marrón oscuro y un cuerpo bien proporcionado y en forma pintó la imagen inconfundible de Julian Mintz. Cuando abrió la puerta de un edificio de poca altura no descrito y se deslizó adentro, tres hombres lo esperaban, incluido el Oficial de la Orden Machungo y el Comisionado Henslow, quienes habían escapado de la oficina del comisionado. La tercera persona no le era familiar. ¿Machungo había encontrado a su comerciante independiente?

Cuatro días antes, mientras regresaba corriendo a la oficina después de ver la invasión imperial con sus propios ojos, Julian había recogido un automóvil con Machungo, pero la multitud caótica hacía imposible conducir.

"No hay nada que podamos hacer, Oficial Warrant. Salgamos."

"¿Vamos a caminar?"

"No correr."

Machungo lo siguió de cerca. Pensó en el mundo de este chico y haría todo lo posible para protegerlo. Era la petición personal del almirante Yang.

Cuando regresaron a la oficina del comisionado, Julian encontró a todos reunidos en el pasillo. Se acercó al comisario Henslow y saludó.

"Su Excelencia, por favor escúcheme. Debemos borrar el disco de su computadora a la vez".

"¿Borrar?"

La respuesta del comisionado fue tan obtusa como para ser demente.

"Si lo dejamos como está, todos los datos caerán en manos de la Armada

Imperial”.

El comisionado Henslow jadeó y desvió la mirada sin rumbo, como si quisiera atribuirle la responsabilidad a otra persona. Nadie encontró su mirada.

“Por favor, el momento de tomar una decisión es ahora. Las fuerzas imperiales estarán aquí en cualquier momento”.

Julian miró a su alrededor. Se preguntó si nadie estaría de acuerdo con esto, ya que todos estaban en silencio, casi apáticos. Incluso el jefe de personal y el agregado militar, el capitán Viola, se quedaron allí, mirándolo con rencor.

“¡No recibiré órdenes de alguien como tú!”

Sorprendido por el volumen de su propia voz, Henslow se secó el sudor con las yemas de los dedos.

“Pero, aparte de las órdenes, parece que su propuesta tiene un valor que debe tomarse en serio. Tal vez deberíamos borrar los datos de la computadora, pero está en tu cabeza”.

Si la alianza caía, pensó Julian, este hombre quería pasar la culpa a otra persona.

“Hay otra manera. Podríamos dejar los datos de la computadora tal como están y entregarnos a la Armada Imperial. Al ofrecerles esta valiosa información, tal vez lo traten con indulgencia”.

El mismo Julian había querido ser sarcástico, pero Henslow se quedó en silencio, y el chico se sorprendió al ver una expresión egoísta en la cara del hombre.

“Entendido”, dijo Julián. “Asumiré toda la responsabilidad. Permítame borrar la memoria de la computadora”.

Hubo algunas dudas internas en su declaración, pero si no lo hizo, la

situación se paralizaría. Con la ayuda de Machungo, borró la memoria de la computadora y, cuando regresó media hora después, fue recibido por una escena inesperada. El pasillo estaba completamente vacío, y solo un solo comisionado se quedó sentado en un sofá en blanco, abandonado por sus superiores incompetentes. Sabía que este lugar no había sido originalmente un centro de la ley y el orden, pero tal irresponsabilidad estaba más allá de la imaginación. Comprendió que si el gobierno de la alianza se enterara de esto, enfrentarían serias consecuencias por abandonar sus puestos. O tal vez se habían rendido ante el futuro de la propia alianza. El corazón de Julian se enfrió con el pensamiento.

“Tú… tú… te lo ruego, llévame a un lugar seguro”, dijo Henslow cuando vio a Julian.

Con toda honestidad, Julian vio al hombre como una carga, pero no podía dejarlo allí. Después de decirle al comisionado que se pusiera ropa más cómoda y preparara algo de dinero y un desintegrador, Julian hizo un dispositivo de disparo automático con un rifle de partículas cargado y lo colocó en una ventana del segundo piso. Encontró al comisionado, cambiado y listo, vagando sin rumbo en la planta baja. Cuando salieron del edificio, oyeron acercarse las ruedas de los vehículos blindados móviles.

“¿Que hacemos ahora? ¿Hay algún punto para todo esto? Si no, estamos jodidos”.

Estaban fuera de las manos del enemigo por el momento. Mientras recorrían a medias las callejuelas al abrigo de la noche, Henslow volvió a su arrogancia por defecto. Como nunca había conocido un día de penurias o adversidades en su vida, parecía desanimado por el hecho de que un joven que aún no tenía treinta años era ahora su protector. A pesar de que envidiaba la astucia de sus colegas, Julian respondió que no tenía otra opción.

“Buscaremos un comerciante independiente”.

“Y cuando lo hagamos, ¿entonces qué?”

“Planeo lograr que él nos ofrezca una nave para escapar de Phezzan”. El comisionado negó con la cabeza.

“Hmm… ¿Pero irá tan bien como parece que piensas?”

Eso es lo que Julian quería saber aún más. Pero no podían quedarse allí mirando mientras el mundo cambiaba a su alrededor. Quería volver con Yang. Al lugar donde pertenecía. Lanzó una mirada de desprecio al comisionado. Si solo Yang estuviera parado allí en lugar de este hombre indigno de respeto. ¿Cuánto le levantaría el ánimo a Julian?

Durante los siguientes cuatro días, Julian se refugió en un callejón apartado y continuó su búsqueda de una manera de escapar de Phezzan. Una cosa sobre Phezzan por la que Julian estaba agradecido era que casi cualquier cosa podía comprarse por el precio correcto.

El hombre introducido a Julian por Machungo tenía el cabello adelgazado y la piel flácida, y dio la impresión de alguien cansado en su mediana edad. Pero sus ojos estaban inesperadamente vibrantes.

“Mi nombre es Marinesk, capitán interino del buque mercante independiente *Beryozka* “.

El hombre le dijo a Julian que él pensaba que podría ser de alguna utilidad. Debido a que originalmente era un oficial administrativo, no confiaba en que la nave despegara por sus propios medios, pero le aseguró a Julian que personalmente se encargaría de contratar a un experto.

“La verdad es que no somos extraños, tú y yo, aunque hay dos grados de separación entre nosotros”.

“¿Dos grados?”

“Mi capitán, Boris Konev, y el guardián del jefe, el almirante Yang. Cuando los dos eran niños, bueno, parecían llevarse lo suficientemente bien como para ser llamados buenos amigos”.

Los ojos de Julian se iluminaron, pero se sintió desanimado al escuchar que el capitán, que una vez fue amistoso, se encontraba ahora en la capital de la alianza de Heinessen.

“Pero sí conozco a otro piloto altamente calificado. Usted puede contar conmigo. Para un Phezzanese, un contrato siempre es sagrado”.

Requeriría, agregó, dinero.

“Lo que sea que pague, confío en que será acorde con el valor y la habilidad necesarios para esta misión. No creo que esto sea mucho pedir”.

“Yo tampoco. Te lo aseguro, será suficiente. ¿Puedes encontrar a esta persona de inmediato?”

Ignorando las protestas de Henslow, Julian tomó cinco mil marcos de la gruesa cartera del comisionado y se los entregó a Marinesk como pago inicial. Después de que él se fue, el oficial de la policía Machungo miró a su chico superior, pensativo.

“¿Podemos confiar en él?”

“Creo que sí, pero…”

No podía decir que confiaba completamente en él. Pero no había otra manera, y en cualquier caso, tenía que dejar su vida y su destino en manos de alguien. Julian se preguntó si este Konev, además de ser el amigo de la infancia de Yang, no era el mismo piloto Ivan Konev, el llamado Primo de Phezzan. Nunca lo sabría con seguridad a menos que lo conociera.

“Alférez, ya que confiamos en él, dadas las circunstancias, deberíamos estar preparados para matarlo si decide traicionarnos. ¿Qué piensas?”

Ante esto, los elegantes hombros de Julian se inclinaron levemente. A veces, sentía como si alguien invisible lo estuviera obligando a cumplir responsabilidades y deberes más allá de su comprensión. ¿Fue esto lo que llamaron cosechar lo que sembraste? ¿Fue esta la consecuencia de querer

convertirse en un militar? De cualquier manera, Julian tenía que hacer lo que fuera necesario para regresar a Yang, y tenía el corazón puesto en eso.

Vehículos blindados móviles, equipados con pistolas de calor de doble cañón, recorrieron la calle principal, golpeando el aire con los sonidos de sus turbinas de fusión nuclear.

Un hombre que los miraba desde una ventana del tercer piso chasqueaba la lengua con disgusto, uno de un grupo de comerciantes independientes reunidos en una habitación de un bar llamado Dracul. Con la mitad de los puertos espaciales ya bloqueados, la mayoría de ellos estaban sin trabajo, y todo lo que podían hacer era congregarse y distraerse de su resentimiento bebiendo.

“¿Dices que Phezzan se enteró de esto de antemano? ¡No puedo creer lo que estoy escuchando! ¿Y sin embargo, ni siquiera podían pronosticar una invasión imperial?”

“¿Y qué han estado haciendo esos asnos en la oficina del comisionado en Odín todo este tiempo, enviando todos esos informes inútiles sobre las fiestas y el clima? Supongo que los funcionarios del gobierno son inútiles después de todo”.

Estos insultos carecían de brillo, y los que los soltaban sabían mejor que nadie que tratar de mejorar la situación actual maldiciendo a otras personas nunca iba a retroceder el tiempo. Nubes oscuras flotaban en el fondo de cada uno de sus corazones cuando hablaban del día en que ya no usarían el calendario que siempre habían conocido.

“¿Pero a dónde diablos vamos desde aquí?”

“¿A dónde ir desde aquí, dices? La historia cambiará. La Dinastía Goldenbaum, Phezzan, la Alianza de Planetas Libres, todo eso desaparecerá. Entonces ese mocoso dorado se convertirá en el emperador de todo el universo”.

“¿No está satisfecho con solo derribar la Dinastía Goldenbaum? Es pura codicia, te lo digo. No hay nada atractivo en él”.

“Encantador o no, ¿puede un imbécil triunfar alguna vez? En ese sentido, los dignatarios de nuestra nación son igualmente despreciables”.

Sus bromas inspiraron risas, a pesar de un cierto tono de desesperación.

“Recuerda, somos ciudadanos libres, no algunos idiotas que orgullosamente nos llamamos la Alianza de Planetas Libres — o lo que sea. Somos un pueblo libre. Un emperador benevolente es lo último que necesitamos”.

Cuando uno de ellos se lanzó a su discurso, otro tiró de su manga. Entre el grupo estaba un miembro principal, un comerciante anciano que era respetado como el más viejo de ellos. Abrió la boca.

“Ojalá nunca hubiera vivido tanto. Entonces nunca tendría que ver a la flota imperial profanando nuestras calles con sus elegantes zapatos militares”.

El viejo comerciante dejó escapar un suspiro, y los hombres más jóvenes a su alrededor estaban en silencio, sin consuelo.

“Dado que esta era se prolongó durante cien años, solo esperaba que continuara por cien más, pero cuando uno lo piensa, no existe tal precedente. Incluso cuando vi que la Dinastía Goldenbaum, que duró cinco siglos, se convirtió en una versión miserable de su antiguo yo, nunca pensé que Phezzan perecería. Que estúpido de mi parte.”

Ante la palabra “perecer”, el silencio se hizo más profundo, roto por una voz solitaria.

“¿Estás realmente tan sorprendido? No sé de otras naciones, pero aquí en Phezzan tenemos locos sin talento para dirigir el espectáculo. Sería inútil esperar cualquier informe beneficioso de su final”.

“Es una perspectiva aterradora, sí, pero puede ser solo temporal. Phezzan se

levantará de nuevo. Reconstruiremos nuestra fortaleza de mercaderes independientes para ciudadanos libres. Como acababa de decir, no necesitamos que un emperador que nos ordene”.

El hombre que dijo que era Kahle Wilock, más conocido como astrogador que comerciante.

Hubo un aplauso, y todos se giraron, su pesimismo se desvaneció. Un recién llegado de pie junto a la puerta aplaudió de nuevo.

“Ese fue un gran discurso, Wilock”. Wilock sonrió a su viejo amigo.

“Por qué, si no es Marinesk de la *Beryozka* . ¿Y a qué motivo ulterior le debo el placer de esta rara aparición?”

“He venido con un trabajo para ti. Es decir, a menos que prefieras dar discursos a pilotar una nave”.

“Claro, cuenta conmigo.”

“Estoy sorprendido. ¿Aceptas sin siquiera preguntar los términos del trabajo?” Marinesk sonrió irónicamente ante la ciega determinación de Wilock.

“Aceptaré una solicitud del mismo diablo solo para salir de esta rutina. Y te llevaré por el infierno en cualquier momento”.

Wilock sonrió audazmente.

V

El 30 de diciembre, a las 16:50, hora estándar de Phezzan, Reinhard von Lohengramm pisó el suelo de Phezzanese junto con sus ayudantes más

cercanos.

El almirante mayor Mittermeier y el almirante Müller, acompañados por cuarenta mil guardias, dieron la bienvenida al mariscal imperial. Fue el momento en que el día entregó su soberanía a la noche. Oscureció constantemente, y debajo del cielo, en el que un azul sin fondo se estaba convirtiendo en una banda de color rosa, la figura joven y rubio parecía algo sacado de un poema. Incluso aquellos que lo despreciaron no pudieron evitar reconocer su magnificencia abrumadora. Hasta el día en que murieron en la batalla o en la vejez, los soldados que observaban a Reinhard estar de pie en el puerto espacial se jactaban de sus esposas, hijos y nietos cuando vieron a ese joven de pelo dorado elevándose en el crepúsculo. Los soldados se levantaron en júbilo, con su fervor y su poder fortaleciéndose con cada alegría.

“¡Larga vida al emperador! ¡Viva el imperio!” Mittermeier se inclinó hacia el joven mariscal.

“Te están llamando su emperador”.

“Están ansiosos”.

Los oficiales de Reinhard captaron su significado exacto. Él no estaba negando ser llamado emperador. Mientras saludaba a los soldados, otra ronda de vítores estalló en el cielo de la tarde.

“¡Larga vida al emperador! ¡Viva el imperio!”

Reinhard no sería coronado emperador hasta el año siguiente. Pero en el Planeta Phezzan, este día sería recordado como el primero en el que llegó a ser conocido oficialmente entre sus soldados como “nuestro emperador Reinhard”.

Reinhard instaló una oficina de mariscal improvisada en un hotel de clase

alta con control de dominio. Su primera declaración fue que la ocupación imperial de ninguna manera dañaría los muchos derechos civiles que la gente de Phezzan siempre había disfrutado. Además, manifestó su esperanza de ver el continente imperial y el dominio autónomo de Phezzan en una unificación hermética, y esto no era una mentira. Simplemente no mencionó que este era un paso hacia su última ambición de conquistar la Alianza de Planetas Libres y que todo se llevaría a cabo bajo su estricto liderazgo.

Mittermeier ofreció sus disculpas a Reinhard por fallarle en tres cargos: no poder detener a Landesherr Rubinsky, fallar de la misma manera con el Comisionado Henslow de la alianza, y finalmente, no poder extraer ningún dato de uso de la computadora de la oficina del comisionado. Reinhard se encogió de hombros, su rostro calmado.

“No hay tal cosa como la perfección total. Si no pudieras hacerlo, entonces dudo que alguien más pueda hacerlo. No hay necesidad de disculparse.”

A Reinhard no le importaba lo que pasara con alguien como el Comisionado Henslow. Y por ahora, incluso Julian Mintz estaba lejos de su mente. Si bien el incidente relacionado con la computadora de la oficina del comisionado era realmente lamentable, habían logrado obtener todos los datos de la Oficina de Navegación, por lo que estaba lejos de ser una falla irrecuperable. Sin embargo, no pudo cerrar los ojos ante el desconocido paradero de Rubinsky.

“¿Qué piensas, Fräulein von Mariendorf, acerca de las intenciones del Zorro Negro?”

“En este punto, creo que ha aceptado la derrota y se ha escondido en su agujero. Por otro lado, probablemente prevé que el Comisionado Boltec nunca controlará a Phezzan. Él podría muy bien creer que llegará su turno cuando Boltec falle miserablemente. Si se trata de su excelencia o de la gente de Phezzan, no importa a quién corteje”.

“Así que se ha llegado a eso, ¿verdad?”

Reinhard aceptó el análisis de Hilda. Rubinsky había pasado tiempo tratando de cebar a Reinhard con el secuestro y el paso del emperador a través del Corredor Phezzan, pero había trabajado completamente en su contra.

Reinhard detectó algo más que la victoria total que acecha dentro de sus vías neuronales. Por el momento, era una mera semilla de sospecha, pero si se alimentaba con el tiempo, podía convertirse en una flor de ansiedad. Boltec y Rubinsky escondían algo. Lo que fuera, se aclararía tarde o temprano.

Después de terminar la cena con sus oficiales, Reinhard se dirigió a la Oficina de Navegación con sus guardias imperiales a cuestas. Cuando Comodoro Klapf, jefe de operaciones de defensa, lo llevó a la sala de informática, Reinhard dejó incluso a su guardia personal, el capitán Kissling, para esperar afuera y entró solo en la habitación.

La sala de computadoras vacía era tan mecánica que el aire olía a electricidad. Reinhard caminó en silencio entre las máquinas y se detuvo ante una pantalla de visualización, mirando hacia arriba a su gigantesca y brillante superficie en blanco.

“Sí, esto es lo que quería”.

Su voz tenía el tono de alguien soñando. Puso las manos en la consola y sin dudarlo comenzó a arrancar la computadora.

Sus manipulaciones fueron más que deliberadas, como las de un pianista inspirado para tocar un improvisado. Pero lo que tocaba era, por supuesto, no música. Trajo un mapa estelar en la pantalla — un sistema galáctico de doscientos mil millones de estrellas fijas. Él lo agrandó. El territorio de la Alianza de Planetas Libres apareció ante él. El nombre de cada sistema estelar fijo apareció, junto con las rutas que los conectan: el planeta capital de la alianza, Heinessen; la región estelar de Astarté, donde una vez había consignado una flota enemiga el doble de su tamaño al olvido; la región estelar de Dagon, donde, hace 158 años, la Armada Imperial había sufrido una aplastante derrota; e innumerables otros sistemas estelares fijos,

regiones estelares y campos de batalla, además. Pensó en el día en que los conquistaría a todos.

Reinhard se convirtió en una escultura viva ante la pantalla. Al cabo de un rato, tomó el colgante de plata que colgaba de su cuello en la palma de la mano y, al abrirlo, miró el pequeño mechón de pelo rojo que llevaba oculto.

“Vamos, Kircheis. El universo es nuestro.”

Incluso después de la muerte de Siegfried, Reinhard habló con su amigo pelirrojo.

Reinhard se apartó el dorado cabello, levantó los hombros con orgullo y, con un andar que nadie pudo imitar, salió de la sala de ordenadores.

SE 798, año 489 del calendario imperial, se había encogido de hombros ante el yugo del pasado en medio de la confusión y la agitación. La humanidad era consciente de lo que debía hacer y del tipo de pedestal que ocuparía en el gran museo de la historia. ¿Se podría contar unos pocos entre el total de cuarenta mil millones de personas?

Los gritos de “¡Viva el emperador Reinhard!” Ahora abrumaron a todo el universo. Solo el tiempo fluyó imparcialmente para aquellos que los escucharon como buenos augurios o malos.

SE 799, IC 490, estaba llamando a su puerta …
